ANT
XIX
2

LA CONDESA DE SALISBURY.

14 cms.
R-43.574
BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

LA CONDESA
DE
SALISBURY.

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCCION DE

D. Ecaristo Acuaviva y Galan.

Tomo I.

Cádiz.
IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA, EDITOR,
calle de la Torre, n.° 58½.

1850.

Es propiedad de la casa de Arjona.

I.

La garza-real.

El dia 25 de Setiembre de 1338 á las cinco menos cuarto de la tarde, la gran sala del palacio de Westminster no estaba todavia alumbrada mas que por cuatro antorchas sostenidas por candeleros de hierro salientes en los ángulos de las paredes, y cuyas luces inciertas y temblorosas, con gran trabajo podian disipar la oscuridad causada por la disminucion de los dias tan sensible ya, hácia el fin del verano y principios del otoño. Mientras estas luces eran suficientes para

dirigir los preparativos de la cena, los criados del castillo que se veian en medio de aquella semi-oscuridad, se daban prisa á cubrir de esquisitos manjares y de escogidos vinos, de aquella época, una larga mesa ordenada en tres alturas diferentes, á fin de que cada uno de los convidados pudiese sentarse en el sitio que le asignase su nacimiento ó alto rango. Cuando se concluyeron estos preparativos, el mayordomo entró gravemente por una puerta lateral, hizo detenidamente el ecsámen al rededor de la mesa para asegurarse de que cada cosa estaba en su lugar; despues, concluida la inspeccion, se paró ante un criado que esperaba sus órdenes cerca de la gran puerta, y le dijo con la dignidad de un hombre que conoce la importancia de sus funciones:

—Todo está bien, dad la señal de la comida para que los convidados se laven las manos antes de sentarse á la mesa.

El criado aprocsimó á sus lábios una pequeña trompa de marfil que llevaba suspendida por una banda, y dió tres sonidos prolongados; al momento la puerta se abrió; cincuenta criados entráron de seguida los unos tras de los otros llevando antorchas en las manos, y se separaron en

dos filas que se estendian á todo el largo de la sala, arrimados á las paredes; cincuenta pages les seguian, llevando jarros y fuentes de plata, y se colocaron en la misma línea que los criados; en fin, tras ellos, dos heraldos aparecieron, tirando cada uno de una pierna de la cortina blasonada que cubria la puerta de entrada y gritando en alta voz:

—Paso á monseñor el rey y á madama la reina de Inglaterra.

En el mismo instante apareció el rey Eduardo III, dando la mano á madama Felipa de Haynaut, su esposa, iban seguidos de los caballeros y damas mas nombrados de la córte de Inglaterra, que era en aquella época una de las mas ricas del mundo en nobleza, en valor y en belleza. Al llegar al umbral de la sala, el rey y la reina se separaron á un lado y otro de la mesa, ganando el sitio mas elevado.

Iban seguidos en aquella especie de ceremonia por todos los convidados, quienes, llegados á los sitios que les estaban destinados, se volvian hácia el page colocado allí para su servicio: éste vierte el agua del jarro en la palangana de plata y la presenta á los caballeros y damas para que

se laven las manos. Concluida aquella preparatoria ceremonia, los convidados se sentaron en las elegantes banquetas que rodeaban la mesa, los pages fueron á reemplazar las vagillas de plata con las de oro y las pusieron en el magnífico aparador de donde las habian tomado, volviendo prestos, y esperando inmóviles las órdenes de sus amos.

Eduardo estaba de tal modo embebido en su pensamiento, que ni aun apercibiera que el sitio mas prócsimo á su izquierda se hallaba todavia vacante, y que faltaba un convidado á su real festin. Entretanto, despues de un instante de silencio que nadie se atrevió á interrumpir, sus ojos errantes recorriendo aquella larga fila de caballeros y de damas resplandecientes de oro y pedreria á la luz de las cincuenta antorchas, se pararon un instante con una espresion indefinible de amoroso impulso, en la bella Alicia de Granfton, sentada entre su padre el conde de Erby y el caballero Pedro de Montaig, al cual, en recompensa de sus buenos servicios, el rey acababa de darle el condado de Salisbury; terminando aquella escrutadora mirada en el sitio que se hallaba vacío á su izquierda.

Aquella vista cambió sin duda el órden que seguian los pensamientos del rey Eduardo; pues lanzó sobre la asamblea una mirada de interrogacion á la cual nadie respondió. Viendo pues que era necesario una pregunta directa para obtener una esplicacion precisa, se volvió hácia un jóven caballero del pais de Hainaut; que estaba al lado de la reina, y le dijo:

—Caballero Gualtero de Mauny, sabeis por ventura, que importante negocio nos priva hoy de la presencia de nuestro huesped y primo el conde Roberto de Artois? Habrá vuelto á la gracia de nuestro buen tio el rey Felipe de Francia?

—Yo presumo, señor, respondió Gualtero de Mauny, que monseñor el conde Roberto, no habrá olvidado tan prontamente que el rey Eduardo ha tenido la generosidad de darle una hospitalidad que, por temor del rey Felipe, le habian negado los condes de Averna y de Flandes.

—Yo no he hecho mas que lo que debia, Gualtero: el conde Roberto es de sangre real, pues que desciende del rey Luis VIII, y era lo menos que yo podia hacer por él. Por otra parte el mérito de la hospitalidad es menos grande de mi parte que de la de los príncipes que vos acabais

de citar. La Inglaterra es, por la gracia de Dios, una isla mas difícil de conquistar que los montes de la Averna y los mares de Flandes, y puede desafiar impunemente la cólera de nuestro señor, el rey Felipe de Francia... Pero no importa, lo que yo quiero saber es lo que le ha sucedido á nuestro huesped... No habeis tenido noticias de él, Salisbury?

—Perdonad, señor, respondió el conde; pero vos me haceis una pregunta á la cual no puedo dar una respuesta satisfactoria. Hace algun tiempo que mis ojos están de tal modo empañados por el resplandor de un solo rostro, mis oidos están solamente atentos á la melodia de una sola voz, que el conde Roberto, aunque hubiera pasado por mi lado, siendo como es nieto de un rey, no le hubiera probablemente ni visto ni oido. Pero esperad, señor; porque ved aquí á un jóven doncel que se arrima á mí y que probablemente vá á decirme algo sobre este punto.

En efecto, Guillermo de Montaig, sobrino de Salisbury, tras el cual estaba de pié, se inclinó y le dijo en este momento algunas palabras al oido.

—Y bien dijo el rey.

—No me habia engañado, continuó Salisbury; Guillermo lo ha encontrado esta mañana.

—Y dónde? dijo el rey dirigiendo directamente la palabra al noble doncel.

—A orillas del Támesis, señor; bajaba hácia el Greenwich, y sin duda iba de cacería pues llevaba sobre su guante el alcon mas precioso y elegante que jamás he visto.

—A qué hora? dijo el rey.

—Serian las tres, señor.

—Y que vais ha hacer tan temprano en las orillas del Támesis? dijo con una voz dulce la bella Alicia.

—A meditar, respondió suspirando el jóven.

—Sí, sí, dijo riendo Salisbury; parece que Guillermo no es dichoso en sus amores, pues hace algun tiempo le hé advertido todos los síntomas de una pasion sin esperanza.

—Tio mio! dijo Guillermo con el rostro encendído.

—De veras! esclamó con una curiosa ingenuidad Alicia; sí eso es, yo quiero ser vuestra confidenta.

—Tened piedad de mí, señora, en lugar de burlaros, dijo Guillermo con voz ahogada y dan-

do al mismo tiempo un paso atrás para ocultar dos gruesas lágrimas que se asomaban á sus ojos.

—Pobre jóven, dijo Alicia; pero parece que el asunto es sério.

—De los mas sérios, respondió con una gravedad aparente el conde de Salisbury; pero Guillermo es un noble y discreto doncel, y os prevengo que ignorareis su secreto, apesar de que pronto seais su tia política.

Alicia se sonrojó á su vez.

—Entonces todo se ha interpretado, dijo el rey: la cacería llevará á Roberto hasta Gravesend; y no lo volverémos á ver hasta mañana á la hora del desayuno.

—Yo creo que vuestra alteza se engaña, dijo el conde Juan de Hainaut; pues he oido en la antecámara un ruido de voces que parece anunciar su vuelta.

—Y será bien venido, respondió el rey.

Al mismo instante se abrieron las puertas del salon, y el conde Roberto, magníficamente vestido, entró seguido de dos menestrales tocando la viola; tras de ellos marchaban dos lindas jóvenes llevando sobre una batea de plata una garza-real asada, á la cual le habian dejado, á

fin de que fuese mas facil de reconocer, su gran pico y largas patas; en fin, detrás de las jóvenes venia saltando y haciendo muecas un titiritero que acompañaba á los menestrales tocando un tambor á la bascongada. Roberto de Artois, empezó lentamente á dar la vuelta á la mesa seguido de su singular cortejo, y parándose cerca del rey, que lo miraba con admiracion, hizo seña á las dos jóvenes para que se detuviesen y pusiesen la garza-real ante Eduardo.

Este se levantó y volviéndose hácia Roberto de Artois, lo miró con ojos centellantes de cólera; pero viendo que su mirada no podia hacer bajar la del conde:

—Que quiere decir esto, mi querido huesped? esclamó con voz temblante; es así como se paga la hospitalidad en Francia? y una miserable garza-real, de las cuales mis alcones y mis perros desprecian la carne, es el plato escogido que osais presentarnos?

—Poco á poco, señor, contestó con voz calmada y fuerte: he reflecsionado que entre todas las aves, la garza-real es la mas tímida y pusilánime, puesto que como sabeis, tiene miedo hasta de su sombra y huye atemorizada hasta de los

pájaros mas pequeños; por consiguiente, he pensado, y con razon, que debia servirse hoy en el desayuno la mas cobarde de las aves al mas cobarde de los reyes.

Eduardo echó mano á su puñal.

—Despacio, monseñor, continuó Roberto, sin inquietarse; he dicho al mas cobarde de los reyes, y aun he dicho poco; porque, no es Eduardo de Inglaterra heredero legítimo, por su madre Isabel, al trono de Francia, y que no obstante, no tiene valor para arrancárselo á Felipe de Valois que se lo tiene usurpado?

Un terrible silencio sucedió á estas palabras. Cada cual se levantó conociendo la violencia del rey, y todas las miradas se fijaron en aquellos dos hombres, de los cuales el uno habia tenido valor para decir al otro unas espresiones tan terribles.

No obstante, todas las previsiones fueron engañadas. El rostro de Eduardo fué tomando poco á poco una espresion de calma, sacudió su cabeza como para hacer desaparecer de sus mejillas el rubor que las cubria; y poniendo lentamente la mano sobre el hombro de Roberto, le dijo con una voz sorda:

—Teneis razon conde, habia olvidado que

era nieto del rey Cárlos IV de Francia: vos me lo habeis hecho recordar, os lo agradezco; y aunque el motivo que os impulse sea mas bien vuestro ódio para con Felipe, que os ha desterrado, que no vuestro reconocimiento para conmigo que os he acogido; no obstante, siempre os agradezco el que hayais hecho venir á mi pensamiento el recuerdo de que soy el verdadero rey de Francía; tranquilizaos, no lo olvidaré; y como prueba, atended á lo que voy ha hacer. Sentaos, mis nobles caballeros, y no perdais una palabra de lo que voy á decir, os lo ruego.

Todos obedecieron; Eduardo y Roberto quedaron solos de pié. Entonces el rey estendiendo la mano derecha sobre la mesa, dijo:

—Juro por esa garza-real, carne ruin, y que la han puesto ante mí por ser la mas débil y cobarde de las aves, que antes de seis meses habré pasado el mar con una armada y habré pisado tierra francesa; bien entre por el Hainaut, la Guyena ó la Normandía; juro que combatiré al rey Felipe, por cuantas partes lo encuentre, toda vez que los hombres que me sigan, ó los de mi armada, sean solamente uno contra diez. Juro en fin, que antes de seis años contados desde este dia

me habré acampado á la vista del campanario de la noble iglesia de san Dionisio, donde está enterrado el cuerpo de mi abuelo, y juro esto, no obstante, la obediencia que prometí prestar al rey Felipe en Amiens; porque entonces era yo un niño. Ah! conde Roberto, quereis batallas y choques; bien! yo os prometo que jamás Aquiles, ni Páris, ni Héctor, ni Alejandro de Macedonia, que conquistó tantos paises, no habrán hecho en sus varios combates igual estrago al que haré yo en Francia, á menos que sea la voluntad de Dios, de nuestro Señor Jesucristo y de la siempre bienaventurada Vírgen María el que yo muera antes de cumplir mi juramento. He concluido. Entretanto, llevaos la garza, conde, y sentaos cerca de mí.

—Todavia, señor no he acabado, respondió Roberto: es menester que la garza-real dé la vuelta á la mesa; y puede ser muy bien que aquí haya algun caballero que desee tener el honor de unir un nuevo juramento al del rey.

A estas palabras mandó á las dos jóvenes volviesen á tomar la batea de plata y se pusiesen de nuevo en camino, seguido de ellas y de los menestrales que tocaban la viola mientras que las

dos jóvenes cantaban una cancion de Gibelto de Rerneville, y tocando y cantando asi, llegaron ante el conde de Salisbury, que estaba sentado, como hemos dicho, al lado de la bella Alicia de Grafton. Entonces Roberto de Artois se paró é hizo seña á las jóvenes para que pusieran la garza ante aquel convidado. Ellas obedecieron.

—Noble caballero, dijo Roberto: habeis oido lo que el rey ha jurado. En nombre de Jesucristo, rey del mundo, yo os conjuro para que jureis tambien ante esta garza-real que os presento.

—Habeis hecho bien, dijo Salisbury; de conjurarme por el santo nombre de Jesus, pues si lo hubiéseis hecho por el de otro cualquier santo, lo hubiera rehusado no sabiendo en este momento, si es que estoy en el cielo ó en la tierra, pues la señora que me tiene á su derecha es tan arrogante, sábia y bella... que me siento magnetizado. Jamás me ha dicho que me ama, jamás me ha concedido nada, jamás me he atrevido á solicitar su amor. Y bien! hoy, la he suplicado un favor y es, que me permita estrechar tan solo uno de sus dedos.

—A fé mia, dijo Alicia con ternura, una da-

ma que se vé requerida por un caballero con tanta finura, haria mal en despreciarlo. Vos me habeis pedido uno de mis dedos, conde, yo quiero ser pródiga con voz. Estrechad toda mi mano.

Salisbury la estrechó varias veces transportado de gozo, hasta el punto de tener la audacia de llevarla á sus lábios. Alicia se sonrió aparentando no comprender la accion.

Despues Salisbury cogiendo la mano de Alicia y poniéndola sobre su rostro de modo que le cubriera enteramente el ojo derecho esclamó:

—Creeis que este ojo está bien cerrado?

—Sí, ciertamente, respondió ella.

—Pues bien, continuó Salisbury, juro que no he de abrirlo hasta pisar la tierra de Francia; juro tambien que antes de esta hora, ni el viento, ni herida, ni dolor alguno me han de hacer abrirlo y que combatiré hasta ese momento ya en la lidia, ya en el torneo, ya en el campo de batalla, con el ojo perfectamente cerrado. He dicho. Ahora, señora, no pudiérais hacerme un juramento á vuestra vez?

—Sí, monseñor, contestó Alicia poniéndose hecha una escarlata: yo juro que el dia en que volvais á Lóndres, despues de haber pisado las

tierras de Francia, os daré mi corazon y mi persona con la misma franqueza que os he dado hoy mi mano; y en garantia de lo que os prometo en este momento, tomad esta banda mia la que os servirá de talisman, para que lleveis á cabo vuestro juramento.

Salisbury hincó una rodilla en tierra, y Alicia rodeó su pecho con la banda, con aplausos de todos los convidados. Entonces Roberto hizo se llevasen la garza de delante del conde y se puso en marcha en el mismo órden, y siempre seguido de sus menestrales, sus jóvenes y titiritero: esta vez el cortejo se paró ante Juan de Hainaut.

—Noble señor de Beamont, dijo Roberto de Artois, como tio del rey de Inglaterra y como uno de los mas valientes caballeros de la cristiandad, no hareis tambien algun juramento de venganza contra el rey de Francia?

—Sí, hermano, respondió Juan de Hainaut; pues yo he sido desterrado como vos, y esto por haber prestado socorro á la reina Isabel, cuando reconquistó su reino de Inglaterra. Juro pues, si el rey quiere aceptarme por su mariscal, y pasar por mi condado de Hainaut, juro que conduciré su armada á las tierras francesas lo que

no haria por ningun hombre viviente. Pero si alguna vez el rey de Francia, mi solo y verdadero señor feudal, me llamase y levantára mi destierro, yo os ruego que me devolvais mi palabra, pues iré al instante á ponerme á las órdenes del francés.

—Es justo, dijo Eduardo, haciendo una seña con la cabeza; pues no ignoro que sois mas francés que inglés. Jurad, pues, con toda tranquilidad sobre mi corona; pues el dia que, os levanten el destierro os relevaré de vuestro juramento. Conde Roberto, pasad la garza-real á Gualtero de Mauny

—No, señor, no, si os place, dijo el jóven caballero; pues vos sabeis que no se pueden cumplir dos juramentos á la vez, y yo tengo ya hecho uno: y este es de vengar á mi padre, que, como sabeis, ha muerto asesinado en la Guyena, allí hé de buscar al asesino y á la tumba á fin de matar al uno sobre la otra. Pero tranquilizaos, señor, el rey de Francia no ganará nada.

—Nosotros os creemos, caballero, y apreciamos tanto una promesa vuestra, como un juramento de otro.

Mientras esto, Roberto de Artois se habia

aprocsimado á la reina, habia hecho poner la garza ante ella, y con una rodilla en tierra esperaba en silencio. La reina se volvió entonces hácia él riendo, y le dijo:

—Que quereis de mí, conde, qué venís á pedirme? Vos sabeis que una muger no puede disponer de sí, pues es subdita de su marido. Vergüenza seria de que en semejantes circunstancias olvidára sus deberes hasta el punto de no esperar el permiso de su señor!

—Haced vuestro juramento resueltamente, dijo Eduardo, y os juro que de mi parte, tendrá siempre ayuda, y no impedimento.

—Bien! dijo la reina, yo no os habia dicho que estoy en cinta, porque temia engañarme: pero he aquí mi querido señor, que acabo de sentir removerse en mi seno á mi amado hijo. Entretanto escuchadme, pues que vos me habeis autorizado para jurar; juro por nuestro Señor nacido de la Vírgen, y que fué muerto en la Cruz, que no daré á luz á mi hijo sino en Francia; y si vos no teneis valor para conducirme, cuando llegue el tiempo de mi alumbramiento, juro aun mas, de asesinarme con este puñal á fin de cumplir mi juramento á costa de la vida de

mi hijo y de la salvacion de mi alma. Ved, señor, si sois bastante rico de generacion, para perder á la vez la esposa y el hijo.

—Nadie jurará mas, esclamó Eduardo con una voz bastante alterada. Basta de juramentos con este, y que Dios nos los perdone.

—No importa, dijo para sí Roberto de Artois levantándose, yo espero que con tantos juramentos, habrá bastante para que el rey Felipe se arrepienta de haberme desterrado de Francia.

En este momento se abrió la puerta de la sala y un heraldo, aprocsimándose á Eduardo, le anunció que un mensagero acababa de llegar de parte de Santiago de Artevelle, de Flandes.

2.

La vida de un Rey.

Eduardo reflecsionó un momento antes de responder; pero volviéndose hácia los caballeros que acababan de jurar, les dijo:

—Señores, he ahí un aliado que llega; parece que yo habia sembrado á tiempo y en buena tierra, pues mi proyecto florece antes de su justo término, y tal vez pueda anunciar ya porque lado entrarémos en Francia. Señor de Beaumont, vos sereis nuestro mariscal.

—Querido señor, respondió Juan de Hainaut,

puede ser que hiciérais mejor en reunir á la nobleza sola, para decidir una cuestion de linage, pues los villanos son demasiado interesados en entretener las guerras entre potencias. Cuando la nobleza y los reinos se baten, el pueblo hereda los despojos y los lobos los cadáveres; ¿estos flamencos maldítos, no se han sabido aprovechar de nuestras luchas con el imperio para sustraerse de nuestro dominio? y ahora vedlos que se gobiernan ellos mismos como si el condado de Flandes fuese una máquina que se puede dirigir largo tiempo á manera de una manufactura de paño, ó de una cerbecería de vidarria.

—Noble tio, continuó Eduardo sonriéndose, estais demasiado interesado en la cuestion, en vuestra cualidad de pariente, para que nosotros no seamos de la misma opinion que vos, acerca de lo que debemos hacer con los buenos vecinos de Ypres, Bruges y Gand; por otra parte, si ellos se han aprovechado de nuestras desavenencias con el imperio, para sustraerse de nuestra dominacion, han hecho como vosotros? pues no os habeis aprovechado tambien algun tanto del interregno para escapar del imperio y reconstruir los castillos que se os habian quemado? eso que

vos decís, sino me engaño, concerniente á Luis V de Baviera y á Federico III, es casi lo mismo que la situacion hoy dia de Flandes con respecto á Luis de Cressy. Creedme, Beaumont, no tomemos parte con un hombre que se ha dejado llevar por yo no se que abad de Mezclay, que no entendia nada de administracion y que no sabia mas que enriquecerse á costa de sus vasallos. No os acordais, querido tio, de aquel tan estraño acontecimiento que le sucedió á los vencedores de Chartes? Me parece que no; pues si yo no me acuerdo mal, aun no habiais vuelto á Flandes de la gran batalla que aconteció el dia de la santísima Trinidad del año de 1327, entre los hainuyeres é ingleses en nuestra ciudad de York. Y bien! aquel suceso, aunque yo no tenia mas que quince años, se me ha quedado muy presente. Quereis, señores, que os lo refiera?

Cada uno se volvió con curiosidad hácia Eduardo.

—Bien! escuchad lo que sucedió... Un hombre y una muger de pobre condicion, despues de haber sido completamente despojados por las tropas del rey, porque no habian podido pagar las contribuciones, no tenian por todo mueble

mas que un viejo baul donde estaban sentados; plagueando y lamentándose de verse de este modo arruinados por aquellos vándalos. No tardaron en volver de nuevo las tropas del rey, acordándose que habia todavia en la humilde choza un viejo baul, que se les habia olvidado traerse. Los villanos les suplicaban les dejasen al menos aquel baul que les servia para meter el pan cuando lo tenian. Las tropas del rey despreciaron sus plegarias y los hicieron levantar, apesar de los ruegos y las lágrimas. Pero apenas se levantaron los viejos del baul, cuando se alza la tapa y salen de él tres diablos, y dispersan las tropas del rey. Esto se me ha quedado en la memoria, noble tio, y desde entónces ódio al poderoso que despues de haber quitado todo á sus vasallos, les arrebata hasta el triste baul sobre el cual se lamentan de su infortunio. Decid al mensagero de nnestro amigo Santiago de Artevelle, pronunció el rey volviéndose y dirigiéndose al heraldo que esperaba su respuesta, que lo recibirémos mañana á las doce. En cuanto á vos, tio mio, y á vos, primo mio, Roberto de Artois, estad pronto, para acompañarme dentro de media hora: tenémos una pequeña escursion de catorce millas

que hacer esta noche. Venid, Gualtero, añadió el rey levantándose, tengo que deciros.

A estas palabras, Eduardo tomó del brazo á Gualtero de Mauny, y salió sonriéndose de la sala en que acababa de pasar una de esas escenas que deciden en un instante de la vida de un pueblo y el destino de un reino; despues haciéndose alumbrar solamente por dos criados con antorchas, siguió un corredor que conducia á sus departamentos.

—Mi querido caballero, dijo Eduardo: por lo bajo, á fin de que los que iban alumbrando no pudiesen oir sus palabras, tengo pensado el daros un chasco.

—Cual, señor? respondió Gualtero, conociendo desde el principio por el tono del rey, que era una broma la que Eduardo iba á darle.

—Tengo pensado... Diablo!.. puede ser que me arrepienta; pero no importa... yo intento haceros rey de Inglaterra.

—A mí? esclamó Gualtero.

—Tranquilizaos, continuó Eduardo apoyándose familiarmente en el brazo de su favoríto: no sereis rey mas que por una hora.

—Ah! me tranquilizais, señor, dijo Mauny,

ha hora esplicaos, ó mas bien ordenad; pues sabeis que soy vuestro hasta la muerte.

—Sí, sí; y por eso me dirijo á tí, y no á ningun otro. Escucha, yo sospecho de la comision de Artevelle de Flandes, y como lo tengo entre mis manos, seria muy tonto en no sacar el mejor partido posible. Pero para esto es necesario que haga yo mismo mis asuntos; por lo cual habia pensado el enviarte á él y recibir yo el embajador. Mas he ideado otra cosa y es, que tu recibirás al embajador y yo iré á Flandes...

—Como, monseñor? os espondreis á atravesar solo el mar, y á confiar vuestra real persona á unos vasallos rebeldes que cazan á sus señores como á conejos?

—Qué tengo que temer? ellos no me conocen, yo me daré mis plenos poderes antes de partir y gracias á mi título de embajador, seré mas inviolable y sagrado que con mi título de rey; además dicen que el tal de Artevelle es muy ladino y quiero conocerlo de cerca y saber por mí mismo si es hombre que se puede contar con él. Así es asunto concluido, Gualtero, añadió el rey apoyando la mano sobre el boton de la puerta, y prepárate mañana para al medio dia desempe-

ñar tu papel de rey.

—No me necesitais ya esta noche? querido señor, debo entrar con vos ó retirarme?

—Retírate, Gualtero, dijo el rey dando á su voz un acento sombrío; hay en esta cámara un hombre que me espera yal cual es menester que yo hable sin testigos; pues nadie mas que yo puede oir lo que él va á decirme, y si mi mejor amigo llegára á enterarse de lo que diga, no responderia por cierto de su vida. Déjame, Gualtero, déjame, y ruega á Dios no te envie nunca una noche semejante á la que yo voy á pasar.

—Y no obstante, mientras tanto vuestra córte...

—Rie y se divierte; esa es su ocupacion, ella vé nuestra frente cubrirse de arrugas, nuestros cabellos encanecerse y se maravilla de que sus reyes se avegenten tan pronto! Qué quieres tú! ella rie demasiado alto para no oir á los que suspiran bajo!..

—Señor, mi corazon me dice que hay algun peligro oculto en este misterio; y así no quisiera abandonaros.

—Ninguno, yo te lo juro.

—Sin embargo, yo os he oido decir al caba-

llero de Beaumont y á M. Roberto de Artois, que estuvieran prontos á acompañaros...

—Vámos á hacer una visita á mi madre.

—Pero, continuó Gualtero bajando la voz y aprocsimándose al rey á su vez; si fuese esa misteriosa visita de la clase de aquella que tuvímos en el castillo de Nottingham, cuando penetramos por un subterráneo hasta su dormitorio, en el que arrestámos á su favoríto Rogerio Mortimer?

—No, no, dijo Eduardo haciendo un ligero movimiento de impaciencia, al recordar las locuras de su madre. No, Gualtero, la reina ha olvidado sus errores y se arrepiente de sus faltas; errores y faltas que le he hecho espiar demasiado cruelmente quizá para una madre. Supuesto que desde aquella época, y hace diez años, la tengo encerrada en una torre del castillo de Redinge. En cuanto á un nuevo amante, estoy seguro que no tengo que temerle: el suplicio de Mortimer, al que hice arrastrar en un ceron por las calles de Lóndres, y arrancar el corazon palpitante por traidor, ha probado que el título de favorito cuesta caro y que es muchas veces una dignidad peligrosa. Es pues, pura y simple-

mente una visita de hijo sumiso y respetuoso, y casi arrepentido diré, pues hay momentos que dudo de tantas cosas como se han dicho de esa muger, que es mi madre, apesar de que han sido probadas por los mismos que parecian deber dudarlas. Así pues, retírate tranquilo, mi buen Gualtero; piensa en torneos, en conquistas y en amores como le pertenece á un valiente y bizarro caballero, y dejame cavilar en traiciones, adulterios y asesinatos, en espectros y sombras que por do quier me siguen... ah! esa es *la vida de un rey*.

Gualtero conoció que no podia sin indiscrecion insistir mas tiempo; tomó en consecuencia el permiso de Eduardo, que ordenó á sus dos pages le acompañáran alumbrándole.

3.

Revelacion.

EDUARDO siguió con la vista al jóven caballero que se alejaba, seguido de los criados; cuando la luz hubo desaparecido á los ojos del rey, éste dió un suspiro, pasó la mano por su frente para limpiarse el sudor, abrió la puerta y entró en el interior de la cámara.

En ella habia dos guardias y en medio de es, tos un hombre. Eduardo se fué derecho á él miró con una especie de terror su figura pálida, que parecia aun mas á la luz de la sola lámpara

que puesta sobre una mesa alumbraba aquel cuarto, y dirigiéndole la palabra con voz baja y casi temblorosa le dijo:

—Sois el caballero de Maltravers?

—Sí, monseñor, respondió el prisionero; no me reconoceis?

—Sí, yo me acuerdo haberos visto una ó dos veces entrar en casa de mi madre durante nuestro viage á Francia. Hola! añadió dirigiéndose á los dos guardias, dejadme solo con este hombre.

Los dos guardias se retiraron. Cuando salieron, Eduardo fijó aun algunas miradas sobre el jóven llenas de curiosidad y de estremecimiento; pero en fin, dejándose caer sobre un sitial, le dijo:

—Sois vos pues el que ha asesinado á mi padre?

—Vos me habeis prometido salvarme la vida, dijo el caballero, si volvia á Inglaterra; hé confiado en vuestra palabra real, y hé dejado la Alemania, donde nada tenia que temer; ahora vedme aquí desarmado, en vuestro palacio, entre vuestras manos, y no teniendo mas defensa contra el mas poderoso rey de la cristiandad, que el juramento que me ha hecho.

—Tranquilizaos, dijo Eduardo, pues por mas odiosa y horrible que me sea vuestra presencia, no habeis en vano confiado en mi palabra, y saldreis de este palacio tan libre como sino tuviérais manchada vuestras manos en la sangre de un rey, y como si este rey no fuera mi padre; pero es con una condicion, y esta vos la sabeis.

—Estoy pronto á cumplirla.

—No me ocultareis nada?

—Nada... ni la menor circunstancia.

—Me dareis todas las pruebas que sean necesarias, sean cuales fueren las personas á quienes ellas comprometan?

—Os las daré...

—Está bien! dijo el rey dando un suspiro.

Despues de un instante de silencio, apoyando sus codos sobre la mesa que tenia delante, y dejando caer su cabeza entre sus manos; añadió:

—Podeis empezar, ya os escucho, Maltravers.

—Creo que vuestra alteza sabrá ya una parte de las cosas que voy á decirle.

—Os engañais, respondió Eduardo sin mudar de actitud; un rey no sabe nada, porque está siempre rodeado de personas interesadas en

ocultarle la verdad; ved ahí el por qué he escogido un hombre que espero no ha de engañarme y que ha de decírmela.

—Y mejor que ningun otro, señor, pues he estado veinte y siete años cumplidos al servicio de la reina vuestra madre. Al principio entré en calidad de page y despues fuí su secretario, y tan fielmente desempeñé un servicio como el otro.

—Sí, murmuró Eduardo con voz tan sorda que apenas se pudo oir; sí, sé que la habeis sido fiel, ya como page, ya como secretario y aun mucho mas como verdugo.

—Ah! señor, decidme por qué época debo empezar?

—Desde el dia que entrásteis en su servicio, contestó Eduardo.

—Este fué en 1312, un año antes de vuestro nacimiento; hacia cuatro que habia sido puesta por el rey de Francia, que la acompañó hasta Bolonia, en las reales manos de vuestro padre: la Inglaterra la recibió como á un ángel salvador, pues todos esperaban en esta divina jóven, por mas tierna y débil que fuera, la caida de Gaveston, favoríto entonces del rey vuestro pa-

*

dre, y que era aun mas rey que él mismo.

—Sí, sí, ya sé todo eso, dijo vivamente Eduardo, adelante.

—Pero se engañaron, porque Gaveston fué el que siempre mereció la confianza del rey. Entonces la última esperanza de la nobleza se desvaneció; y los barones, viendo que no obtendrian nada del rey vuestro padre mas que por la fuerza, volvieron sus armas contra él, y no lo despojaron del trono porque entonces les entregó á Gaveston; y éste pasó de sus manos á las del verdugo. Despues de esta ejecucion vinisteis vos al mundo, señor, se creyó que, gracias al hijo que vuestra madre le habia dado, tomaria alguna influencia con su esposo. Esperanzas mal fundadas. Hugo Spenser, habia ya sucedido á Gaveston en la amistad de vuestro augusto padre. Vos habeis conocido á este jóven y sabeis cual era su arrogancia. No tardó nada en seguir las mismas huellas que su antecesor, y prescindiendo de todo respeto para con la reina; la despojó del condado de Cornuailles, que ella habia heredado para sus espensas personales; y vuestra augusta madre, desesperada ya, me hizo escribir al rey Cárlos el Noble, su hermano, que no era mas que

una infeliz sirviente en el palacio de su esposo. Hácia esta época grandes desavenencias se alzaron por los de la Guyena, entre la Francia y la Inglaterra. La reina ofreció á su marido atravesar el mar y mediar entre él y el rey su hermano, y vuestro padre consintió facilmente. La reina halló á vuestro tio ya prevenido por la carta que ella le habia escrito, y además le contó todo lo que él ignoraba aun. Entonces no guardó mas consecuencias, y buscando un pretesto para declararle la guerra, requirió al rey Eduardo II viniera á rendirle homenage en persona como á su señor feudal. Spenser conoció prontamente que era perdído de todos modos: perdído si acompañaba á Eduardo, y lo mismo si llegaba á caer en poder del rey de Francia, ó si se quedaba en Inglaterra, quien lo habia de librar de la ira de los barones durante el viage del rey? Entonces propuso á vuestro padre que le diera un espediente que podia salvarlo y el cual fué la causa de su caida; este fué el de cederos la soberania de la Guyena, á vos monseñor, y enviaros á prestar juramento en lugar del rey vuestro padre.

—Ah! interrumpió Eduardo, ved ahí, el por qué él cometió esa falta que yo no habia po-

dído comprender jamás en un político tan bueno. Continuad, pues ya veo que me decís la verdad.

—Necesitaba todo ese valor, monseñor, para seguir; pues he llegado á una época...

Maltravers vaciló.

—Sí, sé lo que quereis decirme; quereis hablar de Rogerio de Mortimer.

Yo lo hallaba cerca de mi madre cuando llegámos á Paris, y aun que era aun muy niño, no dejaba de reconocer la intimidad que reinaba entre él y la reina. Ahora decidme, pues vos solo podeis sacarme de esta duda, esta intimidad habia nacido en París ó en Inglaterra?

—Habia nacido en Inglaterra, monseñor, y esta fué la verdadera causa del destierro de Mortimer.

—Bien, dijo el rey; seguid, ya os escucho.

—No fuísteis vos, señor, el solo hombre que conoció esta intimidad, pues el obispo de Ester, que os habia conducido con la reina, avisó á su vuelta á Lóndres al rey Eduardo de lo que pasaba; el rey escribió á la reina, se viniese sin pérdida de tiempo, y os dirigió una carta invitándoos que dejárais á vuestra madre y volviérais á Inglaterra.

—Yo no la he recibido, interrumpió Eduardo, y ved ahí la primera vez que he oido hablar de eso, pues mi padre solo podia haberme dicho esta circunstancia, y la reina me prohibió visitarlo en su prision.

—Esta carta fué interceptada por Mortimer.

—El desgraciado! murmuró Eduardo.

—La reina respondió con un manifiesto en el cual decia, que no volveria á Inglaterra hasta que Hugo Spenser fuera espulsado del consejo y de la presencia del rey.

—Quien estendió ese manifiesto?

—Yo mismo; me fué dictado por Mortimer, pero en presencia de la reina y del conde de Kent. Esto produjo en Lóndres el efecto que era de esperar: los barones mal contentos, se reunieron á la reina y á vos.

—A mí! á mí! ah! harto conocieran que yo no era mas que un pobre niño ignorante de lo que pasaba, y de este modo esplotaban con mi inocencia; porque, maldígame Dios si alguna vez he conspirado contra mi padre.

—Durante estos acontecimientos el rey Cárlos el Noble, que preparaba los socorros de hombre y de dinero que habia prometido, vió llegar

á su corte á Teobaldo de Chatillon, obispo de Saintes. Era portador de una bula del papa Juan XXII, que ocupaba entonces la santa silla de Aviñon; el contenido de la bula era sin duda redactado por el mismo Spenser, porque ella mandaba espresamente al rey Cárlos, sopena de escomunion, el que volviera á Inglaterra á su hermana y á su sobrino. Desde entonces vuestro tio, no solamente temió el anatema, sino que prometió al obispo de Saintes que cumpliria el mandato del pontífice sin pérdida de tiempo, poniendo á la reina y á vuestra alteza en manos del favoríto de vuestro padre. Pero vuestra madre fué avisada con tiempo...

—Sí, por Roberto de Artois sin duda, pues cuando lo desterraron, ese fué el mérito que hizo valer principalmente para que le concediese la hospitalidad.

—Y no os mintiera, señor, la reina aterrorizada no sabia á quien pedir el socorro que su hermano le negára; el conde Roberto de Artois, fué el que le aconsejó que huyese al imperio; y le dijo que hallaria allí gran número de nobles señores valientes y leales, entre ellos el conde Guillermo de Hainaut, y el caballero de Beau-

mont, su hermano. La reina escuchó este aviso y partió aquella misma noche dirigiéndose al Hainaut.

—Sí, me acuerdo de nuestra llegada al castillo del caballero Eustaquio de Aubrecicourt, y del grandioso recibimiento que tuvímos en él; si la ocasion se presenta yo lo indemnizaré. Fué en su casa donde ví la misma noche y por la primera vez, á mi tio Juan de Hainaut, que vino á ofrecer sus servicios á la reina, y nos condujo al castillo de su hermano Guillermo, donde volví á encontrar á su hija Felipa, que pasado algun tiempo debia de ser mi esposa. Pasémos rápidamente todos estos pormenores; pues me recuerdan nuestra partida de la ence nada de Dordrecht, cuando una tempestad nos acometió, y arrojó nuestro navio fuera de su rumbo y nos puso, el viérnes 26 de Setiembre de 1326, en el puerto de Herewich, donde los barones se juntaron muy pronto, siendo el primero que vino á nosotros el conde Enrique de Lancastre, el del pescuezo tuerto; sí, sí, sé todavia mas; desde nuestra entrada triunfal en Bristol, hasta el arresto de mi padre, que si mal no recuerdo, fué en la abadía de Neath, en el condado de Gales,

por el mismo Enrique de Lancastre; solamente ignoro si es verdad como se ha dicho que fué conducido ante mi madre.

—No, monseñor ; se le condujo directamente al castillo de Kenilworth, que le pertenecia, pues de lo que vuestra madre se ocupára era de vuestra coronacion.

—Oh! todo eso ignoraba yo entonces; á fé mia que lo que me hacian creer era que mi padre estaba libre, que espontáneamente renunciaba al trono de Inglaterra, cansado y fatigado de los negocios; y mientras tanto juraba yo no aceptarlo mientras él viviera; entonces me entregaron el acta de abdicacion en mi favor, yo reconocí la mano que la habia trazado; y cedí como á un mandato suyo; yo no sabia que mi padre se habia desmayado dos veces al escribirla. Sí, todavia aun ignoraba todo, por mi vida ; todo, hasta la decision del parlamento, que declaraba á mi pobre padre inútil para reinar, decision que le fué leida segun me han dicho despues, en su misma prision por el audaz Guillermo Trussel. Le arrancaron la corona de su cabeza para ponerla sobre la mia, y se me dijo que él me la daba libre y voluntariamente como á su

hijo muy amado, mientras él puede ser que me maldigera como á traidor y usurpador. Decidme por Dios, vos habeis estado largo tiempo cerca de él, le habeis oido decir alguna vez cosa semejante? Yo os conjuro á responderme como si respondiérais á Dios; llegó alguna vez á maldecirme?

—Nunca, señor, nunca: al contrario, se conceptuaba dichoso de que el parlamento le hubiera despojado del trono y que vos le hubiéseis sucedido.

—Está bien; ved ahí unas palabras que me alegran en algun tanto el corazon. Continuad pues, Maltravers.

—Entonces, señor, aun érais menor de edad, por lo cual se nombró á la reina regenta de Inglaterra.

—Sí, entonces me enviaron á hacer la guerra á los escoceses, que me hicieron correr de montaña en montaña sin que pudiera darles alcance; y á mi vuelta se me dijo que mi padre habia muerto; por lo demás yo no sé nada de lo que pasó en mi ausencia. Yo no conocia todavia los detalles que precedieron á su muerte: decidme pues todo, vos que debeis saberlo; porque

vos y Gurnay, fuísteis los que buscaron á mi padre en Kenilworth y los que no lo habeis dejado hasta su última hora.

4.

Una sentencia de teólogo.

Maltravers vaciló un instante en responder. El rey lo miró y viendo que palidecia y que un copioso sudor le corria por la frente, le dijo:

—Vámos, vámos, continuad, hablad, ya sabeis que no teneis nada que temer; pues os he dado mi palabra. Por otra parte, Gurnay ha pagado por vos y por él.

—Gurnay? dijo Maltravers temblando.

—Oh! sí. No sabeis que lo he hecho prender en Marsella, y que no he esperado que llegase á

Inglaterra para hacerle ahorcar como á un perro asesino?

—No, señor, no sabia eso; murmuró Maltravers apoyándose contra la pared.

—Pero no he hallado nada en sus papeles, y entonces he pensado que seríais vos quien hubiera guardado las órdenes; pues vos habeis debido recibirlas; la idea de crímenes semejantes no nace sino en la cabeza de aquellos que deben aprovecharse de su ejecucion.

—Tambien las tengo, señor, y las he conservado hasta el último momento como garantias de salvacion ó de venganza.

—Las teneis! y las traeis con vos?

—Sí, monseñor.

—Y me las dareis?

—Al instante.

—Está bien... Acordaos que os he ofrecido vuestra vida con la condicion de que me lo digais todo: tranquilizaos pues, y decídmelo sin ocultar nada.

—Apenas hubísteis partido con vuestro ejército, señor, continuó Maltravers con voz alterada todavia pero mas calmada, cuando nos escogieron á Gurnay y á mí para ir á prender á

vuestro padre en Kenilworth. Nosotros hallamos allí la órden de conducirlo á Corff; y no estuvo entretanto mas que unos dias en aquel castillo, del cual fué trasladado á Bristol, y de allí á Berkley, en el condado de Clancerber. Llegado allí, se le dejó bajo la salvaguardia del gobernador del castillo; pero nosotros jamás nos desviamos de él para cumplir las instrucciones que habiamos recibido.

—Y estas instrucciones cuales eran? preguntó Eduardo con una voz que se alteraba por momentos.

—El hacer que el prisionero se suicidase por no poder sufrir el mal trato que le diéramos.

—Esta órden se os participó en algun pliego? esclamó el rey.

—No, señor, fué verbal.

—Cuidado, Maltravers, con aventurar datos que no podais probarme.

—Señor, me habeis dicho que os diga la verdad, y ella es la que os refiero.

—Y quién... [Eduardo se detuvo.] Quién os diera esa órden?

—Rogerio Mortimer.

—Ah! esclamó Eduardo respirando.

—Pero el rey soportó todo con tanta dulzura y paciencia, que nos pareció á nosotros algunas veces imposible que este valor no fuera sino hijo de su presunta ruina.

—Infortunado padre! murmuró Eduardo.

—Por último, señor, nuestro mal trato en vez de desesperarlo lo hacia mas resignado y sufrido: viendo que se engañaban en sus esperanzas recibímos una mañana de parte del obispo de Herefort, una órden...

—Y la traeis? preguntó con viveza Eduardo.

—Vedla aquí, monseñor.

A estas palabras, Maltravers presentó al rey un pergamino en el cual estaba estampado el sello del obispo; Eduardo lo desdobló lentamente con mano trémula y vacilante.

—Pero como habeis podido obedecer las órdenes de un obispo? cuando el rey estaba ausente y la reina era regenta, todos gobernaban menos yo, y todos tenian derecho de muerte, cuando era yo solo el que lo tenia?..

—Leed, señor, dijo friamente Maltravers.

Eduardo leyó una sola línea del pergamino, de las que habia escrita y le bastó para reconocer la mano que las habia trazado.

—La firma de la reina! esclamó Eduardo estremeciéndose.

—Sí, la firma de la reina, continuó Maltravers; y yo bien la conocia, pues aunque no era ya su page, continuaba siendo su secretario.

—Pero... pero, continuó Eduardo volviendo á leer la órden, no veo aquí nada que haya podido autorizaros á cometer un asesinato; al contrario, la defensa es formal á mi parecer: «EDWARDUM OCCIDERE NOLITE TIMERE BONUM EST;» que quiere decir: BUENO ES TEMER EL NO MATAR Á EDUARDO.»

—Sí, porque vuestro amor filial supone la vírgula que decide del sentido de la frase, despues de la palabra NOLITE; pero la vírgula falta, y como nosotros conociamos los secretos deseos de la regenta y de su favorito, comprendímos que dicha vírgula debia ser puesta despues de la palabra TIMERE, y entonces dice: BUENO ES NO TEMER EL MATAR Á EDUARDO.

—Oh! murmuró Eduardo entre dientes y con la frente cubierta de sudor, oh! enviando semejante órden pensaron que el crímen cambiaria de interpretacion; no obstante esto es infame. Que se juegue así con las ecsistencias reales, va-

liéndose de semejante sofisma? Ved ahí la sentencia de un Teólogo. Oh! Dios mio, sabeis lo que pasa en vuestra iglesia?..

--Para nosotros, señor, la órden era formal, y obedecímos.

--Pero cómo ó de qué manera? pues yo mismo vine un dia despues de la muerte de mi padre; el cuerpo estaba aun sobre su lecho de respeto; lo hice revestir de las vestimentas reales, y buscaba por todo su cuerpo la traza de una muerte violenta, pues suponia que aquel crímen era de familia; no hallé nada, absolutamente nada. Conque así, Maltravers, decidlo todo, estais perdonado, y aunque yo deba morir de dolor al escuchar semejante relacion; decidlo todo, yo lo quiero; estoy tranquilo y fuerte, veamos.

Y al decir estas palabras se volvió hácia Maltravers, dando á su rostro una apariencia de calma, y fijando sus ojos sobre los del asesino: este trató de obedecer; pero á la primera palabra le faltó el valor.

—Perdonadme, señor, en nombre del cielo!.. el que os refiera estos pormenores. Yo os devuelvo vuestra palabra real; vos no me habeis prometido nada, hacedme conducir al cadalso.

—Te he dicho que queria saberlo todo, respondió Eduardo, y así sírvete continuar sin necesidad de que te haga mas preguntas. Si callas me serviré de la tortura para que hables... aunque creo que no habrá necesidad de emplear unos medios tan violentos.

—Entonces apartad los ojos de mí, monseñor: teneis tanta semejanza á vuestro padre, que creo verdaderamente, cuando me mirais y me preguntais así, que es vuestro mismo padre que sale de la tumba para pedir venganza.

Eduardo volvió la cabeza: y dejó caer su frente entre las manos, diciendo con voz sorda:

—Está bien, hablad ahora!

—El dia 21 de Setiembre por la mañana, continuó Maltravers, entramos en su cámara, como de costumbre; pero fuera que se lo daba el corazon, sea que la emocion de nuestros rostros en los cuales venia estampada la traidora accion que íbamos á cometer, el rey dió un grito de sorpresa al vernos; despues arrojándose de su lecho cayó de rodillas y juntando las manos nos dijo con voz ahogada por los sollozos y con violencia:

—«Oh! vosotros no me matareis sin permi-

tidme antes que me reconcilíe con un sacerdote?»

«Entónces cerramos la puerta.

—Sin concederle siquiera un sacerdote! esclamó Eduardo; sin concederle á un rey que tiene derecho á mandar y que no obstante os lo rogaba, lo que se concede al último criminal! Oh! pero esto no estaba en vuestras instrucciones! y sobre todo en vuestra órden se os decia que matárais el cuerpo pero no el alma.

—Un sacerdote lo hubiera descubierto todo, monseñor, pues el rey nunca hubiera dejado de decirle que se confesaba en peligro de muerte y que estábamos allí para asesinarlo. Vos veis, que en la órden de matarlo venia contenida la de que fuese sin confesion.

—Oh! murmuró Eduardo levantando las manos al cielo. Ah! Dios mio! habeis condenado jamás á un hijo á oir contar por el asesino de su padre semejantes horrores de su madre? Acabad, acabad, pues mi valor agoníza y mis fuerzas se agotan!..

—Nosotros no le respondímos: nos apoderamos de él, lo echamos sobre su lecho, y mientras que yo le tapaba la cara con una almohada, Gurnay, [os juro que fué Gurnay, señor,] Gurnay

le metió por el ano un hierro ardiendo, con el cual le quemó todas las entrañas.

Eduardo dió un grito, se levantó de golpe y mirando asombrado á Maltravers, esclamó:

—Déjame que te mire, desdichado, que me asegure bien de que eres un hombre. Sí, he ahí por mi alma un rostro humano, un cuerpo humano, una apariencia humana. Oh! demonio, medio tigre y medio serpiente, quién te ha permitido tomar así la semejanza del hombre que es la imágen de Dios?

—La idea del crímen no era original nuestra, señor... era sí de...

—Silencio! esclamó Eduardo poniéndole una mano en la boca, ó tu cabeza paga; no quiero saber de quién era. Escucha, te he prometido la vida, te la doy, ya tienes cumplida mi palabra; pero préstame atencion y oye lo que voy á decirte. Desde aquí en adelante, á la menor palabra que salga de tus lábios, á la menor indiscrecion de tu parte sobre los amores de la reina y de Rogerio, á la mas leve acusacion de complicidad de mi madre en este horrible asesinato, te juro por mi palabra real, que bien sabes sé observar, que el nuevo crímen será pagado de

modo que hagan lenguas de él los siglos venideros. Así pues olvídalo todo: que el pasado no sea para tí sino un sueño calenturiento que se desvanece al mismo tiempo que el delirio que lo ha causado. El que reclama el trono de Francia por derechos de su madre, debe tener una madre, que sea inocente y pura... Una madre de la cual no se pudiese sospechar nada, pues por mas débil que sea, como muger, no debe cometer los crímenes del demonio.

—Yo os juro guardar el secreto, monseñor. Ahora qué quereis de mí?

—Que esteis pronto á acompañarme al castillo de Redinge, donde está la reina.

—La reina... vuestra madre?

—Sí, no estás acostumbrado á servirla? no está ella acostumbrada á mandarte?.. Yo te he buscado un nuevo empleo en su casa

—Estoy á vuestras órdenes, señor; haced de mí lo que querais.

—Vuestras obligaciones serán fáciles de cumplir: se concretarán solamente á no dejar nunca pasar á mi madre de la puerta del castillo del cual sereis gobernador.

A esta palabra, Eduardo salió haciendo seña

á Maltravers para que lo siguiese.

En la puerta del palacio halló al conde Juan de Hainaut y á Roberto de Artois que le esperaban. Los dos se admiraron de la horrible palidez del rey; pero como marchaba con paso firme y montó á caballo sin necesidad de que nadie le ayudase, no se atrevieron á hacerle ninguna pregunta, y se contentaron con seguirle al paso corto de sus cabalgaduras. Maltravers y sus dos guardias venian detras á alguna distancia. La pequeña cabalgata siguió silenciosamente por la orilla del Támesis y atravesando á Windsor pronto descubrieron las altas torres del castillo de Rendige.

Estaba prisionera en una de las cámaras de este castillo, desde la ejecucion de Rogerio de Mortimer, la reina Isabel de Francia, viuda de Eduardo II de Inglaterra. Dos veces en el año, y en dos épocas fijas, el rey venia á visitarla. El temor de la madre fué grande cuando la puerta de la cámara se abrió y anunciaron á su hijo, en una época que él no tenia costumbre de presentarse ante ella.

La reina se levantó temblorosa y quiso venir ante Eduardo; pero á la mitad del camino las

fuerzas le faltaron hasta el punto de tenerse que apoyar sobre un sitial: al mismo momento el rey apareció acompañado de los condes Juan de Hainaut y Roberto de Artois. El dió algunos pasos hácia su madre, que le tendió la mano; pero Eduardo sin tomarla se inclinó ante ella. Entonces la reina juntando todo su valor y esforzándose para sonreir, le dijo:

—Mi querido señor, á qué buen pensamiento filial debo la dicha de vuestra visita, en unos momentos que menos la esperaba?

—Al deseo que tenia de reparar mis faltas hácia vos, señora, dijo Eduardo con voz sorda y sin levantar los ojos; yo os habia supuesto mil errores, mil faltas y mil crímenes. La voz pública os acusaba, señora, sin que felizmente hubiera contra vos otras pruebas mas que las hablillas del vulgo. Pero hoy, hoy mismo he adquirido la conviccion de vuestra inocencia.

La reina vaciló.

—Sí, señora, continuó Eduardo, la conviccion plena y entera, y he traido conmigo á vuestros antiguos amigos y caballeros Juan de Hainaut y al conde Roberto de Artois, á fin de que ellos estuviesen presentes á la pública retracta-

cion que voy á hacer de mis pasados yerros hácia vos.

La reina miró con esquivez á los dos caballeros que, silenciosos y estupefactos, asistian á aquella escena: despues se volvió hácia Eduardo, que continuó con el mismo acento y los ojos bajos siempre:

—Desde hoy el castillo de Redinge no es ya una prision, sino una residencia real. Tendreis, señora, como en otros tiempos, pages y damas de honor y un secretario; sereis tratada como se debe á la viuda del rey Eduardo II y madre de Eduardo III, y en fin, como la augusta hermana del difunto rey Cárlos el Noble, y como poseedora de los derechos incontestables á la corona de Francia.

—Es un sueño lo que me pasa? dijo la reina; puedo creer en tanta dicha?

—No, señora, no es sueño, es realidad, y como última prueba voy á presentaros el gobernador que he escogido para que guarde vuestra sagrada persona. Entrad, caballero de Maltravers, dijo Eduardo.

El caballero apareció. La reina dió un grito y se cubrió los ojos con sus manos, como si hu-

biera visto á un espectro.

—Qué teneis, señora? dijo Eduardo creia haceros un favor con traeros uno de vuestros antiguos servidores; este hombre no ha sido á un tiempo vuestro page y vuestro secretario? no fué él el confidente de todos vuestros pensamientos, y no podrá desempeñar aun el de guardar vuestra persona, y responder de vuestra inocencia como vos misma?

—Oh! oh! Dios mio! si quereis hacerme morir, matadme al punto, monseñor.

—Yo! pensar en mataros, señora? al contrario, quiero que vivais largo tiempo; y la prueba es la órden que he dejado en manos del gobernador Maltravers: leedla, señora... leedla.

La reina puso los ojos en el pergamino firmado con el sello real, y leyó en voz baja: ISABELLAM OCCIDERE NOLITE; TIMERE BONUN EST.

A esta última palabra dió un grito y cayó desmayada en el sitial. Los dos caballeros dieron algunos pasos hácia la reina para socorrerla; pero Eduardo se fué hácia Maltravers; y le dijo:

—Gobernador, ahí teneis vuestras instrucciones. Esta vez conocereis que son positivas. BUENO ES TEMER EL MATAR Á ISABEL... Parta-

mos, caballeros, continuó Eduardo; es menester que estemos en Lóndres antes que amanezca. Cuento con vosotros para proclamar la inocencia de mi madre.

Al decir estas palabras salió seguido de Juan de Hainaut y Reberto de Artois, dejando á la reina que empezaba ya á volver en sí, encontrándose á solas con su antiguo secretario.

Nuestros lectores se admirarán quizá de este rasgo de clemencia del rey Eduardo III, mucho mas raro sobre todo en un momento en el que habia adquirido la prueba del crímen del cual su padre habia sido víctima; pero la política era mas poderosa que la conviccion, y habia comprendído que en la hora en que iba á reclamar el trono de Francia por derechos de su madre, debia ser Isabel tratada como reina y no como prisionera.

5.

Los embajadores.

Al dia siguiente á la noche en que sucedieron estos acontecimientos que ya habemos referido, salieron tres embajadores de Lóndres; el primero se dirigió hácia Valenciennes, el segundo á Lieja, y el tercero á Gante. La primera embajada tenia por gefes á Pedro Guillermo de Montaigu, conde de Salisbury, y á Juan de Hainaut, señor de Beaumont, é iba dirigida á Guillermo de Hainaut, suegro de Eduardo III.

La segunda se componia de los señores Enri-

que, obispo de Lincoln, y de Guillermo de Clinton, conde de Huntington; esta embajada iba dirigida á Adolfo de Lamark, obispo de Lieja. A estas dos embajadas seguian multitud de caballeros, de pages y de criados, iban dignas en fin del poder y esplendor del rey que iban encargadas de representar, pues constaba cada una de mas de cincuenta personas.

Pero la tercera estaba bien léjos de corresponder á la rica é importante apariencia de las dos primeras; pues como si las otras hubiesen sido formadas á sus espensas, iba reducida á dos mayordomos y un criado, aun estos dos mayordomos parecian por la sencillez de sus vestidos pertenecer á la clase media de la sociedad. Verdad es que esta embajada iba simplemente dirigida á Santiago de Artevelle, al cual el rey de Inglaterra, temiera humillar si es que le mandára una mas numerosa y brillante cabalgata; no obstante, por humilde que sea esta última, nos permitirán nuestros lectores que sea la que sigamos; y con el objeto de hacer conocimiento con ella, empezémos por echar una mirada sobre los dos hombres de que se compone y que en este momento atravesaban las calles de Lóndres.

El uno de los dos, que era el mas alto, llevaba una especie de ropage largo de color mahon, y cuyo capuchon ocultaba enteramente su rostro; este ropage guarnecido de pieles, tenia en sus largas mangas una abertura que, de cada lado dejaba pasar el brazo; y era pues facil de ver que cubria una chupa de paño verde, parecido al que se fabríca en el pais de Gales, y que es demasiado grueso para ser llevado por los grandes señores, siendo no obstante demasiado fino para que lo vistan diariamente las gentes del pueblo. Las botas de cuero con sus anchas puntas, pero sin ecsageracion en cuanto á largura, desaparecian bajo aquel ropage y apoyábanse simplemente sobre los estribos de hierro. En cuanto al caballo castaño que servia de montura al embajador, parecia á primera vista pertenecer á la clase media, como su dueño; no obstante, despues de un momento de inspeccion, un hábil conocedor hubiera facilmente distinguido en su magestuoso cuello, en su cabeza erguida, en sus anchas ancas y en sus finas piernas, en las que se cruzaban mil y multiplicadas venas, que aquel caballo pertenecia á esa pura raza normanda, tan apreciada en aquellos tiempos, porque reunia á

la ligereza el valor: tambien era evidente que el noble animal no obedecia á su dueño que lo forzaba á marchar al paso, sino porque conociera que el que lo montaba era un picador ejercitado, y prueba todavia mas de que aquel modo de andar no era el suyo, que al cuarto de hora de camino le corria el sudor á arroyos y lanzaba al aire copos de espuma, cada vez que con impaciencia levantaba su erguida cabeza.

En cuanto al segundo personaje no se parecia en nada al compañero que acabamos de bosquejar; era un hombre pequeño, blanco y delgado; sus ojos de los cuales dificilmente se podia conocer su color, tenian una espresion de esa fina adulacion que se encuentra tan amenudo entre los hombres del pueblo, que por un accidente de política han llegado á ocupar un primer puesto en el estado; pero que no por eso pueden nunca poseer esa finura aristocrática que ellos desprecian porque se proponen imitarla y no lo consiguen. Sus cabellos rubios no estaban peinados ni como los de los señores, ni como los de las gentes comunes; en cuanto á su barba parecia la tenia hacia largo tiempo bien poblada, de modo que no se podia decir si su intencion era de

llevarla larga, ó si era mas bien juego de lo raro de su apariencia. Su ropage se componia de una opalanda de paño gris, y sin cinturon con su gran capuchon; su cabeza iba cubierta con una gorra de lana del mismo color, con una especie de ornamento verde al rededor, y sus pies iban calzados de botines de punta redonda y trenzados hasta la caña del pié, como nuestros borceguíes. En cuanto á su montura, que parecia haber sido escogida particularmente á causa de su dulzura, era un jumento, lo que indicaba á primera vista que el caballero no era noble, pues no se creia que un gentil-hombre se hubiera bajado hasta el punto de montar una semejante bestia.

Cuando pasaron las puertas de la ciudad á unos cien pasos poco mas, el mas alto de los dos caballeros, no apercibiendo al léjos mas que dos viageros y algunos paisanos, se bajó el capuchon con que habia llevado cubierta enteramente la cabeza, mientras habia estado en las calles de Lóndres. Se pudo ver entonces que era un gallardo jóven como de unos veinte y cinco á veinte y seis años; de cabellos negros y ojos azules, y barba roja; iba cubierta su cabeza de una pequeña toca de tul negro, á la cual su encaje vo-

lado daba la forma de un casquete. Aunque parecia tener la edad que nosotros hemos indicado, se advertia que tan solo habia perdído el primer color de la juventud y su frente pálida estaba surcada por una arruga profunda que indicaba que mas de un pensamiento grave habian hecho inclinar su cabeza; no obstante se asemejaba á un prisionero que acaba de recobrar su libertad; parecia tener sacudida toda zozobra y olvidado en un momento todos sus sérios asuntos, pues fué con un aire de franqueza y buen humor marcado como se aprocsimó á su compañero, arreglando al mismo tiempo el paso de su caballo para que marchase al lado del jumento del otro. Sin embargo se pasaron algunos minutos sin que ninguno de los dos desplegase sus lábios.

—Por san Jorge! compañero, dijo el jóven de la toca negra rompiendo el silencio; cuando se vá por un largo camino como vámos nosotros, y el cual debemos atravesar juntos, creo muy buen pensamiento que se haga conocimiento lo mas pronto posible; esto es mucho mejor para pasar la noche y para ganar amistades; por otra parte, presumo que no venis muy contento con

el resultado de vuestra embajada de Gante á Lóndres, y un buen compañero como yo debe poneros al corriente de las costumbres de la capital. Si hubiéseis nombrado los señores mas influyentes de la córte y os hubiéseis antes aprovechado de las cualidades del soberano hácia el cual habeis sido enviado, hubiéseis obtenido un écsito feliz. Asi pues, desearia yo saber lo mismo con respecto á Gante, ya que mi buena fortuna me ha dado vuestra compañia en el viage, y empezarémos porque me digais vuestro nombre y vuestro estado, pues me presumo que el vuestro no es el de embajador.

—Me permitís que os haga la misma pregunta? respondió con aire receloso el hombre de la gorra gris bordada de verde.

—Sin duda: la confidencia debe ser recíproca.

—Y bien! mi nombre es Gerardo Denis; soy oficial de tejedores de Gante, y aunque soy grave en mi estado, estoy obligado de cuando en cuando á dejar descansar el hilo de la lanzadera, para estrechar mi mano con la de Santiago de Artevelle, en el manejo de los asuntos públicos; que se tratan mas en Flandes que en los demás paises, para ser administrados por los ofi-

ciales de corporacion, los cuales, siendo del pueblo, saben al menos lo que les falta. Ahora os toca hablar, pues os he dicho, segun creo, lo que queríais saber.

—Yo, respondió el caballero, me llamo Walter; mi familia, aunque rica y de grande nombradía, tuvo infinidad de pleitos, en la pérdida de los cuales se gastó la mayor parte de nuestra herencia. Vine al mundo al mismo tiempo que el rey Eduardo III y me he criado con la misma leche que él, lo que ha hecho que me profese una gran amistad. En cuanto al sitio que ocupo en la córte, no sé calificarlo: acompaño al rey á todas partes, á las cacerías, en el ejército, en el consejo; en fin, cuando quiere juzgar alguna cosa como si la viese por sus propios ojos, me encarga segun tiene costumbre vaya yo á verla á su trono. Y ahí vereis por qué me envia á Santiago de Artevelle, al cual tiene por amigo y lo considera particularmente como aliado.

—No me pertenece criticar la eleccion que haya hecho un príncipe tan poderoso y sábio como lo es el rey de Inglaterra, respondió Gerardo Denis inclinándose; pero me parece que ha es-

*

cogido un mensagero bastante jóven, cuando á esto debe venir un buen maulon para que no tenga que valerse de perros nuevos y sí de perros viejos ya egercitados en no pocas cacerías.

—Lo que decís es bueno, cuando el objeto es de engañarse el uno al otro, y tambien cuando se trata de política y no de comercio, respondió sencillamente el que se daba el nombre de Walter: pero cuando se vá á tratar francamente de un cambio de mercancías, basta que sea entre gentiles-hombres, sean jóvenes ó viejos.

—Entre gentiles-hombres? repitió Gerardo Denis.

—Sí; Santiago de Artevelle no es de familia noble? respondió con negligencia Walter.

Gerardo soltó una carcajada.

—Sí, sí, de familia tan noble, que el conde de Valois, padre del rey de Francia, queriendo hacer un viaje en su juventud á fin de que nada faltase á su brillante educacion, se dirigió á Rodas, llevándoselo consigo y á su vuelta el rey Luis VIII lo halló tan bien adelantado en su oficio de pastelero, que le dió en su córte el empleo de primer cocinero, y por mi alma, que lo hizo director de dulzuras. De suerte que,

gracias á la alta funcion que él ocupaba, logró hacer un famoso matrimonio, pues casó con una cerbecera de miel y...

—Entonces, repitió Walter, habrá hecho un gran mérito personal para adquirir el poderio que goza en Flandes.

—Sí, sí, dijo Gerardo con su eterna sonrisa que solamente cambiaba de espresion segun las circunstancias; sí, tiene voz bastante fuerte y puede esclamar en alto y largo tiempo contra la nobleza; este es un gran mérito como vos decis á cerca de las gentes que han cazado á los nobles y han proscripto la hidalguia.

—Es realmente tan rico como dicen?

—No es dificil enumerar los tesoros cuando, como si fuera un príncipe de Oriente, pasan sus rentas, sus tributos y todas sus caudales, sin dar otras cuentas que las que tiene á bien, y cuando es de tal modo codicioso, que no es mas que un avaro que se atreve á rehusar prestaros sea cual sea la suma que se le pida, y por muy ágil y sábio que sea el que se la demande, no recibirá jamás suyo ni un esterlin.

—Decís que Santiago es codicioso? yo lo creia galante.

—Y sino fuera asi, tuviera él constantemente á su al rededor sesenta ú ochenta guardias que le custodian como á un emperador romano, y que no dejan aprocsimar á su persona ni hierro, ni acero? Verdad es que dicen generalmente que mas le sirven para defenderlo que para custodiarlo; y, para entre nosotros, hay entre ellos, dos ó tres que saben de tal modo sus mas profundos secretos, que cuando encuentran un enemigo de Santiago, no tiene éste mas que hacer una señal y entonces su enemigo, desaparece por muy poderoso y grande que sea. Quereis que os diga quienes son estos? continuó Gerardo Denis dando una palmada en el hombro de Walter que parecia escucharlo apenas.

Despues de un momento de silencio continuó el embajador-hilandero.

—Esto no durará mucho tiempo; hay hombres en Gante que valen mas que Santiago y que efectuarian tambien ó mejor que él, los tratados de política y de comercio que hace con Eduardo de Inglaterra, y que serian aun de mas conveniencia para un tan grave rey... Pero, diablo, volved en vos; qué pensais?

—Os escucho, caballero Gerardo; no pierdo

ni siquiera una palabra de lo que decís, respondió Walter con distraccion.

Sea que pensó que una atencion demasiado sostenida daria que sospechar á su interlocutor, sea que hubiese oido lo que deseaba saber, ó sea en fin que estuviese realmente preocupado por un objeto que habia llamado sus miradas.

—Os estoy escuchando, prosiguió Walter, sino que miro aquella magnífica garza-real que acaba de levantar su vuelo y que ha salido de aquel cañaberal, y estoy pensando que si tuviera aquí uno de mis alcones, se lo echaria para daros el gusto de que viérais cazar al vuelo. Eh! pero por mi honor, que lo tendrémos aunque no sea esta: y veis allá abajo, allá abajo, mirad un alcon que se lanza en persecucion de nuestra amiga con su largo pico. Os! os! esclamó Walter como si el noble pájaro pudiese oirle. Eh! ved, maese Gerardo, ved; la garza ya ha apercibido á su enemigo. Ah! voto al diablo! esclamó el jóven caballero, tu llevas muy buena huida ahora; si tu adversario es de buena raza, eres perdída!..

En efecto, la garza que vió el peligro que le amenazaba, dió un pio, el que apenas se oyó á

causa de su distancia y empezó á remontarse tan rápidamente, que parecia iba á esconderse entre las nubes. El alcon que desde donde estaba apercibió la intencion de la garza, empleó para atacarla los medios de que se habia valído su presa para defenderse, y mientras que ésta se elevaba verticalmente, trazó él una línea diagonal que se estendia hasta el punto donde debian encontrarse los dos.

—Bravo! bravo! esclamó Walter, que se habia tomado en este espectáculo todo el interés que tenia de costumbre inspirar á los gentileshombres: bien atacada, bien defendída. Os! os! Roberto, reconoces tú ese alcon?

—No, monseñor, no, respondió el escudero tan embebido como su amo en el combate que iba á empezar; perc sin saber á quien pertenece, yo responderia por su vuelo que es de buena raza.

—Y tú no te equivocarías, Roberto.

—Por mi alma! tiene un golpe de alas de gerifalte, y dentro de un instante vais á verlos juntos. Ah! malas trazas te has dado, mi noble pájaro, y la peor ha sido de valerte de las alas y no del pico.

En efecto, la garza habia tambien calculado sus fuerzas, que en el momento que el alcon la esperaba habia casi desaparecido. El pájaro cazador continuó pues su ruta, pasando algunos pies á distancia de ella, pero sin atacarla. La garza se aprovechó al instante de esta ventaja, y cambió de direccion su vuelo, y ensayó de ganar el espacio para escapar por la distancia en lugar de hacerlo por la altura.

—Y bien! esclamó Roberto confundído, habiamos juzgado mal á nuestro alcon, buen señor? Vedlo ahí, por mi alma, tan cobarde como la garza.

—Eh! no, esclamó Walter que hallaba herido su amor propio por el alcon; no ves como toma el aire? Eh! mira, mira: helo aquí que viene á nosotros. Os! os!..

Walter no se engañaba: con la rapidez de sus alas, el alcon habia dejado tomar la distancia á su enemiga para ponerse á su altura, y entonces acometerle describiendo siempre una línea ascendente. La garza echó de nuevo un vuelo de destreza y renovó su manejo, ensayando remontarse perpendicularmente como habia hecho la primera vez. A poco de un instante de esta lu-

cha, los dos pájaros estuvieron prontos á desaparecer entre las nubes; la garza parecia una golondrina, y el alcon no mas que un punto negro.

—Que lo tiene encima! que lo tiene encima! esclamó Walter; pues por mi honor que están tan altos que apenas los distingo.

—Ni yo tampoco, monseñor.

—Bien; ved ahí á la garza que nos responde, dijo el jóven caballero refregándose las manos de gozo; pues sino se les apercibe aun, se les oye todavia. Mirad, maese Gerardo, mirad bien; pues vais á verlos descender mas pronto que se han remontado.

Apenas Walter acabó de pronunciar estas palabras, cuando los dos pájaros empezaron á aparecer. Pronto fué fácil de conocer que el alcon venia encima de la garza; y ésta, atacada de grandes y repetidos picotazos, no respondia al alcon mas que por pios; en fin, decayendo sus alas, se dejó caer como una piedra á quinientos pasos cerca de nuestros viageros, siempre perseguida por su adversario, que descendió casi al mismo tiempo que ella. Al instante Walter echó su caballo á galope en direccion hácia donde los habia visto caer, y abriendo camino por aquellos

escarpados y agrestes sitios, logró llegar prontamente al lugar donde el alcon vencedor ronzaba ya los cesos de la vencida.

6.

O mercader, ó guerrero.

Al primer golpe de vista, el jóven caballero reconoció que el alcon pertenecia á la bella Alicia de Granfton. Entonces, como ninguno de los funcionarios parecia, ni tampoco ninguno de los cazadores habia llegado, se bajó del caballo, pasó por el pico de la garza un anillo de esmeraldas de muy gran precio, y llamando por su nombre al alcon que vino á ponerse sobre su puño, volvió á montarse en su caballo, reuniéndose á sus compañeros, y se pusieron en camino, au-

mentando la embajada con un nuevo compañero. Apenas hubieron andado un cuarto de legua, cuando oyó gritar tras de sí, y volviéndose apercibió un jóven que corria á él, á todo escape; en él reconoció a Guillermo de Montaigu, sobrino del conde de Salisbury, y se detuvo para esperarle.

—Señor caballero, gritó el jóven doncel á lo léjos creyéndo que lo oirian, el alcon de madama Alicia ni se compra ni se vende; tened pues la bondad de devolverlo por este anillo, que ella os envia, ó juro por mi alma, os he de dar una leccion!

—Mi noble page, dijo friamente Walter, dirás á tu señora que habiendo partído de viaje y habiendo olvidado mi alcon, que es el compañero inseparable de todo noble caballero; me llevo el suyo y le dejo ese anillo en agradecimiento. Ahora si la bella Alicia no cree el gage suficiente, ves tú mismo á mi alconeria, y toma para ofrecerle los dos mejores gerifaltes que hallarás en la percha.

Entonces fué mas grande la admiracion de Gerardo Denis que habia oido las amenazas del jóven caballero, al ver al page palidecer y tem-

blar á las primeras palabras que le dirigió Walter, y cuando hubo acabado de hablar este mensagero tan terrible, inclinarse respetuosamente y sin vacilar en obedecer retirarse y ni aun atreverse á responder.

—Vámos, dijo Walter fingiendo no conocer la admiracion de sus camaradas, en marcha, maese Gerardo; hemos atrazado un poco el camino, si bien es verdad que hemos presenciado una bella caceria, y que he adquirido un noble pájaro.

Al decir estas palabras, aprocsimó sus lábios al alcon, lo besó varias veces y volvió á ponerse en camino.

—No hay que dudarlo, murmuró el jóven doncel volviendo su caballo hácia donde le esperaba la bella Alicia y mirando tristemente la magnífica caza, de la cual iba encargado de llevársela: no hay que dudarlo, él la ama!

En cuanto á Walter, tal era la preocupacion en que lo habia puesto esta aventura, que llegó al sitio donde debia pasar la noche, sin haber dirigido una palabra á maese Gerardo Denis.

A la mañana siguiente, los dos viageros se levantaron al amanecer; parecian estar acostum-

brados á estas marchas matinales, el uno como soldado y el otro como de mediana condicion: los preparativos de partída fueron hechos con una celeridad propia de militares, y apenas el sol asomó sus brillantes rayos en el horizonte, ya nuestros caballeros estaban puestos en marcha.

A un cuarto de legua del lugar donde habian pasado la noche, el camino que seguian se separaba en dos veredas la una conducia á Haruwich y la otra á Yarmouth: Walter habia ya dirigido su caballo hacia la última; cuando su compañero parando el suyo, le dijo:

—Con vuestro permiso, caballero, si lo permitís tomarémos la vereda que conduce á Haruwich, pues tengo asuntos indispensables que arreglar en esta ciudad.

—Habia creido, dijo el jóven caballero, que hubiéramos hallado en Yarmouth los medios de transporte mas fáciles.

—Pero menos seguros, repitió Gerardo.

—Es posible; no obstante, como la línea era mas recta por este lado, me presumí que la preferiríais lo mismo que yo.

—La línea mas directa, señor, es la que conduce mas pronto á donde se quiere ir, y si

tenémos ganas de llegar sanos y salvos á Gante es menester dirigirse á Newport y no á Ecluse.

—Y por qué?

—Porque hay enfrente de esta última ciudad cierta isla de Cadsand, que está gobernada por el caballero Guy de Flandes, hermano bastardo del Conde Luis de Cressy, nuestro ex-señor, por el duque de Hallewyn, y por el caballero Juan de Rodas que son capitanes y soberanos, y que puede ser que pidieran por nuestras dos personas una tan crecida suma, que fuera imposible ser pagada por un oficial de tejedores ni por un simple caballero.

—Bah! respondió Walter riendo y dirigiendo su caballo con destreza hácia el camino que ya su prudente compañero habia tomado, estoy cierto de que Santiago de Artevelle y el rey Eduardo III no dejarian á sus embajadores morir prisioneros por falta de una suma, aunque esta ascendiese á mil escudos de oro.

—No se lo que el rey Eduardo haria con el caballero Walter, respondió el tejedor; pero de lo que estoy seguro es de que por muy rico que sea Santiago, no daria su dinero para que en semejante caso fuese rescatado su amigo Gerardo

Denis aunque fuera aprisionado por los sarracenos que son mas perros descreidos que los caballeros de Flandes. Permitidme pues que no me lleve sino por mí mismo y por mi propia seguridad; no hay amistad de rey, de hijo, ni de hermano, que defienda el pecho de un hombre tan bien como el escudo que sostiene su brazo y la afilada espada que arma su mano: yo no tengo espada ni escudo, verdad es, y si las tuviera, jamás me serviria ni de la una ni de la otra, atendiendo á que mas amenudo manejo el hilo de la lanzadera, que la daga y el puñal; pero tengo la prudencia y la astucia que son armas ofensivas y defensivas que valen á veces mucho mas que otras, sobre todo cuando se hallan dirigidas por una cabeza incesantemente preocupada de evitar toda mala aventura, al cuerpo que tiene el honor de soportarla.

—Pero, repitió Walter queriendo evitar la guarnicion de Cadsand, no nos espondrémos á encontrar uno de esos piratas aventureros normandos, bretones, genoveses, picardos ó españoles que viven á espensas de los despojos de los pacíficos vasallos del rey Felipe de Francia, y creeis que Hugo Quieret, Nicolás Béhuchet ó

Bárbevaire serian de mejor condicion para respetarnos, que los señores Gui de Flandes ó Hallewyn, ó Juan de Rodas?

—Oh! estos son mas amigos de las mercancías que de los mercaderes, y en caso de encontrárnoslos, le dejariamos nuestra carga y asunto concluido.

—Teneis acaso un barco fletado á vuestras órdenes en el puerto de Harwich?

—No, por desgracia. No tengo mas que una pequeña galera apenas mayor que una chalupa que he fletado por mi cuenta para cuando parta á Flandes, y no puede cargar mas que con trescientos sacos de lana; si yo hubiese creido hallar las mercancías tan fácilmente y á tan buen precio, hubiera tomado una mas grande.

—Yo estaba creido, dijo Walter, en que el rey Eduardo habia embargado toda la lana de Inglaterra y que estaba prohibida la esportacion del reino bajo penas bastante fuertes.

—Eh! esto es lo que hace las especulaciones mas productivas. Y así desde que supe que Santiago queria enviar un embajador al rey, le he pedído la preferencia; pues hé calculado que en mi cualidad de enviado de las buenas ciudades

de Flandes, me creerian mas ocupado en política que en comercio y que tendria por consecuencia lugar de hacer un buen negocio: no me habia equivocado, y si llego á Gante sin la menor novedad, estoy en que mi viage no habrá sido en valde.

—Pero si el rey Eduardo en lugar de enviar un mensagero para tratar directamente con Santiago de Artevelle, hubiese levantado de pronto, segun la demanda que vos le habeis hecho la prohibicion, puesta sobre la esportacion de las lanas, me parece que vuestra especulacion hubiese sido menos lucrativa, pues que habeis hecho, segun creo, vuestros contratos antes de venir á Lóndres, y que habiendo tratado por consecuencia de una mercancia prohibida habeis debido de pagarla mas cara.

—Se vé claramente, mi jóven compañero, respondió Gerardo Denis, que estais mas ocupado en caballería que en comercio, porque sino, no haríais semejante observacion.

—Confieso que vuestra contestacion es justa; pero quisiera saber como os hubiérais portado en ese caso.

—En ese caso yo hubiera hecho todo lo po-

sible por retardar la publicacion del decreto y asegurar la venta; y como yo hubiese sido á la vez el portador del decreto y de las lanas, habria dejado mi porta-pliegos cerrado, en tanto que mis sacos hubiesen estado abiertos; pero esto no hubiera durado mucho tiempo, continuó Gerardo con un suspiro, pues las tres cuartas partes de nuestras fábricas están cerradas no por falta de operarios, á Dios gracia, sino de género.

—Hay pues carestía en Flandes de las lanas inglesas?

—Carestía! esta es la palabra. Escuchad, respondió Gerardo con un aire confidencial, y aprocsimándose á Walter y bajando la voz aunque iban solos por el camino real, habria una grande especulacion que tentar si vos quisiéseis.

—Cual? yo no pido mas que acabar mi educacion comercial y tanto mas cuando vos me habeis dado el aire de maestro que me es necesario para instruirme pronto.

—Qué pensais vos hacer en Yarmonth?

—Tomar un barco del rey como me autorizan mis poderes.

—Esta autorizacion está hecha para un solo punto?

—Está hecha para todos los puntos de Inglaterra.

—Pues bien! tomad en Harwich el barco que pensais tomar en Yarmonth, no hay necesidad de que tenga la dimencion del *Eduardo y Cristobal* que son, segun dicen, los dos navios mayores que se han construido sobre el dique; pero de una altura regular, con una bodega que pueda contener la fortuna de dos hombres, y cuando lo hubiéreis tomado, lo llenarémos de las mejores lanas del pais de Gales; y le harémos seguír por nuestra pequeña galera que es inútil de perder, y llegados allá abajo, partirémos como hermanos. Si no teneis dinero no importa, yo tengo crédito.

—Vuestra idea es sublíme, dijo Walter.

—No es así? esclamó Gerardo con los ojos brillantes de gozo.

—No hay mas que un obstáculo que se oponga, y este es que yo en conciencia no puedo ponerlo en ejecucion.

—Y por qué? preguntó Gerardo.

—Porque yo he sido el primero que aconsejó al rey que no dejase salir ni una sola berija de lana de las puertas de Inglaterra.

Gerardo hizo un movimiento de sorpresa.

—Deseo que lo que acabo de deciros no os inquiete, compañero, continuó Walter sonriéndose á la vez; vos ya teneis comprado trescientos sacos, está bien, vendedlos; pero creed en un hombre que os habla como amigo; no persistais en vuestra especulacion. En cuanto á mí, como ya lo habreis adivinado, me ocupo mas de la guerra que del comercio, y como estos dos estados son incompatibles, deseo quedarme guerrero como antes.

Y despues continuó:

—Roberto, dadme el gerifalte.

Al decir estas palabras, tomó sobre su puño el alcon de la bella Alicia, pasándose al camino opuesto al que se hallaba Gerardo; y dejó al gefe de los tejedores continuar solitariamente su camino tan aturdído de la manera que habia sido recibida su proposicion, la que el hallaba tan natural y que en el estado que Walter se hallaba hubiese sido tan ventajosa para ambos.

Dejémoslos continuar su camino silenciosos hasta Harwich, y lanzémos para inteligencia de los hechos que van á seguir, y la apreciacion de los muchos personages que vamos á poner en es-

cena, una rápida ojeada sobre Flandes, mansion privilegiada de los tres reinos del comercio occidental, Ypres, Bruges y Gante.

7.

Esplicaciones importantes.

El interregno que habia seguido á la muerte de Coradino, ejecutada en Nápoles en 1268 por órden de Cárlos de Anjou, hermano de san Luis, causando grandes turbulencias electivas en Alemania, habia dado tiempo á los señores, como ya hemos dicho, de sustraerse de la jurisdiccion del imperio; las ciudades de los al rededores instruidas ya por el egemplo que acababan de darles, se valieron de la astucia para escapar del poder feudal.

Mayence, Strasbourg, Worms, Spire, Bale, y todas las capitales del Rhin hasta, la Moselle, hicieron un tratado ofensivo y defensivo, que tenia por objeto substraerse de las violencias de sus señores, los cuales se revelaban contra el imperio y contra la Francia: lo que ecsitaba sobre todo á esta defensa era el amor á la propiedad, que les habia inspirado la riqueza que el comercio repartia sobre los establecimientos públicos. En esta época en la que el cabo de Buena Esperanza no habia sido descubierto por Bartolomé Diaz, ni pasado por Vaco de Gama, todos los transportes se hacian por carabanas: estas carabanas partian de la India, donde se reunian todos los productos del Océano; pasaban las orillas del golfo pérsico, ganaban á Rodas ó á Suez y de allí se conducian á Venecia: allí las mercancías eran depositadas desde el principio en los bazares magníficos de la serenísima ciudad, que en seguida las espedian para las puertos del Mediterráneo con la ayuda de sus mil bageles; estas nuevas carabanas trazaban una línea á traves de los condados independienes del Tirol y del Wurtemberg; vadeaban el Rhin hasta Bale, atravesaban el rio bajo de Strasbourg, seguian

por el arzobispado de Treves de Lucemburgo y Brabante y llegaban á Flandes, despues de haber llenado en la travesia los mercados de Constacia y de Stuttgard, de Nuremberg, de Augsbourg, de Francfort y de Colonia, ciudades construidas para tales negocios. Es así que Bruges, Ypres y Gante, habian llegado á ser las ricas sucursales de Venecia, era de sus almacenes de donde salian para repartirse en Borgoña, en Francia y en Inglaterra las drogas de Bornéo, los tegidos de Cacimir, las perlas de Goa, y los diamantes de Guzarate. En cuanto á los terribles venenos de Celébes, se decia que la Italia se habia reservado el monopolio. En cambio las ciudades asiáticas, recibian los cueros de Francia y las lanas de Inglaterra.

Se conoce pues fácilmente que estos ricos aldeanos que podian rivalizar en lujo con los señores del imperio de Inglaterra y de Francia, dificilmente se someterian á las ecsacciones de los duques y condes. Asi los señores estaban siempre en guerra con ellos cuando no lo estaban con la Francia.

Esto fué en tiempo de Felipe el Hermoso, hácia el año de 1297, cuando las coaliciones ha-

bian comenzado á tomar un carácter sério. El conde de Flandes habia hecho al rey de Francia declarar que cesaba de ser su vasallo y no lo reconocia mas por su soberano. Felipe envió al instante al arzobispo de Reyms y al obispo de Senlis á descomulgar al conde de Flandes; este llamó al papa para que revocára el interdicho; pero Felipe escribió al soberano Pontífice que los asuntos de su reino pertenecian á la córte de los pares y no á la santa silla. En consecuencia formó una armada, marchó hácia Flandes, arrojando en Italia el simiente de aquella grande discordia religiosa, que causó la muerte de Bonifacio VIII y la traslacion de la silla pontificia á la ciudad de Aviñon.

Durante su marcha militar, Felipe el Hermoso supo que el rey de los romanos venia en socorro de los flamencos; él le envió al instante á Gaucher de Chatillon, su condestable, que á fuerza de plata comprara su retracto, al mismo tiempo Alberto de Austria recibia de él una suma considerable para dejar ocupar á Rodolfo la Alemania. Felipe, librado del poder espiritual de Bonifacio VIII y del temporal del emperador, marchó al encuentro de los enemigos. Lille ca-

pituló, Bèthune fué tomada al asalto, Douai y Courtray se rindieron y el conde de Flandes fué batido en las cercanias de Furnes; pero marchando sobre Gante, el rey de Francia halló á los soldados que habian huido de sus filas, alistados bajo la bandera de Eduardo I de Inglaterra, que habia pasado el mar para socorrerlos. Ni el uno ni el otro de ambos soberanos querian esponerse á una sangrienta batalla y de muy fatales consecuencias, y así hicieron una tregua de dos años, la cual fué firmada en Tournay, y por ella quedó el rey de Francia señor, de Lille, Bethune, Courtray Douai y Bruges. A la conclusion de la tregua Felipe IV envió á su hermano Cárlos de Valois á seguir otra vez la guerra interrumpida; y la ciudad de Gante, abrió sus puertas al conde de Flandes y á sus dos hijos, los cuales seguidos de un gran número de señores vinieron á echarse á los pies del rey. Felipe envió al conde de Flandes y á sus dos hijos á una prision; al conde á Compiegne, y á Roberto y Guillermo sus dos hijos á Chinon y á Averna. Despues de haber hecho esta astuta prision, partió el mismo rey á Gante, disminuyó los tributos, acordó sus nuevos privilegios, y

cuando creyó haber ganado la afeccion de los pueblos, declaró que el conde habiendo dado lugar por su felonía á la confiscacion de sus estados, tenia por conveniente reunirlos con la Francia.

Los flamencos callaron y esperaron con paciencia la partída del rey, y apenas habia salido, se revelaron. El tejedor Pedro Leroy y el carnicero Breget, fueron los dos principales gefes de aquella sedicion, que encontrando por todas partes las simpatias de los interesados, se estendió de un golpe por toda Flandes; de suerte que cuando la noticia llegó á Paris, Pedro Leroy habia tomado á Bruges; Gante, Dam, y Ardembourg, se habian sublevados, y Guillermo de Juliers, cuñado del conde, vino á reunir á las buenas gentes de Flandes, siendo elegido general; sus primeras hazañas fueron la toma de Furnes de Bergues, Vindals, Casel, Courtray, Oudenarde yá Ypres. Felipe envió contra ellos una armada la cual iban capitaneando el condestable Raoul de Clermont de Nesle y Roberto conde de Artois, padre del que hemos visto llegar proscripto á la córte del rey de Inglaterra. Este ejército vino á acamparse en el campamento que mandaba Guiller-

mo de Juliers, dejando en sus fosos al condestable que no quiso rendirse, á Roberto de Artois, que se halló atravesado por treinta y dos heridas, dos mariscales de Francia, al heredero de Bretaña, seis condes, sesenta barones, doscientos gentiles-hombres y diez mil soldados.

Al año siguiente, Felipe entró en persona en Flandes para vengar este hecho que habia enlutado toda la nobleza de Francia, y despues de haber tomado á Orachies, vino á acamparse á Mons-en-Puelle, entre Lille y Douais. Dos dias despues, en el momento de Felipe sentarse á la mesa, un grande rumor se apercibió en todo el ejército, el rey se lanzó con ligereza á la puerta de su tienda y se halló cara á cara con Guillermo de Juliers, que habia penetrado en el campamento con treinta mil flamencos; estos hubieran acabado con el rey, si Cárlos de Valois, su hermano, no se hubiera abalanzado á la garganta de Guillermo de Juliers. Mientras que los dos luchaban cuerpo á cuerpo, Felipe tomó su casco, sus guanteletes y su espada; y sin otras armas se lanzó en su caballo, reunió toda su caballería, se abrió paso por medio de la infantería flamenca, arrasó seis mil hombres y puso en

fuga al resto; y queriendo aprovechar la ventaja que le daba el ruido de esta victaria, vino á poner sitio á Lille. Apenas habia establecido sus campamentos, cuando Juan de Nemur, que habia reunido sesenta mil hombres, le envió un heraldo para que le propusiera una paz honorable, ó le declarara la guerra. Felipe, admirado de la prontitud conque la rebelion habia reparado su derrota y recibido nuevas fuerzas, acordó la paz pedída: las condiciones fueron, que Felipe pondria en libertad á Roberto de Bethune, y le devolveria su condado de Flandes; pero con la condicion que no podria tener mas que cinco ciudades rodeadas de murallas, las cuales el rey podria derribar si las juzgaba necesario; que Roberto prestaria fé y homenage y pagaria en diversos términos una suma de cien mil libras, ó sinó entregaría á la Francia, Lille, Douai, Orchies, Bethune y todas las demas ciudades situadas en las cercanias de Lys.

Este tratado fué observado mal ó bien hasta el año de 1328, época en la cual Luis de Cressy, cazado por sus vasallos, se refugió en la córte de Felipe de Valois. Tres reyes habian ocupado sucesivamente el trono de Francia mientras éste

intérvalo pacífico; Luis X, Felipe V y Cárlos IV.

Felipe de Valois que habia sucedido á este último, marchó á su vez contra los flamencos y los halló atrincherados en la montaña de Cassel, mandados por un vendedor de pescado nombrado Collin Zannec; el nuevo general habia hecho poner un gallo pintado sobre su tienda, con estos dos versos:

Cuando este gallo llegue á cantar
el rey Felipe nos vencerá.

Mientras que Felipe buscaba por qué astuto medio podria valerse para que el gallo de Zannec cantára, éste, tres dias despues, penetraba en su campo disfrazado de vendedor de pescado, y observaba al rey que estaba largo tiempo sentado á la mesa y despues de esto dormia tranquilamente, ejemplo que era imitado por todo su ejército: de esta observacion nació en su idea el sorprender el campamento del rey. En consecuencia, el dia 23 de Agosto, dos horas despues del medio dia, mientras que todos tranquilamente reposaban, Zannec hizo avanzar sus tropas en silencio; los sentinelas sorprendídos

fueron degollados antes de poder dar la voz de alarma. Los flamencos se repartieron por los alojamientos, y Zannec marchaba hácia la tienda de Felipe con cien hombres, los mas determinados de los suyos. Cuando el confesor del rey, que era el solo que no se habia dormido, ocupado en santas lecturas, oyó el ruido y dió la voz de alarma, Felipe hizo tocar los tambores; las tropas se vistieron prontamente, se armaron y cayeron encima de los flamencos y mataron, si hemos de dar crédito á la carta que el mismo Felipe escribió en el convento de san Dionisio, diez y ocho mil y quinientos hombres.

Esta batalla entregó á los flamencos á merced del vencedor, que desmanteló á Ypres, Bruges y Courtray, despues de haber hecho ahorcar y decapitar á mas de trescientos de sus habitantes. Flandes se halló de este modo vuelta á Luis de Cressy, que no atreviéndose á permanecer en ninguna de sus capitales, continuó viviendo en Francia, desde donde mandaba su condado.

Entre tanto, y durante la ausencia de su señor, ocupaba el poder Santiago de Artevelle el cual lo desempeñaba grandemente, pues al ver-

lo se hubiese dicho que era el verdadero soberano de Flandes. Lo era en efecto como lo hemos visto, enviándole un mensagero á Eduardo de Inglaterra pidiéndole la gracia de obtener las esportaciones de las lanas de Inglaterra, que hacia el principal comercio con las ciudades asiáticas; ya nosotros hemos contado como Eduardo, calculando con la rapidez del ingénio el imenso partído que podia sacar del antiguo ódio que reinaba entre Felipe de Valois y Flandes, no se habia desdeñado de tratar de poder á poder con el cervecero Artevelle.

8.

El almuerzo.

Ya que nos ha sido preciso referir los siempre fastidiosos detalles históricos cuando se hallan adheridos á la parte de novela y á los cuales hemos consagrado todo un capítulo y lo que nos ha sido indispensable, pues de otro modo no hubiéramos podido contar esos acontecimientos sucesivos que habian llevado á Santiago de Arteve-lle al grado de poder en que se hallaba colocado, principiarémos el presente presentando al mismo saliendo de la sala de deliberaciones, en

la que las corporaciones discutian ordinariamente los asuntos de la ciudad y de la provincia, en medio de un cortejo que hubiera hecho honor á un príncipe feudal; apenas hubo aparecido en el quicio de aquella sala, en la que se hallaba la córte entera la cual se inclinó á su paso: veinte hombres armados con lanzas habian tomado la delantera para abrirle el camino en medio del inmenso pueblo, que siempre se agolpaba y apoderaba de los lugares por donde él iba á pasar.

Llegados á la puerta, donde varios pages y escuderos tenian por las riendas á los caballos, Santiago se aprocsimó al suyo, tomó sus bridas á lo caballero esperimentado y se colocó en su silla con mayor agilidad, de la que se podia esperar de un hombre de su edad, corpulencia y estado. A su derecha y á su izquierda marchaban montados, el primero sobre un magnífico caballo de guerra, digno de un tan noble y poderoso caballero, el segundo sobre un palafren del cual su paso dulce era á propósito á su estado, el marqués de Juliers, que en la batalla de Mons-en-Puelle habia penetrado hasta la tienda de Felipe el Hermoso, y su hermano M.

Valeraud, arzobispo de Colonia; tras de ellos cabalgaba el caballero Fauquemont y un valiente caballero que le llamaban el Courtrasien, porque habia nacido en la ciudad de Courtray, y era mas conocido por este nombre que por el de Zegher, que era el apellido de su familia. En fin, precedidos por los dos nobles que acabamos de nombrar, seguian, confundídos y sin distincion, los diputados y gefes de corporaciones.

Era este cortejo tan numeroso que á la vuelta de una boca calle, nadie se apercibió que dos nuevos personages acababan de unirse; sea que los recien llegados por curiosidad se arrimaron á Santiago de Artevelle, sea porque conocieran que su rango les permitía escoger este sitio, ellos penetraron tambien é inmediatamente por medio de todos los caballeros se colocaron cerca del caballero de Tauquemont y de Courtrasien; siguieron asi como un cuarto de hora, poco mas ó menos; pero la cabeza de la columna se paró ante una casa de lindísima fachada, que tanto parecia de una manufactura como de un palacio; todos echaron pie á tierra y los criados prontamente echaron manos á los caballos, á los que

conducieron á unas espaciosas cuadras destinadas á prestar hospitalidad á los cuadrúpedos. Habian llegado al palacio de Santiago de Artevelle; al volverse éste á hacer seña á los que componian el cortejo para que entrasen, apercibió á los dos incógnitos.

—Ah! sois vos, maese Gerardo? dijo en alta voz Artevelle; seais bien venido. Hecho de menos que no hayais asistido á la decision que acabamos de tomar para asegurar la libertad del comercio de Flandes con Venecia y Rodas, decision por la cual M. de Juliers y monseñor el arzobispo de Colonia, su hermano, pueden servirnos y nos servirán de un gran socorro, no solamente en toda la estencion de sus posesiones, que llegan desde Dusseldorf hasta Aix-la-Chapelle, sino tambien con la influencia de los señores y amigos, entre los cuales es preciso contar al augusto emperador de los romanos Luis V de Baviera. Hubierais visto con placer, estoy seguro de ello, con la prontitud y unanimidad que han puesto las ciudades de Flandes en mis manos todos los poderes que pertenecian á Luis de Flandes, antes de su huida á la casa de su pariente el rey de Francia.

Y aprocsimándose y llevándoselo aparte continuó en voz bastante baja:

—Y bien, mi querido Denis, qué nuevas me traes de Inglaterra? Has visto al rey Eduardo? parece estar dispuesto á levantar la prohibicion que ha hecho? tendrémos libres las lanas del pais de Gales y los cueros del condado de York? Habla lo mas bajo que puedas y como si tratáramos de cosas indiferentes.

—He cumplido puntualmente tusinstrucciones, Santiago, respondió el oficial de tegedores afectando de tutear al de Artevelle y de darle el nombre que le daba su familia. He visto al rey de Inglaterra y ha atendído tanto á las observaciones que en tu nombre le he hecho, que envia á uno de sus mas fieles caballeros para tratar directamente contigo este asunto, no queriendo entablar negocios mas que contigo, persuadído de que tu solo eres el señor omnipotente de este pais y tu voluntad es la de toda Flandes.

—Y tiene razon por mi alma. Mas donde está ese mensagero?

—Es aquel gallardo jóven que su color tira á moreno y algo sonrojado que está al otro lado de la calle, apoyado sobre aquella columna, y ju-

gando con su alcon como pudiera hacerlo un baron del imperio ó un par de Francia. Creo, Dios me perdone, que todos estos ingleses se creen descendientes de Guillermo el conquistador.

—No importa, es menester adular su vanidad. Invita, de mi parte, á ese jóven caballero que si gusta asista al almuerzo que doy al arzobispo de Colonia, al marqués de Juliers y á los diputados de nuestras ciudades. En donde tendrá un sitio, con lo que me parece quedará enteramente satisfecho su amor propio, y quiere decir que lo colocaré entre tí que eres gefe de corporacion y Courtrasien que es un caballero de rancia hidalguia, cuidando de que no esté muy cerca de mí, para no dar recelo á su importancia y de que yo pueda observar bien su fisonomía. Recomiéndale no pronuncie una sola palabra de su comision, y hazle presente, que hablaré con él despues de concluido el almuerzo.

Gerardo Denis hizo una señal de inteligencia, y se dirigió á llevar á Walter la invitacion que estaba encargado de transmitirle: el jóven caballero la aceptó como un favor al cual su título le daba derecho, y se puso entre el Courtrasien y el gefe de tegedores, en el sitio que le ha-

bia designado Artevelle.

El almuerzo era tan numeroso y tan espléndido, como por el que comienza la crónica de Westminster, allí habia el mismo lujo de criados, la misma abundancia de botellas de plata cincelada, y la misma profusion de vinos de Hypocoras y de Cerveza, tan solamente los convidados ofrecian un aspecto poco interesante pues á acepcion de los señores marqués de Juliers y de el arzobispo de Colonia, que estaban colocados en las cabeceras de la mesa, á izquierda y derecha de Artevelle, del caballero de Tauquemont y el Courtrasien, que estaban á los lados, los demás eran gefes de corporaciones y simples aldeanos elegidos; así estaban alineados sin otra distincion que la edad, al rededor de la mesa que estaba un poco mas baja por la parte que ellos ocupaban.

En cuanto á Walter rechazó sin escrupulo á su vecino: de suerte que habia hallado sitio en el rango de los señores, mientras que Gerardo Denis empezaba la série de los que comian en la mesa segunda: estaba pues sentado casi enfrente de Santiago de Artevelle, y aprovechándose de la precaucion que éste habia buscado para si

mismo podia ecsaminarlo á su gusto.

El ex-cervecero era un hombre de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años, poco mas ó menos de una talla mediana, aunque ya su cuerpo empezaba á tomar esa figura que se vá a poderando de uno hasta el punto de dejarlo hecho una cercoba. Sus cabellos estaban peinados con mucha curiosidad, aunque no podian evitar el que se conociera la abundancia de canas que ya tenia: su barba y bigotes largos, como en aquellos tiempos era moda entre los nobles; aunque su figura tuviese la apariencia de los bohemios, de cuando en cuando solia echar una mirada rápida y brillante la que se perdía en la espresion general de su fisonomía. Estaba vestido con una riqueza propia de un hombre de su clase, pues llevaba una especie de jubon de paño negro guarnecido de piel de zorra y con bordados de plata; el oro, la seda, el terciopelo y las pieles blancas, solo los nobles caballeros la vestian en aquella época.

Walter fué interrumpido en este ecsámen, por su criado que, aprocsimándose á él, le dijo algunas palabras al oido, y tambien por el arzobispo de Colonia que se dirigió á él y le dijo:

—Señor caballero, pues no creo engañarme en daros este título...

Walter se inclinó respetuosamente.

—Me permitis que ecsamine de cerca ese alcon que vuestro escudero trae sobre su puño? parece de noble raza, aunque su especie me es desconocida.

—Con tanto mas placer, monseñor, respondió Walter, pues me presentais una ocasion favorable para que, valiéndome de ella, os presente un nuevo convidado que nos presenta Roberto. Mi escudero ha estado buscando por todos lados una percha para colocar al alcon, no ha encontrado ninguna y me ha dicho al oido que si vuestra señoria me permitiria colocarlo entre los vuestros.

—Sí, sí, dijo Artevelle riéndose, nosotros los ciudadanos no tenémos ni jauría, ni alconería; así como hallareis mi casa provista de almacenes y de espaciosas cuadras; pero de perreras y perchas nada: en cambio tenémos arsenales bastante vastos para alojar una armada; y creo que los alcones y los perros de monseñor Colonia, no se quejarán cuando dejen la casa de Santiago de Artevelle, de la hospitalidad que

han recibido, pues no he perdonado en cuanto me ha sido posible por tenerles preparada una escelente cuadra.

—Así os prometemos nosotros, mi querido Santiago, dijo el marqués de Juliers, que amos, criados, perros y alcones, no se olvidarán de la acogida que han recibido de vos personalmente, como de la que nos han hecho los diputados de las productivas ciudades de Flandes, y gefes de corporaciones de Gante, añadió volviéndose hácia los convidados que estaban en la mesa baja.

—Hubiérais sido injusto en no hacernos este favor, señor caballero, respondió el arzobispo de Colonia despues de haber ecsaminado al alcon con curiosidad, este pájaro es, estoy cierto de ello, de raza aun mas antigua y mas pura que muchos nobles franceses, sobre todo desde que Felipe III empezó á vender las cartas de nobleza á Raoul Lórferre, que tenia, á lo que parece, seis abuelos mulatos.

—Aunque menos docto que vos en semejante materia, monseñor, interrumpió Artevelle, me atreveria á responder que éste alcon es de Oriente; he visto semejantes á este, en la isla de Rodas y Chipres, cuando acompañé allí á

monseñor el conde de Valois.

—Y ciertamente no os engañaríais, dijo Walter. Este alcon desciende de la torre de Nubia, situada, segun dicen, al medio dia, del sitio por el cual Moises atravesó el mar Rojo. Sus padres fueron cogidos entre los bagages de Muley-Mu-hamad, soberano de Granada, por Alfonso XI de Castilla, y regalados por el rey al caballero de Lokhcart, que habia acompañado á Santiago Douglas, al viage que habia emprendído para llevar al Santo Sepulcro el corazon del rey Roberto de Bruce. A su vuelta, el caballero Lokhcart, habiendo sido sorprendído en una escaramuza por ingleses y escoceses capitaneados por el conde de Lancastre, *el del cuello tuerto*, una de las condiciones del rescate fué que el caballero Lokhcart entregase aquel magnífico alcon que habia traido de España. El conde de Lancastre, dueño de este precioso animal, lo regaló á su vuelta á la bella Alicia de Granfton, la que me lo ha confiado á mí para distraerme en esta pequeña travesía. Veis que su genealogía es de las mas nobles y mejor establecidas.

—Me recordais, caballero, dijo el Courtrasien, al valiente Santiago Douglas en su viage

á la Ecluse: buscando una ocasion de pasar á la Tierra Santa; y el que le dió el consejo de volverse á España, fuí yo, de esto hará ya siete ú ocho años.

—Se dice, continuó el caballero de Fauquemont, que el rey Roberto de Bruce le encargó esta comision teniéndolo por el mas valiente y mas leal caballero de su reino.

—Sí, sí, respondió el Courtrasien, me ha contado á menudo como pasó la cosa; porque esto le daba honor, y yo me complacia en oirselo contar, pues para hacerlo desplegaba todo su entusiasmo de caballero. Parece que en el tiempo que el rey Roberto estuvo desterrado, hizo juramento de si reconquistaba su reino, cumplir el viaje al Santo-Sepulcro; mas las guerras tan continuas que tuvo que sostener contra el rey de Inglaterra, no le permitieron dejar la Escocia; de suerte que cuando estaba á las puertas de la muerte, se acordó del juramento que habia hecho, y atormentaba duramente su agonia el no haber podído cumplirlo. Entonces hizo venir á su lecho al gentil caballero Santiago Douglas, y ante los que estaban allí, le dijo:

—«Monseñor Santiago y querido amigo, ya

sabeis que he padecido y sufrido mucho en el tiempo que he vivido, para sostener mis derechos y mi reino, y cuando hubiera querido ir á guerrear contra los enemigos de nuestro señor Jesucristo y contra aquellos que odian á la fé cristiana, Dios, nuestro soberano señor, no ha querido consentirlo; me han dado mucho que hacer en mi tiempo, y ahora estoy tan gravemente enfermo, que me conviene morir, como vos lo veis y yo lo siento. Y pues es asi como mi cuerpo desea descanzar y no puedo ir á cumplir lo que mi corazon tanto anhela; quiero enviar allí á un caballero que haga mis veces y que cumpla mi promesa, llevando mi corazon ya que no puedo ir en persona, y como en mi reino me parece que no habrá ninguno que pueda cumplirlo como vos, os escojo para que en ningun tiempo se diga que morí sin haber dejado persona alguna que pudiera cumplir este sagrado juramento, habiendo tenido lugar para ello, porque Dios me lo ha dado; y asi os ruego, mi muy querido amigo, tanto como lo puedo, que emprendais este viaje por el amor que me tengais; pues cuento con vos, con vuestra nobleza y lealtad, que cumplireis mi deseo y así moriré mas gustoso y

mas tranquilo: para que lo hagais escuchad lo que voy á deciros. Quiero que asi que haya ecsalado mi postrimer suspiro, abrais mi pecho con vuestra valiente espada, saqueis mi corazon de él, lo hagais disecar y lo pongais en una cagita de plata, que he hecho preparar para el efecto; para lo cual tomareis de mis tesoros lo que necesiteis á fin de que no tengais necesidad de nada en todo el viage, ni tampoco los que os acompañen; y haced el viaje, con la mayor ostentacion posible, para que todo el mundo sepa que llevais á Ultramar el corazon del rey Roberto de Escocia, como ordenó en su última hora.»

—«Gentil y noble señor, respondió Santiago de Douglas, os doy cincuenta millones de gracias por el honor que me haceis al encargarme de un tan noble y rico tesoro; lo haré de voluntad y de todo corazon: solamente que no me considero digno de una tan noble y honrosa comision.»

—«Ah! amabilísimo amigo, continuó el rey, os doy las gracias por la promesa que me haceis. Oh! voy á morir confiado en que como noble y leal caballero que sois, desempeñareis el encargo que os he dado.»

«Y entonces pasando sus dos brazos sobre el cuello de Santiago Douglas, lo estrechó y ecsaló su último suspiro.

«El mismo dia, y como le habia sido recomendado, Santiago Douglas abrió el pecho del rey con su espada y sacando el corazon real, lo metió en la cajita de plata sobre la cual iba grabado un leon, que es el blason de los reyes de Escocia, y colgándose al cuello esta cajita, emprendió su viaje con gran rapidez, desde el puerto de Montrose y llegó á la Ecluse, donde lo conocí y oí de su boca lo que acabo de deciros.»

—Y llevó la empresa hasta el fin? preguntó Gerardo Denis aventurando una palabra en aquella noble conversacion.

—No, respondió el marqués de Juliers, he oido decir que pereció en España.

—Y su muerte fué digna de su vida, dijo Walter tomando á la vez la palabra. Aunque soy inglés y él era escocés, le hago justicia, pues era un noble y poderoso caballero. Me acuerdo aun de cierta noche, cuando la guerra de 1327, cuando el caballero Santiago Douglas, con doscientas lanzas, penetrara en el campo nuestro, mientras que todos dormian, y espoleó tan fuertemente

á su caballo, y esgrimió tan bien su tizona que nuestros soldados huian de su espada, y logró llegar hasta la tienda del jóven rey Eduardo III gritando: «Douglas!» El rey oyó con horror este imperioso grito, el cual no le dió lugar mas que para llegar al umbral de su tienda, pues ya la espada de Douglas cortaba las cuerdas para echarla abajo. Nos mató en aquella noche sobre trescientos hombres, mientras el se retiró sin haber perdído un solo guerrero de los que le acompañaban. Por algun tiempo tuvímos miedo de ellos, pues cada noche temiamos habérnoslas con Douglas y sus compañeros.

—Y sabeis los detalles de su muerte? preguntó el marqués de Juliers.

—Sí, hasta su último punto, porque mi caballerizo me la repitió varias veces.

Todos los caballeros y los representantes de las buenas ciudades de Flandes, al oir que Walter iba á contar como habian sido los últimos momentos de Douglas el Negro, prestaron la mayor atencion.

9.

Proyectos de independencia.

El jóven embajador inglés lanzó una mirada á su rededor, para ver si todos lo escuchaban en una narracion tan belicosa, y despues de hacer un saludo al Courtrasien, principió dirigiéndose á éste:

—Al fin Douglas marchó á España, pues por su desgracia hizo lo que vos le aconsejásteis, señor caballero, en tiempo que el rey Alfonso de Aragon guerreaba contra el Sarraceno rey de Granada; y el rey de España rogó al noble pere-

grino, si en honor de Jesucristo y de la Santísima Vírgen María, no querria romper una lanza contra los infieles.

—«Sí, lo haré de todo corazon, dijo, y sentiré no sea pronto.

«Al siguiente dia el rey Alfonso salió á los campos para aprocsimarse á sus enemigos; el rey de Granada hizo lo mismo y pronto se hallaron frente á frente. En cuanto á Douglas el Negro, se puso al mando de una de las alas con sus caballeros y escuderos escoceses, á fin de hacerse mas visible y mostrar mejor su esfuerzo. Al momento que él vió los soldados de una parte y otra formados, y que apercibió que la hora de la batalla iba á llegar, no quiso ser de los últimos y espoleando fuertemente á su caballo, toda su compañia siguió su egemplo, gritando: «Douglas! Douglas!» hasta llegar á las filas del rey de Granada; y allí, creyendo ser seguido por los españoles, sacó de su cuello el corazon del rey Roberto que llevaba en su cajita de plata y lo arrojó en medio de los sarracenos gritando:

—«Marcha delante, noble corazon real, voy á seguirte.

«Entonces él y sus caballeros entraron tan

profundamente entre los sarracenos que desaparecieron como el acero en una herida: allí hicieron maravillas de armas; pero ellos no pudieron continuar, pues los españoles, es vergüenza el decirlo, no siguieron ni á él, ni á ninguno de los suyos. Al siguiente dia se le halló muerto, teniendo sobre su pecho la cajíta de plata donde tenia encerrado el corazon de su rey, y á su al rededor todos sus compañeros, muertos ó heridos mortalmente; tres ó cuatro pudieron sobrevivir y el uno de ellos, el caballero de Lockhart, llevó la cajíta de plata donde estaba el corazon del rey Roberto, que fué enterrado con gran pompa en el convento de Melrose. Desde aquel tiempo en que los Douglas tenian en sus armas un escudo azul, un gefe de oro, y tres estrellas de argentina y cincelada plata, han sustituido á estas armas un corazon sangriento abrazado con una corona, y el caballero de Lockhart ha cambiado su nombre en el de Lockheart, que quiere decir corazon cerrado. Oh! continuó Walter ecsaltándose: sí! sí! se puede decir, que era un caballero valiente: que era un noble y rico capitan de guerra, que ha dado setenta batallas y de ellas ganado cincuenta y siete, y que

ninguno le hizo mas derrotas que el rey Eduardo, aunque le huvo mas de una vez devuelto sus arqueros, despues de haberles hecho saltar el ojo derecho y cortar el índice, á fin de que ellos no pudiesen asestar sus arcos, ni guiar sus flechas.

—Sí, sí, dijo el obispo de Colonia, el jóven leopardo hubiera querido encontrar al viejo leon á fin de saber cual de los dos tenia mejores dientes y mas fuertes uñas.

—Lo habeis adivinado, monseñor, respendió el jóven caballero; ved ahí, lo que él esperaba, en tanto que Douglas el Negro ecsistiera, y ved tambien como no lo espera ya, en razon á que Douglas ha muerto.

—A la memoria de Douglas el Negro! brindó Gerardo Denis volviendo á llenar la copa de Walter de vino del Rin.

—Y á la salud de Eduardo III de Inglaterra, dijo Santiago de Artevelle poniéndose en pié y echando una mirada de inteligencia sobre el jóven caballero.

—Sí, continuó el marqués de Juliers, bebámos y riamos, mientras que Felipe de Valois duerme en Francia muy tranquilo.

—Oh! sí lo hará, monseñor, yo os lo juro,

respondió Walter; él cree tener buenos aliados.

—Por mi alma! que no se descuide, dijo el caballero de Fauquemont, y ved aquí á mi vecino el Courtrasien que es aun mas flamenco que francés, y que no desea mas que el rompimiento, estoy seguro de ello.

—Ciertamente, esclamó Juliers yo soy flamenco de nombre y flamenco de corazon, y á la primera palabra...

—Sí, dijo Artevelle, á la primera palabra; pero quién dirá esta primera palabra? Podreis esta vez monseñores de Colonia, de Fauquemont ó de Juliers, abandonar al imperio y hacer la guerra sin el permiso del emperador? Será Luis de Cressy nuestro pretendído señor, que duerme en el Louvre de Paris con su esposa y su niño como si tal cosa? Serán esas lucrativas ciudades de Flandes, las que arrostren una suma de dos millones de florines y la escomunion de nuestro santo padre el papa, si empiezan las hostilidades contra Felipe de Valois? Es una dura tarea el emprender, y aun mas duro es sostener, una guerra contra nuestros vecinos de Francia. El tejedor Pedro Leroy el pescador Hannequin, y vuestro padre, el mismo monseñor de Colonia y

de Juliers no han conseguido nada. Si esta guerra viene, bien! nosotros la sostendrémos con la ayuda de Dios. Pero creedme si tarda lo perderémos todo. Así contentémonos con esta paz que disfrutamos. A la memoria del muerto Douglas y prosperidad de Eduardo viviente.

A estas palabras empinó su copa; y todos los convidados que ya estaban de pié siguieron su egemplo agotando la última gota de vino.

—La genealogía de vuestro alcon nos ha llevado mas léjos de lo que nosotros queriamos ir, señor caballero, continuó el obispo de Colonia despues de un momento de silencio; mas se nos ha pasado el que vos venís de Inglaterra y no nos habeis dicho qué nuevas hay de Lóndres?

—Se habla mucho de la cruzada que quiere emprender el rey Felipe de Valois contra los infieles por ecsortacion del papa Benedicto XII y se dice [esto debeis vos saberlo mejor que nosotros, monseñor, pues vuestras comunicaciones con la Francia, son mas fáciles que las nuestras, pues las recibímos por la mar] que el rey Juan de Bohemia, el rey de Navarra y el rey Pedro de Aragon, ván á tomar la cruz con él.

—Es verdad respondió el obispo de Colonia

pero no sé por qué no tengo grandes confianzas en esta empresa, aunque ha sido ideada por cuatro cardenales, el cardenal de Nápoles [1], el cardenal de Perigord [2] el cardenal Albano [3] y el cardenal de Ostia [4].

—Pero en fin, se sabe por qué él la retarda? repitió Walter.

—Una querella entre el rey de Aragon y el de Mallorca, y de la cual Felipe de Valois se ha constituido árbitro.

—Y esta querella tiene alguna causa séria?

—Oh! y de las mas sérias, respondió gravemente el obispo de Colonia: Pedro IV, habia recibido *homenage* de Jaime II por su reino de Mallorca y habia ido á rendir homenage del suyo al papa en Aviñon, pero desgraciadamente mientras estaban en la gran ceremonia de la entrada

---

1 Annibal Ceccano, arzobispo de Nápoles, creado cardenal por Juan XXII.

2 Talleyrand de Perigord, obispo d'Auxewe, creado cardenal por el mismo papa en 1321.

3 Gaucelin d'Eusa, sobrino de Juan XXII, creado cardenal por el mismo en 1316.

4 Bertran Poyet, obispo de Ostia, creado cardenal el mismo año y por el mismo papa.

solemne de este príncipe en la ciudad pontifical, el escudero del rey don Jaime dió un latigazo en la grupa del caballo del rey de Aragon; éste tiró de la espada y fué en perseguimiento del escudero que se escapó con gran trabajo. Desde este momento empezó la guerra. Ya veis que no han hecho mal en haberle nombrado el *Ceremonioso*.

—Pues, es menester decirlo todo, ya que se ha suscitado la conversacion continuó de Artevelle; en medio de la inaccion suscitada por este príncipe, el rey David de Escocia, y su esposa han llegado á Paris, viendo que Eduardo III y Bailliol, les han dejado en Escocia un tan pequeño reino, que han creido no valia la pena de que estuviesen allí para cuatro fortificaciones y una torre que les han dejado. Es verdad, que si el rey Felipe de Valois enviara á Escocia, en socorro de Alano Vipont ó de Inés la Negra, tan solamente la décima parte del ejército que está reorgonizando para conquistar la Tierra Santa, pudiera cambiar diabólicamente los asuntos por esta parte.

—Oh! yo creo, repitió Walter con negligencia, que al rey Eduardo le inquieta bien poco, ó

mas bien nada, el tal Alano Vipont y su castillo de Lochleven, y lo mismo la Inés la Negra, hija de Tomás Randolph. Despues del último viage que hizo á Escocia, las cosas han cambiado absolutamente, no pudiendo encontrar otra vez á Santiago Douglas, se vengó en Archibald: el lobo pagó por el invencible leon. Todos los condados meridionales le pertenecian; los gobernadores y comandantes de las principales ciudades son de él; Eduardo Bailliol, le ha hecho homenage por la Escocia; y si se le forzara á volver allí, él probaria á Alano Vipont, que sus diques son aun mas sólidos que los de Sir John Sterling á la condesa de March, que las piedras que arrojan las máquinas y los arietes, no siempre se convierten en polvo; y si William Spons está todavia en su servicio, el rey tendrá muy buen cuidado de cubrirse con una armadura de escelente temple, para ponerse á cubierto de los gages de amor de Inés la Negra y para que estos no penetren hasta su corazon.

Todos estaban embebidos en la conversacion, hasta que esta fué interrumpida por el ruido del reloj, que daba las nueve. Como este mueble era absolutamente de nueva invencion, llamó

completamente la atencion de los señores; y de Artevelle, sea que ya no tenia nada que hacer servir á los señores, sea que deseó dar la señal de que se concluia el almuerzo, se levantó y dirigiéndose á Walter.

—Señor caballero, le dijo, veo que estais deseoso como monseñores el de Colonia y de Juliers, de ecsaminar el mecanismo de este reloj. Aprocsimaos pues, porque esta es cosa curiosa, os lo juro. Iba dirigida al rey Eduardo de Inglaterra; pero yo he ofrecido un tan gran precio por él al maquinista, que me he ganado la preferencia.

—Y cómo se llama ese traidor, que esporta las mercancías inglesas, no obstante de la prohibicion del rey? dijo Walter riendo.

—Ricardo de Valingfort; es un digno benedicto de la abadia de san Albano, que habia estudiado la mecánica en la herreria de su padre y que ha pasado diez años de su vida, en esta obra maestra. Mirad: marca el curso que siguen los astros y señala el de el sol, que en veinte y cuatro horas dá vuelta á la tierra; allí se vé el flujo y reflujo de la mar. En cuanto á la manera conque suena, vedla ahí, son dos bolas de bron-

ce, que caen sobre un timbre del mismo metal y un igual número de veces al de la hora que debe marcar, un caballero sale de su castillo y viene á enseñar el número que le corresponde, sobre el puente levadizo.

Despues que todos hubieron ecsaminado con toda curiosidad y á su placer aquella maravilla [pues lo era en aquellos tiempos] todos se fueron retirando, y Walter que se habia quedado el último iba ya hacerlo como los otros, cuando Santiago le puso la mano sobre la espalda y le dijo:

—Si no me engaño, caballero, cuando os hemos encontrado en la puerta de nuestra casa en compañia de Gerardo Denis, vos no hacíais mas que llegar á la ciudad de Gante.

—En aquel mismo instante, respondió Walter.

—Yo no lo dudaba, y así me he ocupado de buscaros la posada.

—Yo habia encargado á Roberto de ese cuidado.

—Roberto estaba fatigado: además tenia hambre y sed: Roberto en fin, en tan poco tiempo, le hubiera sido imposible el hallar un aloja-

miento digno de vos; yo le he enviado á almorzar con mis servidores y los de los convidados, y me he reservado el cuidado de conduciros á vuestro departamento y de haceros los honores.

—Pero un nuevo huesped, en unos momentos en que vos teneis tan numerosa compañia, no solamente no puede dejar de causaros un trastorno considerable, pero aun dará á la importancia del viagero, una idea demasiado ecsagerada.

—En cuanto al trastorno que esto pueda causarme, podeis quedaros sin la menor inquietud; pues el departamento que habitareis es el de mi hijo Felipe, que aun todavia no ha cumplído los diez años, me parece no os incomodará en lo mas mínimo en vuestra nueva posesion; és ta comunica con la mia por un corredor, lo que si se os ofrece podreis venir á mi lado ó yo ir al vuestro sin necesidad de que nadie lo sepa; por otro corredor se vá á la calle por el cual si gustais podeis recibir á la persona que os parezca. En cuanto á vuestra importancia será perteneciente á vuestra voluntad y no á vuestra condicion, y para mí como para todos, no sereis mas que lo que á la vista de todos.

—Pues bien! dijo Walter tomando su partí-

do con la prontitud que acostumbraba tener en sus desiciones, yo acepto con placer vuestra hospitalidad y espero que en Lóndres, tendré lugar de hospedaros en mi casa y pagaros vuestra generosidad.

—Oh! respondió Artevelle con aire de duda, no creo que jamás me permitan mis asuntos pasar la mar.

—Ni aun si se ofreciera hacer una buena compra de lanas?

—No dejareis de saber, caballero, que la esportacion de esta mercancia está prohibida.

—Sí, pero el que ha dado la órden puede revocarla.

—Estas son cosas de grande importancia, respondió de Artevelle poniéndose un dedo sobre la boca, para hablarlas de golpe ante una puerta, y mas, si esta puerta está abierta, como sucede á la que tenemos delante; no se trata á fondo de semejante asunto, sino con la puerta cerrada y sentado frente á frente á cada lado de una mesa, sobre la cual haya un buen surtido de botellas de vino tan solamente para sostener la conversacion y, sabed que podémos hallar todo esto en vuestro alojamiento, conque si gustais

podémos subir, caballero Walter.

Al decir estas palabras, hizo una seña á un criado que, tomando una antorcha de cera de las que alumbraban el testero de la sala, marchó ante ellos para ir alumbrándolos. Llegados á la puerta del alojamiento, el criado abrió y se retiró: Walter y Artevelle entraron y este último cerró tras sí.

10.

Los dos compadres.

Walter halló en efecto preparado de antemano, todo lo que Santiago habia juzgado necesario para entablar una conversacion diplomática. Habia una mesa en medio de la cámara y á cada lado de dicha mesa dos sitiales, que esperaban á los dos discutidores; sobre la mesa habia una enorme jarra de plata, que prometia al primer golpe de vista, bastante licor para que se humedeciesen las fauses de los dos interlocutores durante la discusion, por larga que fuera.

—Caballero Walter, dijo Artevelle permaneciendo aun cerca de la puerta, teneis la costumbre de dejar para el dia siguiente, los negocios importantes que pudiérais despachar en el momento?

—Señor Santiago, contestó el jóven respaldándose en el sitial y cruzando una pierna sobre otra, haceis vuestros negocios antes ó despues de comer?

—Cuando son importantes, replicó Artevelle aprocsimándose á la mesa, no tengo hora fija.

—Como yo, añadió Walter; sentaos y hablémos.

Artevelle se apoderó del otro sitial con una viveza que indicaba el placer que sentia al conformarse con esta invitacion.

—Maese Santiago, continuó Walter, habeis hablado, durante el almuerzo, de la probabilidad de una guerra entre Flandes y Francia.

—Caballero Walter, dijo Artevelle, vos habeis dicho despues del almuerzo, algunas palabras sobre la facilidad de un tratado de comercio entre Flandes é Inglaterra.

—El tratado presenta grandes dificultades; no obstante, es posible.

—La guerra tiene sus golpes peligrosos; no obstante, con prudencia es facil arriesgarse.

—Vámos, ya veo que nos entenderémos; por lo pronto, marchémos derecho al asunto y no perdámos el tiempo.

—Pero antes que yo os conteste á pregunta alguna, es preciso que sepa, quien me las hace.

—El enviado del rey de Inglaterra, y ved aquí sus plenos poderes, dijo Walter sacando un pergamino de su porta-pliegos.

—Y á quién se dirige esa embajada?

—Al que es el dueño absoluto de los negocios de Flandes.

—Entonces, esos poderes parten directamente...

—Del rey Eduardo, como lo atestigua, este sello, y os lo probará su firma.

—Y qué! monseñor el rey de Inglaterra, no se ha desdeñado de escribir á un pobre diablo como yo? dijo Santiago con un sentimiento de vanidad mal disfrazado bajo la apariencia de duda. Curioso estoy por saber, que título me dá, por qué el de *hermano*, pertenece á los reyes, el de *primo* á los pares, y el de *monseñor* á los nobles, y yo no soy ni rey, ni par, ni noble.

*

—Pues por lo mismo él ha escogido uno menos enfático y mas amigable, que todos esos que acabais de citar, leed.

Artevelle tomó la carta de manos de Walter, y aunque tenia muchísimas ganas interiormente de saber en los términos que le escribia un rey tan poderoso como Eduardo, hizo como que no buscaba mas que la certeza y la identidad de la firma.

— Sí, sí, dijo él jugando con el sello real, ved ahí los tres leopardos de Inglaterra: uno para cada reino: y es bastante para defenderlos, continuó Santiago riéndose, y para devorarlos. Es un grande y poderoso rey Eduardo, y tan severo como justiciero en su reino. Veamos lo que nos hace el honor de decirnos:

«Eduardo III, rey de Inglaterra, duque de Guyena, par de Francia, á su *compadre* Santiago de Artevelle, diputado de la ciudad de Gante y representante del duque de Flandes Luis de Cressy...

«Sabed que enviamos cerca de vos al caballero Walter, del cual reconoceré, como mio propio, todo tratado de guerra, de alianza ó de co-

mercio que él formáre con vos.»

—Es como lo habeis dicho; reconozco el sello y la firma de Eduardo.

—Entonces me considerais como su representante?

—Y con todos sus plenos poderes, es incontestable.

—Pues bien, seamos francos, vos quereis la libertad del comercio con Inglaterra?

—Entra en vuestros proyectos el de hacer la guerra á la Francia?

—Ya podeis conocer que tenémos necesidad de lo uno y de lo otro, y que los intereses de Eduardo y los de Santiago de Artevelle, aunque indiferentes en la apariencia, se tocan muy de cerca en la realidad. Abrid las puertas á nuestros soldados y se las abrirémos á vuestras mercancías.

—Vais demasiado de prisa en vuestra tarea, mi jóven amigo, dijo Santiago sonriéndose: cuando se emprende una guerra ó una especulacion, es un punto en el cual se debe estar conformes; no es así? pues bien, en el momento de emprender cualquier cosa, es menester pensarlo con

mucha cachaza; y cuando ya con mucho despacio se ha ecsaminado y con toda la atencion posible, entonces se puede deliberar, y así yo nunca emprendo nada, hasta tener siquiera una probabilidad de buen écsito.

—Nosotros tendrémos mil probabilidades.

—Ved ahí una respuesta que no quiere decir nada. Tened cuidado de no engañaros con las armas de Francia: vosotros las tomais como azucenas olorosas, y son en la realidad armaduras bien templadas y lanzas punzantes. Creedme, si vuestros leopardos acometen solamente la empresa, y ensañan allí sus uñas y sus dientes, no harán nada que valga la cosa, amiguíto Walter.

—Tampoco el rey Eduardo será el que empiece la guerra, sin el apoyo del duque de Brabante, los señores del imperio y las ciudades de Flandes.

—Ved ahí justamente donde está la dificultad. El duque de Brabante es uno de esos hombres de carácter demasiado seco, para tomar partído entre Eduardo III y Felipe IV, sin tener para ello fuertes razones.

—Puede que ignoreis que el duque de Brabante es primo hermano del rey de Inglaterra.

—No, no creais que lo ignoro; pero tampoco ignoro que el duque de Brabante está tratando de desposar á su hijo con la hija del de Francia, y la prueba es que el príncipe ha devuelto su palabra al conde de Hainaut, que pensaba casar con él á su hija Isabel.

—Diablo! dijo Walter, pero me parece al menos que esta resolucion de que hablais, no ha ganado á los otros señores del imperio, y que el conde de Juliers, el obispo de Colonia, el caballero de Fauquemont y el Courtrasien no desean mas que ponerse en campaña.

—La cosa es cierta, solamente que los tres primeros dependen del imperio y no pueden hacer la guerra sin el permiso del emperador. En cuanto al cuarto, ese es libre; pero no es sino un simple caballero que no posee mas que su cota de malla; el cual ayudará al rey Eduardo con su persona y sus dos escuderos, y ahí está todo.

—Por san Jorge! dijo Walter, podémos aun contar con las gentes de Flandes.

—Todavia menos, señor caballero, pues nosotros estámos aliados por un juramento, y no podémos hacer la guerra al rey de Francia sin incurrir en una suma de dos millones de florines

y la escomunion pontifical.

—Por mi alma! esclamó Walter, vos me habeis dicho que la guerra contra la Francia era peligrosa; pero me hubiérais debido decir, que os parecia que era imposible.

—Nada hay imposible en este mundo, para quién se toma el trabajo de ecsaminar bien y detenidamente las cosas; no hay resolucion que no se fije en tratado, y se pueda batir en brecha con un ariete de oro, y juramento que no tenga un boquete tras del cual el interés haga un buen oficio. Y sino escuchadme.

—Ya os escucho, dijo Walter.

—En primer lugar, prosiguió Artevelle haciendo como que no habia reparado en la impaciencia del jòven caballero; ecsaminarémos á los que de antemano son para el rey Felipe y para el rey Eduardo, y que ya nada puede hacerlos cambiar de partído.

—El rey de Bohemia?

—Su hija se ha desposado con el delfin Juan.

—El obispo de Lieja?

—Felipe le prometerá el cardenalato.

—Los duques de Austria, Alberto y Othon?

—Estaban para venderse; pero ya los han

comprado. En cuanto al rey de Navarra y al duque de Bretaña, son para la Francia; pasémos ahora á los que son para la Inglaterra.

—En primer lugar, Guillermo de Hainaut, suegro del rey Eduardo.

—Ya sabeis que padece de gota.

—Su hijo le sucederá, y estoy tan seguro del uno como del otro. En seguida Juan de Hainaut, que está ahora en la córte de Inglaterra y que ha hecho ya su promesa al rey.

—Si lo ha prometido, lo cumplirá.

—Reynaldo de Gueldres, que ha contratado matrimonio con la princesa hermana del rey.

—Muy bien; despues?

—Estos son todos. Ved ahí nuestros amigos y enemigos seguros.

—Pasémos entonces á los que no están aun decididos ni por el uno ni por el otro.

—O que un gran interés, pueda hacerlos pasar á uno ú otro partído.

—Es lo mismo. Empecémos por el duque de Brabante.

—Vos me lo habeis pintado como un hombre sin resolucion, y por lo tanto seria difícil hacerle adoptar un partído.

—Sí, pero contra siete vicios hay siete virtudes; me he olvidado de deciros que es aun mas avaro que irresoluto.

—Eduardo le dará cincuenta mil libras esterlinas, si es necesario, y pondrá un sueldo á cada hombre de armas que él le envie.

—Ved ahí lo que se llama hablar. Yo os respondo ya del duque de Brabante.

—Ahora pasémos al marqués de Juliers, al obispo de Colonia y al caballero Fauquemont.

—Ah! estos son unos valientes señores, dijo Artevelle, ricos y poderosos que uniformarian cada uno mil guerreros, si recibieran la autorizacion de Luis de Baviera, su emperador.

—Mas no hay un tratado entre el rey de Francia y él?

—Sí, un tratado formal y positivo, por el cual al rey de Francia le está vedado el adquirir nada de las tierras del imperio.

—Poco á poco, esclamó Walter; me parece...

—Qué? dijo Artevelle riéndose.

—Que en contra de este tratado, el rey Felipe ha adquirido el castillo de Creve-cœur en Cambresis y el de Arleix-en-Pueble; estos cas-

tillos son tierras del Imperio, y altas y relevantes para el emperador.

—Vámos pues, adelante; dijo Santiago como si quisiera abrir camino á Walter.

—Y estas causas son suficientes para motivar una guerra.

—Sobre todo cuando el rey Eduardo garantice el costo de ella.

—Yo encargaré mañana al marqués de Juliers, para que vaya cerca del emperador.

—Y en virtud de qué poderes?

—Tengo firma en blanco del rey Eduardo.

—Bravo! ved ahí ya resueltas dos de nuestras dificultades.

—Nos resta aun la tercera.

—Y la mas escabrosa.

—Y vos decis que las ciudades de Flandes tienen hecho un tratado por el cual, en caso de hostilidad de su parte, contra Felipe de Valois?...

—No contra Felipe de Valois, sino contra el rey de Francia... el testo es positivo.

—Que sea Felipe de Valois, ó el rey de Francia, poco importa.

—Por el contrario, importa mucho.

—En fin, en caso de hostilidad contra el rey

de Francia, las buenas ciudades de Flandes deberán pagar dos millones de florines é incurrir en la escomunion del papa. Pues bien, esos dos millones de florines los pagará Eduardo, y en cuanto á la escomunion papal...

—Pero, por Dios santo, eso no es todo, dijo Santiago; los dos millones de florines es una bagatela, y en cuanto á la escomunion, ya haremos que el papa de Roma nos levante la del de Aviñon. Pero hay en todo eso una cosa mas sagrada para nosotros los comerciantes, y es nuestra palabra, nuestra palabra que vale mas oro que todo el mundo, y la cual, perdída ó empañada una vez, no se recobra nunca. Ah! jóven caballero, buscad bien, continuó Santiago; hay medios para todo, Dios mio! no se dá prisa para descubrirlos! vos comprendeis de qué importancia es para el rey Eduardo encontrar propicia á Flandes, con sus inespugnables fortalezas y sus puertos.

—Por Dios, dijo Walter, este es su parecer tambien, y ved ahí porque yo he venido en su nombre para entenderme directamente con vos.

—Entonces, si no se halla medio de reconciliar la palabra de Flandes con los intereses de

la Inglaterra, y el rey Eduardo no está dispuesto á hacer algunos sacrificios?..

—En primer lugar, el rey Eduardo entregará á los flamencos, Lille, Douai y Bethune, que son tres puertos que la Francia tiene abiertos, y que Flandes tendrá cerrados.

—Ya esto es diferente.

—El rey de Inglaterra arrazará y quemará la Isla de Cadsand, que es un refugio de piratas italianos y franceses, y que sostiene el comercio de las piraterías, con la Dinamarca y la Suecia.

—La isla es fuerte.

—Gualtero de Maunny es valiente.

—En seguida...

—En seguida el rey Eduardo levantará la prohibicion de esportacion que ha puesto sobre las lanas del pais de Gales y los cueros del condado de York; de suerte que el comercio se hará libremente entre ambas naciones.

—Y semejante accion será verdaderamente lucrativa para los intereses de Flandes, dijo Artevelle.

—Y la primera remesa que el rey envie, que se compondrá de veinte mil sacos de lana, será

enteramente dirigida á Santiago de Artevelle, que...

—Que los distribuirá al instante á los de este comercio, atendiendo á que él es diputado y no mercader.

—Pero que aceptará con gusto una comision de cinco esterlinas por saco?

—Eso es justicia, y segun las reglas del comercio, respondió Artevelle; el item está ahora en hacer esta guerra sin faltar á nuestra palabra. Estais?

—Bah! yo creo que lo buscaré sin dilacion, aunque soy poco esperto en esta materia.

—Tengo una idea, dijo Artevelle mirando fijamente á Walter, y disimulando mal una sonrisa de superioridad. Cuales son los motivos porque Eduardo III vá hacer la guerra á Felipe de Valois?

—Por el motivo de ser verdadero hereditario del trono de Francia, al cual tiene derecho por la reina Isabel, hermana del rey Cárlos IV y madre de Eduardo III, sobrino del difunto rey; mientras que Felipe no es mas que primo hermano.

—Bien! dijo Artevelle, entonces cuando

Eduardo cambie por la flor de lís, los leopardos de Inglaterra, y tome el título de rey de Francia...

—Entonces?

—Entonces... le obedecerémos como á rey de Francia; y visto que nuestras obligaciones son hácia él, y no, como yo os lo decia, hácia Felipe de Valois, pedirémos á Eduardo nos deje nuestra fé, y Eduardo nos la dará como rey de Francia.

—Es verdad, dijo Walter.

—Y nosotros no faltarémos á nuestra palabra.

—Y vosotros nos ayudareis en la guerra contra Felipe de Valois?

—Con todo nuestro poder.

—Esperámos, será con vuestros soldados, vuestras ciudades y vuestros puertos.

—Sin duda alguna.

—Por mi alma, que sois un hábil teólogo, maese Artevelle.

—En esta cualidad quisiera me permitiérais haceros la última observacion.

—Cuál?

—Es que el rey Eduardo ha hecho homena-

ge al rey de Francia como á su señor feudal, por el ducado de la Guyena.

—Sí, pero este homenage es nulo, esclamó Walter.

—Y cómo? dijo Artevelle.

—Porque, esclamó Walter olvidando que estaba fingiendo su papel, porque yo lo he hecho de boca y por palabras solamente; pero sin poner mis manos entre las del rey de Francia.

—En ese caso, monseñor, dijo Artevelle levantándose y descubriéndose al mismo tiempo, en ese caso vuestra alteza puede hacer lo que tenga por conveniente.

—Vámos, tu eres mas fino que yo, compadre, dijo Eduardo tendiendo su mano á Artevelle.

—Y probaré á vuestra alteza, respondió Santiago inclinándose, que los ejemplos de confianza y lealtad que me habeis dado, no quedarán perdídos.

11.

Conquista de Cadsand.

Nuestros dos interlocutores habian dicho verdad; Eduardo III, fuese por azar ó por providencia, no tenia, cuando rindió homenage al rey de Francia en la ciudad de Amiens, puestas sus manos entre las del rey Felipe de Valois. Asi que terminó la ceremonia, el señor feudal se quejó con el vasallo de esta omision, el cual respondió que no sabia que era tal la costumbre de sus feudatarios, pero que iba á volver á Inglaterra á consultar los cargos y privilegios, donde

las condiciones del homenage estaban consignadas. En efecto, de vuelta á Lóndres, Eduardo vió que este punto importante habia sido omitido por él, y consintió que en las cartas patentes donde debia constar, se pusiera que todo habia pasado en las reglas consiguientes á esta ceremonia y constaba que el auto habia sido jurado y que LAS MANOS DEL REY DE INGLATERRA HABIAN SIDO PUESTAS ENTRE LAS DEL REY DE FRANCIA.

Resultaba de esto, que Eduardo, tan ábil teólogo como Santiago de Artevelle, no se creia obligado con este acto de homenage, que mencionaba como un entero reconocimiento de vasallage y que verdaderamente habia quedado incompleto á su favor.

Las ciudades de Flandes se hallaban asi como lo hemos visto, por el arbitrio del papa, aliadas con Felipe de Valois, de suerte que por el medio indicado á Eduardo, escapaban á la vez del tributo y de la escomunion pontifical. Todo esto puede ser que fuera un poco sutil para una época, en la cual los caballeros y comerciantes tenian aun el honor de guardar fielmente su palabra; pero este rompimiento con la Francia era

á un mismo tiempo tan favorable á los intereses de Eduardo III y Santiago de Artevelle, que era menester tener los ojos muy linces para dar á su agresion el falso aire de lealtad. Fuera de las cosas convenidas y quedadas como lo hemos dicho en el último capítulo, con Santiago de Artevelle, Eduardo III no tenia mas que hacer que esperar á que volviesen los embajadores, que habia enviado á Juan de Hainaut, su suegro, y á monseñor Adolfo de Lamark, obispo de Lieja.

Estas vueltas debian estar ya bien prócsimas: los enviados no debian volver á Inglaterra, sino á Gante, donde esperarian las órdenes del rey, ignorantes como estaban de que los habia precedído á allí.

Entretanto, el rey desechó su incógnito; pero deseando con todo y á pesar de la confianza que tenia en su nuevo aliado, hallar en caso de necesidad un punto de defensa, escribió á Gualtero de Maunny, que le enviase quinientas lanzas y además dos mil arqueros, y que con esta escolta viniese á caer sobre la isla de Cadsand, que dominaba la embocadura de el Esquelda occidental, y que debia en caso de traicion ofrecerle un lugar seguro y de defensa: esta toma debia

*

parecer tanto mas natural, como que al primer aspecto ella presentaria, no una precaucion inspirada por el temor, sino un puro y simple cumplimiento de una promesa hecha.

Pocos dias despues llegaron á Gante los otros dos embajadores.

A estos les causó no poca admiracion el ver que era Eduardo en persona el que los esperaba en Gante; pero por otra parte conocian la prudencia del rey, y sabian que su carácter aventurero no le llevaba jamás mas léjos de lo que deseaba ir. Ellos se tranquilizaron bien pronto, y sobre todo los caballeros, al valor de los cuales toda espedicion aventurada era simpática y familiar; el obispo de Lincoln solo aventuró algunas observaciones; pero Eduardo las interrumpió pretestando tener vivos deseos de conocer el nuevo resultado de la doble embajada.

El obispo de Lieja habia rehusado toda alianza contra el rey Felipe, y por mas que los enviados hicieron por convencerle, no pudieron sacar de él nada en contra de la Francia.

En cuanto á monseñor el conde de Hainaut, los embajadores de Eduardo se lo encontraron en cama, donde estaba [como Santiago de Arte-

velle lo habia dicho] con un violento ataque de gota. No obstante, sabiendo de donde ellos venian, y que su hermano se hallaba entre ellos, los habia hecho entrar al instante, y despues de haberlos escuchado con una profunda atencion, habia respondído, que tendria un gran placer en que el rey de Inglaterra no abandonase su designio, atendido á que él amaba mas cariñosamente á Eduardo por ser su yerno, que no á Felipe, su cuñado, el cual le habia hecho un solemne desaire relevando al jóven duque de Brabante, del casamiento tratado hacia largo tiempo entre él é Isabel de Hainaut; que por esta razon, pues, él ayudaria con todo su poder á su querido y amado hijo el rey de Inglaterra. Mas él habia añadido que para la ejecucion de un semejante proyecto, necesitaria una ayuda mucho mas fuerte que la suya; que el Hainaut era un pais demasiado pequeño para competir con la Francia, y que la Inglaterra estaba demasiado léjos para en caso de que se ofreciera, prestarle socorro.

—Querido hermano, interrumpió entonces Juan de Hainaut, lo que vos decis es tan justo, que nosotros no dudamos que los consejos que

nos dais, sean los mas sanos para seguirlos; así rogámos nos digais lo que nos conviene hacer en estas críticas circunstancias.

—Por mi alma! respondió el conde, yo no encuentro señores mas poderosos para ayudarlo en sus empresas, como el duque de Brabante, que es su primo hermano; despues el conde de Gueldres, que ha contraido matrimonio con Eleonor su hermana; monseñor Valrame de Juliers, arzobispo de Colonia; el conde de Juliers, el caballero Arnaldo de Blankenheym y el caballero Fauquemont; pues todos ellos son buenos guerreros, y levantarán bien, si el rey de Inglaterra quiere encargarse de todos los pertrechos para la campaña, ocho ó diez mil lanzas bien templadas. Si el rey mi hijo, y vuestro señor, tiene todos estos señores en su favor, no vacilaré entonces en decirle que pasaré la mar é iré á combatir contra el rey Felipe hasta mas allá de la ribera de Oisi.

—Vos decís sabiamente, mi muy querido hermano, y se tratará de hacerlo como vos lo habeis indicado, respondió Juan de Hainaut.

Y sabiendo con qué impaciencia Eduardo lo esperaba, á pesar de las instancias del conde,

partió el mismo dia con Guillermo de Salisbury, su compañero de viage, para encaminarse al sitio indicado, aunque estaba muy léjos de pensar que el rey Eduardo en persona lo esperase.

Hemos visto ya como la fortuna, de acuerdo con los saludables consejos del conde de Hainaut, habia puesto al rey de Inglaterra en relaciones con el obispo de Colonia, el conde de Juliers y el caballero Fauquemont, cuando, bajo el nombre de Walter, habia asistido al almuerzo de Santiago de Artevelle: Eduardo estaba cierto de hallar entre ellos, salvo el agrado del emperador, unos aliados leales y valientes.

No habia pues mas que ocuparse que del duque de Brabante, y de Luis V de Baviera que ocupaba el trono imperial.

Los dos embajadores volvieron á partir inmediatamente: esta vez iban dirigidos al duque de Brabante y al emperador. Los enviados debian invocar cerca del duque de Brabante las relaciones de amistad y de familia que le unian al rey de Inglaterra, y tratar de obtener de él una participacion armada y que favoreciese los proyectos de Eduardo contra la Francia.

En cuanto al emperador iban encargados de

recordarle que Felipe de Valois, contrariando su tratado, que le prohibía comprar nada en tierras del imperio, habia adquirido las fortalezas de Creve-cœur en Cambrésis, y el castillo de Arleux-en-Pueble, y además de decirle de parte del rey Eduardo, que él haria de su derecho el suyo y de su querella la suya, con la sola condicion de que el emperador concediese á los señores que dependian de él el permiso para desafiar al rey de Francia.

Entretanto Gualtero de Maunny habia recibido en Lóndres la órden del rey, y se daba prisa para ponerla en egecucion, además de la adhesion al rey de Inglaterra, estaba predispuesto por su carácter aventurero á una escaramuza, donde queria desplegar todo su valor y adquirir nuevo renombre.

La espedicion era pues á propósito, segun su deber, como fiel servidor, y segun su deseo como valiente caballero. Lo hizo en consecuencia y sin perder un instante participó la órden del rey al conde de Derby, hijo del conde de Lancastre, el del pescuezo tuerto, al conde de Suffolk, al caballero Reynaldo de Cobham, al caballero Luis de Beauchamp, á Guillermo de

Fiz-Warwick y al de Beauciere, que habia escogido para repartir con ellos el honor de esta peligrosa conquista. Cada uno al instante hizo de su parte los preparativos necesarios, los barcos de guerra atravesaron el Támesis hasta Lóndres, donde se les suministraron armas y víveres; dos mil arqueros fueron reunidos y embarcados; en fin, los caballeros y sus escuderos se embarcaron á la vez abordo de sus navios, que inmediatamente levaron sus anclas, y vinieron, aprovechándose del reflugo que los llevó, á la vista de Gravescendo.

Al dia siguiente se quedaron en Margata; en fin, al tercer dia entraron en la mar, y vogaron y navegaron tanto y tambien, á la vela y al remo, que no tardaron en divisar las tierras de Flandes.

Al instante que ellos las apercibieron, se dispusieron á hacer el desembarque, y siempre costeando la ribera llegaron por fin á la vista de la isla de Cadsand, á las once de la mañana, del dia de san Martin.

Al primer golpe de vista que ellos echaron sobre la isla, los caballeros ingleses desecharon la esperanza de sorprenderla; los centinelas los

habian ya apercibido y dado la voz de alarma; de suerte que sin ningun obstáculo veian la guarnicion que se componia de diez mil hombres al menos, salir de las murallas y formarse sobre la playa en órden de batalla.

No obstante, como ellos tenian el viento y marea á su favor, juraron á Dios y á san Jorge que se aprocsimarian. Ordenáron pues sus navios en una sola línea se armaron y formados de dos en dos, hicieron tocar los tambores y cornetas, encaminándose á la dicha isla. Desde entonces no quedó duda á los de Cadsand; por otra parte, á proporcion que los sitiadores aprocsimaban sus guerreros podian reconocerse sus pendones formados segun las ordenanzas de entonces, y verlos lo bien que venian guardados, pues venia mandada la espedicion por diez y seis caballeros.

Si los ingleses contaban en sus filas un buen número de caballeros espertos y valientes, sus enemigos no eran menos ricos en hombres de valor y ciencia. En su primera fila se encontraba á M. Guy de Flandes, hermano bastardo del conde Luis, que arengaba á sus compañeros á la pelea; despues al duque de Hallewyn, M. Juan de

Rodas y M. Gil de la Esttriff: y como ellos veian sobre el puente de los navios á los ingleses hacer sus caballerescas operaciones; no quisieron ser menos que estos, y comenzaron á armar los suyos; y así que fueron armados los flamencos, M. Simon y Pedro Brulledent, M. Pedro de Englemoustiers y otros varios y bravos compañeros y nobles hombres de armas, ardientes de ódio y valor, desearon tanto de una parte como de otra que llegára la hora de venir á las manos.

Los dos partídos dieron su voz de guerra, y al instante como ya estaban tomadas todas las disposiciones, los que dieron principio á aquella sangrienta lucha fueron los arqueros ingleses, los cuales formados en órden de batalla hicieron caer sobre los de la isla una lluvia de flechas tan terrible y precipitada que los que guardaban la encenada, como no podian evitar los mortales golpes que les destruian, se vieron precisados á retroceder; pues preferian un combate cuerpo á cuerpo sobre la playa, á esta lucha tan distante que habian emprendído los ingleses, y en la cual llevaban toda la ventaja. Ellos se retiraron pues, fuera de la orilla; y entonces los ingleses, saltaron á tierra; pero apenas lo habian

hecho la mitad de los que se hallaban en los buques, cuando sus adversarios cayeron sobre ellos tan decidídos, que en el choque, los que habian ya venido á tierra tuvieron que volver, de suerte que los caballeros que estaban abordo de los buques no sabiendo donde saltar y estrechados entretanto por los que venian detrás de ellos fueron obligados á saltar al mar. Al mismo instante se oyó en medio de aquel tumulto la fuerte y aterradora voz de Gualtero de Maunny que volvió á sus enemigos diciendo: *Lancastre, al conde Derby*. En efecto, este último habia recibido un golpe de maza sobre la cabeza, y en el movimiento retrógado que habian hecho, los ingleses lo habian abandonado dejándolo tendído entre otros en el campo de batalla; de modo que los flamencos viéndole en la cabeza un casco coronado se lo llevaban; pero Gualtero de Maunny mirándole en manos de los flamencos sin esperar á mayor refuerzo se arrojó de nuevo sobre sus adversarios, y á su primer golpe de hacha cayó muerto á sus pies Simon Brulledent que era el primer gefe de la vanguardia.

Los que llevaban al conde Derby, lo dejaron, el cual cayó sobre la arena desvanecido. Gual-

tero de Maunny le puso un pié encima y así le defendió sin recular un paso hasta que su protegido fué volviendo en sí. Al fin y al cabo no estaba herido, sino un poco atontado; de suerte que apenas volvió á recobrar sus sentidos, cuando se levantó y cogiendo la primer espada que encontró á manos, se puso sin decir una sola palabra á combatir con un esfuerzo que era solo de una fiera, y como si nada le hubiera sucedido, dejando para un momento mas oportuno el dar las gracias á Gualtero de Maunny, juzgando que la hora era la mejor y mas apropósito para dar buenos tajos y estocadas, á fin de recobrar el tiempo perdído.

No obstante, aunque los flamencos no retrocediesen ni un paso, la ventaja era visiblemente de los ingleses, gracias á sus maravillosos arqueros eternos trabajadores en sus victorias. Estos habian quedado en los buques, y por consiguiente dominaban el campo de batalla y podian facilmente cazar en medio de la lucha, con la misma facilidad que se hace para coger en medio de un bosque á los ciervos y gamos, á los flamencos que debian perecer bajo el acerado filo de sus largas flechas, tan duras y bien templadas que

tan solamente las corazas alemanas podian resistirlas, y que traspasaban con la misma facilidad que al carton los jubones de cuero y las cotas de mallas de los de la isla. Los flamencos hacian tambien maravillas. Aunque siempre inferiores á las de los arqueros ingleses, porque la lluvia de flechas que amenudo caia sobre ellos, por mucho valor que los acompañára, no los podia librar de los muertos sin número que caian.

Ellos seguian la batalla, como ya lo hemos dicho, con un encarnizamiento horroroso.

En fin M. Guy, bastardo de Flandes, cayó tambien bajo un golpe de la terrible hacha del conde Derby, que se hizo de una trinchera provisional con su cuerpo, pero pronto vinieron los flamencos á librarlo; mas con una fortuna enteramente adversa, pues queriendo socorrerlo, el duque de Hallewyn, M. Gil de Estriff y Juan de Brulledent fueron muertos: de modo que ya no quedaba mas gefe, que M. Juan de Rodas; y este herido por una flecha, que le habia pasado de parte á parte una mejilla.

El pensó ordenar la retirada, pero este pensamiento era imposible de realizar. La prision de M. Guy de Flandes, la muerte de veinte y siete

caballeros que habian caido defendiéndose, y las innumerables flechas que caian sobre ellos, hacian que el campo donde pasaba aquella terrible escena pareciese enteramente cubrirse de espigas, así es que sus pocos soldados se huyeron en desórden hácia la isla; entonces M. Juan de Rodas, no pudiendo hacer mas, se hizo matar en el mismo sitio en que habian muerto los otros. En aquel momento finalizó el combate, aunque con bastante carnicería; vencedores y vencídos entraron confundídos en Cadsand, los cuales peleaban todavia de en casa en casa y de calle en calle; cerrada como estaba la isla por un lado por el Océano y por el otro por un brazo del Esquelda, toda la guarnicion ó se rindió prisionera ó fué muerta; y sobre seis mil hombres que la componian, cuatro mil quedaron en el campo de batalla. En cuanto á la ciudad, tomada como lo habia sido por asalto y sin capitulacion, fué entregada al pillage y al saqueo: todo lo que se halló de algun valor fué sin dilacion abordo de los buques, y los ingleses pusieron fuego á todas las casas; y esperaron que todas cayesen hasta la última; en fin ellos se embarcaron dejando aquella isla tan bella, poblada y floreciente, cai-

da, desierta y arazada, del mismo modo que si ella hubiese permanecido salvage é inhabitada desde el dia en que salió del seno de la mar á la voz del Omnipotente.

Durante este tiempo, las negociaciones políticas habian marchado con el mismo écsito que las guerreras, la doble embajada habia ya vuelto á Gante.

El duque de Brabante consentia en reunirse á Eduardo, con la condicion de que éste le pagaria una suma de diez mil libras esterlinas contando además con las sesenta mil al término de la guerra; y él se comprometió á levantar mil doscientos hombres de armas con la sola condicion de que el rey Eduardo les pagaria su correspondiente sueldo; además él le ofrecia á título de pariente y de aliado, su castillo de Louvain, como una residencia mas digna de un rey que la casa del cervecero Santiago de Artevelle.

En cuanto á Luis V de Baviera, su respuesta no fué menos favorable al conde de Juliers, que Eduardo habia agregado á sus embajadores: lo habia hallado en Floremberg y le espusieron la proposicion del rey de Inglaterra. Entonces Luis V, habia consentido en nombrarlo su vicario para

todo el imperio, que le daba derecho de hacer construir monedas de oro y plata con el retrato del emperadar, y además le confiaba el poder de levantar las tropas en Alemania; dos enviados del emperador acompañaban la vuelta de la embajada, á fin de arreglar al instante mismo con el rey de Inglaterra la época, el lugar y los detalles de la ceremonia. En cuanto al marqués de Juliers, el emperador para atestiguar la satisfaccion que él sentia en su vuelta, lo hizo conde, además de su título de marqués que ya poseia.

Al dia siguiente Gualtero de Maunny llegó á Gante, despues de haber dejado su flota en el puerto de Ostende: venia á anunciar al rey Eduardo, que sus órdenes estaban cumplidas, y que podia hacer pasar el arado, y sembrar el trigo, sobre el sitio donde habia estado hasta entonces aquel gran nido de piratas flamencos que le daban el nombre de la isla de Cadsand.

12.

Detalles históricos.

No obstante, el rey Felipe de Valois, contra el cual se hacian estos grandes preparativos de guerra, estaba ignorante de lo que contra él se tramaba. El por su parte hacia tambien sus prevenciones para ir á Ultramar á combatir á los enemigos de Dios: la cruzada habia sido predicada con un ardor entusiasta y fébril, y el rey de Francia viendo [segun refiere Juan Froissard] su reino enteramente decidído, se hizo con gran beneplácito de los suyos, gefe de esta santa em-

presa, y en el instante se ocupó de buscar los medios para egecutarla; en consecuencia, habia preparado el mas bello aparato de guerra, que jamás se habia visto desde las cruzadas de Godofredo de Bouillon y del rey san Luis: desde el año de 1336 habia retenido los puertos de Marsella, de Aguas-muertas, de Cette y de Narbona, y los habia poblado de una tal cantidad de navios, bageles, galeras y barcas, que podian con bastante facilidad llevar de transportes sesenta mil hombres de armas, víveres y bagages. Al mismo tiempo habia enviado mensages á Cárlos Roberto, rey de Hungria, que era un religioso y valiente caballero, rogándole tuviera sus paises abiertos para recibir á los peregrinos de Dios.

Lo mismo suplicára á los genoveses y venecianos, y habia dirigido semejante significacion á Hugo IV de Lusiñan que poseia la isla de Chipre, y á Pedro II, rey de Aragon y Sicilia. El habia prevenido por otra parte al gran prior de Francia en la isla de Rodas á fin de proveerse de víveres, y por último se dirigió tambien á los caballeros de san Juan de Jerusalen, á fin de que se les suministrasen las provisiones cuando pasasen por la isla de Creta que era de su pro-

*

piedad: Todo estaba ya pronto en Francia y en la mayor parte del camino tan largo como era; trescientos mil hombres habian tomado la cruz, y no esperaban mas para partir que la llegada de su gefe; cuando Felipe de Valois supo las pretensiones que Eduardo III tenia á la corona de Francia, y de sus primeras embajadas á Flandes, y al emperador: en aquel momento acababa de presentársele un bravo y leal caballero, llamado Leon de Grainheim, el cual venia como enviado del duque de Brabante. Este, fiel á su carácter doble y cauteloso no le habia dado esplícitamente su palabra al rey Eduardo, y aunque las sesenta mil libras esterlinas eran un bocado tentador, habia reflecsionado, que si se malograba la empresa, quedaba espuesto á la cólera del rey de Francia.

Habia pues escogido en el instante uno de sus caballeros, que su reputacion de valor y lealtad fuese acreditada, y le encargó de ir á buscar al rey Felipe de Francia y á decirle sobre su palabra, que él no temiera ninguna coalicion por su parte, que su intencion era no hacer ninguna alianza, ni ningun tratado con el rey de Inglaterra; pero que siendo su primo hermano, no habia

pudido impedirle que viniese á hacerle una visita á su pais, y que le habia ofrecido su castillo de Louvain, como el rey de Inglaterra lo hubiera hecho, si el duque de Brabante hubiese ido á hacerle una visita á Lóndres.

Felipe de Valois, que conocia por esperiencia al duque de Brabante, le quedaron algunas dudas á pesar de todas sus protestas; pero el caballero Leon de Crainheim, del cual conocia el honor y la rigidez, pidió al rey quedar como en rehénes respondiendo del duque de Brabante, y juró por su vida, que lo que habia dicho era verdad: en consecuencia Felipe se apasiguò con esto, y el noble caballero, á contar desde aquel dia, fué tratado en la córte de Francia no como rehen, sino como huesped. Como quiera, y á pesar de esta promesa, viendo Felipe que si iba al viage de Ultramar, dejaba á su reino muy espuesto, se ractificó en su idea, y por consiguiente suspendió la cruzada, hasta tener nuevas positivas sobre los proyectos del rey Eduardo III.

Entretanto como los caballeros y guerreros aliados estaban ya armados, les mandó á decir que esperasen y que estuviesen prontos á romper las lanzas y espadas que habian preparado

contra los infieles á esgrimirlas ahora contra los cristianos; y al mismo tiempo á fin de sacar el partído mejor que podia de aquel raro incidente, determinó el mismo declarar la guerra á Eduardo, á fin de quitarle de la cabeza la conquista de Francia, obligándole á defender sus estados, antes de ir á meterse en los agenos. Nos referimos á la llegada á Paris de los reyes de Escocia, los que como hemos visto habian sido derrotados por Eduardo, no dejándoles mas que cuatro fortalezas y un castillo.

Como nuestra larga y fiel alianza con la Escocia, tiene una grande é importante página en la historia de nuestra edad media, es menester que nuestros lectores nos permitan digamos algo sobre los diferentes acontecimientos que la componen, á fin de que el grandioso cuadro que hemos empezado á bosquejar á su vista no quede oscuro é incomprensible. Por otra parte, la Francia en aquella época era ya una poderosa nacion sobre la cual era menester echar de cuando en cuando una inteligente mirada sobre sus acontecimientos, para poder dirigir bien los propios.

Gracias á la admirable obra de Agustin Thierry, sobre la conquista de los normandos,

los menores detalles de la espedicion del vencedor de Hastings, son conocidos popularmente en Francia: al concluir pues esta época solamente, será desde donde echémos una rápida ojeada sobre la poética y encantadora tierra de Escocia, de la cual nació Walter Scott, el gran autor histórico y novelesco, el génio inventor de aquel pais, cuyas obras son buscadas con denuedo y á porfía en el mundo literario.

Los reyes de Escocia que habian hasta aquel tiempo sido libres é independientes, aunque en contínuas guerras con los reyes de Inglaterra, aprovechándose de la larga lucha interior que agitaba al imperio, habian agrandado su territorio á espensas de sus enemigos, habian conquistado de ellos si no tres provincias enteras, al menos la mayor parte de ellas; es decir, el Northumberland y el Cumberland y el Westmoreland; pero como los normandos tenian por el momento bastante que hacer con destruir á los sajones, se mostraron indiferentes á las miradas de los escoceses y consintieron en la sesion definitiva de estas provincias, con la condicion de que el rey de Escocia, rendiría homenage por ellas al de Inglaterra, aunque permaneciese

siempre para su estado, soberano libre é independiente. Esto era esactamente la situacion de el mismo Guillermo. Dueño independiente de su conquista en Ultramar tenia su gran ducado de Normandía y sus otras posesiones del continente bajo el título de feudatario del rey de Francia, y de este tiempo data la ceremonia de feudalismo y homenage. A causa de las condiciones de este homenage, Eduardo III creia no haberlo cumplido, con no haber puesto sus manos entre las del rey de Francia.

No obstante, era bien difícil que las cosas quedasen en aquel estado. A medida que la tranquilidad se estableció en Inglaterra, Guillermo y sus sucesores volvieron avidamente sus ojosá la Escocia, aunque ellos no osasen tomar lo que antes hubiesen concedído; pero poco á poco fueron insinuándose que sus vecinos les debian homenage, no solamente por las tres provincias conquistadas, sino aun por el resto del reino. De allí nace este primer periodo de combates que se terminó por la batalla de Newcastl, donde Guillermo de Escocia, apellidado Leon porque llevaba la figura de este animal sobre su escudo, fué hecho prisionero y obligado para

rescatar su libertad de ser reconocido no solamente por el Cumberland el Westmolerand y el Northumberland, sino por toda la Escocia por vasallo del rey de Inglaterra.

Quince años despues Ricardo I, mirando esta condicion como injusta y arrancada por la fuerza, renunció de su derecho, y los reyes de Escocia hallándose en su posicion de soberanos libres é independientes, no prestaron mas homenage que por las provincias conquistadas.

Ciento ochenta años habian pasado, y reinado seis reyes en Escocia despues de haberse renunciado á este derecho, y como los ingleses parecian haber prescindido de su antigua pretension de feudalismo, ninguna guerra se habia alzado entre los dos pueblos; empero una prediccion se esparció entre los escoceses, que habia salido de la boca de un sábio y muy venerado astrólogo llamado Tomás el Poeta: que el 22 de Marzo, seria el dia mas tempestuoso que jamás se hubiera visto en Escocia. Este dia llegó y pasó enmedio del terror general, en una serenidad muy notable; todos rieron de la prediccion fatal del astrólogo, pero se esparció la voz que Alejandro III, el último de los seis reyes, y que su rei-

nado habia sido la edad de ora para la Escocia, paseando á caballo por la orilla del mar en el condado de Fife, entre Burnstisland y Rynihorn, se habia aprocsimado demasiado á un precipicio, y, precipitado de lo alto de una gigantesca roca y que habia sido muerto del golpe.

Entonces todos conocieron que se cumplia la prediccion, y esperaron con resignacion el desastre que debia seguirla. El golpe no obstante no fué tan precipitado como podia esperar: Alejandro habia muerto sin sucesor, pero una de sus hijas casada con Enrique, rey de Noruega, habia dado á luz una preciosa niña que los historiadores del tiempo le llamaban Margarita, y los poetas le apellidaban la vírgen de Noruega. En su cualidad de nieta de Alejandro III, la corona de Escocia le pertenecia, y efectivamente fué coronada como tal.

El rey que reinaba entonces en Inglaterra, era Eduardo I, abuelo del que tenémos figurando en esta novela: Este era un príncipe valiente y conquistador; muy deseoso de aumentar su poder, fuese por las armas, ó por la política, y cuando los dos medios le faltaban, por la astucia. Esta vez la providencia parecia hallarse

dispuesta á favorecer su ambicion.

Eduardo I, tenia un hijo llamado lo mismo que él, que debia reinar bajo el nombre de Eduardo II. De este es del que hemos oido contar su trágica muerte de boca del asesino Maltravers, que ahora, como nuestros lectores recordarán, lo tenémos gobernador, ó por mejor decir, carcelero de la ex-reina Isabel.

Eduardo I, pidió la mano de la vírgen de Noruega, para su hijo, y le fué concedida; pero en el mismo momento en que las dos córtes, con grandioso tren, hacian los preparativos para el enlace de los dos jóvenes príncipes, Margarita murió repentinamente, y como no quedaba un solo heredero directo de Alejandro III, el trono de Escocia se hallaba sin sucesor legítimo.

Diez grandes señores, que, por un parentesco mas ó menos lejano del rey muerto, pretendian la sucesion vacante, pusieron en estado de guerra sus bajeles, y se aprestaron á sostener su derecho por las armas. Como se está viendo, la tempestad de Tomás el Poeta engruesaba á la vista de todos y prometia para largo tiempo un cielo sombrio y tempestuoso.

La nobleza escocesa, á fin de prevenir las

desgracias que debian resultar en aquellas guerras civiles, resolvió escoger por árbitro á Eduardo I, y de aceptar por rey de entre los diez pretendientes á la corona, el que él escogiera.

Dos embajadores llevaron esta decision al rey de Inglaterra, el que viendo el partido que podia sacar, aceptó sobre la marcha; y por los mismos mensageros convocó al clero y la nobleza escocesa para el dia 9 de Junio de 1291, en el castillo de Norham, situado sobre la ribera meridional del Tweed y á la derecha misma donde esta ribera separa á la Inglaterra de la Escocia.

Al dia señalado, los pretendientes no faltaron á la cita, y el rey Eduardo no se hizo esperar mucho. Atravesó toda aquella asamblea que él dominaba fácilmente, pues tenia un cuerpo tan alto que los ingleses le llamaban el rey de las piernas largas, se sentó sobre su trono é hizo seña al gran justiciero para que hablase.

Entonces aquel se levantó y anunció á los nobles escoceses, que antes que el rey Eduardo pronunciase su discurso, era menester que ellos reconociesen su derecho, no solamente como señor feudal del Northumberland, del Cumber-

land y del Westmoreland, lo que jamás habia sido contestado, sino del resto del reino, lo que desde la renuncia de Ricardo, habia cesado de ser un objeto de contestacion.

Esta declaracion inesperada produjo entre la asamblea un ruidoso tumulto; los nobles escoceses rehusaron contestar antes de deliberar el asunto.

Entonces el rey Eduardo, dió fin á la asamblea, no dejando á los pretendientes mas que tres semanas, para hacer sus reflecsiones. Al dia predicho, la asamblea se halló reunida de nuevo; pero esta vez era á la otra orilla del Tweed, en el territorio escocés, en una esplanada descubierta, llamada Upsettlington, y que sin duda Eduardo habia destinado fuese allí, para que los pretendientes no pudiesen argüir á la fuerza. Al fin todas las precauciones habian sido tomadas en vano, sin duda alguna, pues esta vez á la proposicion renovada de reconocer á Eduardo I por su señor feudal, ninguno hizo resistencia, y todos por el contrario respondieron que se sometian libre y voluntariamente á aquella condicion.

Entonces empezaron á ecsaminarse los títulos de los candidátos á la corona. Roberto Bruce,

señor de Aaunandale, y John Balliol, lord de Gallevay, normandos de orígen todos dos, y descendientes igualmente de la familia real de la Escocia, por una hija de David, conde de Huntington, fueron reconocidos los mas prócsimos á la corona.

Eduardo fué al instante rogado que decidiera cual de los dos quedaba rey, y nombró á John Balliol. En el instante, éste se arrodilló, *puso su mano entre las del rey de Inglaterra y las selló con sus lábios*, y se reconoció por vasallo y hombre ligado, no solamente para las tres provincias conquistadas, sino aun por el entero reino de Escocia.

Sin que la tormenta de Tomás el Poeta fuese disipada, ya habia caido el rayo y habia destruido la nacionalidad escocesa.

Balliol empezó á reinar; pronto sus actos y sus órdenes llevaron la muestra de su carácter parcial é irresoluble. Los mal contentos se quejaron, Eduardo les dió valor para apelar á él las decisiones de su rey; mas no hicieron falta. Eduardo formó un gran agravio, verdadero ó falso, y mandó á Balliol á comparecer ante la córte de Inglaterra.

A este mandato, Balliol sintió herido su amor propio en venir siendo rey á ser juzgado por otro rey; y por consiguiente rehusó positivamente. Eduardo reclamó entonces como garantia de soberanidad, el haber puesto sus manos entre las del rey de Inglaterra, y le pidió las fortalezas de Berwik Roxburgh y Jedburgh; Balliol respondió, levantando un numeroso ejército, y haciendo decir á Eduardo, que dejaba de reconocerlo como su señor feudal; y franqueando los límites de los dos reinos, entró en Inglaterra.

Esto era todo lo que deseaba Eduardo; no era bastante para él, que la Escocia fuese vasalla; él la queria tener esclava. Armó pues un grueso egército y marchó contra Balliol; á la primera jornada de camino, un caballero, seguido de varios guerreros, se presentó á Eduardo, y le rogó le permitiese tomar parte en la campaña, combatiendo con los ingleses.

Este caballero era Roberto Bruce competidor de Balliol.

Los dos egércitos se encontraron cerca de Dumbar; los escoceses, abandonados desde el principio del combate por su rey, fueron completamente vencídos. Balliol, temiendo ser he-

cho prisionero, y tratado con el rigor de las leyes de la guerra, segun se acostumbraba en aquella época, respondió que él mismo se presentaria en el instante si Eduardo, le aseguraba la vida. Prestado el juramento, vino á buscar al rey al castillo de Roxburgh, sin llevar en sus hombros el manto real, sin armas defensivas y ofensivas, llevando en sus manos una varilla por todo cetro, y declaró que llevado de los malos consejos de su nobleza, se habia revelado traidoramente contra su señor y dueño, y que en espiacion de aquella falta, le cedia todos sus derechos y poderes reales sobre la tierra de Escocia y sus habitantes. Bajo esta condicion, el rey de Inglaterra lo perdonó.

13.

Williams Wallace.

Esto era lo que esperaba Bruce reuniéndose á Eduardo. Así es, que apenas Balliol fué despojado, cuando su antiguo competidor, que habia tomado una parte activa en la victoria, se presentó á Eduardo reclamando á su vez el trono, bajo las mismas condiciones conque habia sido concedído á Balliol; mas Eduardo le respondió en su dialecto francés-normando:

—Creeis vos, que nosotros no tenémos otra cosa que hacer que conquistaros los reinos?

Pronto esta respuesta brilló con toda la claridad que Eduardo queria haberle dado al principio: atravesó vencedor la Escocia desde Tweed hasta Edimburgo, llevó los archivos á Lóndres hizo transportar y llevar á la iglesia de Westminster, la gran piedra sobre la cual por una antigua y nacional costumbre que tenian, era donde se colocaban los reyes de la Escocia el dia de su coronacion; en fin, él confió el gobierno de la Escocia al conde de Surrey, llamado Hugo Cressingham; nombró un tesorero, y á William Ormesby gran juez, y habiendo puesto gobernadores ingleses en todas las provincias, y guarniciones inglesas en todos los castillos, se volvió entonces tranquílo á Lóndres, para velar por la entera seguridad del pais de Gales, que acababa de someter á su dominio, como lo habia hecho con la Escocia, y tambien habia capturado á su príncipe, no obstante, sin otro delito, que el de haber defendído su independencia.

Esto era en la época que los hijos de menor edad de los reyes de Inglaterra, tomaban invariablemente el título de príncipes de Gales.

Sucedió á la Escocia lo que á todos los paises conquistados: el gran juez, parcial en favor de

los ingleses, rindió sus inícuos juicios; el gran tesorero, tratando á los escoceses no como ciudadanos, sino como tributarios, derrochó en cinco años mas plata, que en dos siglos sus cuatro últimos reyes; las quejas que daban al gobernador quedaban sin respuesta, ó no obtenian mas que contestaciones ilusorias ó estravagantes; en fin, los soldados puestos de guarnicion, tratando en todo lugar y en toda circunstancia á los escoceses como vencidos, se apoderaban á viva fuerza de todo lo que les convenia, maltratando, hiriendo y matando á los que querian oponerse á sus caprichosas operaciones; de suerte que la Escocia se halló pronto en la triste situacion de un pais que se halla pronto á sumergirse en su esclavitud; pero que no espera mas que una circunstancia para revelarse, y un hombre para ser enteramente libre. Además cuando un pais llega ya á este estremo, los acontecimientos llegan siempre, y el hombre no falta jamás.

Las circunstancias acontecieron en las *granjas de Ayr*, y el hombre fué *Willians Wallace*.

Un jóven que volvia un dia de pescar en la ribera de Irrine, y que habia cojido una gran cantidad de peces, que llevaba metidos en una

casimba, encontró en las puertas de la ciudad de Ayr, tres soldados ingleses, que se aprocsimaron á él y quisieron quitarle sus pescados: el jóven dijo que si los soldados tenian hambre partiria de buena voluntad con ellos; pero que por ningun título permitiria que se los llevasen todos.

Por única respuesta, uno de los soldados llevó la mano á la casimba, con intencion de quitársela: pero en el mismo instante el jóven le dió un tan rudo golpe con el mango de su caña, en la cabeza, que quedó en el sitio ecsánime, y en el instante, apoderándose de la espada del muerto, se vió frente á frente de los otros dos, y con brazo fuerte y vigoroso, los puso en fuga y llevó á su casa entero el producto de su pesca.

Este jóven era Willians Wallace.

Seis años despues de esta aventura, un jóven atravesaba la carrera de Lanark, dando el brazo á su esposa; este iba vestido de paño verde, con gran elegancia, y llevaba en la cintura un rico puñal: al volver una calle, un inglés se halló ante él, y estorbándole el paso, le dijo, que era harto escandaloso que un esclavo escocés llevase aquella vestidura y un tan rico puñal.

Como el jóven iba, como ya lo hemos dicho,

con su esposa, se contentó con dar por única respuesta al inglés, un pequeño empujon, con el brazo para que le dejára libre el paso. Entonces el inglés, mirando esta accion como un insulto, llevó la mano al pomo de su espada; mas antes que la hubiera sacado de la vaina, fué muerto por el puñal del escocés que le atravesó el corazon.

Todos los ingleses que se hallaban por aquellos alrededores, se lanzaron con la rapidez del rayo al lugar de la escena; mas la casa que se hallaba mas cerca y que podia prestar aucsilio al pobre jóven, era la de un noble escocés; el cual abrió la puerta al asesino y lo llevó detrás de él, y mientras que los soldados ingleses registraban las piezas interiores, él condujo al jóven á su jardin, desde donde ganó un valle salvage rodeado de rocas, llamado Cartland-Craigs, donde sus enemigos prescindieron del pensamiento de seguirle. Pero haciendo caer sobre los inocentes la pena que no podia espiar el culpable, el gobernador de Lanark, que se llamaba Hazzelrigg, declaró al jóven proscripto, puso fuego á su casa é hizo degollar á su esposa y gente de su servidumbre.

El proscripto, desde lo alto de una roca vió las llamas hendir el aire y oyó los gritos que daban las víctimas; y al ruido de los gemidos y á la vista del incendio juró un ódio mortal á la Inglaterra.

Este jóven era Willians Wallace.

Pronto se oyó hablar en los arrabales, de las arduas intrigas tanteadas por un proscripto, que habiendo armado una tropa considerable de foragidos, no daba cuartel á ninguno de los ingleses que encontraba. Una mañana se oyó decir que Hazzelrigg habia sido sorprendído en su casa, y que le habian dejado clavado un puñal en el pecho, que tenia la siguiente inscripcion: *Al incendiario y asesino.* Entonces ya no hubo ninguna duda de que este asesinato habia sido hecho por el mismo gefe.

El gefe se llamaba Willians Wallace.

En el instante salieron á combatirlos destacamentos enteros, los cuales fueron rechazados con un valor increible; y cada vez que se sabia la derrota de algun nuevo cuerpo inglés, la nobleza escocesa se regocijaba, pues el ódio que estos le tenian, ya hacia largo tiempo que habia cesado de ser un secreto para los vencedores. Los

ingleses tomaron pues una resolucion estrema.

Bajo pretesto de concertarse con ellos en los asuntos de la nacion, el gobernador de la provincia invitó á toda la nobleza del oeste á que viniesen á las *granjas de Ayr*, larga série de espaciosos salones, en los cuales durante el invierno, los monges de la abadía contigua, encerraban el trigo, pero que en el verano se hallaban enteramente vacios. Los nobles, acudieron sin desconfianza, y se les invitó á entrar dos á dos para evitar la confusion. Esta medída les pareció tan natural, que no se opusieron á ella en lo mas mínimo; pero á cada viga madre habia sido atada una larga cuerda; los soldados tenian cada uno una punta de estas cuerdas, las cuales tenian en sus estremos un nudo corredizo, y á medida que los diputados iban entrando, iban por turno echándoles la cuerda al pescuezo y al instante quedaban ahorcados. La operacion fué hecha tan habilmente, que ni un grito de los que estaban dentro previno á los que estaban fuera. Todos entraron y todos fueron horrorosamente estrangulados.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LA CONDESA DE SALISBURY.

LA CONDESA

DE

SALISBURY.

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCCION DE

D. Evaristo Acuaviva y Galan.

Tomo II.

Cádiz.
IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA, EDITOR,
calle de la Torre, n.° 58½.

1850.

Es propiedad de la casa de Arjona.

I.

Traicion y muerte.

Un mes despues de este acontecimiento, y como la guarnicion inglesa, despues de haber hecho aquel dia una gran comida, se hubiese retirado á dormir en las mismas granjas donde ingeniosa y traidoramente habian perecido tantos nobles escoceses, una vieja subió á ellas y marcó con un lapiz blanco las puertas de los pabellones donde se hallaban los ingleses, y se marchó sin haber sido descubierta en aquella operacion. Tras ella bajó de la montaña una tropa de hom-

bres armados, y llevando cada uno de ellos un paquete de cuerdas: estos hombres ecsaminaron las puertas con gran cuidado, y ataron fuertemente desde fuera todas las que hallaron marcadas con una cruz: despues que esta obra fué terminada, un hombre que parecia ser el gefe, fué de puerta en puerta, para ver si los nudos estaban sólidamente hechos, mientras que detras de él, un segundo destacamento cargado de mieses, las amontonaba en buena porcion ante las puertas y ventanas.

Acabada esta faena, y todos los alojamientos cercados de materias combustibles, el gefe puso fuego. Entonces los ingleses, se despertaron sobresaltados, y como las granjas eran de madera, prontamente se encontraron en medio de las llamas. Su primer movimiento fué el de correr á las puertas; mas estaban todas fuertemente cerradas. Entonces á golpes de hachas y de espadas las abrieron; mas los escoceses estaban tras de ellas, y encontraron murallas de hierro, tras de las murallas de llamas, y puestos por consiguiente en la precision de arrojarse al fuego ó ser ignominiosamente degollados.

Todos se acordaron entonces de una puerta

secreta que conducia al claustro, y se precipitaron al convento; mas sea que ellos hubiesen ya prevenido esto, ó sea que se hubiesen despertado por el ruido y adivinado lo que pasaba, el prior y los monjes de Ayr, esperaban á los fugitivos en el claustro y cayeron sobre ellos con espada en mano, y los hicieron refugiarse de nuevo en las granjas.

En el mismo instante los techos se hundieron, y todo lo que quedaba en los alojamientos fué destrozado bajo las mismas vigas madres, de donde habian estado colgados los nobles escoceses, por los cuales el gefe de los proscriptos tomaba una venganza tan terrible como merecida.

Esta accion fué la señal de una insurreccion general: los escoceses pusieron á su cabeza al que, solo, no habia desesperado en la salvacion de la patria; pues aunque éste no era el mas noble de sus señores, era incontestablemente el mas valiente. Mas apenas hubo él reunido unos tres ó cuatro mil hombres, cuando ya le fué necesario combatir.

El conde de Surrey abanzaba con el gran tesorero Cressingham á la cabeza de un numeroso ejército. Wallace estableció su campo de

batalla en la ribera septentrional del Forth cerca de la ciudad de Stirling, en el mismo sitio, donde el rio está muy profundo, pues á las tres ó cuatro leguas entra ya en el golfo de Edimburgo, atravesado por una larga y frondosa punta de bosques: en esta posicion esperó á los ingleses; los cuales no se hicieron esperar mucho: desde el mismo dia Wallace los vió avanzar por el otro lado del Forth. Surrey, como ábil capitan, comprendió al instante la superioridad de la posicion de Wallace, y mandó hacer alto para diferir la batalla; pero Cressingham, que en su doble cualidad de eclesiástico y de gran tesorero, debiera haber dejado el mando solo á Surrey, cuyos conocimientos militares eran hartos públicos, no se avino á las determinaciones del conde, y avanzó á caballo ante sus soldados diciendo, que el deber de un general era el de combatir por todas partes donde encontrára al enemigo; el ejército inglés, lleno de entusiasmo, pedia se diesen los grandes gritos de guerra. Surrey se vió obligado á dar la señal de la batalla, y la vanguardia mandada por Cressingham, que aunque eclesiástico, no titubeaba en tales casos de servirse de la espada y de la lanza, empezó á atravesar la pun-

ta de los bosques y á desplegarse sobre la ribera opuesta.

Esto era lo que esperaba Wallace, desde que vió la mitad de la armada inglesa pasada á su lado, y que la punta encumbrada estaba tras de ellos, dió la señal del ataque, cargando el mismo á la cabeza de sus tropas: todos los que habian pasado, fueron muertos ó aprisionados; todos los que pasaban despues fueron arroyados y echados á la ribera ó ahogados. Surrey vió que el resto de la armada estaba perdida si él no tomaba una pronta y grande decision; hizo poner fuego á la punta, sacrificando una parte de su ejército por salvar la otra; pues si los escoceses hubieran pasado la ribera, hubiesen hallado á sus enemigos en tal desórden, que hubiesen acabado probablemente en un solo dia con todo el ejército: Cressingham fué hallado entre los muertos, y el ódio que él inspiraba era tal y tan grande, que los que le descubrieron, le arrancaron á tiras el pellejo de su cuerpo, é hicieron de él bridas y frenos para sus caballos.

En cuanto á Surrey, como disponia aun de fuerzas respetables, hizo su retirada hácia Inglaterra, y esto rápidamente para que la nueva

de su derrota no se supiera al punto. Tras él los pueblos se sublevaron en masa, y en menos de dos meses, todas las fortalezas y castillos habian caido en poder de los escoceses.

Eduardo I, supo estos acontecimientos en Flandes, y se encaminó en seguida á Inglaterra: el pensamiento de su ambicion acababa de caer de un solo golpe; le habia sido necesario muchos años de astucia y de negociaciones, para someter á la Escocia, y acababa de serle perdída en una sola batalla. Asi es que apenas llegó á Lóndres Surrey, recibió de sus manos el mando de sus tropas, y formó al punto una armada considerable, y fué en persona contra los rebeldes.

Mientras tanto, Wallace habia sido nombrado protector; pero los nobles que lo habian hallado bueno para librar á la Escocia con su espada, mientras que ellos, no se atrevian ni aun á defenderla con su palabra, lo hallarón de muy bajo nacimiento para que la gobernára, y así rehusaron el seguirle. Wallace hizo entonces una arenga al pueblo, y cierto número de montañeses se le reunieron. Por mas inferior que fuese este ejército al de Eduardo, en hombres de ar-

mas y en táctica militar, Wallace, convencido de lo que se debia hacer en tales circunstancias, era retira rse y no marchar directamente á él, le esperó ce rca de Falkirk el 22 de Julio de 1298.

Los dos ejércitos presentaban un aspecto bien diferente: el de Eduardo, compuesto de toda la nobleza y caballería del reino, avanzaba cabalgando sus magníficos alazanes todos de la casta del gran ducado de Normandía, y escoltados por aquellos terribles arqueros, que llevando cada uno doce flechas en su carcax, pretendian llevar en su cinturon las vidas de doce escoceses.

El ejército de Wallace, al contrario, contaba apenas quinientos hombres de caballeria y algunos arqueros de la fortaleza de Ettrick, bajo el mando de Sir John Estuardo de Bonkil; todo el resto se componia de montañeses mal defendídos por armaduras de cuero, marchando apresurados, llevando sus largas lanzas y aprocsimándose los unos á los otros, que parecian una floresta moviente. Llegado al punto donde habia resuelto dar la batalla, Wallace mandó hacer alto y dirigiéndose á sus hombres les dijo:

—Ved ahí como nos llega la hora del festejo; ahora mostradme como vosotros bailareis.

De su parte, Eduardo habia parado tambien, y como las ventajas estaban compensadas por el terreno, de manera que ni él ni el otro de los dos gefes podian retroceder, el rey de Inglaterra creyó le seria vergonzoso esperar á los rebeldes, y dió la señal de la batalla. En el instante mismo toda aquella larga fila de caballería se lanzó, semejante á una roca que rueda en un lago, y vino á echarse sobre las largas y aceradas puntas de las lanzas de los escoceses. Al primer choque se vió caer casi enteras la primera y segunda fila de los ingleses; pues los caballos heridos, botaban de las sillas á los ginetes, que rendídos por el peso de sus armaduras, fueron casi todos muertos horrorosamente antes de poderse levantar; mas entonces la caballería escocesa, en lugar de sostener á la infantería que hacia su deber tan valerosamente, huyó descubriendo una de las alas del ejército de Wallace.

Al instante mismo, Eduardo hizo avanzar á sus arqueros, que no teniendo ya que temer ser cargados por la caballeria, pudieron aproc-simarse á sus enemigos como á un medio tiro de flecha, y escoger seguramente á aquellos á quienes les tuviera cuenta matar. Wallace lla-

mó en el instante á los suyos; mas el caballo de sir Jonh Estuardo, que los conducia á la batalla, le botó contra una encina, quedando muerto en el acto. Sin embargo, los arqueros avanzaron, pero como no tenian gefes que los dirigieran, se espusieron imprudentemente y se hicieron matar todos.

En aquel momento Eduardo apercibió en el ejército escocés algun desórden causado por la horrorosa lluvia de flechas, las cuales iban tambien poniendo en desórden la retaguardia; se puso á la cabeza de una tropa escogida de entre los mas bravos, cargó sobre la abertura hecha por los arqueros, y agrandó á lo largo del batallon la herida ya hecha; penetró hasta el corazon del ejército escocés, que estrechado de aquella manera no pudo resistir, y fué precisado á tomar la fuga, dejando en el campo de batalla el cadáver del inseparable y querido amígo de Wallace, sir Jonh Graham, que indignado de la deplorable conducta de la nobleza, no habia reculado un paso, y habia permitido morir á la cabeza de sus tropas, antes de siquiera volver la vista atrás.

En cuanto á Wallace, fué el último que que-

dó en el campo de batalla, y como la noche vino antes que hubiesen podido huir, lo mas algunos cien hombres de los que le rodeaban, desapareció á favor de la oscuridad en un bosque vecino, donde pasó la noche escondído debajo de una encina.

Wallace abandonado por la nobleza, la abandonó tambien, no soñando mas que quedar fiel á su pais, y permanecer con su título de protector; y mientras que los lores y señores continuaban combatiendo por su propia cuenta ó se sometian salvando sus intereses propios y particulares á espensas de los de su pais, Wallace, errante de montaña en montaña, de floresta en floresta, llevando consigo la libertad de la Escocia, como Enéas, los dioses de Troya, y haciendo latir por todas partes donde él estaba al corazon de la patria.

Varios hubo que lo creyeron muerto, pero permaneció siete años [proscripto, como estaba,] siendo el sueño incesante y terrible de las noches de Eduardo, que no creia que la Escocia, seria enteramente suya, mientras que Wallace ecsistiera en ella.

En fin, se prometieron recompensas al que

le cogiera muerto ó vivo; y un nuevo traidor, se halló entre toda la nobleza que él habia ya adquirido.

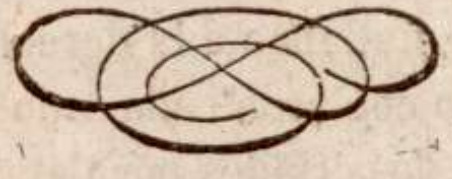
Un dia que comia en Robroyston, en un castillo, donde él creia no tener mas que amigos, sir John Macbeth, que acababa de ofrecerle el pan, lo puso sobre la mesa, de manera que el plato se hallase encima.

Esta era la señal convenida; los dos convidados que se hallaban á la derecha é izquierda de Wallace, lo cogieron cada uno por un brazo; mientras que dos criados por detrás, le reliaban una cuerda al cuerpo, á fin de que toda resistencia fuese en vano.

El campeon de la Escocia, amarrado como un leon furioso, fué presentado á Eduardo, el cual al instante lo hizo comparecer ante sus jueces coronado con una guirnalda verde. La decision del proceso no fué dudosa: Wallace fué condenado á muerte, yendo metído en una cuba hasta el sitio de la ejecucion, donde fué degollado; su cuerpo fué dividido en cuatro pedazos y cada uno de estos enganchado en una, lanza fueron puestos en las puertas de Lóndres.

Así murió el salvador de los escoceses, entre-

gado por los mismos por quienes se habia sacrificado, á fin de poder lograr su independencia y restaurar la paz en la infortunada Escocia.



2.

Un trono y dos reyes.

Dos ó tres años despues de la muerte de Wallace, y la noche de una de aquellas escaramuzas diarias que los vencidos y vencedores continuaban haciendo juntos, algunos soldados ingleses, cenaban reunidos al rededor de la mesa redonda de un meson, cuando un noble escocés que servia en la armada de Eduardo, y que se habia batido por él contra los sublevados, entró en la sala de tal manera hambriento, que se sentó en una mesa particular y se hizo servir; em-

pezó á comer, sin haberse labado las manos, bastante enrogecidas aun de la mortandad de la jornada. Los señores ingleses que habian ya concluido de cenar, lo miraban con aquel ódio que, aunque alistados bajo las mismas banderas separaba siempre á los hombres de las dos naciones; mas el estrangero, ocupado en satisfacer su apetito, no habia hecho reparo en la atencion conque aquellos lo miraban, cuando uno dijo en voz alta:

—Mirad á aquel escocés que come su propia sangre!..

Este oyó perfectamente las palabras, miró sus manos, y viendo que efectivamente estaban ensangrentadas, dejó caer el pedazo de pan que en ellas tenia, y quedó un instante pensativo; mas saliendo del meson sin decir una sola palabra, entró en la primera iglesia que encontró abierta, se arrodilló ante el altar, y habiendo lavado sus manos con sus propias lágrimas, pidió perdon al Señor, y juró, no vivir mas que para vengar á Wallace y librar su patria.

Este hijo arrepentido era Roberto Bruce, descendiente del que habia disputado la corona de Escocia á Balliol y que habia muerto dejando

sus derechos á sus herederos.

Roberto Bruce, tenia un competidor al trono que, como él, servia en la armada inglesa; este era sir John Comyn de Badenoch, que le llamaban Comyn-el-Rojo, para distinguirle de su hermano, á quién por su morena tez le habian dado el nombre de Comyn-el-Negro. El estaba entonces en Dumfries, en las fronteras de Escocia.

Bruce fué allí á buscarlo, para decidirlo á abandonar la causa inglesa y á reunirse á él á fin de dar caza al estrangero.

El lugar de la cita donde ellos habian de conferenciar, fué escogido de comun acuerdo por los dos, en la iglesia de los mínimos de Dumfries...

Bruce iba acompañado de Lindsay y de Kirkpatrik, sus dos amigos. Ellos permanecieron á la puerta de la iglesia, y en el momento en que él la abrió para entrar, ellos vieron por la abertura á Comyn-el-Rojo, que esperaba á Bruce ante el altar mayor.

Una media hora se pasó. Durante la cual se mantuvieron firmes bajo la bóveda del pórtico sin echar una mirada al interior de la iglesia. Al cabo de este tiempo, vieron salir á Bruce pálido y agitado. El estendió al instante su brazo á

la brida de su caballo, y apercibieron que sus manos estaban ensangrentadas.

—Qué hay? qué ha sucedido? preguntaron los dos á un tiempo.

—Lo que hay es, respondió Bruce, que Comyn-el-Rojo, no ha querido avenirse abuenas y creo que lo he matado.

—Cómo, qué crees! pues qué, no estás seguro de ello? dijo Kirkpatrik; esta es una cosa que es menester estar cierto de ella, y yo voy á verlo.

Al decir estas palabras, los dos caballeros entraron á la vez en la iglesia, y como efectivamente Comyn-el-Rojo, no estaba aun muerto, ellos lo acabaron de matar.

—Tenias razon, le digeron ellos saliendo y montándose en sus caballos; el asunto estaba bien principiado; pero nosotros lo hemos concluido: ahora ya puedes dormir tranquilo.

El consejo era mas facil de dar que de seguir. Bruce, acababa por aquella accion de echarse sobre sí tres venganzas; la de los parientes del muerto, la de Eduardo y la de la Iglesia. Así, viendo que ya no tenia nada que arrostrar despues de haber dado semejante golpe, marchó derecho á la abadía de Seone, donde se corona-

ban los soberanos de Escocia, reunió sus partidarios, llamó á todos aquellos que aun estaban dispuestos á combatir por su libertad, y se hizo proclamar rey el 29 de Marzo de 1206.

El 18 de Mayo, Roberto Bruce, fué escomulgado por una bula del papa, que le privaba de todos los sacramentos de la iglesia, y daba el derecho de matarlo como á un animal salvaje.

El 20 de Junio del mismo año, fué completamente derrotado cerca de Methwent, por el conde de Pembroke, y desmontado del caballo que acababan de matarle, fué hecho prisionero. Felizmente, aquel á quien él entregára su espada era un escocés, el cual, al pasar por una floresta, cortó el mismo las ligaduras conque estaba atado y le hizo señas de que huyese, Roberto no esperó á que se lo repitieran dos veces; deslizóse del caballo y se ocultó entre la maleza. El escocés, para no ser castigado por Eduardo, hizo como que lo perseguia; mas tuvo buen cuidado de no alcanzarlo.

Todos los otros prisioneros fueron condenados á muerte y egecutados. El asesinato de Comyn-el-Rojo daba sus frutos; la sangre se pagaba con sangre.

A contar desde aquel momento, fué cuando empezó esta vida aventurera que á dado á la historia de aquella época, todo lo pintoresco y todo el interés de una novela. Errante de montaña en montaña, acompañado de la reina, proscripta como él, y seguido de cuatro amigos fieles, entre los cuales iba el jóven lord Douglas, llamado despues el buen lord Tomás; obligado á vivir de la pesca ó de la caza, pues este último como el mas adiestrado á todos estos egercicios era el encargado del alimento de todos; marchando de peligro en peligro, saliendo de un combate para caer en una emboscada, escapando de todos los peligros por su fuerza, su audacia ó su presencia de espíritu, sosteniendo él solo el aliento de sus compañeros, siempre conducidos por la iluminacion del predestinado; pasó así los cinco meses de verano y otoño en estas escursiones vagabundas y nocturnas, á las cuales á principio del invierno, la reina estuvo cerca de sucumbir.

Bruce, vió que era imposible que ella continuase soportando las fatigas que el frio y la nieve iban á hacer mas terribles aun; él no tenia mas que un solo castillo, el de Kildrunmert, cerca de la corriente del Don, en el condado de Aber-

deen: la condució allí con la condesa de Ruchau y dos ó tres damas de su séquito; encargó á su hermano Miguel Bruce, la defendiera hasta el último estremo, y seguido de Eduardo, su otro hermano, atravesaron toda la Escocia para derrotar á sus enemigos, y se retiró á la isla de Rathlin, en la costa de Irlanda.

Dos meses despues, supo que el castillo de Kildrunmert habia sido tomado por los ingleses; que su hermano Miguel habia sido muerto y que su esposa estaba prisionera.

Estas nuevas llegaron á sus oidos en una pobre choza de la isla; ellas lo hallaron ya desalentado, y concluyeron por arrancarle el poco valor y fuerzas que le quedaban. Tendído sobre su lecho, donde se habia echado enteramente desesperado y hecho un mar de lágrimas, viendo que la mano de Dios habia siempre pesado sobre él, desde el asesinato de Comyn-el-Rojo, y asi se convencia de que la voluntad del Señor, que se manifestaba tan adversa, no era sino para que él abandonase aquella empresa. Y como en estos momentos tenia los ojos levantados al techo, entonces, como sucede siempre en semejantes circunstancias, pues mientras el alma se queja, el

cuerpo está ocupado en cosas frívolas, su vista reparó en una araña que, suspendida á la punta de un hilo, se esforzaba para lanzarse de una viga á la otra, sin poder lograrlo, y que no obstante, sin desesperar y perseverante, renovaba aquella tentativa, de la que su buen écsisto dependia para el establecimiento de su telar.

Aquella persistencia instintiva le llamó la atencion, y preocupado como lo estaba de sus desgracias, no bastó para que quitara sus ojos de los esfuerzos que la araña hacia. Seis veces probó el golpe deseado y seis veces le salió fallído.

Bruce, vió que él habia hecho lo mismo que aquel pobre animal; seis tentativas para conquistar su trono y que otras tantas se le habia ido de entre las manos. Aquella singular coincidencia le admiró y le dió al instante mismo el nacimiento de una idea tan supersticiosa como singular: pensó que aquello no era mas que un ejemplo que la Providencia le enviaba, en un momento semejante, de paciencia y persistencia, y mirando siempre á la araña, hizo juramento de que si ella probaba la sétima tentatíva que preparaba, él veria allí un consejo del cielo y continuaria su empresa; mas si al contrario ella

no lograba alcanzar la viga, perderia todas sus esperanzas como vanas é insensatas, partiria para la Palestina, y consagraria el resto de su vida á combatir contra los infieles.

Mientras él, mentalmente hacia su juramento, la araña que habia ya hecho todas sus disposiciones y tomado todas sus medidas, probó una sétima tentativa, cojió por último la viga y quedó perfectamente asegurada para continuar su trabajosa tarea.

—La voluntad de Dios sea cumplída, dijo Roberto Bruce.

Diciendo asi, se lanzó fuera de su lecho, previniendo á los soldados, que al amanecer del dia siguiente, se pondrian en camino para continuar la campaña.

Entretanto, Douglas continuaba su guerra de partidario; viendo que el invierno tocaba á su fin, se habia puesto en camino, y acompañado de trescientos soldados, habiase desembarcado en la isla de Arran, situada entre el estrecho Kilbranan, y el golfo de Clyde, habia sorprendido el castillo de Bratwich, y mandado matar á su gobernador y una parte de la guarnicion; y usando al instante del derecho de con-

quista, se habia establecido con sus hombres de armas en las fortalezas, y, fiel á su gusto para la caza, pasaba los dias en la magnífica floresta que rodeaba el castillo. Un dia que estaba ocupado en perseguir un ciervo, oyó en el mismo bosque donde él cazaba, el eco de una trompa y al instante se paró diciendo:

—No hay mas trompa que la del rey que dé este sonido, no hay otra que la de Bruce.

Despues de un instante, volviose á oir de nuevo el son de la trompa. Douglas puso su caballo al galope en direccion al ruido, y aun no habia pasado diez minutos cuando Douglas se encontró cara á cara con Bruce, que cazaba al otro lado.

Hacia tres dias que este último, para seguir su resolucion, habia dejado la isla de Rathlin, y dos horas despues habia llegado á la de Arran. Una muger anciana que cogia marisco en la ribera, le habia contado que la guarnicion inglesa hábia sido sorprendída por los estrangeros que cazaban en aquella hora. Bruce, teniendo por amigos á todos los enemigos de los ingleses, se habia al instante puesto á cazar en el otro lado. Douglas habia reconocido su trompa y los

dos fieles amigos y compañeros de armas se habian vuelto á encontrar.

A partir de este dia cambió la mala fortuna: sin duda la larga y cruel espiacion impuesta á Bruce por el asesinato de Comyn, estaba cumplida, y la sangre pagada con la sangre, cesaba de pedir venganza. No obstante, la lucha fué larga: le fué necesario, cuerpo á cuerpo vencer la traicion y la fuerza, el oro y el hierro, el puñal y la espada.

La Escocia conserva en sus tradicciones nacionales una infinidad de aventuras mas maravillosas las unas que las otras, en las cuales apoyado sobre su valor, y guardado por Dios, escapó milagrosamente de los mas terribles peligros, aprovechándose de cada suceso para dar fuerza á su partido, hasta que á la cabeza de un poderoso ejército de treinta mil hombres, esperó á Eduardo II en las llanuras de Sterling, pues durante esta encarnizada lucha, Eduardo I habia muerto legando la guerra á su hijo, y ordenando en su última hora, á fin de que la tumba no le separase de las batallas, que hiciesen hervir su cuerpo hasta que los huesos se separasen de sus carnes, y que estos los envolvieran en

una piel de toro y que lo llevasen á le cabeza del ejército inglés, cuantas veces marchára contra los escoceses.

Sea por confianza que tuviese en sí mismo, sea que la ejecucion de aquella bizarra promesa le pareciese ecsagerada, Eduardo II no ejecutó la recomendacion paternal, é hizo depositar el cadáver en la abadía de Westminster, donde aun en nuestros dias su tumba tiene la siguiente inscripcion:

AQUÍ YACE EL TERROR DE LA NACION ESCOCESA.

Despues marchó contra los rebeldes que, como lo hemos dicho, lo esperaban en Sterling, apoyados en la ribera de Bannockburn de la cual tomó el nombre la batalla.

Jamás tuvieron los escoceses mas completa victoria, ni mayor derrota sus enemigos. Eduardo II, tuvo que huir del campo de batalla á brida suelta, y perseguido por Douglas, y no paró su caballo hasta que se halló en salvo tras las puertas de Dumbar. Allí el gobernador de la ciudad le procuró una góndola, con la ayuda de

la cual, arrimado á la costa de Berwick, fué á desembarcar á la bahía de Bamborough en Inglaterra.

Esta victoria aseguró, sino la tranquilidad, al menos la independencia de Escocia, hasta el momento en que Roberto Bruce, aunque jóven todavia, fué atacado de una enfermedad mortal.

Hemos visto al principio de esta historia, como él hizo venir á su lado á Douglas, que los escoceses llamaron despues el buen lord Tomás, y los ingleses Douglas el Negro, y le recomendó abriera su pecho despues que muriera, sacára su corazon y lo llevára á la Palestina. Este último deseo no fué mas dichoso que el de Eduardo I, mas esta vez no fué por falta del que habia recibido la promesa, si esta no fué cumplida.

Eduardo II murió á su vez asesinado en Berkley por Gurnay y Maltravers, bajo las órdenes ambiguas de la reina, selladas por el obispo de Herefort; y su hijo Eduardo III le sucedió.

Nuestros lectores tienen ya tomada, por los capítulos precedentes, como nosotros lo esperamos, una idea justa del carácter de aquel jóven príncipe, para pensar que á penas subió al trono, sus ojos se volvieron hácia la Escocia, esta vieja

enemiga que despues de cinco generaciones, los reyes de Inglaterra legaban de padres á hijos como una serpiente esterminadora.

El momento era oportuno para volver á empezar la guerra, pues la flor de la nobleza de Escocia habia seguido á Tomás Douglas en su peregrinacion al Santo-Sepulcro, y la corona habia pasado de la poderosa cabeza de un rey guerrero, á la de un débil niño de cuatro años. Como despues de Douglas el Negro, el mas valeroso y mas popular de los compañeros del jóven rey, era Randolphe, conde de Moray, fué éste nombrado regente del reino durante la menor edad de David II.

No obstante, Eduardo habia comprendído que toda la fuerza de Escocia provenia de la profunda repugnancia que ecsistia, desde el Tweed, hasta la derecha del Penttland, por la dominacion de la Inglaterra. Resolvió pues no avanzar sobre las tierras enemigas, sino bajo falsas banderas, y de tomar por aliada la guerra civil: la fortuna le habia presentado el modo, y él lo aprovechó con su habilidad acostumbrada.

John Balliol, que habia sido hecho rey de Escocia, y despues destronado por el mismo

Eduardo I, habia pasado á Francia y muerto allí, dejando un hijo llamado Eduardo Balliol, El rey de Inglaterra, lanzó una mirada sobre él, como sobre el hombre, cuyo nombre era el mas apto para servir de bandera, y le puso á la cabeza de los *lores desheredados*:

Dos palabras bastarán para esplicar á nuestros lectores lo que se entendia entonces por esta denominacion, la que vamos á esplanar en el capítulo siguiente.

3.

Declaracion de guerra en Colonia.

Cuando la Escocia se emancipó de la dominacion de Inglaterra, gracias al valor y perseverancia de Roberto Bruce, dos clases de propietarios elevaron sus reclamaciones por la pérdida de sus bienes territoriales. Los unos eran los que despues de la conquista, habian recibido sus biedes de Eduardo I y de sus sucesores: los otros eran los que se habian secuestrado á las familias de Escocia y los poseian como heredados.

Eduardo pusó á Balliol á la cabeza de aquel

partido y todos parecian quedar estraños á aquella guerra eterna, que venia otra vez á llamar de nuevo á la puerta de Escocia bajo otro nombre y otro aspecto la que apoyó con su plata y con sus tropas. Para colmo de desgracias, y como si Roberto Bruce se hubiera llevado consigo la fortuna dichosa del pais, al momento en que Balliol y su armada desembarcarban en el condado de Tife, el regente Randolphe, víctima de una enfermedad violenta é inesperada, moria en Musselboug y dejaba al jóven rey entregado á la regencia de Donaldo, conde de March, que aventajaba á su predecesor en talentos y conocimientos tanto militares como políticos, pero que no gozaba tanto de las simpatias del pais.

El conde de March, apenas acababa de tomar el mando del ejército, cuando Eduardo Balliol desembarcaba en Escocia, caminando mas veloz aun que las famas de sus victorias; llegando á la siguiente noche á las orillas del Earn; en la ribera opuesta del cual, apercibió á la luz de los fuegos, el campo del regente. Mandó hacer alto á sus tropas y luego que los fuegos se fueron sucesivamente estinguiendo, atravesó la ribera, penetró casi hasta la mitad del campa-

mento escocés y allí encontrando á todo el ejército dormido y sin defensa alguna, empezó, no un combate, sino una carnicería tal, que al salir el sol, se admiró el mismo Balliol de que sus soldados hubiesen podido en tan poco tiempo, matar á tantos millares de hombres, con una tropa que apenas llegaba á una tercera parte de la que ellos habian sorprendído.

Entre los cadáveres se hallaron el del regente y como unos veinte y cinco ó treinta señores, pertenecientes á lo principal de la nobleza de Escocia.

Entonces empezó para esta nacion una era de decadencia tan rápida, cual habia sido lenta y laboriosa su reconstruccion nacional, por manos de Roberto Bruce.

Sin pararse en sitiar y tomar las fortalezas Eduardo Balliol, marchó derecho á Seone y se hizo coronar; una vez ya rey, rindió homenage de nuevo á Eduardo III, como á su señor y dueño. Este, desde entonces, no temió mas de prestarle ostensiblemente sus socorros, y juntando un numeroso ejército, marchó derecho á la ciudad de Berwick y la sitió.

Por su parte Archibald Douglas, hermano

del buen lord Tomás, marchó en socorro de la guarnicion é hizo alto á dos millas de la fortaleza, sobre una eminencia llamada de Halidon-Hill, desde la altura de la cual se dominaba fácilmente el ejército inglés, que se hallaba por esta razon de sitiador que era, sitiado entre la guarnicion de Berwick y los soldados de Douglas.

La ventaja de la posicion era indudablemente de los escoceses; mas para estos habian ya pasado los dias de la victoria: esta vez, como todas, los arqueros ingleses decidieron la batalla: Eduardo los habia colocado en una marisma donde la caballeria no podia atacarlos, y mientras ellos acribillaban con sus flechas á los escoceses, colocados sobre la montaña y desplegados en hileras por columnas, Eduardo cargaba sobre ellos seguido de sus valientes ginetes: muerto Archibald Douglas y acuchillados los mas denodados de sus guerreros, se dispersó enteramente el resto del ejército.

Esta jornada tan fatal para la Escocia, como favorable le habia sido la de Bannockburn, arrebató al jóven David todo lo que habia sido reconquistado por Roberto. Pronto el niño pros-

cripto, se halló en la misma situacion que su padre, de la cual se libertó éste, como hemos dicho, por su mucho valor y perseverancia.

Empero esta vez las cosas habian mudado mucho: los mas ardientes patriotas, viendo en David un niño sin esperiencia ni mundo, cuando lo que les hacia falta era un guerrero esperimentado, desistieron de su causa y se sometieron al porvenir de los estados.

No obstante, algunos de ellos no desesperaron de la salvacion de la patria, y continuaron en velar sobre el prestigio de la nacionalidad escocesa, como ante la grandeza del tabernáculo, vela la vacilante luz de la lámpara; y mientras que Balliol volvia á tomar posesion del reino, prestando homenage como feudatario á Eduardo III, David Bruce y su muger pedian en Francia auxilio y proteccion, como infortunados y errantes proscriptos.

Para apoyo de la antigua y vejada monarquia, no quedaban mas que cuatro castillos y un torreon, que de vez en cuando daban señales de vida, como las arterias de un cuerpo paralizado se agitan alguna que otra vez. Los señores de estos castillos eran los condes de Liddesdale, de

March, sir Alejandro Ramsay de Dalvoisy y el nuevo regente sir Andrés Murray de Bothwell.

En cuanto á Eduardo, menospreciando una tan débil oposicion, se desdeñó de proseguir sus conquistas hasta finalizar; dejó de guarnicion en cada castillo una fuerza respetable, y dueño y señor de la Inglaterra é Irlanda y feudal tambien de la Escocia, se volvió á Lóndres, donde lo hemos hallado al principio de esta obra, entre los regocijos y festines por la vuelta de sus victorias, preocupado de un amor ardiente hácia la bella Alicia de Grafton, por la que olvidára el proyecto de conquistar la Francia y destronar á Felipe de Valois.

Entonces fué cuando el rey de Francia lanzara una mirada sobre David II y su muger, que habian venido á su córte buscando un asilo desde el año de 1332. Sin declararse aun positivamente, él anudó con su mediacion las relaciones con los valientes defensores de Ultramar, envió al regente de Escocia crecidas cantidades para subvenir siquiera á los mas indispensables gastos y aprestó un considerable número de soldados, con los cuales pensaba formar la guardia del jóven rey, cuando llegára el caso de que éste en-

trase en sus estados.

Por otra parte, espidió sus órdenes á Pedro Behuchet, uno de los comisarios elegidos por él para que siguiera la causa formada contra el conde Roberto de Artois, cuyo destierro fuera la causa de todas estas sangrientas batallas, y al almirante de Francia, para que guardase los estrechos y pasages que mediaban entre las costas de Inglaterra y de Flandes.

Tomadas estas precauciones, esperaba tranquilo los acontecimientos.

Durante este tiempo, una espléndida y grandiosa fiesta se preparaba en Colonia: esta ciudad habia sido escogida por Eduardo III y Luis de Baviera para tomar pocesion del vicariato del imperio por el rey de Inglaterra; en consecuencia, sacamos en limpio que todos estos preparativos habian sido hechos con el plausible motivo de la union de ambos tronos.

Dos sólios habian sido erigidos en la gran plaza de la ciudad, y como no habian tenido tiempo para procurarse las maderas necesarias para su construccion, habian empleado en ellos los mostradores de las carnicerias públicas, tapando las manchas de sangre con preciosas col-

gaduras de terciopelo carmesí galoneadas de oro; sobre estos tronos habian colocado dos ricos sitiales, cuyos doceles tenian estampadas las armas imperiales de Alemania é Inglaterra, en señal de la union; el pálio que recubria este doble trono era de deslumbrante tizú de plata y oro, semejante á las cortinas de las cámaras reales: despues todas las casas estaban colgadas y entapizadas con magníficos tapices del Serrallo, traidos espresamente de Constantinopla.

El dia convenido para esta ceremonia, de la cual los historiadores no nos dan á punto fijo la fecha, mas nos dicen que fué á fines del año de 1338, ó al principio de 1339, el rey Eduardo III, vestido con el manto real y ceñida la corona, llevaba en la mano, en vez del cetro, su magnífica espada, en señal de la mision de venganza que iba á recibir: y se presentó seguido de sus grandes á las puertas de Colonia que dan al camino de Aix-la-Chapelle.

Allí fué recibido por los señores de Gueldres y de Juliers, los cuales tomaron á su lado, el sitio que le cedieron el obispo de Lincoln y el conde Salisbury, el cual, esclavo de su juramento marchaba siempre con el ojo derecho cerrado

bajo la banda de la bella Alicia; avanzaron en medio de las calles regadas con flores y mil yerbas aromáticas, seguidos del mas esplendente cortejo que se habia visto desde la coronacion de Federico II hasta la fecha.

Llegados que hubieron á la plaza, apercibieron sentado en el sitial de la derecha á Luis de Babiera, revestido con sus insignias imperiales, teniendo el cetro en la mano derecha, mientras que con la izquierda sostenia un globo que representaba al mundo, emblema de su poder y grandeza.

Al instante Eduardo III se apeó de su caballo, y anduvo á pié el espacio que le separaba del emperador, y subió la escalinata que conducia al trono; y luego que llegó al último escalon, con los embajadores á su lado, en lugar de besarle los pies, como era costumbre en semejante ocasion, el rey de Inglaterra se inclinó solamente, y Luis V emperador de Alemania, le dió el abrazo: despues, Eduardo, se sentó en el trono que le estaba preparado, y que era un poco mas bajo que el del emperador: esta era la sola marca de inferioridad, que consintió Eduardo III.

Al rededor de ellos estaban cuatro grandes

duques, tres arzobispos, treinta y siete condes, una multitud de marqueses y de barones con cascos coronados, ricos hombres de pendon y de mesnada llevando las banderas, é innumerables caballeros y escuderos.

Al mismo tiempo, las guardias que formaban las calles contiguas á la gran plaza, dejaron sus puestos y se formaron en cuadro al rededor del tablado, dejando libres las bocacalles por las cuales se amontonó al instante la multitud.

Cada balcon que daba á la plaza, era un nublado de caballeros y señoras: las azoteas y tejados se coronaron de gente, y el emperador, y Eduardo, se hallaron en el centro de un vasto anfiteatro que parecia empedrado de cabezas humanas.

Entonces el emperador se levantó, y en medio del mas profundo silencio, pronunció las siguientes palabras, con una voz tan alta y firme, que fueron perfectamente oidas de todos:

—Nosotros, los muy altos y poderosos príncipes Luis V, duque de Baviera, emperador de Alemania por eleccion del sagrado colejio, y por confirmacion de la córte de Roma, declarámos á Felipe de Valois, desleal, pérfido y cobarde por

haber adquirido, contrariando á sus tratados hácia nosotros, el castillo de Creve-cœur-en-Cambresis, la ciudad de Arleux-en-Puelle, y otras varias propiedades que nos pertenecian; pronunciamos que por estos actos, le retirámos la proteccion del imperio, y la conferimos á nuestro amado hijo Eduardo III, rey de Inglaterra y de Francia, y le encargámos de la defensa de nuestros derechos é intereses, y al cual en señal de coalicion efectuada ante toda esta córte imperial, le damos nuestras actas selladas con el doble sello de nuestras armas y de las del imperio.

Al concluir estas últimas palabras, Luis V tendió las actas á su canciller y se volvió á sentar, tomó con la mano derecha el cetro, apoyando su izquierda en el globo: entonces el canciller las abrió y las leyó con alta é inteligible voz.

Estas se conferian á Eduardo III, dándole los honores de vicario-teniente del imperio; este título le daba derecho y ley de hacer á cada uno justicia en nombre del emperador, le autorizaba á hacer monedas de oro y plata, y mandaba á todos los príncipes que dependian del emperador prestasen feudalidad y homenage al

rey de Inglaterra.

Entonces hubo brillantísimos aplausos; los gritos de guerra resonaron como el estampido del trueno; cada uno de los que estaban armados, desde el duque hasta el mas simple escudéro, hizo retumbar su escudo ó con el pomo de su espada, ó con la punta de su lanza, y en medio de aquel entusiasmo general, que escitaba siempre en aquella valiente caballeria, una declaracion de guerra, todos los vasallos del emperador vinieron, segun su rango, á prestar homenage Eduardo III, como lo habian hecho cuando subió al trono de Alemania, con el duque Luis V de Baviera.

Apenas fué concluida aquella ceremonia, cuando Roberto de Artois, que seguia su juramento con la perseverancia del ódio, partió para Mons, en Hainaut, á fin de dar aviso al conde Guillermo de que sus instrucciones estaban cumplidas y que todo venia bien.

En cuanto á los señores del imperio, pidieron á Eduardo quince dias de plazo, y quedó citado donde se habian de juntar, que era en la ciudad de Malines, que se hallaba en un centro conveniente, entre Bruselas, Gante, Anvers y

Louvain. El duque de Brabante en su cualidad de soberano independiente, se reservó é hizo sus declaraciones aparte, al punto y tiempo que juzgara conveniente.

Encargaron para declarar la guerra á Felipe de Valois, á M. Enrique, obispo de Lincoln, que partió sin perder tiempo á Francia.

Ocho dias despues, el mensagero de guerra obtuvo audiencia de Felipe de Valois, que le recibió en su castillo de Compiegne, en medio de toda su córte: teniendo á su derecha al duque Juan, su hijo, y á su izquierda á M. Leon de Crainheim, al cual habia llamado, no por hacerle honor al noble anciano, sino para que oyese la mision del obispo de Lincoln, convencido de que el duque de Brabante habia tratado con su enemigo, y queria que su representante asistiese á aquella asamblea, como para avergonzarlo.

Al fin, todas las órdenes habian sido dadas para que el heraldo de un tan gran rey, y de tan poderosos señores, fuese recibido como pertenecia á su rango y comision.

Por su parte, el obispo de Lincoln entró por medio de la asamblea, con la dignidad de un sacerdote y de un embajador, y sin humildad ni

frialdad, pero con calma y voz firme, desafió al rey Felipe:

Primeramente, á nombre de Eduardo III, como rey de Inglaterra y como gefe de los señores de su reino:

Segunda, á nombre del duque de Gueldres.

Tercera, á nombre del marqués de Juliers.

Cuarta, á nombre de M. Roberto de Artois.

Quinta, á nombre de M. Juan de Hainaut.

Sesta, á nombre del margrave de Misnia y de Oriente.

Sétima, á nombre del marqués de Brandeburg.

Octava, á nombre de sir de Fauquemont.

Novena, á nombre de M. Arnoult de Blankenheim.

Y décima, en fin, á nombre de mesir Valerand, arzobispo de Colonia.

El rey Felipe de Valois escuchó con atencion aquella larga enumeracion de sus agresores; y despues cuando ya habia sido concluida, admirado de no haber oido pronunciar el nombre del duque de Brabante que él suponia ser su mayor contrario; esclamó.

—No teneis nada que decirme de parte de

mi primo el duque de Brabante?

—Nada, señor, respondió el obispo de Lincoln.

—Lo oís, monseñor? mi amo ha sido fiel á su palabra, dijo M. Leon de Grainheim.

—Está bien, está bien, mi noble amigo, respondió el rey tendiendo la mano á su huésped; mas aun no estamos al fin de la guerra. Esperémos... esperémos.

Despues, volviéndose hácia el embajador le dijo:

—Nuestra córte es vuestra, monseñor de Lincoln, y mientras permanezcais aquí, tendrémos una gran satisfaccion en que nada falte á la grandeza de que sois digno.

4.

Alicia y la reina.

Ahora es menester que nuestros lectores nos permitan abandonémos por un instante la continuacion de estos rudos preparativos de ataque y de defensa, que ambos competidores están aprestando, de los cuales podia prescindir el novelista; pero que tiene un deber el historiador de contar todos sus detalles, y lancémos una mirada sobre los otros personages de esta novela, á los que hemos abandonado por un instante, para seguir al rey Eduardo desde su castillo de West-

minster, á la cervecería de su compadre Santiago de Artevelle.

Los personages que tenémos olvidados, son, á la reina Felipa de Hainaut y la bella prometida del conde de Salisbury, la interesante Alicia de Granfton, á las que hemos visto en el banquete real, tan bruscamente interrumpido por la entrada del conde Roberto de Artois y por los votos y juramentos que siguieron despues sobre la garza-real.

Al instante que la partida del rey habia sido oficialmente públicada en el reino, madama Felipa, á la cual su abanzado embarazo pedia los mayores cuidados, y que por otra parte, la severidad de sus costumbres hubiera tenido por una gran falta cualquiera diversion, por pequeña que fuera, durante la ausencia de su esposo y señor, se habia retirado con lo mas escogido de su córte al castillo de Nottingham, situado á unas ciento veinte millas, poco mas ó menos, de Lóndres.

Allí pasaba su vida en lecturas piadosas, en trabajos de costura y en lecturas caballerescas, con sus damas de honor, entre las cuales su mas constante compañera y mas querida confidenta,

contrariando aquel instinto maravilloso que poseen las mugeres para adivinar sus rivales, era siempre Alicia de Granfton.

Durante una de aquellas largas noches de invierno, ante una hermosa chimenea, en la cual ardian infinitos maderos perfumados, oyendo brisar el viento en los ángulos de las viejas torres, mientras que nuestro antiguo héroe Guillermo de Montaigu, hacia su ronda nocturna sobre las murallas de la fortaleza; reunidas en una grande y alta cámara adornada de magníficos mármoles y sorprendentes esculturas de encina, de cortinas oscuras y carcomidas y de un gigantesco lecho, las dos amigas, despues de haber despedido á toda la córte para estar mas solas, no para dar tanta libertad á sus palabras cuanto al curso de sus pensamientos, abstraidas de ese mundo enojoso y fatigante para un corazon y un alma preocupada, iluminadas por una sola lámpara cuya luz espirante parecia estinguirse antes de poder reconocer los objetos que apenas se dibujaban en las tapicerias perdidas en la obscuridad, sentadas á la derecha é izquierda de una gran mesa, que descansaba sobre sus torcidos pies, forrada con un brillante

tapiz de terciopelo verde bordado de oro, que contrastaba, por su frescura con los antiguos bordados del pabellon. Las dos damas despues de haber cambiado algunas palabras, estaban embebidas en una profunda meditacion, cuya causa diferente en sus resultados, se fundaba no obstante en un mismo punto: el juramento que cada una de ellas habia hecho.

El que la reina recordaba era terrible: habia jurado por el nombre de Nuestro Señor, nacido de la Vírgen, y muerto en la santa Cruz, que no pariria sino en tierra francesa, y que si el dia de su ocasion no tuviese medio de cumplir su juramento, se quitaria la vida y moriria con su inocente niño.

En el primer momento, ella habia cedido á aquel poderoso entusiasmo que se habia apoderado de cuantos estaban en el banquete; mas cuatro meses habian ya pasado desde aquel dia, el término fatal se iba aprocsimando, y el inocente niño desde su vientre, pedia á la madre cuenta del imprudente juramento que habia hecho.

El de Alicia era mas dulce: ella habia jurado, segun se recordará ahora, que el dia en que

el conde de Salisbury volviese á Inglaterra, despues de haber pisado tierra francesa, le daria su corazon y su persona.

La mitad de aquella promesa era inútil, pues el corazon se lo habia ya dado hacia mucho tiempo, así esperaba ella con no menos impaciencia que la reina, algun mensage de Flandes, anunciando que las hostilidades habian empezado, y su ilusion, aunque menos triste, no era menos profunda; solamente, cada una seguia el curso de sus pensamientos, la una de temor y la otra de esperanzas.

La reina no veia mas que desiertos espinosos y lúgubres, rodeados de un cielo sembrado de tempestuosas nubes; la condesa, al contrario, no veia mas que lindas jóvenes corretear en amenos pensiles, cogiendo ya esta flor ya la otra, alumbradas por el magestuoso curso de la luna, rodeadas de estrellas y relucientes luceros.

En aquel momento sonaron las nueve en el reloj del castillo.

Al primer golpe la reina se estremeció, pero siguió contando los otros con una tristeza, que no estaba esenta de terror.

—A semejante hora, y en este mismo dia,

hay siete años, dijo la reina con voz bastante alterada, esta cámara, hoy silenciosa y tranquila, estaba llena de tumultos y de gritos.

—No fué aquí, dijo Alicia saliendo de sus profundas ilusiones por la alterada voz de la reina, donde se celebraron vuestras nupcias con monseñor Eduardo?

—Sí, sí, aquí fué, murmuró la reina, respondiendo á la pregunta de Alicia; mas es otro acontecimiento del que yo hago alusion, acontecimiento sangriento y terrible, y que ha pasado en esta cámara: el arresto de Mortimer, el amante de la reina Isabel.

—Ah! respondió Alicia estremeciéndose á su vez, y mirando con asombro al rededor de ella, yo he oido decir amenudo alguna cosa de esa trágica y terrible historia; y además, desde que habitámos este castillo, he tentado mas de una vez para obtener algunos detalles sobre el sitio donde fué la escena y de la manera que fué cumplida. Pero como hoy el rey nuestro señor, ha devuelto á su madre la libertad y todos sus honores, ninguno ha querido responderme, sea por temor, sea por ignorancia... Y vos decís que fué aquí señora?.. continuó Alicia aprocsimándose

cada vez mas á la reina.

—No es á mí, respondió ésta, á quien toca sondear los secretos de mi esposo y buscar y adivinar si madama Isabel habíta en un palacio ó en una prision dorada, y si el infame Maltravers, que ha obtenido un destino cerca de ella, tiene mision de ser su secretario, ó su verdugo: lo que decide en su sabiduría, monseñor Eduardo, está bien decidido y bien hecho. Yo soy su humilde esposa y no tengo nada que decir: No obstante, lo que yo os decia, Alicia, es, que fué aquí en esta cámara, hay siete años, en este mismo dia y á esta misma hora, fué arrestado Mortimer, en el momento en que se levantaba de esta silla donde yo estoy sentada, y alejándose de esta mesa, donde nosotras estámos apoyadas, cuando iba á meterse en aquel lecho, donde hace tres meses, yo no me he acostado una sola vez sin que toda esta escena sangrienta y los autores que tomaron parte en ella, no se me hayan presentado á mis ojos, cual pálidas fantasmas. Por otra parte, Alicia, las paredes tienen mejor memoria, y son á veces mas indiscretas que los hombres; estas tienen grabados todos los acontecimientos que en sus tiempos han pasado,

y sino ved ahí la boca por la cual ellas me han enterado, continuó la reina mostrando con su dedo unas cuantas líneas hechas en una de las pilastras, trazadas por la punta de una espada. Allí es donde cayó Dugdale; y si vos alzais la alfombra sobre la cual están descansando vuestros pies, hallareis sin duda las rojas manchas de su sangre; pues la lucha fué terrible, y Mortimer se defendió con la misma fiereza que un leon.

—Pero, repitió Alicia haciéndose atras con su sitial para alejarse del sitio donde un hombre habia pasado tan rápidamente de la vida á la agonia y de la agonia á la muerte, aunque fuese el verdadero delincuente Rogerio Mortimer, es imposible que el rey Eduardo, lo haya castigado de una manera tan terrible por solo las relaciones criminales con la reina.

—Asi no hubiese cometido otra cosa que esa falta; mas habia cometido crímenes, y crímenes infames; habia, por medio de Gurnay y del asesino Maltravers, asesinado al rey; habia además, por falsas denunciaciones, hecho degollar al conde de Kent. Dueño entonces de todo el reino con sus infames proyectos, lo llevaba á la ruina; cuando el verdadero rey, al cual le usur-

paba el poder y falseaba su voluntad, de niño que era llegó á ser hombre, poco á poco pudo romper el velo que cubria al reino de Inglaterra; mas la armada y asuntos políticos, todo estaba en las manos del favorito: la lucha con él, como enemigo, era mover una guerra civil. El rey lo trató como asesino.

«Una noche que el parlamento se habia reunido, y que la reina y Mortimer habitaban este castillo, bien guardado por sus amigos, el rey sedujo al gobernador, y por un subterráneo que conduce á esta cámara, y que no sé por donde se abre, aunque no ignoro es, por un sitio oculto de aquella galería, y que no he podido encontrar, á pesar de lo que lo he buscado, y penetró aquí á la cabeza de una tropa de enmascarados, entre los cuales iban Enrique Dugdale y Gualtero de Maunny. La reina se habia ya acostado, y Rogerio Mortimer iba á hacer lo mismo, cuando de pronto vió abrirse un escotillon; cinco hombres enmascarados se precipitaron de golpe en la cámara; mientras que dos corrian á las puertas para cerrarlas, los otros tres que estaban dentro, se avanzaron á Mortimer, que saltando y haciéndose de su espada, dió

muerte del primer golpe á Enrique Dugdale, que fué el primero que tendió la mano para cogerle. En el mismo instante Isabel se echó fuera de su lecho, olvidando que estaba casi desnuda, ordenando á los hombres que se retirasen, y esclamando que ella era la reina.

—«Está bien, dijo entonces uno de ellos quitándose su máscara; si vos sois la reina, señora, yo soy el rey!

«Isabel dió un grito al reconocer á Eduardo, y cayó sin sentido sobre el pavimento. Mientras esto pasaba, Gualtero de Maunny desarmaba á Rogerio; y como los gritos de la reina se habian oído, las guardias corrieron á las puertas, y viéndolas cerradas, empezaron á forzarlas á golpes con las espadas y las mazas; los enmascarados se llevaron á Rogerio Mortimer, poniéndole una mordaza y amarrándolo fuertemente, y asi que hubieron todos salido, volvieron á cerrar la entrada del subterráneo; de suerte que los que entraron no hallaron mas que á Dugdale muerto y á la reina desmayada; pero de Rogerio Mortimer ni de los que se lo llevaban encontraron ninguna traza. Los buscaron, aunque en vano, pues la reina no se atrevió á decir que era su

hijo el que habia venido á espiarla hasta en su mismo lecho. De suerte que no se supo nada de Mortimer, hasta que se hizo pública la sentencia de su muerte, y se le vió aparecer en el cadalso, donde el verdugo le abrió el pecho para sacarle el corazon, que lo echó en una canasta, y dejó el cuerpo en el patíbulo, donde dos dias y dos noches quedó espuesto al público y á las injurias del populacho, hasta que el rey, perdonando en fin al cadáver, permitió á los hermanos de la caridad de Inglaterra llevasen el cuerpo al panteon.»

—Ah! señora, eso es horroroso! esclamó Alicia.

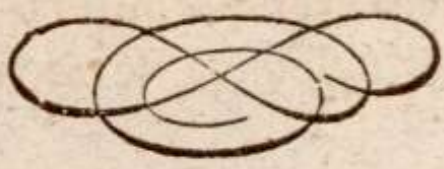
—Ved ahí la horrible escena que sucedió á esta misma hora en este sitio, hay siete años. No tenia yo razon en decir que fué un horrible acontecimiento?

—Y tan terrible, señora! es una de aquellas aventuras que parecen grabarse en nuestra memoria, con la misma sangre que en ellas se derrama.

Las dos damas se miraron una á otra; querian cada cual de ellas encontrar en sus ojos mas ánimo y mas valor; pero esta ojeada fué rápida

y solo sirvió para hacer traicion á su pavor interno.

Mudas y silenciosas, pasaron así algunos momentos, contemplando y meditando en aquellos recuerdos terribles que acababan de evocar.



5.

Dos votos ya cumplidos.

Empero aquel silencio no podia durar mucho tiempo, y Alicia, por mas débil y miedosa que fuera, aun queria esplanar mas aquella aventura y enterarse mejor de todas las circunstancias.

Así es, que despues de haber movido su diva cabeza á uno y otro lado y despues de haber con sus radiantes miradas sondeado aquella semi-oscuridad, esclamó mirando á la reina:

—Mas ese subterráneo... ese escotillon...

—Una sola vez he hablado de eso al rey, y

me ha respondído que el subterráneo está cerrado y que no se ha vuelto á abrir mas.

—Y, os atreveis, señora, á estar en esta cámara? dijo Alicia.

—Y qué tengo yo que temer, no teniendo nada que reprocharme? dijo la reina aparentando mas tranquilidad en el corazon para disimular el terror que ella sentia á pesar suyo. Por otra parte, esta cámara, como vos habeis dicho, guarda un doble recuerdo, y el primero me es tan querido, que sobrepuja al segundo, por muy terrible que sea.

—Qué ruido es ese? esclamó Alicia asiéndose del brazo de la reina, pues el temor le hizo perder hasta el respeto.

—Los pasos van aprocsimándose y pronto lo sabrémos. Vamos, tranquilizaos, niña.

—Se abre la puerta! murmuró Alicia.

—Quien es? dijo la reina volviéndose al lado donde venia el ruido, aunque no pudiendo descubrir en la oscuridad la persona que lo causaba.

—Tengo el honor de prevenir á vuestra alteza, esclamó la voz del jóven gobernador, que todo está seguro en el castillo de Nottingham, y

que puede reposar sin temor alguno.

—Ah!

El jóven que no se esperaba esta invitacion tácita, hecha con una voz demudada y en la cual se advertia la emocion, permaneció al principio mudo; mas despues, lanzándose hácia Alicia, esclamó:

—Qué hay, señora? Qué teneis, ó qué deseais de mí?

—Nada, Guillermo, respondió Alicia con un acento en el cual habia aun algunos vestigios del miedo pasado; nada. La reina es la que desea saber si vos no habeis encontrado nada de nuevo en vuestra ronda nocturna.

—Y qué quereis vos, señora, que yo encuentre de nuevo? respondió suspirando Guillermo; la reina está entre sus fieles amigos, y lo mismo vos, señora; y yo no soy bastante dichoso en poder esponer mi vida, por salvar la de vosotras.

—Creís vos que nosotras tenemos necesidad del sacrificio de vuestra vida, para creer en la verdad de vuestra adhesion, M. Guillermo? dijo la reina sonriéndose, y que es menester un acontecimiento arriesgado, para que reconozcamos el esmero y cuidado conque vos nos defenderíais?

—No, señora, interrumpió Guillermo; mas si dichoso y envanecido estoy en estar á vuestro lado, no soy menos vergonzoso algunas veces en el fondo de mi corazon, por ser poco para mí el solo velar por vuestra seguridad, que no corre riesgo ninguno; cuando el rey y tantos caballeros favorecidos, corren á ganar renombre y á volver dignos de las personas que los aman: mientras que yo á quien se trata como á un niño, y que no obstante me siento con el mismo valor de un hombre, aunque soy bastante desgraciado para amar... es verdad que yo debia ocultar en lo mas profundo de mi alma este amor que me atormenta, y...

—Está bien! tranquilizaos, Guillermo, dijo la reina, mientras que Alicia, á quien no se le habia escapado la pasion del jóven doncel, guardaba el mas profundo silencio; si nosotras tardámos aun siquiera un dia en recibir noticias de Ultramar, os enviarémos á buscarlas y no os pesará antes de venir, el tomar parte en alguna de las bellas escaramuzas para vos y otros valientes tan agradables, las que nos contareis á vuestra vuelta.

—Oh! señora, señora! esclamó Guillermo

casi fuera de sí por la alegria que no cabia en su corazon, si yo fuera tan dichoso que obtuviera tal favor de vuestra alteza, despues de Dios y sus ángeles, seríais lo que hubiera de mas sagrado para mí sobre la tierra.

Guillermo de Montaigu acababa apenas de pronunciar estas últimas palabras, con aquel acento de entusiasmo que es comun en la juventud, cuando el *quien vive* del centinela, puesto fuera de la puerta del castillo, pronunciado en alta voz, se oyó perfectamente en la cámara de las dos damas, y les anunció que algun estrangero se aprocsimaba á la puerta esterior.

—Qué es? oísteis? dijo la reina.

—No lo sé, mas voy á informarme, señora, respondió Guillermo, y si vuestra alteza lo permite, volveré al instante á darle cuenta de lo que fuere.

—Id, dijo la reina; os esperámos.

Guillermo obedeció, y las dos jóvenes cayeron de nuevo en su meditacion, de la cual las habia sacado el martillo del reloj al dar las nueve; permanecieron en silencio, renudando el hilo de sus pensamientos, interrumpido por la historia de la horrible catástrofe que habia contado la

reina á Alicia, pero la cual en presencia de Guillermo, y la conversacion que le siguió, habia, sido sino olvidada, al menos, se habian alejado las tristes impresiones.

Resulta, que como enteramente no pensaban mas que en el *quien vive*, que en su imaginacion les anunciaba un acontecimiento de alguna importancia, ni aun oyeron que Guillermo entraba de nuevo: éste se aprocsimó á la reina y viendo que no le interrogaban dijo:

—Soy el colmo de la desdicha, señora; y nada de lo que espero se me logrará jamáss in duda alguna, pues las nuevas que yo debia ir á buscar, acaban de llegar ahora mismo. Decididamente no soy bueno mas que para guardar las viejas torres de este antiguo castillo, y es menester que me resigne con mi perversa suerte.

—Qué decis, Guillermo? esclamó la reina, qué tenémos de nuevo? es algo del ejército?

En cuanto á Alicia, no dijo nada; mas miró á Guillermo con un aire tan suplicante, que éste se volvió hácia ella y le respondió aun primero que á la reina, por lo interrogador y ferviente que le pareció este silencio.

—Son dos caballeros que acaban de llegar y

que dicen ser mensageros de una noticia para vos de parte del rey Eduardo. Deben ser introducidos ante vos, señora?

—Al instante mismo, esclamó la reina.

—A pesar de lo avanzado de la hora? dijo Guillermo.

—A toda hora del dia ó de la noche, el que llegue enviado por mi señor y dueño, es bien venido.

—Y doblemente bien venido, yo lo espero, dijo desde la puerta una voz jóven y sonora; no es asi bella tia? cuando el enviado se llama Gualtero de Maunny, y cuando trae nuevas muy agradables.

La reina dió un grito de gozo, y se levantó tendiendo la mano al caballero, el que con la cabeza descubierta y sin casco, pues lo habia dado al entrar á su page ó escudero, se adelantó con firme paso hácia las dos damas.

En cuanto á su compañero, permaneció con su casco y su visera calada. La reina estaba tan demudada de gozo, que ni sintió que el mensagero de la dicha se arrodilló ante ella, y que sus lábios imprimiéronse en su mano, sin atreverse siquiera á hacerle una sola pregunta.

En cuanto á Alicia, se habia apoderado de ella un gran temblor.

Guillermo, adivinando lo que pasaba en su corazon, se habia apoyado contra la pared, sintiendo sus rodillas vacilar, y ocultando la palidez de su rostro entre las sombras, y mirando con ardiente mirada á la bella Alicia.

—Y vos venis de parte de mi señor? dijo por fin la reina, decidme que es de él?

—Os espera, señora, y me ha encargado os conduzca á su lado.

—Decis verdad? esclamó la reina; ha entrado ya en Francia?

—Aun no, bella tia, mas nosotros, sí; pues hemos escogido para palacio, y permanencia de vuestro hijo el castillo de Thun; es decir, un verdadero nido de águila, un asilo como conviene á un heredero real.

—Esplicaos, Gualtero, pues yo hasta ahora no he comprendido nada de lo que quereis decirme, y temo que lo que era una dichosa realidad, sea despues de todo un sueño. Mas, por qué ese caballero que os acompaña no se quita su casco y se aprocsima á nosotras? temerá el portador como vos de semejantes nuevas, ser

mal recibido de mi real persona?

—Este caballero, bella tia, ha hecho una promesa como vos, como madama Alicia, que no dice palabra y que tampoco me mira. Vámos, alegraos continuó dirigiéndose á ésta última; está vivo, vive para vos, aunque no vé todavia mas que con un ojo.

—Gracias, dijo Alicia, olvidando un poco los pesares que oprimian su corazon, gracias. Ahora decidnos donde está el rey, donde está su ejército?

—Sí, sí, decidlo, Gualtero, repitió vivamente la reina; la última noticia que hemos recibido suya de Flandes, ha sido la de los embajadores de guerra enviados al rey Felipe de Valois. Qué ha pasado despues?

—Oh! despues han pasado grandes é importantes cosas, respondió Gualtero; solamente, que como á pesar de la embajada y la palabra dada, los señores del imperio tardaban en llegar al sitio donde debian reunirse á nosotros, y que cada dia que pasaba veiamos pintarse en el rostro del rey una palidez mortal, nos vino á la idea, á Salisbury y á mí, de que aquella tristeza que cada dia se aumentaba mas, era por el recuerdo

de la promesa que vos habíais hecho, y que apesar de su impaciencia, no podia ayudaros á cumplirla. Entonces, sin decir nada á nadie, tomamos un refuerzo de cuarenta lanzas, de buenos compañeros, seguros y atrevidos, y partiendo de Brabante y cabalgando noche y dia atravesamos el Hainaut, pegamos fuego á Mortagne, y dejando atrás el condado, pasamos el Esquelda, y vimos reflejar los rayos del sol en las torres de la abadía de san Diego; en fin, llegamos á un fuerte y lindo castillo que pertenece á la Francia y que se llama Thun-l'Eveque; dímos una vuelta á su al rededor para ecsaminarlo todo, y habiendo reconocido que este era justamente el que necesitábamos, bella tia, pusimos nuestros caballos al galope, y Salisbury y yo á la cabeza de nuestra decidida tropa, entramos en el patio, donde nos hallamos la guarnicion, que, reconociéndonos por lo que éramos, se defendieron algo para no tener que rendirse sin haber antes dado algunos botes de lanza y recibido algunas heridas.

«En el instante visitámos el interior de la fortaleza, para ver si habia allí alguna otra cosa que disponer para que todo estuviera digno de

la persona que iba á visitarla.

«El gobernador hacia muy pocos dias lo habia hecho amueblar de nuevo con la mayor elegancia, de suerte que con la ayuda de Dios, ireis allí y dareis á luz un heredero á nuestro dueño y señor Eduardo, lo mismo que si estuviéseis en vuestro castillo de Westminster, ó de Grenwich. Así es que al instante pusimos una buena guarnicion que hemos dejado al mando de mi hermano, y volvímos prontamente á ver al rey, diciéndole en el estado en que estaban las cosas, para que completamente se tranquilizára.»

—Así pues, murmuró tímidamente Alicia, el conde de Salisbury ha cumplido fielmente su juramento?

—Sí, señora, dijo á su vez el otro caballero aprocsimándose á ella, quitándose su casco y doblando al mismo tiempo una rodilla; ahora decidme, seguís con ánimo de cumplir el vuestro?

Alicia dió un grito.

Este segundo caballero era Pedro de Salisbury, que tenia la mitad de la frente cubierta por la banda que le habia dado la bella Alicia, que no se habia quitado desde el dia de su juramento, y así lo atestiguaban algunas gotas de

sangre conque estaba salpicada, de una ligera herida que habia recibido en la cabeza.

. . . . . .

. . . . . .

Quince dias despues, la reina desembarcaba, en las costas de Francia, acompañada de Gualtero de Maunny; y Pedro de Salisbury recibia en su castillo de Wark la mano de la bella Alicia de Granfton.

Estos fueron los dos primeros votos que se cumplieron de tantos como se habian hecho sobre la garza-real.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

6.

Empiezan las hostilidades.

No obstante, como ya hemos dicho, á pesar del entusiasmo con que todos habian tomado aquella guerra, los señores del imperio se hacian esperar grandemente; mas Eduardo, gracias á la feliz idea de Gualtero de Maunny, se habia revestido de una paciencia inalterable; habia pues hecho conducir, con una segura guardia, á la reina al castillo de Thun-l'Eveque, donde iba, segun su juramento, á parir en tierra de Francia, y donde dió á luz un hijo, á quien pu-

sieron por nombre Juan, duque de Lancastre.

Despues de haber cumplido su promesa, la reina habia vuelto á Gante, donde habitaba en el castillo del conde, situado en el camino de Vendredi.

Todos estos acontecimientos dejaban á Felipe de Valois el tiempo suficiente para prevenirse á recibir una guerra como la que le preparaba Eduardo, que era con la rapidez y el silencio de una invasion imprevista. Mas el estado de la Francia no era como el de uno de esos reinos que pueden ser conquistados en una noche y despertarse una mañana habiendo mudado de dueño y de bandera.

Apenas Felipe oyó al embajador declarar la guerra en nombre de los señores del imperio, cuando sin pérdida de tiempo, empezó á formar un ejército numeroso en Francia, y abrió las negociaciones en Escocia, envió grandes guarniciones al pais de Cambresis, donde por la intriga de Gualtero y del conde de Salisbury, le indicaban que serian los primeros asaltos.

Al mismo tiempo hizo sitiar el condado de Ponthieu, que el rey Eduardo tenia para residencia de su madre, y envió embajadores á los

diferentes señores del imperio, y entre otros al conde de Hainaut, su cuñado, que acababa de heredar el condado de su nombre.

Guillermo, su padre, habia muerto por un furioso ataque de gota en el cual ya lo hemos visto cuando recibió á los embajadores de Eduardo.

Al duque de Lorena, al conde de Bar, al obispo de Metz y á monseñor Adolfo de la Mark, á fin de que ellos entrasen en la liga que se hacia contra la Francia.

Estos cuatro últimos respondieron que ellos habian ya rehusado al rey Eduardo los socorros que él les pedia. En cuanto al conde de Hainaut, respondió directamente y por cartas que, como él dependia á la vez del imperio de Alemania y del reino de Francia, en tanto que Eduardo combatiera en las tierras del emperador, como vicario del imperio, seria su aliado; pero que una vez entrado en Francia, se aliaria con el rey Felipe de Valois, y le ayudaria á defender su reino, pronto como estaba á sostener así á sus dos señores.

En fin, hizo prevenir á Hugo Quieret, á Nicolás Behuchet y Barbevaire, comandantes de sus flotas, que la guerra se habia declarado entre

Francia é Inglaterra; y que en consecuencia, él les daba licencia para atacar á sus enemigos, y de hacerles todo el mal que pudieran.

Los ardios piratas no tuvieron necesidad de que se lo repitieran dos veces; se dirigieron hácia las costas de Inglaterra, y un domingo por la mañana, mientras que todos los habitantes estaban en la misa, entraron en la bahía de Southampton, saltaron en tierra, tomaron y saquearon la ciudad, forzaron á vista de sus padres y esposos, á las hijas y sus madres, cargaron sus bageles del precioso botin, se volvieron abordo, y aprovechando el primer flujo de la mar, se alejaron como las aves de rapiña, despues de haber clavado sus picos y quedado bien repletos de su inmundo encarnizamiento, y llevando en sus bodegas las riquezas de todos los que habian deshonrado.

Por su parte, Eduardo habia partído de Malines con todo su ejército, y llegado á Brucelas, donde vivia el duque de Brabante, á fin de saber de él mismo hasta qué punto podia contar con las promesas que le habia hecho. Allí encontró á Roberto de Artois, que siempre infatigable en su proyecto de guerra, llegaba de Hainaut.

Por esta parte, las nuevas eran favorables; el jóven conde, intimado por su tio Juan de Beaumont, estaba pronto á entrar en campaña.

En cuanto al duque de Brabante parecia siempre estar en las mismas disposiciones; y como Eduardo le dijo que su intencion era la de ir á poner sitio á Cambray, el duque le contestó que allí iria á reunírsele con mil doscientas lanzas y ocho mil hombres de todas armas.

Esta promesa bastó á Eduardo, que teniendo fijas nuevas de que los señores del imperio estaban muy prontos á llegar, no tardó en ponerse en camino, y fué á pasar la noche á la ciudad de Nivelle y á la noche siguiente llegó á Mons, donde encontró al jóven conde Guillermo su hermano político y á M. Juan de Beaumont su mariscal, que estaba obligado por su voto, á acompañar al ejército hasta las tierrasde Francia.

Eduardo se quedó dos dias en Mons, donde él y su séquito, que se componia de veinte grandes barones de Inglaterra, fueron á porfia festejados por los condes y caballeros del pais. Durante aquellos dos dias, todas sus tropas se alistaban para reunirsele, de suerte que se halló á la cabeza de un poderoso ejército, y marchó

hácia Valenciennes, donde entró con doce solamente, dejando su ejército á los al rededores de la ciudad, yendo precedido por el conde de Amon, por M. Juan de Beaumont, sir de Enghien sir de Verchin, y otros varios señores hasta llegar á las puertas.

En cuanto al conde de Hainaut lo esperaba en las altas torres del palacio, rodeado de toda su córte.

Llegado Eduardo á la gran plaza, se paró ante la fachada del castillo: entonces el obispo de Lincoln, con voz alta y firme, pronunció las siguientes palabras:

—Guillermo de Auxonne, obispo de Cambray, os amonesto como procurador que soy del rey de Inglaterra y vicario del emperador de Roma, á que nos abrais la ciudad de Cambray; de otra manera desobedeceis al imperio y nos precisareis á entrar por fuerza.

Como nadie respondió á aquellas palabras, atendiendo á que el obispo estaba ausente, monseñor de Lincoln, continuó diciendo:

—Conde Guillermo de Hainaut, en nombre del emperador de Roma, á quien vos acabais de servir, os amonestámos, nos el rey de Inglaterra,

su vicario, ante la ciudad de Cambray, que vá á sitiaros si no os rendis con todas vuestras gentes.

El conde de Hainaut respondió:

—Voluntariamente haré lo que debo.

Y bajando al instante la gran escala, fué á tener el estribo del rey de Inglaterra, el cual puso el pié en tierra y entró conducido por él, en la gran sala de audiencia, donde le tenia preparado un gran almuerzo.

Al dia siguiente, el rey de Inglaterra partió para Haspre, donde permaneció dos dias, yendo despues á esperar sus gentes de Inglaterra, hasta que sus aliados de Alemania se le reunieron allí; el jóven conde de Hainaut y M. Juan de Beaumont, acompañados de una gran armada; despues el duque de Gueldres y sus gentes, el marqués de Juliers y su tropa, el margrave de Misnia y de Oriente, el conde de Mons, el conde de Sahn, sir de Fauquemont, M. de Arnoult de Blankenheim y otros varios caballeros y barones.

Entonces, viéndose todos juntos, menos monseñor el duque de Brabante, que habia prometido venir á reunírseles ante Cambray, partieron y llegaron á alojarse cerca de la ciudad.

Al sétimo dia, el duque de Brabante, llegó

con novecientas lanzas, y una tropa de gente de todas armas, y se puso en marcha hácia la ribera de la orilla opuesta á la en que tenia su campamento el rey Eduardo, y colocó el suyo en una línea de modo que un campamento se tocára con el otro, y enseguida envió á declarar la guerra al rey Felipe de Valois.

7.

El honor ante todo.

Mientras se hacian estos preparativos, ante la ciudad de Cambray, los señores del imperio, impacientes por alcanzar mas renombre, corrian el pais desde Avesne hasta Duai, y hallaron la entrada llena de fango; pues no habia tenido, ya hacia gran tiempo, guerra ninguna.

Despues, todos cabalgando como M. Juan de Beaumont, M. Enrique de Flandes, sir de Fauquemont, sir de Beautersens y sir de Huk, seguidos de quinientos valientes combatientes, po-

co mas ó menos, descubrieron la villa de Haincour, en la fortaleza de la cual se habian refugiado con todos sus bienes é intereses las gentes del pais determinaron conquistarla.

Aquella circunstancia, á parte del deseo de hacer alguna bella evolucion de armas, no era tan indiferente á los caballeros de aquella época, que miraban el botin que robaban como una parte de la renta que Dios les habia dado.

Avanzaron pues á la ciudad, creyendo ciertamente que la sorprenderian; mas como ya las compañias bastante fuertes para dar el alarma, aunque demasiado débiles para tentar un golpe de manos, habian sido apercibidas por los habitantes de las cercanias, todos estaban sobre las armas.

Por otra parte, habia entonces en la ciudad un abad de gran talento y mejores puños, que, como el clero de aquella época, habia tomado la costumbre de manejar tan diestramente la lanza como la cruz, y con el mismo aire llevaba la coraza que la estola: aquel digno varon se puso á la cabeza de los preparativos de defensa, hizo poner en las afueras de la puerta de Haincourt una grande empalizada, dejando un hueco entre

esta y la puerta; despues, haciendo subir una parte de su gente á las murallas y torreones, y despuesde haberlos provisionados completamente de piedras y de toda la artilleria que se usaba en aquellos tiempos, se puso á la cabeza de los mas valientes hombres de armas que tenia entre los suyos, entre la empalizada y la ciudad, dejando tras él la puerta abierta para que en caso de retirada, sus valientes soldados tuviesen un pronto y seguro asilo.

Despues de tomadas estas disposiciones, esperó tranquilamente al enemigo, que no se dejó esperar mucho, y viendo que la ciudad estaba toda sobre las armas, avanzó con bastante precaucion, y sin ser notados por los que lo esperaban, y á veinte paso de ellos, poco mas ó menos, M. Juan de Beaumont, M. Enrique de Flandes, sir de Fauquemont y los demas caballeros, echaron pie á tierra, movimiento que fué al instante imitado por sus gentes de armas, y bajando sus viseras, con espada en mano, abanzaron resueltamente contra la empalizada.

Cuando las gentes que estaban en las murallas vieron que el ataque estaba resuelto, hicieron caer sobre los sitiadores una lluvia tan

numerosa de piedras, que á no ser por las fuertes y bien templadas armaduras que gastaban los caballeros en aquellos tiempos, hubiera bastado para que sin siquiera romper una lanza, hubieran sido dispersados como el humo, mas valiéndose de que las piedras en nada los dañaban, siguieron avanzando sin titubear un momento, hasta que llegaron á las empalizadas: allí hicieron grandes esfuerzos por derribarlas, mas esto no era facil; pues estaban duras y fuertemente clavadas en tierra; de suerte que como le faltaban máquinas para arrancarlas, fueron completamente inútiles todos sus esfuerzos.

Entonces fué necesario cambiar de táctica, y empezar otra nueva guerra. Los caballeros empezaron á pasar sus lanzas y espadas por las juntas de la empalizada, empezando á caer los pedazos que ellos arrancaban sobre los que estaban dentro, que respondieron de la misma manera, y con una defensa digna del ataque. El abad era el primero de todos, recibiendo y devolviendo los golpes que se dirigian á él, mientras que sus gentes, que estaban en las murallas, continuaban con la mayor serenidad, lanzando aquellas grandes piedras.

Llegó entonces el momento en que M. Enrique de Flandes y el abad de Hainecourt cruzaron sus incansables y bien aceradas espadas, y como el primero era mas dichoso en manejarla que el segundo, y el segundo mas fuerte de puño que el primero, el abad, viendo la desventaja que en aquella lucha llevaba, arrojó su espada, y agarrando con sus manos fuertemente la de su adversario por la hoja, sin siquiera tener puestas en ellas unos guantes por muy finos que fuesen, dejando caer una parte de su cuerpo sobre ella, fueron en vano los grandes esfuerzos que su antagonista hacia por arrancársela; así es que sufrió el deshonor de quedarse desarmado, se vió obligado á seguirle: al principio pasó la hoja de la espada por entre la empalizada, despues el puño, despues el brazo del caballero, luego la espalda, y como ya por la abertura era imposible que lo restante del cuerpo pudiese entrar, se hallaba M. Enrique en gran peligro, pues de ninguna manera podia defenderse, y mientras que el abad le tiraba de una mano, el caballero con la otra le daba fuertes golpes para ver si podia con su puñal echarle abajo la visera.

*

Por otra parte, los demas caballeros, viendo el peligro en que M. Enrique de Flandes se hallaba, fueron á él y tiraron de su cuerpo, para evitarle una muerte segura. En fin, lograron salvarlo, y en lugar de dejar allí la vida, lo que vino á dejar fué la espada, que el abad recogió en señal de un gran triunfo, y que fué despues de aquella época conservada preciosamente en la sala del Museo de Hainecourt, donde cuarenta años despues los monges la presentaron á Froissart, y le contaron todos los pormenores por los cuales habia caido en su poder aquel precioso recuerdo.

En cuanto á los sitiadores, habiendo conocido por este primer choque, que todo lo que hicieran allí seria en vano, abandonaron aquella parte y partieron hácia Cambray, donde hallaron al rey Eduardo, al duque de Brabante y á los señores del imperio, que acababan de concluir sus trabajos de sitio y se preparaban para dar el asalto.

Los que acababan de llegar se pusieron al instante en batalla, pues querian vengar el ultrage que acababan de recibir, y especialmente M. Juan de Hainaut, por la muerte de un jóven

caballero holandés, llamado Hermant, á quien él amaba mucho, y que habia sido muerto en lo mas encarnizado de la batalla por su arrojo y valentia. Fué pues á reunirse con la compañia de sir de Fauquemont, de sir de Eughien y de M. Gualtero de Maunny, que debian asaltar la ciudad por la puerta de Roberto, mientras que el conde Guillermo, su cuñado, la debia asaltar por la puerta de san Quintin.

El conde de Hainaut, jóven, valeroso y sin otro deseo mas que el de entrar en batalla, dió la señal del principio del combate; mas no era el asunto para andarse en bromas, la ciudad que iban asaltar, estaba nuevamente fortificada, y en nada se parecia á la de Hainecourt y además tenia una guarnicion de hombres decididos, valientes y provistos de una brillante artillería, segun se usaba en aquellos tiempos.

Así es, que á pesar de las maravillosas proezas que hicieron cada uno de su parte, M. Juan de Beaumont y Gualtero de Maunny, fueron á reposar á su olojamiento, casi difuntos y sin haber logrado siquiera conquistar un palmo de tierra á sus enemigos.

La misma noche supo Eduardo que su ad-

versario, habiendo sabido su llegada ante Cambray, habia enviado á san Quintin á su condestable Raoul, conde de Eu y de Ggines, con una numerosa tropa, para guardar la ciudad y al mismo tiempo las fronteras. Entretanto los señores de Coucy y de Ham, habian llegado á sus tierras, y como estas estaban en el camino de Francia, el pais situado entre san Quintin y Perona, se guarneció por toda la caballería francesa, siendo muy probable que el rey Felipe de Valois no tardára en venir en persona ante su sobrino.

En efecto, el rey Felipe de Valois recibió un heraldo del duque de Brabante, al cual le dió en el momento audiencia en su castillo de Conpiegne, y esta vez como siempre, teniendo á su lado al viejo y leal caballero Leon de Crainheim. El cual contando con la palabra de su señor, se habia sentado junto al rey con toda confianza; mas á las primeras palabras que pronunció el heraldo, conociendo que la mision era de rompimiento, se habia levantado de su sitio y querido retirarse.

Entonces Felipe, sin perder de vista al enviado de su primo, se habia agarrado del brazo

de Leon de Crainheim, de suerte que el por respeto se habia quedado de pié en su sitio, sin otro remedio mas que tener que oir hasta la última palabra del desafio que su señor y dueño dirigia al rey.

Cuando el heraldo hubo concluido su relacion, Felipe de Valois, que lo habia escuchado con una sonrisa sardónica, volviéndose hácia el caballero, le dijo:

—Y bien! M. Crainheim, qué decís de esto?

—Digo, señor, respondió el anciano caballero, que yo habia garantizado la palabra de mi señor con mi vida, y que si él ha faltado á su palabra, yo no faltaré jamás á la mia.

. . . . . .

. . . . . .

Cinco dias despues, en el momento en que el rey Felipe iba á partir para Perona, vinieron á darle la fatal nueva de que el caballero Leon de Crainheim, al cual le habia dado permiso para que fuese á reunirse con su dueño, habia perecido en la pasada noche.

Con efecto, el viejo caballero, no queriendo pasar la vergüenza de encontrarse cara á cara con su señor, que tan mal habia cumplido su

palabra, permitió morirse de hambre, escribiéndole antes un billete, con tan solo este renglon.

EL HONOR ANTE TODO.

8.

Los pliegos del astrólogo.

No obstante, como el sitio de Cambray, á pesar del valor y del esfuerzo de los sitiadores, no aventajára nada, y como el rey de Inglaterra supiese que despues de haber mandado su embajada á Perona, Felipe de Valois habia llegado á san Quintin, Eduardo III reunió un consejo de los mas sábios y leales caballeros, entre los cuales estaban el conde Roberto de Artois, M. Juan de Beaumont, el obispo de Lincoln, el conde de Salisbury, el marqués de Juliers y Gualtero de

Maunny, para discutir si seria mejor continuar el sitio de Cambray, ó marchar á dar alcance á su adversario el rey Felipe.

La discusion duró poco; todos decidieron que ta ciudad de Cambray era difícil de conquistar á causa de sus fuertes murallas y de hallarse defendida por unos guerreros tan valientes como leales; y que por consiguiente, seria mejor dar la batalla en campo descubierto, que pasar los dias inertes y paralizados ante una ciudad, tipo de defensa, mácsime cuando el invierno se aprocsimaba y los hielos y las lluvias habian de forzar á los ingleses á levantar las trincheras.

En consecuencia, se pasó una órden general para que se desarmáran y recogieran las tiendas, poniéndose en seguida en marcha hácia el monte de san Martin, abadía de los religiosos de san Norberto, en la diócesis de Cambray, en las fronteras de la Picardía.

Entonces como M. Juan de Beaumont habia cumplido su juramento, sirviendo de mariscal á la armada, mientras ésta habia combatido en las tierras del imperio y del Hainaut, entregó su mando al rey inglés, el cual al momento se lo confirió al conde de Northampton, haciendo á

los de Glocester y Suffolk sus ayudantes. En cuanto al mando de condestable, fué otorgado al conde Warwick, que tomó al instante posesion de su destino.

El ejército llegó á la altura de san Martin, atravesó el rio Esquelda sin impedimento alguno, ni por parte de los franceses ni por la del rio. Cuando llegaron á la otra orilla, el conde de Hainaut aprocsimóse á Eduardo, bajose de su alazan, y con la rodilla en tierra suplicóle que le permitiese fuera á reunirse con el rey de Francia, segun su juramento, á fin de que pudiese cumplir éste, como habia llevado á cabo, el que le hiciera á Eduardo.

Este, que sabia cuales eran los deberes de todo noble caballero, no impidió la retirada al ex-mariscal y le dijo tan solo estas palabras:

—Dios os guarde.

Despues, quitándose su guantelete, le tendió amigablemente la mano y se la llevó á su pecho. Guillermo de Hainaut la besó respetuosamente, volvió á montar su corcel, y saludando por última vez al rey de Inglaterra, se alejó del ejército seguido de todas sus lanzas, á escepcion de su tio Juan de Beaumont, que no quiso seguirlo.

Cuando el jóven conde Guillermo se hubo alejado, reunióse un segundo consejo con el objeto de discutir si se entraria de seguido en el territorio de Valois, ó si se esperaria en el Hainaut la llegada de los enemigos. Hubo varios pareceres; mas el duque de Brabante, habiéndose declarado fuertemente por este último parecer, todos siguieron su consejo: al momento la armada inglesa se dividió en tres ejércitos; el primero bajo las órdenes de los mariscales ya citados; el segundo bajo las del rey y el tercero bajo las del duque de Brabante.

Entonces toda la armada se puso en marcha, robando, quemando y talando todo lo que encontraba al paso y no haciendo mas que tres leguas de jornada al dia, á fin de que sobre la línea que ella recorria nada se le escapase, ni ciudades, ni pueblos, ni aldeas; y á su desolador impulso desaparecian las viñas, los sembrados, los animales y los cortijos.

De tiempo en tiempo, el ejército se paraba, y como un dragon infernal que estiende una de sus alas, para agotarlo todo, asi de la armada se destacaba una columna y se desplegaba hácia Picardía ó la Isla de Francia y seguian quemando

y talando sin piedad, gozándose en los gritos de terror y espanto que daban aquellos infortunados paises, entre los cuales se cuentan Origny, san Benito y Guisa.

Por último, habiendo el rey Eduardo sabido en Boheric, ábadia de los religiosos de san Heraclio, situada en la diósesis de Laon, que el rey Felipe habia partido de san Quintin, con mas de cien mil hombres para presentarle la batalla no quiso creyesen que huia, continuando un camino que lo alejaba de su enemigo y volvió pues sobre sus pasos y se dirigió el mismo dia en que él habia sabido la noticia, á Fervaques, al dia siguiente á Montreuil y se vino á alojar á Flamengerie, y habiendo encontrado un sitio conveniente para hacer el campamento de su armada que era de cuarenta y cinco mil hombres, poco mas ó menos, decidió por fin esperar allí al rey Felipe, despues de haber hecho todo lo bastante en su vuelta, por encontrarlo para que se supiera de que no habia querido evitar un encuentro con el de Francia.

Por su parte, el rey Felipe de Valois, habia partído en efecto de san Quintin; habia en tanto marchado con su armada hasta llegar á Buiron-

fosse y allí mandó á sus gentes pusieran sus tiendas de campaña; su intencion era la de esperar allí al rey Eduardo, y todos sus aliados; los cuales no estaban desviados de allí ni dos leguas.

Entonces, el conde Guillermo de Hainaut, habiendo sabido que el rey de Francia habia establecido su campamento en Buironfosse, partió de Quesnoy, donde él habia estado y cabalgando hasta que se reunió con su tio, con quinientas lanzas.

Apesar de este magnífico cortejo, el rey Felipe lo recibió al principio con una notable indiferencia; pues no podia olvidar que con el mismo ejército habia ido á poner sitio á Cambray. Pero el conde Guillermo supo escusarse sábia y prudentemente, diciendo que habia sido obligado á obedecer las órdenes del emperador, al cual respetaba con la misma veneracion que al rey de Francia; cuya escusa fué atendida por el rey con la mayor delicadeza, y para mas satisfaccion, se le preparó su alojamiento en medio de la armada, en el sitio mas prócsimo y mas distinguido á la derecha de la tienda del rey Felipe de Valois.

Eduardo supo al momento las disposiciones

que su adversario estaba dando, y lo poco que distaban las dos armadas. En vista de esto, reunió su consejo, que se componia de los señores del imperio, de sus mariscales y de todos los barones y prelados de Inglaterra, para consultarles si su intencion era la de combatir allí ó esperar hacerlo en otro terreno mas idóneo. Los señores se miraron al principio unos á otros, guardando el mayor silencio, y despues tomando la palabra el duque de Brabante, anunció que era del deber y del honor de todos, de que por muy notable que fuese la inferioridad de fuerzas, debian sin vacilar en nada, enviar un heraldo al rey de Francia para pedirle la batalla y aceptar el momento del combate que él tuviera á bien de señalar.

Esta opinion fué admitida por unanimidad de votos y el heraldo del duque de Gueldres, que hablaba perfectamente el francés, fué encargado en nombre del rey de Inglaterra y de los señores del imperio de arrojar el guante al rey de Francia. De consiguiente, montó en seguida y acompañado de un brillante cortejo, no tardó nada en llegar á las avanzadas del ejército francés y pidió lo presentasen en seguida al rey.

Este lo recibió rodeado de toda su córte y escuchó con la mayor amabilidad la mision que le enviaba su adversario, y contestó al heraldo que el viérnes inmediato era el dia destinado para el ataque: despues, quitándose su manto tan blanco como el arminio y la rica cadena de oro que pendia de su cuello, se lo entregó al heraldo en señal de que habia sido bien recibido y que la noticia que le habia dado, fuera para el rey una de las mas satisfactorias.

El heraldo volvió aquella misma tarde al campamento inglés, contó la buena acogida que le habian hecho y anunció que el viérnes siguiente era el dia prefijado para la batalla. Esta noticia se esparció bien pronto por todo el ejército y cada cual empezó á limpiar sus armas y preparar sus armaduras.

Al dia siguiente, el conde de Hainaut encargó á los señores de Tupigny, y de Fagnoelles, dos de los mas valientes y sábios de la armada francesa, ecsaminaran el plan de batalla que habia hecho Eduardo. Entonces montaron en sus mejores corceles, y manteniéndose á cubierto bajo el bosque que circunvalaba la línea; revistaron las tropas y observaron en la disposicion

que estas se encontraban. De pronto sucedió que el alazan del caballero de Fagnoelles, que estaba mal enfrenado, habiendo tropezado con la rama de un árbol se espantó, y desbocándose, á pesar de lo escelente picador que era el ginete, lo arrastró fuera del bosque y corriendo hácia el campamento inglés, lo arrojó en medio de las tiendas del imperio. Sir de Fagnoelles fué al momento rodeado y aprisionado por cinco ó seis alemanes que le ecsigieron el rescate, proponiéndole la libertad atendido á que no era prisionero de guerra, sino porque por un tan desgraciado accidente habia ido á parar allí.

El caballero de Fagnoelles pidió al momento que lo llevaran ante sir Juan de Beaumont, que al salir de su tienda se maravilló de hallar á uno de sus mas antiguos y queridos conocidos. El primero le contó entonces por qué causa se hallaba allí y el rescate que le habian pedido los alemanes.

Al momento mosen Juan de Beaumont le devolvió la suma que le habian ecsigido, y habiéndolo convidado á comer, ordenó que le volviesen su espada y su caballo, con la sola condicion de llevarle sus afectos al conde Guillermo su sobrino.

Sir de Fagnoelles se lo prometió y se volvió al campamento de su señor, al cual le refirió todo cuanto le habia acaecido y el estado en que se hallaba el campamento del rey Eduardo III.

La misma noche, mientras que el rey de Francia velaba en su tienda, un mensagero, enlodazado y molido porque habia hecho jornadas de veinte leguas por dias y con el mismo caballo, fué presentado al rey Felipe: venia de la isla de Sicilia y traia pliegos de Roberto, conde de Provenza y rey de Nápoles. El rey que conocia á fondo la sabiduria y ciencia astrológica de su primo, le habia consultado sobre esta guerra la opinion que debia seguir.

El rey Roberto habia interrogado á los astros en sus conjunciones favorables y malignas y echado varias veces sus suertes sobre las aventuras del rey de Francia é Inglaterra, y siempre habia hallado que mientras que el rey Eduardo estuviese presente en los combates, el rey Felipe seria batido y derrotado con gran pérdida para el reino de Francia.

De consiguiente, aconsejaba á su primo en aquellos pliegos, que no combatiese aunque sus soldados fuesen tres contra uno, pues lo que ha-

bia de suceder en el combate, estaba ya escrito en el *libro eterno*, en el cual la mano de los hombres no puede cambiar nada.

Felipe se guardó muy bien de presentar estas cartas ni aun á las personas del mayor valor de su armada; no obstante, á pesar de las razones que esponia el de Sicilia, su primo político, resolvió pues, que si el rey Eduardo daba la señal de la batalla, no recularía un paso, pues habia sido él, el que habia prefijado el dia.

Al dia siguiente por la mañana, las dos armadas se prepararon comiendo abundantemente, y los dos reyes y varios señores de los principales de su nobleza, se confesaron y comulgaron, como todo hombre que vá á combatir y quiere estar pronto á comparecer ante el tribunal supremo; despues cada uno marchó tras los otros, siguiendo las orillas opuestas de un abundante riachuelo, casi cubierto por la abundancia de adelfas que lo rodeaba.

Al cabo de una hora de marcha, las dos armadas se hallaron en presencia la una de la otra, y cada rey ordenó su batalla.

9.

La liebre.—Retirada.

El rey Eduardo, que tenia la ventaja del terreno, dividió su armada en tres partes todas á pie, haciendo poner los caballos y bagajes en un bosquecillo inmediato que estaba tras ellos, y se fortificó con sus berlinas y carruages. La primera parte constaba de ocho mil hombres, entre los cuales se contaban veinte y dos banderas y sesenta pendones: se componia de todos los alemanes, é iban mandados por el duque de Gueldres, el conde de Juliers, el marqués de Brandebourg,

M. Juan de Hainaut, el margrave de Misnia, el conde de Mons, el de Salm, sir Fauquemont y M. Arnoult de Blankenheim.

La segunda, mandada por el duque de Brabante y bajo sus órdenes, reunia tambien los mas ricos y mas bravos barones de su pais, así como de algunos caballeros flamencos que se habian alistado bajo su bandera; de suerte, que marchaba á la cabeza de veinte y cuatro banderas y de ochenta pendones, y mandando siete mil hombres, todos con largos y bien atusados bigotes, y bien armados de valor y corazon.

La tercera y última division, obedecia al rey Eduardo III de Inglaterra, y era la mas fuerte y numerosa: á su al rededor iban todos los soñores de su pais; primeramente su primo el conde Enrique Derby, hijo de M. Enrique de Lancastre, *el del cuello tuerto*; el obispo de Lincoln, el de Durham; los condes de Norhampton, de Glocester, de Suffolk y de Hertfort; M. Roberto de Artois, Regnaul de Cobban, sir de Percy, sires Luis y Juan Beauchanp, mosen Hugo de Hastings, mosen Gualtero de Maunny y por último el conde de Salisbury, que despues de haber estado quince dias entregado á su jóven esposa y

de haber ya cumplido su promesa, estaba con sus dos ojos abiertos y brillantes cual los rayos del sol, que reflejaban en las corazas y escudos.

Tras de esta mar de acero, en la cual cada hombre formaba una flota, que abanzaba como una ola flotante compuesta como estaba de seis mil hombres de armas y seis mil arqueros, ondeaban los aires veinte y ocho banderas y noventa pendones; en fin, además de estos tres escuadrones, una retaguardia estaba dispuesta mandada por el conde Warwik y el de Pembroke, de sir de Milton y otros varios caballeros que estaban prontos para que, en el caso de que alguna sorpresa derrotase alguna de las compañias, ir en su socorro y cubrir su flanco; estaba compuesta de cuatro mil hombres.

En cuanto al rey de Francia, tenia en su derredor tan gran número de hidalgos nobles y caballeros, que parecia maravilla; mas seria largo de contar. Cuando sus ejércitos estuvieron formados en órden de batalla, en el campo se hallaban ciento veinte banderas, quinientos sesenta pendones, cuatro reyes, seis duques, treinta y siete condes, cuatro mil caballeros de todas órdenes y mas de sesenta mil hombres de los co-

munes de Francia.

Todos tan perfectamente armados, que el sol, al reflejar en sus bruñidas armaduras, despedia deslumbrantes rayos, cual si hiriesen en un espejo; mas esta caballería tan terrible y hermosa á la simple vista, no era mirada detenidamente y con el mas minucioso ecsámen; unos decian, que seria una vergüenza haber venido tan cerca del enemigo y no dar la batalla, y los otros pretendian que era una falta el no dar allí la batalla, pues que el rey de Francia lo tenia ya todo perdído; porque era de fijo que si el enemigo penetraba de golpe en el corazon del ejército, salia incontestablemente vencedor, mientras que el francés no podria conquistar el reino de Inglaterra, que era una isla, ni las tierras de los señores que serian defendidas por Luis V de Baviera, su señor feudal.

Durante estos acontecimientos, el rey de Inglaterra, montado sobre un pequeño palafren, marchando al paso y acompañado de mosen Roberto de Artois, de Reinaldo de Colham y de Gualtero de Maunny, por delante de las filas ecsortando dulcemente á los caballeros á que le ayudasen á cumplir su promesa y á guardar su

honor, mostrándoles la ventaja de la posicion que habia escogido tan prócsima á un bosque, y defendida por un rio; por consiguiente su enemigo no podia venir á él sin arrostrar un gran peligro. Cuando hubo concluido su revista, fuese para escitar el valor de todos y que imitasen su ejemplo, fuese para enseñarlos con sus actos, se puso en el sitio que marca la ordenanza, é hizo correr la voz por todo el ejército, que ninguno se pusiese ante las banderas de los mariscales.

Concluido todos los preparativos de una parte y otra, en los cuales se habia ido toda la mañana, y ya el astro refulgente del dia iba tocando á la mitad del meridiano, cuando una liebre acosada por un caballero del ejército inglés, que se habia apartado un momento de sus filas, la espantó, y el acosado y ligero animal fué á parar á las filas del rey de Francia, buscando aucsilio entre los armados; entonces, viendo algunos caballeros que podian darle caza, pusieron sus caballos al galope hácia el círculo de hierro donde estaba encerrada, escitando y corriendo á mas no poder; la armada francesa que vió aquel movimiento, se creyó iba á ser atacada en aquel momento.

El rey Felipe de Valois montó en un fuerte y brioso corcel, estando presto á presentarse el primero á la batalla. Por otra parte, los caballeros de Gascuña y del Lenguadoc, creyendo que se les atacaba, bajaron sus celadas y tiraron de sus tizonas, mientras que el conde de Hainaut, viendo que era inútil perder mas tiempo y que se iba á dar el ataque, mandó á varios caballeros montasen sus alazanes y se preparasen á la lid.

Mientras pasaban estos acontecimientos, el sol, siguiendo su magestuoso curso, iba á sepultar sus refulgentes rayos en el orizonte, y ya la noche se disponia á cubrir con su negro manto el firmamento, cuando un mensagero llegó ante el rey Eduardo, el cual tomó los pliegos de manos del portador, y sin bajar de su caballo los leyó apresuradamente; estaban sellados por el obispo de Contorbéry, venian del consejo de Inglaterra y anunciaban que los normandos y genoveses, despues de haber desembarcado en Southampton y de haberla quemado y saqueado, habian seguido hasta Donores y Norwik, desolando todas las costas de Inglaterra, formando una armada de cuarenta mil guerreros y cu-

briendo con sus naves todas las costas é impidiendo el llegar á Flandes. Ellos se habian apoderado de los dos navios mas grandes que tenia la Inglaterra, el *Eduardo* y el *Cristóbal*; todo un dia habia durado el combate, en el cual habian perecido mas de mil ingleses.

Las noticias eran ciertas y se pueden decir que los pliegos atenuaban mas la calamidad. No obstante, otros pliegos se referian á las de Escocia que eran aun mas alarmantes todavia: mientras que Eduardo estaba ante Cambray, Felipe de Valois habia, como ya hemos dicho, enviado mensageros, á los nobles partidarios que reconocian aun por rey al jóven David, los cuales no contaban ni con hombres ni con armas, pero sí tenian mucho dinero para hacerse de los unos y las otras. El gefe de aquella embajada, que era un hombre de gran valor y de bastante sabiduría, habia pasado al través de todos los puestos de las avanzadas inglesas, y llegado ya hasta la floresta de Jeddard, donde estaban como en un fuerte inaccesible, el conde de Murray, M. Simon Frazer, M. Alejandro de Ramsay y M. Guillermo Douglas, sobrino del buen sir James, que como ya hemos contado á nuestros lectores,

habia muerto en España, cuando llevaba á la tierra santa el corazon de su rey.

Todos los señores tuvieron un gran gozo por las nuevas tan favorables que habian recibido de Francia; y como el rey Felipe de Valois les recomendaba se aprovechasen de la ausencia del rey Eduardo para poner en movimiento el reino de Escocia, y gracias al gran tesoro que él les enviara, podian facilitar todos los medios posibles; de modo que, despues de poco tiempo, se vieron en posecion de los grandes refuerzos de hombres y de caballos; de suerte, que hallándose á la cabeza de una tan grande armada, y cuando los gobernadores ingleses los creian que aun estaban como las bestias feroces, ocultos y retirados en la floresta de Feddard, ellos bajaron valientes hasta los llanos, semejantes á una manada de feroces lobos, y se fueron apoderando ya por sorpresa ó por fuerza, de casi todas las fortalezas; si bien es verdad que pocas eran las que los ingleses poseian en Escocia, que serian unas siete ú ocho ciudades y castillos, entre las cuales se contaban Berwick, Sterling, Roxbourg y Edimburgo. Mas esto no fué todo: enardecidos por el buen écsito de sus principios, dejaron á

Berwick, y pasaron la ribera del Tine, y atravesando la vieja muralla romana, llegaron hasta Durham y al estremo del pais de Northumberland; es decir, que no le faltaban mas que tres jornadas para llegar al reino de Inglaterra, quemando y saqueando todo el pais; despues se retiraron por otro camino sin que nadie se opusiese á su marcha; entretanto á todos les parecia imposible y apenas creer podian, de que tan pronto le hubiesen crecido las uñas y los dientes al leon de Escocia.

Eduardo leyó aquellos pliegos con la mayor serenidad y sin que en su rostro se marcase la menor muestra de emocion; despues, cuando hubo acabado, mandó que se preparase un gran festin y se le diese un convite y una gran recompensa al mensagero, cual si hubiese sido portador de una felicísima noticia. En fin, echó una rápida ojeada á su ejército que estaba á su al rededor y rogó en su corazon á nuestro Señor, triunfase de su enemigo que tanto lo habia deseado y á quien habia venido á buscar desde tan léjos, pues una vez vencido ó vencedor, entrado en el centro del reino ó refugiado en las tierras del imperio, no podia volver á su reino, donde

lo reclamaban tan importantes intrigas. Dichosameute en la armada francesa todo estaba en el mismo estado, y como la noche iba ya aproc-simándose, era probable que ya el dia se pasase sin venir á las manos. En efecto, dos horas se pasaron tranquilamente hasta que la noche vino á tender su oscuro manto; haciendo que cada uno de los dos ejércitos pusiese sus abanzadas correspondientes y se retirasen los demás á sus respectivos alojamientos.

Entonces el rey Eduardo reunió su consejo, leyó en alta voz los pliegos que acababa de recibir de Inglaterra y pidió su parecer á los barones ingleses y señores del imperio: el parecer fué unánime; la presencia del rey en Lóndres era de la mayor importancia y era preciso que sin pérdida de tiempo se pusiese en camino.

En consecuencia, aprovechándose de la oscuridad de la noche, hizo se levantasen las tiendas con el mayor sigilo y se puso en marcha y fué invitado por el duque de Brabante, á pasar lo restante de la noche cerca de Averna en Hainaut; la mañana siguiente tomó el permiso de los señores alemanes y de los de Brabante, que permanecieron sobre las armas para guardar el

pais y llegó á Bruselas acompañado del duque Juan, su primo.

Al dia siguiente, el rey de Francia, ignorando lo que habia pasado durante la noche, salió de nuevo de su tienda y ordenó sus batallones en el mismo sitio que la vez pasada; mas como no vió aparecer á nadie, se pensó que le tendrian preparada alguna emboscada y tomó la pronta medida de estender sus gentes hasta la orilla del riachuelo, pidió un hombre que voluntariamente atravesase el riachuelo y la vereda de adelfas que mediaban entre las dos armadas, que tambien franqueara la marisma y fuese á descubrir aquel bosque que hasta en su silencio le parecia sospechoso.

Entonces un jóven doncel se presentó para aquella aventurada empresa; este era M. Eustaquio de Ribeaumont, hijo de una antigua y noble familia; de edad de veinte y cinco años; no hacia mas que cinco que habia empezado á combatir, y como él iba á partir decididamente, el rey Felipe de Valois quiso, por si sucumbia en aquella aventura el valiente é intrépido jóven, muriese al menos caballero, y haciéndole poner una rodilla en tierra, le puso su casco y su espa-

da, armándolo por su misma mano; M. Eustaquio, lleno de satisfaccion y gozo, montó en su brioso corcel, pidiéndole á Dios le presentase ante su vista á algun enemigo, á fin de que á presencia del rey, le pudiera mostrar su esforzado valor, por el cual era digno del favor que acababa de recibir.

En consecuencia atravesó la marisma á la vista de todo el ejército, y llegando á la otra orilla, enristró su lanza y entró resueltamente en el bosque, donde pronto desapareció de la vista de todos. Entonces empezó á esplorarlo por uno y otro lado; mas estaba desierto y silencioso, como la floresta encantada en que Tancredo hizo correr á borbotones la sangre de Clorinda; de suerte, que lo anduvo tres ó cuatro veces de punta á punta, sin encontrar siquiera el menor vestigio de lo que él iba buscando, y volvió á aparecer á la entrada del bosque, y dirigiéndose á una cercana montaña, desde la cual se dominaba perfectamente todo el pais, llegó á lo alto, y no divisando á nadie, plantó su lanza en señal de posicion y puso su casco del cual las grandes y hermosas plumas flotaban por el aire, y volvió á bajar despacio y con la cabeza

descubierta y dirigiéndose al rey, le dió cuenta de su mensage, suplicándole á que le siguiese con su ejército al sitio en donde habian estado formadas las tropas de Eduardo.

Felipe de Valois mandó á su vanguardia se pusiese en marcha y M. Eustaquio de Ribeaumont, para sondear el terreno, se puso á la cabeza de toda la armada, se dirigió á la marisma, en la cual muchos de los caballeros tuvieron gran trabajo para salir, á causa del peso de sus armaduras y de las de sus caballos; lo que fué una prueba para el rey Felipe que habia hecho muy bien en no querer la mañana siguiente en presencia de la armada inglesa, pasar con sus tropas como lo hacia entonces sin temor y sin peligro.

M. Eustaquio no se habia engañado; todo el pais estaba desierto y volvió á tomar su lanza y su casco.

En cuanto al rey Felipe, formó su campamento en el mismo sitio en que Eduardo habia estado no hacia muchas horas, y se quedó allí durante dos dias enteros; pasado este tiempo, supo por las gentes del pais, que el rey Eduardo se habia retirado al Hainaut con los barones y

señores del imperio; dió las gracias cortesmente á los reyes, duques, condes, barones, caballeros y señores que habian venido á servirle y les dió permiso para que se retirasen donde ellos quisieran. Volvióse á san Quintin, donde envió á sus guerreros de guarnicion á las ciudades de Tournay, Lille y Douai; despues de lo cual, concluidos estos preparativos y viendo que no tenia nada que hacer en los caminos y fronteras de su reino, se volvió á Paris.

En cuanto á Eduardo, llegó á Anvers, donde se embarcó dejando, en señal de que pronto volveria, á la reina Felipa de Hainaut bajo la guardia de su compadre Santiago de Artevelle, en la ciudad de Gante, y encargando á los condes de Suffolk y de Salisbury, guardáran y defendieran á Flandes, por si acaso el rey Felipe quisiese volver á obtener los servicios que le habia rendido y los cuales pensaba le rendiria aun. Despues, habiendo llegado á plena mar sin haber encontrado á los piratas normandos y genoveses, navegó con viento tan favorable que llegó á Lóndres el 21 de Febrero de 1340, dirigiéndose el mismo dia á Westminster, donde su vuelta fué un motivo de gozo para el reino entero.

Nos parece inútil advertir á nuestros lectores, que á pesar de todos estos acontecimientos y de los que vamos á esplanar en el capítulo inmediato, ecsistia un gérmen mas poderoso que el causador de estos hechos; un gérmen que si bien de un órden enteramente distinto, no por eso dejaba de ser tambien poderoso y terrible como lo verémos en el capítulo subsiguiente.

10.

La estratagema.

Despues que Eduardo recibió las noticias, el mismo dia señalado para la batalla, y en el mismo en que no tuvo lugar, sus asuntos se habian empeorado en Escocia; una última intriga, mas atrevida y no menos feliz para los enemigos que las otras, precisó á Eduardo á dirigir sus primeras miradas hácia aquel lado, como que era en el que el peligro estaba mas presente.

Ya hemos dicho que una de las plazas fuertes que Balliol, ó mejor dicho, Eduardo habia

*

conservado en Escocia, era el castillo de Edimburgo, que era una fortaleza imposible de tomar por ningun lado; mas Guillermo Douglas, probó nuevamente el modo de tomarla, y habiendo encontrado al conde Patrick, á sir Alejandro Ramsay y á Simon Frazer, antiguos maestres de la caballería del jóven rey, les participó su proyecto, ofreciéndoles cumplirlo él solo, ó repartir con ellos el peligro y el honor. Mas era una empresa arrojada y por este motivo debia agradar á semejantes hombres: asi es que adoptaron unánimes el plan que les espuso Douglas y en el instante se ocuparon en ponerlo en ejecucion.

Su primer cuidado fué el de hacerse de doscientos escoceses de los mas valientes y mas decididos, á los que digeron el sitio de la cita para que fuesen en pequeños grupos, á fin de no escitar las sospechas: el lugar era la playa del condado de Tife: ellos vinieron á la noche con un barco cargado de sacos de harina, de trigo y de paja, los tomaron diez en diez con la ayuda de una chalupa; despues cuando todos estuvieron abordo, como el viento era malo, navegaron al remo tanto y tan bien, que al amanecer se

hallaron á tres leguas de Edimburgo: allí se separaron en dos divisiones, y no quedándose despues mas que con doce hombres de los mas determinados, Guillermo Douglas, Simon Frazer y sir Alejandro Ramsay, á los otros los enviaron á que se emboscaran por un camino opuesto al que ellos debian seguir, en una antigua abadia desierta, situada al pié de la montaña y bastante prócsima al castillo, para que fácilmente pudiesen oir la señal convenida y estar prontos para ir en ayuda de sus compañeros; despues, habiéndose vestido como mercaderes pobres con ropas muy rotas y tan viejas que no se podia adivinar del color que eran, cargaron doce caballos de sacos de harina, trigo y paja, y llevando cubiertas sus armaduras con capas muy remendadas, al amanecer se pusieron en marcha en direccion al castillo por sitio quebrado al pie de las rocas, las cuales eran tan escarpadas, que si los caballos no hubiesen sido escogidos, como los hombres, de entre los mas esforzados, hubiera sido imposible que estos se pudiesen mantener en pie derecho por un carril tan empinado.

Despues de mil trabajos, llegaron á la mitad de la cuesta.

Así que llegaron allí, Guillermo Douglas y Simon Frazer se desviaron de la caravana, que quedó bajo las órdenes de sir Alejandro Ramsay; continuaron su camino, pero tan aceleradamente, que no tardaron en llegar hasta el rastrillo del fuerte.

Allí, como ya el centinela les impidió el paso, pidieron licencia para hablar con el conserge, el cual, habiendo sido avisado, llegó al instante: entonces ellos les digeron, que eran mercaderes y que habiendo sabido que la guarnicion estaba en peligro de que le faltasen los víveres y forrages, se habian, por mandado de Balliol, y para al mismo tiempo ganar su vida, se habian arrojado á atravesar las filas de las compañias de los corsarios escoceses, y habian al fin llegado con doce caballos cargados de harina, trigo y paja, lo que habian dispuesto vender á precios muy arreglados.

Al mismo tiempo condujeron al conserge á una de las puntas de la montaña y le mostraron á sus compañeros que esperaban una señal para continuar su marcha.

El conserge respondió que la guarnicion compraria con el mayor gusto los víveres; mas que

era tan temprano, que no se atrevia mandar á avisar al gobernador, ni al mayordomo, por temor de incomodarlos; pero que si sus compañeros querian venir, él les abriria la primera puerta y allí podrian esperar con mas comodidad á que se despertasen.

Esto era lo que deseaban Guillermo Douglas y Simon Frazer: hicieron señas á sus compañeros para que subieran, los cuales lo hicieron con tal aire de honradez, tan despacio y con tanta calma, que era imposible escitar las sospechas. Asi que llegaron á la plataforma, se puso el conserge delante de ellos y los llevó al primer pabellon; despues, abriéndole las barreras, les dijo á los fingidos mercaderes que podian sin el menor cuidado descargar allí sus mercancias, pues era muy probable que por el precio que ellos le habian dicho, despachasen hasta el último saco: los fingidos montañeses no dieron lugar á que se lo repitieran dos veces y echaron los sacos en el suelo entre las dos hojas de la puerta, y así que estuvieron bien seguros de que no seria fácil cerrarla, uno de ellos se aprocsimó al conserge por detrás con una gumia en la mano, y le dió una tan fuerte y profunda puñalada en el corazon,

que cayó sin siquiera dar un grito.

Al instante la tropa arrojó sus fingidos vestidos, y mientras que Simon Frazer se hizo de las llaves, Guillermo Douglas hizo sonar fuertemente su trompa.

Esta era la señal convenida: al instante los que estaban emboscados en la antigua abadía oyeron la trompa, cuyo sonido conocian harto bien y se lanzaron en direccion al castillo con la rapidez del ciervo, por entre aquellas montañas.

El centinela que oyó el ruido de la trompa y vió venir tan rápidamente á los que estaban emboscados, lo conoció todo y empezó á gritar con todas sus fuerzas:

—Traicion! traicion! pronto, señores, pronto y á las armas!

El gobernador y los que estaban dentro se despertaron y apoderáronse de todas sus armas, corrieron á la puerta para cerrarla; mas ya era tarde; Simon Frazer tenia las llaves. En aquel momento llegó el resto de la tropa, y entonces fué necesario á los habitantes del castillo defender las puertas de que eran aun dueños y atacar á las que sus enemigos habian tomado. Allí, en aquel pequeño sitio, estando todos encerrados era

menester que el uno de los dos partidos sucumbiese; hiciéronse las mayores maravillas de armas, pues los sitiadores, ó por mejor decir los que con aquella vil estratagema sorprendieron el castillo, no encontraron en él un gobernador de juguete, sino un valiente y leal caballero, llamado Gualtero de Limousin, que defendió con la misma ferocidad que un leon, barrera por barrera y puerta por puerta; mas como ya últimamente no quedaban mas que él y sus seis valientes escuderos, se vió en precision de sucumbir.

Los generales del rey David, pusieron en su lugar á un bravo y leal escocés, que se llamaba Simon de Vergy; y dejando por guarnicion la tropa que habia tomado el castillo, se volvieron á continuar en sus aventurosas intrigas.

Eduardo, por haber dejado á Flandes, no habia renunciado por esto á la guerra contra Felipe de Valois, ni á la promesa que él habia hecho de ir á acamparse á la vista del campanario de la iglesia de san Dionisio; mas como estamos viendo la situacion del reino de Inglaterra, que se hallaba estrechado entre los piratas normandos y los partidarios escoceses, era muy apre-

miante y por eso el rey volvió á Lóndres á visitar todo su reino, para con su presencia darle una poca de confianza y enardecer su valor.

Eduardo vacilaba á cual de sus enemigos de tierra ó de mar responderia primero; cuando supo los resultados de la aventurada empresa tan atrevidamente efectuada por Guillermo Douglas.

Desde luego no vaciló en llevar sus primeros socorros á las fronteras de Escocia, cuyas guarniciones queria reforzar, y apenas permaneciera en Lóndres quince dias para dar sus instrucciones á fin de tener allí una flota de reserva, partió para Appleby y Carlisle, visitó todos los caminos del reino, desde Brampton hasta Newcastle, se llevó consigo á Juan de Neufville que era el gobernador, avanzó hasta Beruwik, donde se hallaba Eduardo Balliol, y despues de haberse detenido para discutir con él los intereses de ambos reinos, tomó la ribera del Tweed hasta Norham, donde dejó su escolta; despues, tomando solamente por compañero á Juan de Neufville, continuó caminando en pequeñas jornadas, hasta que á la media noche vino á llamar á las puertas del castillo de Wark, antigua mo-

rada, situada en medio de una hermosa llanura y rodeada de corpulentos y acopados álamos, los cuales sombreaban mas los góticos contornos de la fortaleza y le daban un aspecto siniestro y fatídico que chocaba á primera vista.

II.

Amor.

Aquí era, como recordarán nuestros lectores, donde la bella Alicia de Graufton, despues de haber relevado al conde de Salisbury de su promesa, habia ido tambien á cumplir la suya. Desde que su marido la habia dejado, ella permaneciera en la soledad y el aislamiento de aquel castillo, el cual estaba espuesto á los ataques de los escoceses; verdad es que era una plaza fuerte, pues tenia una valerosa guarnicion y su gobernador era el valiente Guillermo de Montaigu.

Asi es que desde que supo que habian llegado al castillo dos caballeros pidiendo hospitalidad por aquella sola noche y alarmado como estaba por la farsa conque tomaron el castillo de Edimburgo, mandó poner la guarnicion sobre las armas y fué él mismo en persona á reconocerlos: bajó de consiguiente á la poterna y le preguntó á los recienvenidos cual era el objeto de su venida. Por toda respuesta, Juan de Neufville levantó la celada y se hizo reconocer por Guillermo. En cuanto al caballero que le acompañaba era, segun decia él, enviado del rey Eduardo, que venia con él visitando las provincias, para ver si todo estaba en buen órden para poderse defender en caso de ser sorprendidos por los escoceses.

Guillermo de Montaigu los recibió con todas las ceremonias que les eran debidas y los condujo á la cámara de honor, y como ellos habian pedido el prestar sus homenages á la condesa, los dejó para ir á comunicárselo á su señora.

Apenas salió el gobernador, cuando Eduardo se quitó su casco, porque el haberlo tenido hasta aquel momento, habia sido una ecsagerada precaucion. Dos años hacia que Eduardo no

habia visitado aquella parte de su reino: habia-se dejado crecer la barba, los bigotes y su cabellera; de manera que junto esto con su original y cómico vestido, lo hacian irreconocible; por otra parte, habia venido con la sola intencion de volver á ver á la bella Alicia, cuyo amoroso deseo no habia podido amortiguar ni la guerra ni la ausencia y que se habia aumentado á la llegada á la mansion que ella habitára.

Asi es que para ocultar la emocion que se habia apoderado de sus facciones, se habia sentado en una parte de la sala donde por la poca luz que llegaba, apenas se distinguia su rostro; de modo que cuando Guillermo de Montaigu entrára, el rey se hallaba, fuese por azar ó por designio, enteramente oculto á la vista de todos, y por este medio pudo evitar, que le conociese el jóven gobernador.

En cuanto á Juan de Neufville, como no tenia ningun motivo porque ocultarse, y como ignorára lo que pasára en el espíritu del rey, se habia arrellanado en un sitial haciendo honor á un gran cuenco lleno de agua-miel que dos servidores, que habian entrado despues del gobernador, le habian presentado como refrigerio.

—Y bien! dijo Neufville á Guillermo mientras llenaba y apuraba el vaso; qué noticias tenemos, mi jóven gobernador? La condesa de Salisbury nos concede el favor que le pedímos y al cual nadie tiene mas derechos que nosotros, pues somos admiradores de su belleza?

—La condesa os agradece vuestra galantería, señor, respondió friamente Montaigu; mas ella está retirada en su cámara desde el momento en que recibió las fatales noticias de su esposo, y es tan grande su dolor, que espera de vosotros la escusareis y me aceptareis por su representante.

—Y bien! dijo Eduardo, nosotros queremos, sino consolarla en su dolor, al menos compartirlo con ella.

Guillermo se estremeció al escuchar aquel acento y dió maquinalmente un paso hácia Eduardo; despues, deteniéndose repentinamente, lo miró con atencion como si sus miradas pudieran penetrar y distinguir entre las tinieblas.

Montaigu no respondió nada y el rey reiteró su pregunta.

—Las cartas, esclamó al fin Guillermo con

alterada voz, contienen la fatal noticia de que el conde de Salisbury á caido en manos de los franceses; y la señora condesa no sabe si el conde será á estas horas muerto ó vivo.

—Y donde y como ha sido hecho prisionero? esclamó Eduardo levantándose de pronto y dando á su interrogacion toda la fuerza de un rey.

—Cerca de Lille, monseñor, respondió el gobernador dando á Eduardo el tratamiento que en aquellos tiempos se daba á los condes, duques y reyes. En el momento en que ellos se dirigian, segun la palabra que habian dado de socorrer á Santiago de Artevelle, que los esperaba en Tournai, cayeron prisioneros Salisbury y Soffolk, en un sitio llamado Puente-de-hierro.

—Y esa prision no ha traido otras consecuencias? preguntó el rey con inquietud.

—Las que ha traido, respondió friamente Guillermo, es que ha perdido el rey Eduardo uno de sus mas valientes y leales caballeros.

—Sí, sí, es cierto, hablais con toda la sabiduria de un teólogo, mi jóven gobernador, respondió Eduardo con satisfaccion: el rey

Eduardo se enfurecerá en cuanto sepa la fatal nueva. Mas la carta dice que el conde es prisionero y no muerto, no es asi? Y bien! entonces creeis vos que esta es una desgracia sin remedio? no sois de mi parecer? no creeis que el rey Eduardo III hará un gran sacrificio por rescatar al conde de Salisbury?

—Confiada la condesa en eso, iba á mandarle mañana mismo un mensagero al rayar el dia.

—Es inútil el que se tome ese trabajo, dijo Eduardo; yo me encargo del mensage.

—Y quien sois vos, señor, respondió Guillermo, á fin de que yo pueda trasmitir al reconocimiento de mi noble tia el nombre del que le vá á hacer una accion tan grande?

—Es inútil que yo os lo diga, dijo Eduardo; mas ahí teneis á M. Juan de Neufville, que merece toda confianza como gobernador de toda la provincia y que responderá de mí.

—Está bien, monseñor, respondió Guillermo; voy á tomar las órdenes de la condesa que está orando en su capilla.

—Podeis, mientras esperámos la respuesta, enviarnos al mensagero que ha traido las cartas? monseñor de Neufville y yo tendriamos una gran

satisfaccion en saber algunas nuevas de Flandes; y ya que tenemos esta ocasion, nos aprovecharémos de ella.

Guillermo se inclinó afirmativamente y salió: diez minutos despues entró el mensagero: este era un escudero del conde, que efectivamente llegaba de Flandes el mismo dia, y habia tomado parte en la escaramuza en que Salisbury y Suffolk habian caido prisioneros.

La partida del rey Eduardo para Inglaterra y la vuelta de Felipe de Valois, no habian interrumpido las hostilidades: los conde de Salisbury, de Suffolk, de Northampton y M. Gualtero de Maunny habian quedado, como ya hemos dicho, para sostener la guerra en las ciudades de Flandes; mientras que sir de Beaujeu en Mortagne, el senescal de Carcasona en la ciudad de San Amand, sir de Aimery Poitiers en Douai, M. Gallistador de Beanne, sir Devilliers, el mariscal de Mirepoix y sir Moreuil en la ciudad de Cambray, haciendo cada uno una nueva salida, esperando siempre encontrar los destacamentos ingleses para hacer maravillas de armas. Despues aconteció que un dia, con el permiso del rey de Francia, que no habia podido perdo-

nar á su sobrino la ayuda que habia dado á su enemigo, las diferentes guarniciones de Cambresis, volvieron á reunirse y fortaleciendo cada una su contingente, reunieron seiscientas lanzas; despues, poniéndose en camino al anochecer, fueron á incorporarse con los destacamentos de los castillos de Cambresis y de Maumaison y se dirigieron á la ciudad de Haspres, que estaba rodeada de fuertes murallas y profundos fosos aunque sin puertas.

Además, como la guerra aun no se habia declarado entre el Hainaut y la Francia y como el conde Guillermo, segun decian, habia vuelto á la gracia de su tio, los habitantes no tenian la menor desconfianza; si bien es verdad que los franceses cuando entraron hallaron á todos durmiendo tranquilamente en sus casas: todo fué pues á medida de sus deseos: oro, plata, toda clase de mercancias y joyas, fueron el contenido de su botin; asi es que no les fué necesario romper una lanza, pues no hubo quien les estorbára pusieran en salvo su botin; dieron fuego á la ciudad y el fuego prendió con tal velocidad, que en un segundo ardió todo, escepto las murallas que la circuian; despues cargaron sus carros y se vol-

vieron á Cambray.

Como este suceso tuviera lugar á las nueve de la noche, un correo partiera de la ciudad en el momento que los franceses entraban en ella, el cual se encaminára á todo escape hácia Valenciennes, donde llegó á eso de media noche, portador de la noticia al conde Guillermo, que dormia tranquilamente en su palacio de armas, sin imaginar siquiera que en aquella hora reducian á cenizas una de sus principales ciudades: á la primera palabra que le digera el posta, saltó de su lecho y armándose apresurado, mandó despertar á sus gentes, corrió en persona á la plaza del mercado y dió órden de que se tocasen los tambores y clarines.

A aquella alarmante señal, todos se reunieron, y el conde de Hainaut, seguido de los mas arrojados y valientes y dejando á los otros la órden de que se le reuniesen, salió de la ciudad con grandes deseos tanto por su parte, como por la de los que le seguian de encontrar á sus enemigos.

Llegaron á la punta de una empinada montaña, desde la que facilmente se divisaba todo el pais y sus cercanías, desde la cual divisó cla-

ramente un nublado de humo, lo que indicaba que la ciudad estaba completamente incendiada; ya habian andado mas de la mitad del camino, cuando un segundo correo llegó á anunciarle que los franceses se habian retirado con su botin y sus prisioneros, por lo que era inútil el que continuase su marcha.

Estas últimas nuevas las habia recibido cerca de la abadia de Fontenelles, donde estaba su señora madre; de modo que en lugar de volverse á Valenciennes, se dirigió casi ciego de cólera á pedir hospitalidad á la abadesa, diciendo que haria pagar muy caro al rey de Francia la ignominiosa traicion, é incendio de la ciudad de Haspres, que sin tener ningun motivo habian hecho; la buena señora hizo todo lo que estaba de su parte para calmar á su hijo y escusar al rey Felipe, que era su hermano; mas el conde no prestó atencion á las razones de su madre, por muy buenas y santas que fuesen, y juró que no descansaría su corazon hasta que hubiera hecho á su tio doble estrago del que él acababa de hacerle.

Así es que apenas el conde Guillermo llegó de vuelta á Valenciennes, pasó pliegos á todos los

caballeros y prelados de su pais, dándoles punto de reunion para que fuesen á Mons ó á Hainaut, el dia que él les asignase. Estas noticias llegaron al vuelo á oidos del caballero Juan de Hainaut, que estaba en sus posesiones de Beaumont, y como este era siempre firme partidario del rey Eduardo III de Inglaterra, montó sin pérdida de tiempo á caballo, para ir á ofrecer sus servicios á su sobrino, y caminó tan rápidamente que al dia siguiente del que se puso en marcha, llegó á Valenciennes, donde encontró á su sobrino, en su palacio de la Sala.

Este, al verlo entrar, se adelantó algunos pasos á su tio y tendiéndole los brazos le dijo:

—Ah! querido tio, ya teneis cumplidos vuestros deseos; teneis encendida la guerra contra los franceses.

—Noble sobrino, respondió sir de Beaumont, Dios sea loado, lo que acabais de decirme, me ha colmado de gozo, aunque estoy completamente convencido, de que jamás hubiérais dado este paso si el rey Felipe no os hubiera hecho una tan ignominiosa accion; mas vos que le habeis prestado tantos servicios, ya podreis conocer el modo que tiene de recompensarlos.

Ahora podeis pensar por qué lado entrareis en Francia; y sin pérdida de tiempo poneros en camino para vengar vuestros ultrages; convencido de que por el lado que vos entreis, os seguiré yo.

—Bien, bien, respondió el conde lleno de satisfaccion; permaneced en vuestras buenas disposiciones, que yo os prometo no tardarémos mucho en entrar en combate.

En efecto, al dia siguiente del indicado para la asamblea, todos se hallaron reunidos: M. Tiberio Ginois, abad de Crespi, fué el encargado para la embajada de declarar la guerra al rey Felipe, en nombre del conde Guillermo y de todos los señores barones y caballeros de su pais, y mientras que este llegaba al rey Felipe, el conde estaba reuniendo á todos sus soldados, y además á los de Brabante y Flandes, de modo que cuando volviera el enviado, podia contar el conde con diez mil lanzas. Apenas fueron reunidas, cuando poniéndose á la cabeza de aquel numeroso ejército, se dirigió á la ciudad de Aubanton, que era una de las de mas comercio del reino de Francia.

Por mas diligentes que andaron, no pudieron cojer desprevenidos á los de la ciudad, porque

estos habian desconfiado de los belicosos preparativos del conde Guillermo y su tio mesire de Beaumont. De consiguiente, habian enviado al bailío [1] de Vermandois, pidiéndole algunos socorros; y este les habia enviado al señor de Vervins, al vidame [2] de Chalons y mesire Juan de La-Rove, con trescientas lanzas, poco mas ó menos: los cuales hallaron á la ciudad en muy mal estado de defensa; mas como habian venido con anticipacion, tuvieron lugar de profundizar sus fosos y reforzar en algun tanto sus murallas; establecieron una estacada en derredor de los fosos y esperaron tranquilamente á sus adversarios. El viérnes siguiente, los apercibieron que desembocaban de una floresta llamada el bosque de Thierache y que llegados á un cuarto de legua, poco mas ó menos, se pararon sobre una colina que dominaba el espacio para considerar en el sitio que podian establecer su campamento: hecho el ecsámen, les fué mas conveniente esta-

---

[1] Dignidad principal de la órden de san Juan.

[2] Antiguo título de honor que se daba á los grandes de Francia.

hacerlo allí, y al rayar el dia siguiente se dividieron en tres trozos, uno mandado por el conde Guillermo, otro por sir Juan de Beaumont y otro por el caballero de Fauquemont, y avanzaron á la ciudad.

Los sitiados por su parte repartieron sus ballesteros por las murallas, y los demas se colocaron tras las estacadas; despues aprovechando el momento demoratorio que mediaba aun entre la union de las dos armadas, el vidame de Chalons hizo caballeros á sus tres hijos, que eran tres jóvenes tan hermosos como valientes.

12.

¿Es una muger ó es un ángel?

El asalto empezó con un encarnizamiento que hizo conocer á los sitiados que la guerra era una venganza de esterminio, y que en caso de derrota, no tenian que esperar gracia alguna: en vez de dejarse intimidar por aquella perspectiva, ellos se enardecieron de tal modo, que eran mas bien leones que hombres.

Sin embargo, á pesar de la lluvia de ballestas y dardos que caian sobre el conde de Hainaut, fué el primero que llegó á la estacada y se

encontró cara á cara con el vidame de Chalons y sus tres hijos: casi al mismo tiempo que por el otro lado sir Juan de Beaumont atacaba al señor de Vervins, su enemigo personal, pues le habia quemado y saqueado su posesion de Chimay: por ambas partes el choque era terrible: Los de las murallas acribillaban á los enemigos con sus piedras que caian sobre ellos con la misma fuerza que las balas razas de cañon. De su parte los sitiadores forzaban las barreras á golpes de sus mazas, y con sus largas y aceradas lanzas, atravesaban á los que se aprocsimaban para defenderlas: en fin, lograron romper una barrera y se hallaron mano á mano ambos ejércitos.

En aquel momento los tres jóvenes á quienes su padre acababa de hacer caballeros, quisieron probarle que eran dignos del honor que se les acababa de dar, y mientras que su padre el vidame de Chalons hacia cara á sir de Fauquemont, se lanzaron ante el conde Guillermo; mas este era un poderoso caballero y guerrero esperimentado; del primer golpe de su temible espada, atravesó el broquel de la coraza del mayor de los tres intrépidos jóvenes, y esto tan fuertemente que hizo saltar el hierro; los otros

dos lo vieron caer; aunque sin ocuparse de prestarle socorro, pues conocieron era inútil: el mundo habia concluido para él; ellos atacaron al conde con un valor sin igual, mas éste parecia tener la fuerza de un gigante y la fiereza de un leon rabioso, y les devolvia con una firmeza irresistible los golpes que recibia de ellos; no obstante, como ellos, uno tenia una lanza y otro tenia una espada, ya el conde se iba cansando de combatir con los dos á la par, y se iba hallando en gran peligro, pero uno de los dos jóvenes apercibió entre la confusion del combate á su padre rudamente atacado por sir de Fauquemont; pensando que su hermano se defenderia bien solo, y llevado por un sentimiento mas profundo cual era el de ver morir á su padre sin prestarle su ayuda, se lanzó á sir de Fauquemont, al mismo tiempo que éste armado de su férrea maza, iba á descargar el terrible golpe, pues la armadura del vidame de Chalons estaba tan bien templada, que no habia podido el sir con su espada, hacerle saltar ni un solo corchete.

Atacado súbitamente por la espalda, sir de Fauquemont se vió obligado á abandonar al viejo para hacer cara al jóven caballero; durante

esto, los de la ciudad recogieron al vidame de Chalons que habia perdído el sentido; mas le quitaron su casco y al instante fué recobrando sus potencias, y volvió á su vez en ayuda de su hijo, como éste habia ido á la suya.

Entretanto el conde de Hainaut combatia con el otro jóven; éste era el que le atacaba con la lanza; Guillermo conoció perfectamente que no concluirian de combatir mientras que no arrancase de manos de su adversario la lanza. Asi fué, pues de un revés con su espada, mandó la lanza á donde su adversario no pudiera cojerla; éste arrojó al suelo el pedazo que le quedaba que ya no podia servirle para nada, y se agachó para coger una hacha que habia preparado tras sí para en caso de que la lanza le faltára. En aquel momento Guillermo de Hainaut, reuniendo todas sus fuerzas, levantó su espada con las dos manos, y descargó un tan fuerte golpe en la cabeza del desgraciado jóven, por el sitio en que el casco era menos fuerte, que se lo abrió con la misma prontitud que si éste hubiera sido de cuero, y la hoja penetró en el cráneo, de modo que el jóven cayó muerto sin haber tenido lugar de decir mas que, *gracias, Dios mio!*

Cuando el padre vió caer asi á sus dos hijos. agarró fuertemente al tercero por el brazo y tirándole, queria volver á entrar en la ciudad; mas sus adversarios los seguian desde tan cerca, que entraron en ella sitiados y sitiadores todos juntos.

Por su parte sir de Beaumont habia hecho maravillas de armas; el aspecto de su enemigo sir de Vervins habia doblado su valor, que era grande; de modo que despues de una hora de combate, ya habia echado abajo la mayor parte de sus estacadas, es decir, todas las que le habian impedido el paso. Conoció sir de Vervins que la cólera de sir Beaumont, iba á descargar sobre él y que la ciudad no podia tardar muchos minutos en ser de sus enemigos, y que no habia gracia que esperar; y asi es que escogiendo uno de los mas corredores caballos de la ciudad, y antes que sus enemigos se dirigiesen por sus monturas que estaban á diez minutos de camino, se dirigió á una puerta que tenia la ciudad por la espalda, que era propiamente llamada la de Vervins; mas se habian hecho tan grandes diligencias para que llegasen prontamente el caballo de sir Juan de Beaumont y los de sus gentes

de armas, que en el momento en que el uno salia por una puerta, el otro entraba por la otra en su persecucion; y ondeando por los aires su bandera, atravesó la ciudad sin pararse, y pasando por medio de los fugitivos sin siquiera mirarlos y buscando á uno solo, llegó á la puerta de Vervins, mientras que el perseguido desaparecia en un recodo que tenia el camino, acelerando cada vez mas su carrera. Entonces, persuadido de que su sobrino era bastante fuerte para pasarse sin su ayuda, M. Juan de Hainaut continuó persiguiendo á su adversario, llamándole por su nombre y diciéndole que se parara, mientras que de rábia echaba espumarajos por la boca, lo mismo que su caballo; entretanto su enemigo apretó mas la carrera y llegó á su ciudad, cuyas puertas encontró abiertas milagrosamente y fueron inmediatamente cerradas cuando hubo entrado.

M. Juan de Hainaut, viendo que ya seria en vano cuantas diligencias hiciese por dar caza á su enemigo, se volvió al paso á la plaza conquistada y vengándose en cuantos soldados fugitivos encontraba, disipó en algun tanto la sed de sangre que lo agitaba.

Durante estos acontecimientos, el conde Guillermo de Hainaut habia entrado en la ciudad persiguiendo á sus enemigos que se habian refugiado en la plaza mayor y los habia atacado y puesto en fuga por segunda vez, y como pocos fueran los que pudiesen escapar, todos quedaron allí muertos ó prisioneros: despues llegaron sus caballos y carretas y cargandolos del botin, hizo lo mismo que con él habian hecho, poniendo fuego á la ciudad por sus cuatro ángulos; despues cuando vió la plaza enteramente reducida á cenizas, volvió á cabalgar en su alazan y se retiró con su tio lleno de gozo por haber consumado su venganza, y se dirigieron hácia el arrabal de Maubere-Fontaines.

Los narrados acontecimientos no tardaron nada en llegar á oidos del rey Felipe de Valois, el cual dió órden al duque de Normandía, su hijo, que reuniese lo mas pronto posible cuantos caballos pudiese y se dirigiese sin demora al Hainaut, y que pusiera fuego y degollara á todos sus habitantes: al mismo tiempo envió nuevas instrucciones á Hugo Quieret, á Beuchet y á Barbeveire, para que hicieran guardar, sopena de muerte, las costas de Flandes, á fin de que

Eduardo no pudiera desembarcar en ellas.

Por otra parte cuando los de Douai, Lille y Tournay, vieron en el peligro que se hallaban, reunieron mil caballos y trescientos infantes, para hacer una escursion por el pais flamenco: para realizar su intento, partieron una noche de Tournay y al rayar el alba llegaron cerca de Courtray, cuya ciudad hallaron bastante fuerte y demasiado avisada, para poderla sorprender: y se contentaron con saquear y quemar sus arrabales, retirándose vivamente tras Lys con el botin que habian podido aprovechar, el cual no era muy crecido.

Luego estos atacaron directamente á las buenas gentes de Flandes; de modo que Santiago de Artevelle recibió grandes y justas quejas en la ciudad de Gante, por lo que juró que vengaria los ultrages que habian recibido en el pais de Tournaisis: en consecuencia él envió cartas por todas las ciudades de Flandes, y además á los condes de Salisbury y Sulffock, que tenian, como ya hemos dicho, un dia señalado para reunirse con el rey Eduardo, entre la ciudad de Audenarde y Turnay, en un sitio llamado Puente-de-hierro. Los dos condes de Inglaterra res-

pondíeron que se reunirian con él, el dia que señalaba la carta.

En consecuencia se pusieron en camino para cumplir lo que habian prometido, guiados por un antiguo y esperimentado guerrero llamado M. Wafflart de la Croix, que conocia perfectamente las tierras del pais; mas ellos no sabian lo que les esperaba, pues los de Lille se dirigieron con su cabalgata, que se componia de cincuenta caballos y cuarenta infantes, por todos los pueblos y ciudades, y lograron reunir mil quinientos hombres, los cuales se dividieron en tres emboscadas, á fin de que aunque pasasen los condes por el lado que fuese, no se les escaparan.

No obstante, estas medidas hubieran sido en vano; porque M. Wafflart les habia hecho tomar un camino enteramente inverso, que los hubiera conducido por otro lugar, si el acaso no les hubiera presentado un foso recien abierto y que cortaba enteramente todo el camino. Al ver aquella fosa tan profunda, Wafflart reflecionó y aconsejó á los caballeros que se volvieran y no concurrieran á la cita, porque todo otro camino que no fuera aquel era sumamente peligroso; mas los caballeros no quisieron escucharlo, y

riendose de los temores á su parecer infundados de su guia, le mandaron cambiase de camino y siguiese adelante, pues ellos tenian empeñada su palabra á Santiago de Artevelle y de ninguna manera faltarian á ella. Entonces M. Wafflart pareció convencerse, mas haciendo el último esfuerzo por disuadirlos, les dijo:

—Nobles señores, verdad es que vosotros me habeis tomado por guia, y tambien lo es de que yo os he prometido el guiaros Os guiaré por el camino que mejor os convenga, pues no debo desampararos ahora; pero os prevengo que si acontece que los de Lille nos esperan en alguna emboscada, como toda resistencia seria inútil, haré cuanto posible sea por salvar mi persona emprendiendo la fuga en el momento.

A estas palabras los dos caballeros se miraron mútuamente y con una sonrisa sardónica le respondieron, que aunque perecieran en el camino, su deber era conducirlos hasta Puente-de-hiero, y que de lo demás que huyera ó no en caso de sorpresa, no era cuenta de ellos. Continuaron pues su camino riendo y conversando sin pensar que pronto debia cumplirse la prediccion de Wafflart; cuando en el momento en que ellos

*

acababan de entrar en un recodo rodeado de chaparros y frondosos árboles, vieron de golpe levantarse y rodearlos una tropa de arqueros y alabarderos gritando:

—Mueran, mueran los ingleses.

Y que reuniendo al momento la accion á las palabras, saludaron á los caballeros con una multitud de flechas y dardos. Al primer grito y al primer choque, volvió grupa mesir Wafflart y tomó el galope tan acelerado que parecia volaba mas bien que corria. Andado un trecho, volvió la cara atrás y vió á los condes que bajaban de sus caballos para defenderse mejor, perdiéndolos en un momento de vista á causa del galope tan acelerado que lleva su corcel.

Esto era todo cuanto Wafflart sabia, y esto era todo cuanto habia participado á la condesa.

Eduardo y Juan de Neufville escucharon con gran interés aquellas interesantes noticias de Flandes; despues el rey recompensó dadivosamente al mensagero y lo envió al instante á Guillermo de Montaigu.

Entre tanto iban cubriendo al castillo, las tinieblas de la noche, y Guillermo no volvia: en fin, habian ya dado las doce, Juan de Neufville,

y Eduardo se retiraron á las cámaras que se les habian preparado; mas Eduardo, en lugar de desnudarse y meterse en su cama, se contentó con quitarse la cota de malla y permaneció de pié y bastante agitado siguió paseándose de punta á punta de la cámara: un malvado pensamiento combatia su imaginacion; éste era, que el conde prisionero ó muerto, dejaba á su esposa sin otro amparo en la tierra que el suyo.

Se paseaba pues con los brazos cruzados, embebido en aquella idea, y en no pocos deseos adulteros, y con el rostro muy alterado; despues, de cuando en cuando se paraba delante de la ventana, y mirando á lo largo con atencion se quedaba reflecsivo, al ver el oratorio en que la bella Alicia estaba orando fervorosamente por la vida de su esposo.

Por esto Alicia de Granfton no habia querido recibir á los dos caballeros, pues estaba pidiendo á Dios por su esposo, fuese muerto ó prisionero.

Entonces Eduardo con la cabeza apoyada en la ventana y los ojos siempre fijos en aquella luz veia con el pensamiento el bello rostro de la interesante Alicia, al que siempre habia contem-

plado risueño y encantador, se le figuraba verlo ahora bañado de lágrimas y contraido por los sollozos, y así tal como se le presentára en su abrasada mente, redoblára sus voluptuosos deseos, porque los celos redoblan el amor, y él hubiera tenido un placer tan inesplicable y estraño en enjugar con sus lábios aquellos lloros, aquellas lágrimas que por causa de otro corrian por sus lindas mejillas.

En el momento, Eduardo tomó la resolucion de ver á la condesa aunque no fuera mas qué por un instante, hablarla aunque fuese una palabra sola, despues de tantas fatigas y combates, oir siquiera el armonioso eco de su voz, de aquella voz mas grata á sus oidos que los cantos de las ninfas en los mitológicos vergeles... la luz brillaba aun en el oratorio luciendo su flamijero disco, al través de los pintados cristales, como el rubí y el zafir resplandece en la aureola de las vírgenes. El pensó que allí, iluminada por aquel mágico resplandor, se hallaba aquella muger, á la que amaba hacia tres años sin habérselo dicho nunca; y sin intencion, sin voluntad, impulsado por una fuerza irresistible, abrió la puerta, entró en el corredor oscuro, al fin del

cual apercibió aquel célico destello que partía de la puerta entreabierta del oratorio, y aquella luz acabó de hacerle perder la poca razon que le quedaba.

Entonces siguió de puntillas y reteniendo el aliento hasta la puerta de la capilla... y al llegar allí, vió prolongando su mirada al interior, vió á la hermosa jóven arrodillada con los brazos cruzados y con la cabeza apoyada sobre el reclinatorio... al mismo tiempo vió tambien á un hombre respaldado contra una columna, de pie é inmóvil cual una estátua, el cual levantó el brazo en señal de silencio y desviándose de la pared vino hácia el rey, haciendo sus pasos el mismo ruido que los de una sombra, y lo detuvo á la entrada del santuario.

El rey reconoció á Guillermo de Montaigu.

—Yo venia, dijo Eduardo, á saber alguna respuesta decisiva, ya que vos no nos la llevábais.

—Mirad, monseñor, mirad, contestó conmovido el jóven; llorando y suplicando... se ha dormido ese ángel.

—Sí, es cierto... y vos esperábais á que despertase?

—Yo, monseñor, velaba su sueño... era mi deber y asi el conde me lo encargó antes de partir; y cuando quizá en estos momentos me vigile desde el Empíreo, debia yo abandonar á ese querube?

—Y vais aquí á pasar la noche?

—Permaneceré hasta que se despierte, y entonces... qué quereis, monseñor, que le diga de vuestra parte?

—Decidla que las preces que ha dirigido al cielo, han sido escuchadas en la tierra, y que el rey Eduardo le jura que si Salisbury ecsiste, será rescatado, y que si es muerto, el rey lo vengará.

Al concluir estas palabras, el soberano se volvió á pasos lentos y se encerró en su estancia mas enamorado que nunca y con el pecho palpitante por el voraz incendio que lo agitara.

Vestido como estaba se echó sobre su lecho, y apenas la aurora con sus rosados dedos entreabriera las puertas del horizonte, despertó á mosen Juan de Neufville y partió del castillo de la condesa de Salisbury, dejando allí su vida, su amor y haciendo mil cálculos para el porvenir.

13.

Combate naval.

Luego que Eduardo volvió á Lóndres, encontró sus órdenes fielmente ejecutadas y sus flotas prontas á partir; desde luego tenia un doble motivo para volver á Flandes; porque deseoso de continuar su proyecto, debia socorrer á su cuñado, que por él se habia comprometido en aquella desigual lucha entre conde y rey; además tenia que llevar toda una córte de pages y de damas á la reina, que aun permanecia en la buena ciudad de Gante, bajo la salvaguardia

de Sartiago de Artevelle, y otra córte mas idónea de certeros arqueros y valientes armados, á fin de continuar la guerra, en el caso en que los señores del imperio lo abandonasen; cosa que era muy facil aconteciese, en razon á los pliegos que habia recibido de Luis V de Baviera, el cual parecia muy inclinado á entablar una tregua con el de Francia.

Embarcóse pues el 22 de Junio, conduciendo una de las mejores flotas que se han visto, y entró en alta mar tan magestuosamente, que parecia iba á conquistar el universo. Navegó dos dias así; despues al final del segundo, apercibió á lo largo de las costas de Flandes, entre Blankemberg y la Ecluse, una tal cantidad de mástiles de navios que parecian una floresta marítima.

Al momento llamó al almirante, que como él, estaba admirado de aquel inesperado espectáculo, y le preguntó que cosa podria ser aquella.

El almirante contestó, que le parecia fueran los bageles de los normandos y franceses que se hallarian allí, con la sana intencion de impedirles el paso y de hacerles volver sus proas hácia otra parte.

—Ah! conque son esos perillanes, los que me

han cogido el *Eduardo* y el *Cristóbal* y me han saqueado y quemado mi buena ciudad de Southampton?

—Los mismos, monseñor.

—En ese caso no vayamos mas lejos, porque hacía tiempo que deseaba encontrarlos juntos y combatirlos: ahora que los hemos hallado, los combatirémos y, si es voluntad de Dios y del bien aventurado san Jorge, le harémos pagar en un dia todas las pillerías que hace tres años nos están haciendo. Echad pues el ancla y velad toda la noche á fin de que no se nos escapen.

Entretanto, antes que el almirante ejecutase las órdenes que habia recibido, el rey estableció sus disposiciones de batallas á fin que al dia siguiente, al levar anclas, toda la flota se encontrase como debia estar y no hubiera mas que avanzar y combatir.

Con ayuda de la noche que oscurecia con su túpido velo estas operaciones á los adversarios, hizo poner los mas fuertes navíos delante y entre cada bagél cargado de caballeros y guerreros, una urca de certeros arqueros; además en dos alas puso las navecillas mas pequeñas, provistas de los recursos mas indispensables para la cura

de los heridos, y en una nave particular acreditada por su rápida marcha, puso á los condes y barones que debian ir por la reina á Gante, escoltados por trescientas lanzas y quinientos arqueros.

Entonces despues de haber pasado de uno á otro bagel recomendando á cada cual velase por el honor de su rey en la jornada que se preparaba, y despues de haber hecho cada uno su promesa, se volvió al navio real á tomar algun descanso, á fin de estar fresco y vigoroso para combatir en persona al dia siguiente.

Al rayar la aurora, el rey se levantó y se puso sobre el puente; todo estaba en el mismo órden que la víspera; y no solamente los franceses y normandos no habian pensado en huir, sino que por el contrario habian preparado tambien su línea de batalla.

Eduardo conoció desde el momento que ellos estaban mal colocados y dispuestos; porque á escepcion de algunos bageles que parecian haberse separado de la flota, los demás se hallaban anclados en la playa, lo cual estorbaba todos sus movimientos, y en el caso de derrota debia impedirles el maniobrar. Entonces contó los navios

y vió habia ciento cuarenta, sin contar las barcas y otros bageles menores. Estos ciento cuarenta navios y barcas, llevaban á su bordo cuarenta mil hombres genoveses, picardos y normandos.

Luego que el rey y su almirante hicieron estas observaciones, notaron que la línea que formaba su flota estaba de cara al sol, lo cual impediria á los arqueros y ballesteros el guerrear con aquella destreza que era el preludio de todas las victorias inglesas: en consecuencia, el rey mandó virar de bordo y volver la espalda al sol, á fin de estar en mejor posicion para combatir al enemigo.

Este movimiento fué ejecutado en el instante; la flota, que no podia servirse de sus velas, se avanzó batiendo la mar con sus remos; al ver esto los normandos, los genoveses y los picardos, dieron gritos y prolongados ahullidos porque habian visto al rey sobre cubierta y creyeron que huian cobardemente: mas pronto salieron de su engaño; los bageles volvieron y como el viento les era favorable, desplegaron sus velas y la flota toda entera vino á cerrar la ensenada donde se hallaban anclados los franceses, con-

servando el mismo órden de batalla, que la víspera habia arreglado el rey y su almirante.

Entonces los almirantes de las naves francesas, viendo que se habian engañado, creyendo que huia el enemigo, hicieron á su vez los últimos preparativos de combate; ellos pusieron de frente y como un reducto avanzado, la gran nave que un año antes habian apresado á los ingleses y que se llamaba el *Cristóbal*; la llenaron de alabarderos y ballesteros genoveses para guardarla y pelear desde ella; despues en toda la línea mandaron tocar las trompetas y clarines para demostrar que estaban prestos y aceptaban el combate con alegria y deseo.

La pelea empezó por un cambio de dardos y flechas entre los del navio *Cristóbal* y los arqueros ingleses; pero habiendo Eduardo notado al momento que sus enemigos habian colocado allí á los mas valientes y arrojados de entre los suyos, decidió que aquella era la primera nave que se debia coger: en consecuencia hizo armar su propio bagel de largos bicheros y gruesas cadenas y se adelantó él mismo mandando á todos que lo siguieran. Llevaba á su lado lo mejor de su nobleza, al conde de Derby, al de Hertfort,

al de Huintington, al de Glocester, mesires Roberto de Artois, Regnauld de Cobban, Ricardo Staffort y Gualtero de Maunny, todos cubiertos de sus férreas armaduras, contra las cuales venian á despuntarse las flechas y dardos de los arqueros genoveses.

De este modo avanzaron magestuosamente sin discrepar ni una línea, sin recular ni un paso, con las banderas en una mano y la espada en la otra. En seguida los cloques [1] y crampones [2] fueron arrojados, y los dos navios se unieron con un estremecimiento terrible. Al mismo tiempo bajaronse los puentes de una y otra parte y los caballeros se avalanzaron al bagel.

Allí comenzó una espantosa y terrible lucha; porque la fuga era imposible y si los arqueros genoveses estaban peormente armados, tambien eran cuatro veces mas numerosos que los que les atacaban; por otra parte, cuando vieron que

---

[1] Especie de anclotes con cuatro garfios.
[2] Piezas de hierro claveteadas de garfios, que en aquellos tiempos se echaban sobre las embarcaciones y se aseguraban entre sí, á manera de corchetes. Aseguradas así las naves, empezaban el abordage.

tenian que venir á las manos [á escepcion de aquellos que estaban subidos en la gavia del mastelero mayor y de proa y que desde allí hacian llover una granizada de flechas sobre los enemigos) se armaron de hachas, de mazas y de espiochas y se defendieron como leones.

Génova desde el siglo XII era ya una poderosa ciudad y reina de los mares por su comercio; pero no obstante, por mas guerreros y marinos que fuesen sus hijos, no podian menos de ceder, porque los que les atacaban eran los primeros guerreros del mundo, y estaban tan bien asegurados los navíos, que peleaban cual si estubiesen en tierra.

Arrojados poco á poco de la proa á la popa por aquella muralla de hierro que era imposible ni detener ni desunir, los arqueros se encontraron amontonados sobre la popa del navío y allí paralizados en sus movimientos, perdídos por su mismo número, espuestos sin otra armadura que sus petos de cuero, á los tajos y mandobles que despedian aquellas cortantes espadas, no tenian mas remedio que rendirse, morir, ó arrojarse al mar.

Muchos de ellos tomaron este último partí-

do, porque al fin podian nadar, lo que era imposible á los caballeros, los cuales, apenas caian en el agua, eran sepultados en los abismos por el peso de sus armaduras. Viéronse á los mas, nadar y acogerse á las otras naves; pero fueron mas los que perecieron en sus tentativas, por los dardos certeros del inglés, que llovian sobre los infelices nadadores y los pasaban de parte á parte.

Luego que la gran nave fué reconquistada, Eduardo la cargó de arqueros y abandonando su navío por éste, que era mas fuerte y de mejor defensa, hizo enarbolar en él su bandera y marchó en seguida sobre los genoveses.

El combate estaba ya empeñado en toda la línea y por una y otra parte defendiasen con valor: todos los buques franceses y normandos habian sido abordados: ligados á los bajeles ingleses por los crampones, combatiase de uno y otro lado con la mayor seguridad. Este modo de pelear era desfavorable para los franceses, porque su flota toda entera se componia tan solo de arrojados marineros, acostumbrados á batirse solamente con sables cortos, puñales ó espiochas, mientras que la flota inglesa llevaba á su bordo

un ejército entero, compuesto de arqueros que peleaban de léjos y de valientes caballeros que con cada golpe de sus mazas, destruian á los hombres como hormigas.

Barbevaire fué el solo que previno esta desventaja, y en vez de unirse á los otros, se habia mantenido á lo léjos, y luego que vió la batalla perdída por parte de los picardos y normandos, desplegó todas sus velas y se alejó en alta mar.

Al mismo tiempo las costas se llenaron de las buenas gentes de Flandes, que en barcas y canoas, venian en ayuda de los ingleses. De este modo los normandos y picardos atacados por mar, se vieron privados de la retirada por tierra, pues se la impedian los flamencos; mas como eran valientes y aguerridos, siguieron combatiendo desesperados y sin querer rendirse; de modo que la batalla que habia empezado á primas, duró hasta nonas; es decir, desde las seis de la mañana hasta las doce del dia.

En esta hora todo habia concluido para los enemigos, y los ingleses empezaron con el combate de la Eclusa, esa série de victorias navales que no debia concluir sino en Trafalgar y en Abouquir.

De cuarenta mil hombres de que se componia la armada, no quedaron mas que los franceses que fueron los solos que huyeron. Los demás, todos fueron prisioneros, muertos ó ahogados.

Hugo Quieret fué asesinado á sangre fria despues de la batalla; y Behuchet, dicen los historiadores, fué juzgado como pirata y ahorcado del palo mayor de su navío.

En cuanto al rey Eduardo, no le valió su rango, pues salió herido en un brazo del puñal de un valiente normando, que no llevaba otra piadosa intencion mas que atravesarle el pecho. Mas el rey no se desanimó por esto; vendóse y siguió dando sus disposiciones, mandando que tocasen en señal de triunfo, trompas, timbales, pitos, cornetas, tambores y otra variedad de instrumentos, haciendo tal garabia, que dice Froissart, que aunque hubiese tronado espantosamente, ni siquiera se hubiera oido.

A este infernal ruido, corrieron á la orilla todos los buenos vecinos de Flandes; y al dia siguiente, que era el 26, el rey y toda su armada saltaron en tierra, despues de haber destruido la flota francesa, no como si la mano del hombre la

*

hubiese tocado, sino como si Dios la hubiera aniquilado por un naufragio. En seguida Eduardo III y sus grandes se dirigieron, con los pies descalzos y la cabeza descubierta, en peregrinacion al santuario de Nuestra Señora de Ardemburgo, donde asistieron á la misa y al Tedeum; concluido lo cual se encaminaron el mismo dia á Gante, donde los esperaba la reina que los recibió con la mayor alegria y alborozo.

14.

Treguas.

Apenas llegaron, lo primero que Eduardo trató fué de cumplir su promesa y de informarse de lo que les habia sucedido á los condes de Suffolk y de Salisbury. Entonces supo que los habian conducido á Francia y que el rey Felipe habia jurado no entregarlos ni por oro ni por plata, sino en cambio de otros prisioneros tan valientes y tan nobles como ellos.

Eduardo conoció que era inútil en aquel momento hacer nada sobre el particular, mácsime

cuando no estaria Felipe muy contento con la derrota de la Eclusa.

Por lo tanto prescindió de su idea y reunió un parlamento en Willeworde, en el que se debia renovar la alianza entre Flandes, Brabante y el Hainaut, siendo prefijado el 10 de Julio para esta ceremonia.

El referido dia, el rey Eduardo de Inglaterra, el duque Juan de Brabante y el conde Guillermo, se reunieron en Willeworde, acompañados del duque de Gueldres, del marqués de Juliers, de Juan de Beaumont, del conde de Mons, del marqués de Brandemburgo, de Roberto de Artois y del caballero de Fauquemont. Hallóse tambien el ex-cerbecero Santiago de Artevelle con los diputados flamencos, para que la deliberacion fuera hecha por todos y al gusto de todos.

Allí decidióse que los tres paises, es decir, Flandes, el Hainaut y Brabante, serian desde aquel momento ayudadores y confortadores unos de otros en todo caso y en todas las cosas; de modo que si alguno de los tres paises dejára de cumplir lo prometido, los otros dos se lo hicieran sostener; si algunos de los dos discordaba

entre sí, el tercero debia pacificarlos, y si no bastaba, apelarian á Inglaterra que pronto los meteria por vereda.

Todos hicieron juramento en manos del rey Eduardo, y en señal de esta union se fabricaron monedas que debian tener igual curso en Flandes, Hainaut y Brabante y que se le pusieron el nombre de *las aliadas*. Despues se formó un consejo y se determinó que el 22 de Julio, dia de santa Maria Magdalena, el rey Eduardo dejaria á Flandes y marcharia con todo el ejército á poner sitio á Tournay.

Entretanto el rey Felipe que se habia juntado en Arras con el duque Juan, su hijo, y que estaba en el ejército como simple caballero, habiendo sabido las determinaciones del parlamento de Willeworde, envió al condestable Raoul de Eu, sus dos mariscales, Roberto Bertrand y Mateo de la Trie, el senescal de Poiton, el conde de Guyena, el de Foix y sus hermanos los condes Aimery de Narbona, Aymar de Poitiers, Godofredo de Chargny, Gerardo de Montfaucon, Juan de Landas y monseñor de Chatillon, es decir, la flor y nata de su reino, con órden de que defendieran á Tonrnay, que como sabian era una

de las principales puertas de Francia.

Despues, siguiendo la política adoptada y previendo que aquel era el momento de dar un gran golpe, mandó para Escocia al rey David y su muger, que hacia siete años permanecian en Francia, acompañados de una buena escolta de guerreros y dinero, mientras que sus partidarios le iban palmo á palmo reconquistando su reino, como lo hemos visto en los capítulos precedentes.

Mientras que se hacian tantos preparativos de guerra y desde la Bretaña hasta el fondo del imperio germánico, nadie pensaba mas que en combates y conquistas: dos espíritus solos, cual si fuesen ángeles de paz, lloraban tanta sangre y deseaban la conclusion de tantas luchas y querellas: uno era el rey Roberto, apellidado *el bueno*, que aun lo llamaban *rey de Sicilia*, aunque no poseyese esta isla desde que su padre Cárlos de Anjou la perdiera en la famosa jornada de las Vísperas-Sicilianas, y el cual habia mandado sus pliegos, á fin de que el rey Felipe no peleára con Eduardo, atendido á que los astros daban innegables señales de que aquellas batallas serian perjudiciales á la Francia: el otro es-

píritu era Juana de Valois, hermana de Felipe y madre del jóven conde de Hainaut, que veia con gran dolor, levantadas las espadas entre su hijo y su hermano, es decir, entre el tio y el sobrino; estos dos espíritus se habian comunicado sus ideas por cartas; si bien el rey de Nápoles habia juzgado que la cosa era demasiado séria y habia ido en persona á Aviñon, para suplicar al papa Clemente VI interviniese en aquella querella: este era uno de esos reyes menos raros entonces que en nuestra época; los cuales, científicos ellos de por sí, aman las letras, comprendiendo que la inteligencia es el alma de los reinos, y que no hay monarquia grande ni espléndida sino la que está alumbrada por los rayos celestiales de la poesia: así, desde que se decidiera en toda la Italia la coronacion de Petrarca, el rey de Nápoles se habia hecho poeta, erudicion algo pedantesca si se quiere, mas que le habia valido el título de gran rey de toda la cristiandad. Esto no es de estrañar cuando Francisco I y Luis XIV se cubrieron con el broquel milagroso del Parnaso, para embotar en él los tiros de la historia.

Roberto habia hallado al papa y á los carde-

nales muy dispuestos á intervenir en aquella guerra tan fatal para los dos reinos; de modo que cierto de los buenos deseos de las córte pontificia, se volvió á su pais á releer á Dante y á coronar á Petrarca.

Entretanto Eduardo que ignoraba estas cosas, partió á su tiempo de Gante para Tournay, con una armada en la que se contaban dos prelados, siete condes, veinte y ocho banderas, doscientos caballeros, cuarenta mil guerreros y nueve mil arqueros, sin contar toda la servidumbre que subiria á unos quince ó diez y ocho mil hombres.

Apenas se habia acampado ante la ciudad, por lo puerta llamada de san Martin, se le reunieron su primo Juan de Brabante con veinte mil lanzas [el que estableció su campo junto á la abadia de san Nicolás, en Puente-de-ranas] el conde Guillermo de Hainaut con lo mas florido de la nobleza holandesa y zelandesa, y Santiago de Artevelle con mas de sesenta mil flamencos. Despues llegaron los señores del imperio, el duque de Gueldres, el marqués de Juliers, el de Brandemburgo, el margrave de Misnia y Oriente, el conde de Mons, sir de Fauquemont, Arnaldo

de Blankenheim y todos los alemanes, con lo que se completó un círculo de ejército que tenia tres leguas de estension.

El sitio duró once semanas, durante las cuales hubo rudos asaltos, en los que ambos ejércitos daban á conocer su valor, pero sin resultado ventajoso de una ni otra parte, pues todo se reducia á incendiar algun pueblecillo ó asaltar una abadía.

Mientras tanto, el papa de Aviñon habia mandado un cardenal al rey de Francia, ecsortándole á la paz mientras que Juana de Valois que, como ya hemos dicho, erá hermana de Felipe y suegra de Eduardo, corria de un campo á otro abrasando las rodillas de los dos príncipes é impulsando á uno y á otro á la paz. La paz era imposible, porque Eduardo tenia que cumplir su juramento; de consiguiente la hermosa dama no suplicaba ya mas que una tregua. Para apoyo de su solicitud, escribió al emperador de Alemania, el cual por segunda vez mandó un heraldo al campo de Eduardo proponiéndole seria el mediador entre él y el rey de Francia. Por último, á tanto suplicar quien habia de resistir! mácsime conociendo Eduardo que Luís

Y podia resistirse y lo perderia casi todo.

Así es que se determinó enviarian cada uno de los dos reyes, cuatro mandatarios con plenos poderes para celebrar el concordato.

El dia señalado oyeron todos misa en la capilla de la Vírgen de la Paz, y despues se reunieron en los campos de Esplechin, siendo acompañados de madama Juana de Valois. Los enviados por parte del francés fueron, Juan de Bohemia, Cárlos de Alenzon, el obispo de Lieja y el conde de Armagnac; y por parte de la Inglaterra, el duque de Brabante, el marques de Juliers, el obispo de Lincoln y Juan de Beaumont.

Las conferencias duraron tres dias: en el primero todo fué alboroto y los enviados se hubieran retirado sin conseguir nada, á no ser por Juana de Valois que tanto suplicára, que consiguió se aplazáran para el siguiente; el segundo consiguieron ponerse acordes sobre ciertos puntos; pero ya era tan tarde, que no pudieron tomar actas ni consignar por escrito los tratados; por último, volvieron al tercero y entonces con gran placer de Juana de Valois, se firmaron por un año las treguas de paz entre ambos reinos.

El mismo dia se supo la noticia en ambos

ejércitos con placer de todos, pues siempre la guerra es fatal para los pueblos, principalmente para el Hainaut, que hacia dos años estaba sufriendo todo el peso de ella, y para los de Tournay, pues ya el hambre iba dejándose sentir y con dos semanas mas de sitio, se hubieran comidos unos á otros sin duda.

La noche se pasó en los regocijos consiguientes á la tal noticia, por parte de los sitiados y sitiadores. A la mañana siguiente, estos recogieron sus tiendas, las cargaron sobre sus carretas y se retiraron cantando y contentos como los segadores que han concluido sus cosechas.

En cuanto al rey Eduardo volvió á Gante, recogió á su esposa y se volvió á Lóndres el 10 de Noviembre del mismo año.

15.

Juan de Montfort.

Por mas que hiciese Juana de Valois por lograr el tratado de Tournay, era evidente que esta tregua se asemejaba mas á uno de esos momentos de reposo que se toman para continuar el combate con mas ardor, que no á preliminares de paz; por otra parte, cuando Eduardo volviera á Lóndres, dos causas, la una preecsistente, la otra pronta á nacer, habian de levantar una nueva polvareda que habia de enturbiar al ojo mas esperto en la política.

Estas dos causas, la primera de ellas era la vuelta del rey David Bruce á su reino.

Despues de una venturosa travesia á bordo de un escelente buque, mandado por Márcos Fleming de Cummirnald, habia desembarcado en Inverbervich, en el condado de Kincardine, con su esposa Juana de Inglaterra, y haba sido recibido por la nobleza escocesa con aplausos y entusiasmo, la que lo llevó en triunfo hasta san Justo; pronto la noticia de su vuelta se esparció por todas partes; de manera que cada cual, ancioso de volver á ver al rey, ausente por siete años, afluia á su paso, impidiéndole el andar por las calles cuando salia y siguiéndole hasta los mas retirados aposentos, cuando entraba en su palacio; estos públicos testimonios de amor, conmovieron al rey por algun tiempo; pero pronto esta ovacion eterna que en todas partes le seguia, le fatigó hasta el punto que, un dia en que la multitud habia penetrado hasta el comedor y se apiñaba á su al rededor con la importunidad ordinaria, cojió, cediendo á un impulso de impaciencia, una maza de armas de manos de uno de sus guardias y le dió un mazaso á un pobre sastre que le cojió el vestido para ver la tela.

Este arranque real hizo su efecto. A contar desde este dia, David Bruce fué menos atormentado por los curiosos, y viendo al fin tenia algunos momentos desocupados, pudo entregarse á la direccion de los negocios del reino.

Su primer cuidado fué enviar mensageros á todos sus amigos, para que viniesen á ayudarlo en la guerra contra el inglés, con la misma decision con que habia sostenido su causa durante su ausencia.

A este llamamiento contestaron en primer lugar, el conde de Orkenay su cuñado, los de Hebrides y Orcades, los de Suecia y Noruega, en fin, llevando mas de sesenta mil infantes y tres mil caballos.

Volvamos á las dos causas, de las cuales ya hemos esplicado la primera.

La segunda causa era, como lo dijímos, no ecsistente, sino pronta á nacer y nada menos que en el mismo corazon de la Francia.

Al volver del sitio de Tournay, Juan III, llamado *el bueno*, duque de Bretaña, que habia dejado su provincia por mandato del rey Felipe y habia ido en socorro de su señor con mejor ejército que ninguno, al volver á su ducado,

cayó enfermo, pero de una enfermedad tan rara, que murió en poco tiempo y con una muerte espantosa. Para mas desgracia, el pobre duque no tenia hijos y dejaba su ducado sin heredero directo. Pero en cambio tenia dos hermanos, el uno de padre y madre, es decir, lejítimo y que habia muerto en 1334, dejando una hija única, llamada Juana, casada con el conde Cárlos de Blois; el otro hermano era bastardo, llamado Juan, conde de Montfort, que aunque hijo del mismo padre, habia nacido durante el duodécimo matrimonio de Arturo II con Yolanda de Dreux. De modo que, viéndose sin posteridad, el buen duque pensó que la hija de su hermano lejítimo tenia mas derecho al ducado, que no su hermano bastardo; de consiguiente casó á su sobrina con el conde Cárlos de Blois, sobrino de Felipe de Valois, esperando que este augusto pariente impondria á Juan de Montfort, del que no dudaba intentaria ganar su ducado.

El moribundo no se habia engañado en sus predicciones; porque apenas la noticia de su muerte llegara á oidos de su hermano, cuando éste, aunque desposeido por el testamento, mar-

chó en seguida á Nantes, que es la ciudad capital de la Bretaña, haciendo tantas concesiones y liberalidades con el pueblo y todos los lugares circunvecinos, que lo proclamaron su señor y dueño, y ciñose la corona de gran duque.

Hecha esta ceremonia, el conde dejó en Nantes á su esposa, la que poseia un corazon de hombre y las fuerzas de un leon, y partió para Limoges donde sabia estaba el gran tesoro que el difunto duque habia ido juntando poco á poco.

Las mismas fiestas y la misma recepcion tuvo aquí que en Nantes: gracias á su liberalidad y á sus dineros, el pueblo y el clero lo acató y proclamó; despues volvióse á Nantes y empleó el tesoro en levantar un poderoso ejército con el que conquistó todo el pais, sucesivamente á Brest, Rennes; Auray, Vannes, Henebon, y Carbaix; despues, luego que se vió en posesion de todas estas ciudades, embarcóse en Coridor, atravesó el mar y desembarcó en Chertetsey, y habiendo sabido que el rey de Inglaterra estaba en Windsor, fué á verlo inmediatamente y le contó cuanto habia hecho, prometiéndole prestarle homenage, si él se comprometia á mante-

nerlo en su ducado.

El ofrecimiento del conde de Montfort era muy favorable á los planes políticos de Eduardo, para que él no lo adoptase.

Pensó que cuando espiráran las treguas, seria por Bretaña por donde entraria en Francia y en el momento concedió al conde de Montfort cuanto le pedia, y en presencia de los barones ingleses y de los que habian ido acompañando al conde, recibió entre sus manos el juramento de homenage del duque, y en cambio juró que guardaria y defenderia al conde como su vasallo, contra todo el que intentara atacarlo, aunque fuese el mismo rey de Francia.

Entre tanto, Cárlos de Blois, el cual por su muger tenia derechos al mismo ducado, vino á Paris á quejarse al rey Felipe su tio, de la espoliacion del conde de Montfort.

El rey Felipe, juzgando al punto lo importante de la cuestion, habia juntado sus doce pares, para consultarlos y determinar lo que debian hacer.

La determinacion fué que debia citar al conde de Montfort, para ante él fallar el espediente. En consecuencia, se le enviaron mensageros,

*

los que lo hallaron en Nantes de vuelta de Lóndres, ocupado en las fiestas mas espléndidas. Ellos espusieron sábia y respetuosamente su mision. El conde, habiéndolos escuchado, respondió que obedeceria al rey y que no faltaria á la cita; despues hizo tantos regalos á los mensageros, que estos fueron maravillados y contaron al rey la munificencia del conde.

Cuando llegó la época de ir á ver al rey, el conde de Montfort ordenó un espléndido cortejo y partió de Nantes acompañado de infinitos caballeros y escuderos, y recogió tantos en la travesía, que entró en Paris acompañado de cuatrocientos caballos.

Al momento marchó al alojamiento que le tenian preparado, siempre guardado por sus armados, y al dia siguiente montó á caballo, y seguido del mismo séquito se encaminó al palacio donde lo esperaba Felipe de Valois, el conde Cárlos de Blois y los primeros señores y nobles del reino.

Llegado allí, el conde de Montfort bajó del caballo, subió lentamente las gradas del perístilo y entró en la sala donde se hallaba reunida la córte; despues saludó á los nobles y barones y

se encaminó en seguida donde se hallaba el rey; entonces levantó erguido la cabeza y le dijo con la mayor calma y tranquilidad:

—Señor... aquí me teneis.

—Conde de Montfort, respondió el rey, la prontitud conque me habeis obedecido, no la echaré en olvido y la tendré presente.

Hubo un momento de silencio.

El rey prosiguió:

—Pero he estrañado mucho, caballero, que háyais sido tan osado, que os háyais apoderado del ducado de Bretaña, al cual no teneis ningun derecho, desheredando al heredero legítimo y además prestando homenage á mi adversario el rey de Inglaterra, segun me han informado.

—Señor, contestó el conde inclinándose de nuevo, creo que padeceis una crasa equivocacion al hablar de mis derechos sobre el ducado de Bretaña... Mi hermano murió sin herederos y el único mas inmediato soy yo.

—Vos?

—Sí, yo, á lo menos así lo creo. Mas si contra toda mi esperanza, vos juzgais algun otro apto para la sucesion, yo soy muy humilde y leal para no acatar vuestras determinaciones y

respetarlas y... hacerlas respetar.

—Bien, conde.

—En cuanto á mi homenage al rey Eduardo... os han informado mal, señor, y... es todo cuanto tengo que deciros.

—Estoy satisfecho. Por lo tanto, os mando no salgais de París hasta dentro de quince dias, en los cuales el tribunal de los doce pares decidirá si el ducado de Bretaña pertenece á vos ó al conde Cárlos de Blois.

—Muy bien, señor.

—Y sabed, conde, que si desobedeceis mis órdenes en lo mas mínimo, incurrireis en mi enojo y sereis castigado como desleal.

—Señor, cumpliré vuestras órdenes.

—Podeis retiraros.

—Dios os guarde, monseñor.

El rey saludó con un movimiento de cabeza.

Montfort salió y se retiró á su casa.

Empero en vez de sentarse á comer, se retiró pensativo á su cuarto, imaginando y reflecsionando que si se quedaba á esperar el juicio de los pares, oiria probablemente su destitucion, pues Cárlos de Blois era sobrino del rey, y él no le tocaba nada.

Además seria muy probable que el rey, en caso de que lo destituyeran, lo meteria en una prision, y lo tendria encerrado hasta que el otro tomára posesion del ducado con todas sus ciudades y castillos; item mas, con el tesoro que él habia encontrado y del cual habia gastado alguna parte.

De consiguiente le pareció seria mas sábio y prudente el marchar á Bretaña, que no quedarse en Paris espuesto á toda eventualidad. De modo que aquella misma noche salió disfrazado de Paris, acompañado de dos caballeros solamente, para no despertar las sospechas, recomendando á los demás de los suyos que hicieran lo mismo, y á pequeñas jornadas y con el mayor descanso, llegó á Bretaña, cuando el rey Felipe, lo hacia aun en su palacio de Paris.

No obstante apenas llegára, comprendiera todo el peligro de su posicion, y sin perder un instante, ayudado de su muger, que en vez de desanimarlo en sus proyectos de rebelion, le infundia siempre un nuevo valor, recorrió todas las ciudades y todos los castillos, puso en ellos abundantes víveres, buenos capitanes y valientes soldados y se volvió á Nantes al lado de su

esposa, á esperar estallára la tempestad.

Empero ni aun la procsimidad de la tormenta le inquietaba, pues volvémos á decir que el conde de Montfort era arrojado cual ninguno, y ademas su muger no cesaba un instante de animarlo, y pintábale á cada momento el mas brillante porvenir.

16.

Cárlos de Blois.

Nuestros lectores comprenderán facilmente cual seria la cólera del rey de Francia y del conde Cárlos de Blois, cuando supieron la fuga del conde de Montfort. Esperaron á que espirase el plazo de los quince dias, época en la cual los pares debian dar su juicio sobre el ducado de Bretaña.

Cárlos de Blois no las tenia todas consigo; pero cuanto supo la fuga de Montfort, ya no dudaba que el écsito le seria favorable. Así suce-

dió: el conde Juan de Montfort, fué destituido: y el ducado de Bretaña, por unanimidad de votos, fué concedido al conde Cárlos de Blois; pero esto no era todo; era preciso que el nuevo heredero tomase posesion del ducado.

Así, á penas el juicio fué rendido por plena sentencia del tribunal, el rey llamó á Cárlos de Blois y le dijo:

—Querido sobrino, ya el tribunal ha fallado la causa en vuestro favor, ahora lo que teneis que hacer es reconquistar lo que os han quitado, y eso pronto, cuanto antes; rogad á vuestros amigos os ayuden en vuestra empresa. En cuanto á mí, no os haré falta; contad con todo el dinero que necesiteis y con mi hijo el duque de Normandía que se pondrá á vuestras órdenes con su ejército; pero apresuraos, apresuraos, porque si Montfort llega á recibir los socorros de Eduardo, como señor feudal, entonces, sobrino, no respondo de vos, y aun estoy por decir que á mí mismo me habian de dar que hacer los ingleses.

Mesire Cárlos de Blois, á estas palabras, se inclinó ante el rey, le besó la mano y le dió las gracias; despues, volviéndose hácia la nobleza, rogó al duque de Normandía su primo, al con-

de de Alencon su tio, al conde de Blois su hermano, al duque de Borgoña, al de Bertur, á sir Luis de España y á Santiago de Borbon, al conde de Guinea, al condestable de Francia, al vizconde de Rohan, en fin, á todos los príncipes, condes, barones y señores que se hallaban presente, lo ayudasen en su empresa y todos se lo prometieron. Despues todos se retiraron á apresurar sus preparativos y á disponer el viaje.

Además, como todos sabian que el rey Felipe se interesaba por todo lo de su sobrino, todos se alistaron en un momento; de suerte que, hácia principios del año de 1341, los barones y señores que debian marchar bajo la bandera del duque de Normandía, se hallaron reunidos en la ciudad de Angers, de donde partieron para Aucenis, que era la frontera del reino.

Allí pasaron revista general y contaron con tres mil lanzas, sin los ginetes que ascenderian á otro tanto. En seguida marcharon y pusieron sitio á Chantonceax. Las primeras tentativas contra esta fortaleza fueron desastrosas y tuvieron en ellas grandes pérdidas. Pero poco á poco fueron regularizando sus máquinas y pusieron el fuerte en un rigoroso bloqueo.

Como los de la ciudad se vieron sitiados con tal denuedo y valentía, sin tener la menor esperanza de ser socorridos, se rindieron á los franceses, los cuales capitularon á discrecion y con el objeto de sacar todo el fruto posible de esta victoria, se dirigieron en derechura á Nantes, donde se hallaba el enemigo, el conde de Montfort.

Cuando llegaron ante la ciudad, levantaron sus tiendas y enarbolaron sus banderas con toda las ceremonias que usaban los franceses en aquella época; por su parte, los de la ciudad, animados y enardecidos por el conde de Montfort y Hervey de Leon, que mandaba la vanguardia, se aprestaron á oponer á sus enemigos una defensa digna del ataque.

Las hostilidades empezaron por las escaramuzas sin consecuencias; al fin aconteció una aventura, la cual tuvo graves resultados, la que contarémos con todos sus detalles.

Una mañana que los soldados del conde y algunos vecinos de la ciudad habian salido para hacer un reconocimiento por los al rededores, encontraron un convoy compuesto de unas quince carretas cargadas de víveres y de botas de vi-

nos, las cuales se encaminaban á la armada enemiga, bajo la custodia de sesenta hombres. Como los de la ciudad eran doscientos, ó poco menos, corrieron sin vacilar hácia ellos, degollaron una parte de la escolta, pusieron el resto en fuga y haciendo volver las carretas, empezaron á conducirlas hácia la plaza.

La noticia de esta sorpresa se esparció al momento en Nantes, y en el instante se armaron todos, montaron á caballo y salieron á reunirse al convoy cerca de la barrera. Allí empezó un encarnizado combate, porque los enemigos habian acudido tambien á defender los víveres, y de tal modo esgrimian sus aceros, que sin duda alguna los soldados y los vecinos de Nantes hubieran sido derrotados, si un destacamento enviado por la guarnicion, no hubiera venido en su ayuda y equilibrára la batalla.

Entonces algunos, mientras que se batian sus camaradas, desataron los caballos y los dirijieron hácia la ciudad, á fin de que, en el caso de que los franceses salieran victoriosos, no pudiesen llevarse las carretas.

La lucha continuaba con mas ardor, la carniceria era espantosa, tanto que los de Nantes,

viendo desde lo alto de las murallas que sus amigos eran segados como espigas, salieron en tropel de la ciudad y se precipitaron en desórden en medio de la pelea. Entonces, viendo Hervey de Leon que aquel modo irregular de combatir no podia dar los mejores resultados, ni tampoco podia durar mucho tiempo, ordenó la retirada. Los guerreros habituados á las maniobras militares y á las voces de mando, obedecieron al punto con órden y precision; pero los vecinos, ignorantes de esta clase de ejercicios, se encontraron empeñados en medio de los franceses, sin gefes que los mandase, y por consiguiente sin union para defenderse y atacar: resultó pues que casi todos fueron muertos ó prisioneros, mientras que los soldados, batiéndose en retirada y por compañias, entraron en la ciudad sin haber perdído ningun hombre, mientras que los vecinos habian tenido cien muertos, doscientos heridos y trescientos prisioneros.

Resultó de esta aventura, suscitarse un descontento general entre los de la ciudad y los soldados, pues pretendian haberlos abandonado en esta ocasion.

Asi es, que tanto por esto, como para salvar

sus intereses particulares, sus hijos y esposas, determinaron entablar conferencias secretas con el duque Cárlos, prometiéndole, si éste les garantizaba sus bienes y sus vidas, que una noche abririan las puertas de la ciudad para que entrasen las tropas francesas, y que prenderian al conde de Montfort, en su mismo castillo.

Estas ofertas eran muy ventajosas al duque de Normandía, para que las rehusase. Fueron acordadas en el momento; y al prefijado dia, los franceses encontraron la puerta abierta, marcharon derechos al palacio, y antes que el conde de Montfort, pudiese siquiera pensar en defenderse, lo aprisionaron y condujeron al campamento, y entraron en la ciudad, no como enemigos, sino como amigos, pues así lo habian prometido.

Cárlos de Blois, puso buena guarnicion en Nantes, y se volvió á Paris con su prisionero, el conde de Montfort, el cual fué encerrado en la torre del Louvre, como reo de traicion y deslealtad.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

LA CONDESA DE SALISBURY.

LA CONDESA

DE

SALISBURY.

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCCION DE

D. Evaristo Acuaviva y Galan.

—

Tomo III.

Cádiz.
IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA, EDITOR,
calle de la Torre, n.° 58½.

—

1850.

Es propiedad de la casa de Arjona.

1.

Un arrojo imprudente.

Mientras que estos acontecimientos tenian lugar en Nantes y Paris, á fines de Diciembre de 1341, Eduardo, que sabia que las hostilidades habian empezado, entre Bretaña y Francia, se preparaba á enviar, segun lo habia prometido, tropas á su vasallo, pero Juan de Neufville, llegó una mañana de Newcastle, del cual, como hemos dicho era gobernador, á decir al rey, que en aquellos momentos, se ocupára de sus negocios, antes de pensar siquiera en inter-

venir en los agenos.

Ya hemos dicho, como el rey David habia hecho su llamamiento, y como cada cual se habia apresurado á contestar, fuera por amor á él, fuera por ódio á la Inglaterra: el resultado fué, que su ejército fué reclutado en el instante, con mas de sesenta y cinco mil hombres y tres mil caballos. David Bruce, despues de haber reconquistado todo su reino, penetró en el de Inglaterra, y dejando á su izquierda el castillo de Roxbourg y la ciudad de Berwick, donde estaba encerrado Eduardo Balliol, su competidor al trono de Escocia, vino á acamparse ante la fortaleza ne Newcastle á orillas del Tyne.

Esta espedicion no empezó bajo felices presagios; porque la noche misma en que el rey David habia llegado, una tropa de los sitiados, salió por una poterna, penetró hasta la mitad del campo escocés y sorprendiendo al conde de Murray en su mismo lecho, le condujeron prisionero á la fortaleza. Este Murray era un valiente caballero, que habia heredado de su padre, rejente durante la menor edad de David, un amor poderoso y fiel á su pais y á su rey. La mañana siguiente, David ordenó el asalto; pero despues de

dos horas de un encarnizado combate, y con gran pérdida de los suyos, tuvo que retirarse con el resto y se dirigió hácia Durham.

Apenas Juan de Neufwille vió retirarse á los enemigos, montó en uno de sus mejores alazanes, y á los cinco dias llegó á Chertsey, donde se hallaba á la sazon el rey de Inglaterra. El rey en el momento determinó una quinta que comprendia á todos los ingleses desde la edad de quince años hasta los sesenta cumplidos.

Empero queriendo juzgar por sí mismo de las fuerzas y de los proyectos de la armada enemiga, partió de Northumberland y se dirigió á Berwick. Apenas llegó, supo que Durham habia sido tomado por asalto y que todos sus habitantes habian sido degollados hasta los monges, las mugeres y los niños, los cuales habian sido quemados en una iglesia donde se habian refugiado para buscar un asilo.

La llegada del rey á Berwick fué suficiente para determinar á David Bruce á retirarse á las fronteras de Escocia, vadeó el Tweed y como se aprocsimase la noche, mandó hacer alto y estableció su campamento á poca distancia del castillo de Warck, en el cual la bella Alicia de

Granfton esperaba la vuelta de su marido, prisionero de guerra en el Chatelet de Paris.

La fortaleza de Warck bien merecia este nombre, porque rodeada de sólidas murallas y elevados torreones se hallaba defendída por nuestro antiguo conocido Guillermo de Montaigu, y por unos cien guerreros tan valientes y leales como su capitan.

El jóven gobernador, escogió cuarenta guerreros bien montados y bien armados, y acometió la retaguardia de la armada escocesa al pasar por un desfiladero, y le mató doscientos hombres y le robó ciento veinte caballos cargados de alajas de plata y oro; los gritos de los heridos y el ruido de las armas cruzó por todo el ejército y llegó hasta Guillermo Douglas que mandaba la vanguardia. La serpiente á la cual habian mordido en la cola, volvió su cabeza para devorar la pequeña tropa; pero esta estaba ya en el castillo con sus prisioneros y su botin.

Douglas, corrió hácia las murallas y empezó á combatir á los que las defendian. Los caballeros de Suecia y de Noruega, los príncipes de Horcades y Hebrides, viendo empezado el combate, vinieron á socorrer á los sitiadores; en fin

el mismo David Bruce, con el resto del ejército vino á mezclarse en el combate: éste fué largo y sangriento. El castillo estaba atacado y defendido vigorosam ente. Los dos Guillermos hacian maravillas.

Por último, el rey, viendo que sin máquinas de guerra no adelantarian nada, y que los mas valientes de sus soldados habian ya perecido al pié de las murallas, mandó cesar este asalto improvisado. Pero Guillermo Douglas estaba tan empeñado en el combate, que tuvo David que prometerle, no se alejarian del castillo, sin antes haberlo destruido y haber recogido el botin que les habian robado.

Al momento, los sitiadores se retiraron á un tiro de piedra del castillo y empezaron sus preparativos. Una parte del ejército empezó á tirar sus líneas, á levantar las tiendas, y á preparar los arietes y demás instrumentos de guerra que debian servir para el asalto del dia siguiente, mientras que la otra se ocupaba en preparar los ranchos.

Tal era pues la escena que pasaba á poca distancia del castillo de Warck, escena de vida y de animacion que preludiaba, si me es permiti-

do espresarme así, otra escena de carnicería y de muerte.

De tiempo en tiempo, de aquel espacio sombrío, se elevaban y hendian los aires gritos prolongados, quejidos de muerte y sonidos inarticulados que parecian no pertenecer á personas de este mundo, sino á fantasmas aterradores que se destacaban de los abismos... escena terrible que hacia estremecer sobre las murallas á los mas bravos centinelas.

Entonces, una flecha inflamada atravesaba el aire como una ecsalacion é iba á sepultarse toda entera en la tierra, iluminando por un momento con su fatídico resplandor, aquel campo de muerte y esterminio. El objeto de los sitiados, al repetir de cuarto en cuarto de hora esta maniobra, era impedir á los del campamento, el venir á socorrer á los heridos, y á estos el reunirse á los del campo; porque si á la luz de estas improvisadas antorchas, los guerreros veian dirigirse un hombre sobre la fúnebre esplanada, en el momento caia atravesado por la flecha de los arqueros ingleses; entonces el infeliz que habia querido reunir sus últimos esfuerzos para escapar de la muerte, caia herido por un nue-

vo golpe, encontrando la guadaña destructora, cuando habia soñado siquiera en un segundo de vida. Las mas veces como esta luz temblorosa daba por sus vacilaciones apariencias de vida á los cuerpos inmóviles, una nueva flecha hendía el espacio y venia á sepultarse en el corazon inanimado de un cadáver.

Asi era, como lo hemos dicho, así era el espectáculo aterrador que presentaba aquella noche sombría; y sin embargo, apoyado en la puerta de entrada de la plataforma del castillo de Warck, un hombre velaba armado de punta en blanco, sin que pareciese recibiera ninguna impresion de la escena que pasaba ante él; estaba de tal modo absorto en sus pensamientos que no se apercibió que una muger, que en la ligereza de sus pasos se hubiera tomado por una sombra, habia subido á la plataforma por una escalera secreta y se habia aprocsimado á él.

No obstante, luego que llegó á la distancia de algunos pasos, ella se detuvo vacilando, y apoyándose contra el muro, se quedó inmóvil.

Ya hacia algunos instantes que ella estaba en esta posicion, cuando el grito de *alerta* se dejó oir en el ala opuesta del castillo, y siguiendo

de centinela en centinela, llegó hasta el jóven, que volviéndose para contestar á su vez, distinguió aquella muger blanca, inmóvil y silenciosa como una estátua. Entonces el grito empezado se apagó en sus lábios, hizo un movimiento para aprocsimarse á ella, pero se detuvo al punto por un sentimiento que un observador superficial hubiera conocido que era por respeto. En este momento el centinela viendo que su grito no habia sido contestado, lo profirió con mas fuerza por segunda vez; el jóven pareció entonces hacer un esfuerzo sobre sí mismo, y con una voz en la cual era facil reconocer una alteracion sensible, repitió el grito nocturno y vigilante, que se fué alejando y perdiendo en el sepulcral silencio de la noche.

—Bien, mi gobernador; dijo entonces con dulce voz la blanca aparicion, ya veo que haceis bien vuestro deber, y que estamos por ahora seguros. No obstante, en un principio llegué á dudar de vuestra vigilancia, porque llegué hasta aquí y no me habíais oido, ni tampoco sentísteis el ruido de mis pasos.

—Es verdad, señora, es imperdonable en mí el que no os haya sentido; pero esas huestes es-

cocesas que ante mi vista tengo, me tienen, la verdad, muy pensativo, porque reflecsiono en un asalto, y temo por...

—Y por qué, continuó la jóven sonriendo; por qué mi querido sobrino, por qué no habeis asistido á la cena con que he obsequiado á nuestros valientes capitanes? me parece que tendríais un buen apetito, á causa del ejercicio que hoy habeis hecho.

—No he asistido, porque no he querido confiar á nadie la vigilancia del noble depósito que me ha sido encargado... hubiera estado yo tranquilo un solo instante, sino hubiera estado aquí?

—Yo creo mas bien, Guillermo, continuó la condesa, que haceis penitencia para espiar el imprudente arrojo que nos ha proporcionado este sitio. Si este es el verdadero motivo para que nos abandoneis, yo os relevo de vuestro castigo y os perdono. No obstante, seguidme al consejo, donde hace falta vuestra esperiencia y vuestro voto.

—Al consejo!

—Sí, he reunido un consejo para deliberar...

—Qué? esclamó Guillermo con ardor, espero que no se tratará de rendirse, y que no ol-

vidarán que yo soy el dueño de este castillo, mientras que el conde de Salisbury, no me releve de mi destino.

—Buen Dios! quien os habla de capitulacion, señor gobernador? tranquilizaos, nadie se ocupa de eso; pero contad bien esa multitud de guerreros que nos rodea, ved los terribles preparativos en que se ocupan, despues contad nuestros soldados y ecsaminad nuestros medios de defensa... Guillermo, seria una imprudencia que contáramos con nosotros solos.

—Y habrá bastante, con la ayuda de Dios, señora, respondió Guillermo con orgullo; y yo creo, que dos ó tres asaltos como el de hoy serán bastante para hacer perder á nuestros enemigos, por mas numerosos que sean, no solamente la esperanza de tomarnos, sino que tendrian que huir vergonzosamente. Ahora poco me decíais que contase los soldados que nos cercan; pues tratad de contar vos los muertos.

En efecto, una flecha inflamada acababa de partir de las murallas y habia ido á clavarse en medio del campo de batalla lleno de cadáveres y heridos.

Alicia, siguió con la vista el meteoro guerre-

ro que esclareció la esplanada por algunos segundos.

Ella vió entonces, á un hombre que iba de cadáver en cadáver como si tratase de reconocer alguno; en fin, arrodillóse junto á uno de ellos y le levantó la cabeza. En el mismo instante un silvido atravesó el espacio; oyóse un grito, el hombre se puso en pie como para huir, pero cayó ecsánime al momento sobre el cadáver que habia venido á buscar; despues se estinguió la luz, todo se envolvió en el tenebroso caos, algunos quejidos partieron de entre las tinieblas... despues, todo volvió al normal y sepulcral silencio que antes ecsistiera.

Guillermo sintió en este momento que la condesa vacilante se apoyó en su brazo y él mismo tembló á su vez, porque al travez de su férrea armadura, aquella mano lo habia abrasado: Alicia temblante sobre sus rodillas, estuvo próxima á caer... Guillermo la sostuvo.

—Oh! murmuró la jóven pasando la mano por su diva frente, cuan terrible es un campo de batalla! Durante el dia no intimida tanto. Bien sabeis cuan decidida y animosa he estado; pues bien, todos esos hombres que he visto caer en

medio del ruido y de la carniceria, todos esos gritos de muerte que he escuchado, no han conmovido tan dolorosamente mi corazon, como la caida de ese infortunado que buscaba el cadáver de un padre, de un hijo, ó de un amigo, para rendirle los santos deberes de la sepultura. Oh! escuchad, escuchad, no oís aun gemidos sordos y plañideros?

—Es verdad, señora, respondió Guillermo; muchos de los que habian caido en ese lecho sangriento, que vos acabais de entreveer, aun no habian espirado y ahora acaban de morir. Son guerreros y así deben acabar.

—Sí, es verdad, el guerrero debe acabar en medio del ruido de la batalla, á la vista de sus compañeros de armas, al sonido de los instrumentos bélicos que anuncian la batalla, así deben acabar, pero morir lenta y dolorosamente léjos de todas las personas de su afecto, en una noche tan oscura en la que no se distingue ni los mas prócsimos objetos; morir mordiendo y maldiciendo una tierra estrangera, empapada con su sangre... oh! eso es la muerte del parricida, del hereje, del condenado!.. Oh! Guillermo me estremezco, tiemblo, pierdo el valor...

—Qué quereis decir, esclamó Guillermo con calma.

—No habeis oido contar las atrocidades cometidas en Burham. No habeis oido decir que todo ha sido devorado sin piedad por esos bárbaros escoceses, todo, hombres, ancianos, niños y mugeres?

—Pero vos no temais semejante cosa, para que lleguen hasta vos, señora, es preciso que pasen antes sobre mi cadáver.

—Sí, lo sé, Guillermo, contestó tranquilamente Alicia; pero y despues?.. El castillo podrá ser asaltado, á última hora quizá me falte el valor para asesinarme, porque soy muger, y por consiguiente tengo el corazon y el brazo débil ante la muerte.

—Pues bien, esclamó Guillermo, entonces yo seré el que... pero miserable, qué voy á decir? perdonad, señora, estoy loco.

—Gracias, Guillermo, dijo Alicia tendiendo su blanca mano al jóven gobernador; mi pensamiento á despertado el vuestro, está bien, ya no temo ni por mi honor, ni por mi vida.

—Oh! señora, vuestra vida, vuestro honor, es mi ecsistencia y mi honra.

—Sí, y cuando me volvais á mi marido, sino viva como me entregó á vos, me volvereis á lo menos muerta... pero con honor... Pero, Guillermo, esto no seria sino en un estremo, y aun tenémos un medio.

—Cual?

—Dicen que el rey está en Berwick, reorganizando el ejército.

—Cómo!

—Sí, y Berwick no dista de aquí sino pocas horas de camino.

—Y qué! vais á pedir socorro, vos misma, á Eduardo? dijo Guillermo palideciendo.

—Y estoy segura de que me lo concederá al momento.

—Oh! Dios Santo!

—Dudais!..

—No lo dudo, pero lo recibireis, en este castillo, señora?

—No es mi rey, mi dueño; no es el soberano, al cual mi marido ha jurado fé y lealtad?

—Oh! sí.

—Y si nos socorre y nos salva en la aflictiva ocasion en que nos encontrámos... entonces tendrá derecho á mi reconocimiento.

—Y á vuestro amor, murmuró Guillermo cubriéndose la cara con su guantelete.

—Caballero! dijo la condesa con fria dignidad.

—Oh! perdon, perdon, señora, pero ignorais eso, porque siempre cubre un velo á la virtud... mas si hubiéseis seguido como yo sus miradas cuando se han fijado sobre vos, si hubiéseis estudiado el sonido de su voz cuando os ha hablado, si lo hubiérais visto sonrojarse y palidecer cuando se ha aprocsimado á vos, si hubiérais estado despierta cierta noche, cuando á vuestro lado yo velaba, oh! entonces no dudaríais que ese hombre os ama; y ese hombre es el rey.

—Qué me importa, dijo Alicia, que el amor incensato que yo inspire, parta de un rey ó de un plebeyo? Yo amo demasiado á mi noble esposo para estar segura que ninguna seduccion me hará faltar á la fidelidad que le he jurado; y por mas cierta que esté yo de mi belleza, nunca la creo tanta como para inspirar una pasion que salga fuera de los límites del deber. Así, pues, Guillermo, si éste solo es el motivo que teneis para desechar el medio que os he propuesto, no veo ninguna razon para que lo abandonémos; y

*

sí, os suplico que busqueis entre los habitantes de este castillo, uno valiente y decidido que quiera atravesar el campo escocés y llevarle un pliego al rey de Inglaterra.

—Yo conozco uno, señora, que morirá gustoso solo por obedeceros, respondió tristemente Guillermo, volveos á la sala del consejo, escribid vuestros pliegos y dentro de un cuarto de hora el mensagero estará pronto.

La condesa estrechó la mano de Guillermo, en agradecimiento, y se alejó ligera como habia venido.

Guillermo, la siguió con los ojos hasta que la perdió de vista. Entonces llamó á un escudero con cuya vigilancia podia contar, lo puso en su puesto y se alejó lanzando un profundo suspiro.

La condesa habia vuelto al consejo, en el que se estendieron los pliegos que se habian de dirigir al rey. Alicia acababa de firmarlos cuando entró Guillermo de Montaigu.

El poco tiempo que habia transcurrido le habia sido suficiente para mudarse de vestido; en vez de su férrea armadura llevaba, un justillo azul y negro como el de los arqueros, un pantalon rayado de los mismos colores y una gorra

de terciopelo negro. En cuanto á sus armas, consistian tan solo en un corvo cuchillo, un arco de téjo y un carcax lleno de flechas.

Aprocsimóse á la condesa, é inclinándose ante ella le dijo:

—Señora, están listos esos pliegos?

—Qué significa esto, esclamaron los caballeros del consejo; sois vos tal vez el mensagero?

—Señores, contestó Guillermo, tengo tan gran confianza en vuestro valor, y en vuestra lealtad, que á vosotros dejo la defensa del castillo. En cuanto á mí, he querido aventurar esta empresa, porque tengo un presentimiento de que me ha de ser feliz, y antes que capituleis, me he de hallar en esos llanos con las tropas del rey poniendo en fuga las huestes escocesas.

Los caballeros, aplaudieron esta resolucion; la condesa tendió los despachos á Guillermo, que dobló una rodilla para recibirlos.

—Yo rogaré por vos, dijo Alicia.

—Dios me conceda la gracia de morir durante vuestras preces, porque estoy seguro de subir al cielo.

En este momento el reloj del castillo dió la hora y se oyeron los alertas de los centinelas, de

muralla en muralla, de torreon en torreon.

—Media noche! esclamó Guillermo, que habia contado cada campanada del reloj; no hay que perder ni un segundo.

Y salió de la sala del consejo con toda la velocidad de su vigorosa juventud.

2.

Peligros sobre peligros.

Guillermo se hizo abrir una poterna del castillo, y enteramente solo atravesó el campo de batalla sin accidente alguno.

La noche estaba sombría y lluviosa, y por consiguiente favorable á su proyecto, y como el agua que caia á torrentes retenia á los escoceses en sus tiendas, ignorante de si podria salir con tanta felicidad como habia entrado, orientóse antes de penetrar mas adelante, y se dirigió hácia la izquierda, donde debia encontrar las márge-

nes del Tweed, pensando con razon que si era descubierto este rio tan caudaloso y tan impetuoso en sus aguas, le ofrecia un medio de salvacion, peligroso si se quiere, pero no obstante posible.

Al cabo de cien pasos, poco mas, andados por la orilla, creyó oir algun ruido y se detuvo á escuchar con la atencion de un hombre cuya vida depende de la finura de sus sentidos. En efecto, una tropa de soldados á caballo se aproximaba por su lado, siguiendo como él las orillas del Tweed. Echarse hácia la derecha era perder la probabilidad de salvacion que se habia procurado, hizo pues por deslizarse entre las altas yerbas que cubrian la ribera, y agarrándose á las ramas de las adelfas, se encontró oculto entre el intérvalo cóncavo que ecsiste entre la orilla y el agua que se deslizaba á sus pies; allí el ruido del torrente, cubrió un instante al ruido de los hombres, y en un principio creyó haberse engañado, pero pronto los relinchos de los caballos le probaron lo contrario. Algunos segundos despues, comenzó á escuchar el eco de las voces y á poder cojer algunas palabras de la conversacion. Guillermo se aseguró de que su cuchillo

estaba pronto á salir de la vaina; en seguida miró al agua y vió que no tenia mas qne soltar las ramas donde estaba agarrado para caer en el rio. Satisfecho de que podia combatir ó huir, segun la urgencia, prestó de nuevo su atencion al ruide de voces que se aprocsimaba cada vez mas.

—Y vos creeis, capitan, decia uno de ellos, que á causa de esta infernal noche, las máquinas de asalto no estarán listas sino hasta mañana á la tarde?

—Asi es, monseñor, como me lo ha afirmado el capitan de los obreros.

—Voto á brios! pues mira, Gregorio, mañana por la mañana irás con un heraldo al pié del castillo, arrojarás á sus murallas mi guantelete y desafiarás á Guillermo de Montaigu, para que en nombre de Dios y de su dama, salga á romper una lanza con Guillermo Douglas.

—Cumpliré vuestra voluntad, monseñor.

En este momento la ronda nocturna, mandada por Douglas, habia llegado al mismo sitio donde estaba Guillermo oculto, de modo que Douglas, estendiendo su espada, hubiera tocado á aquel que pensaba desafiar al dia siguiente y al que creia tan léjos de sí; empero esta vez el

animal demostró la superioridad de sus sentidos á los del ginete, porque al pasar ante Guillermo, el caballo de Douglas se detuvo, estendió el cuello y dirigió sus narices hácia el jóven y arrojado gobernador que sintió en su rostro el aliento cálido y húmedo del alazan.

—Qué hay, Fingal, dijo Douglas asegurándose en su silla.

—Quién vive! gritó Gregorio echando mano á la empuñadura de su espada.

—Alguna nutria, que acecha á algun pez, alguna rana que busca fortuna por la orilla.

—Quereis, monseñor, que eche pié á tierra y busque la causa del ruido?

—No, eso no merece la pena. Vámos, Fingal, continuó Douglas espoleando su caballo; vámos, no perdámos el tiempo.

Y luego, dirigiéndose á Gregorio añadió:

—Y tú, Gregorio, no olvides mi encargo, vé mañana al castillo, y en mi nombre desafia á su gobernador, que creo no...

Guillermo, no pudo oir mas, porque los interlocutores, como se iban alejando, se hallaban ya á gran distancia; envainó su cuchillo, se desprendió de las adelfas y continuó su camino sin

encontrar otro obstáculo que el foso que los soldados habian abierto al estremo del rio. Valeroso y ligero como un montañes, lo salvó de un salto y se encontró fuera del campamento.

Guillermo, caminaba hacía cerca de dos horas, cuando los primeros rayos del dia colorearon las cimas de las montañas, al pié de las cuales seguia un estrecho sendero. Poco á poco la luz pareció reflejarse sobre la esplanada de las inclinadas colinas; al mismo tiempo, una espesa neblina, que la noche habia amontonado en el fondo del valle, empezó á ponerse en movimiento, semejante á las olas del mar en la hora del reflujo. Durante algunos instantes la niebla permaneció así, flotante, entre Guillermo, y el horizonte que le ocultaba como si sintiese abandonar la tierra; por último, elevóse como un telon de teatro, dejando aparecer al través de su húmeda gasa, un paisage iluminado por esa semitinta crepuscular que disipa la noche, pero que no obstante no es la clara luz del dia.

Entonces, en medio de esa límpida y poética atmósfera, un canto escocés, empezó á oirse allá á lo léjos. Guillermo reconoció desde luego las agudas modulaciones del pifano campesino, y

deteniéndose al punto prestó atencion.

En este momento, á algunos quinientos pasos de él, y desde la cima de un pequeño montecillo formado por los accidentes del camino, vió aparecer dos soldados escoceses que conducian al campamento una yunta de bueyes, que sin duda acababan de robar en una granja vecina. Uno de los dos soldados iba montado sobre una jaca y picaba á los bueyes con la punta de su lanza para hacerlos caminar.

Guillermo, al apercibirlos hendió el arco, sacó una flecha del carcax y se paró en medio del camino á esperar que se hallasen mas próximos; los escoceses por su parte hicieron sus preparativos de defensa. Estos preparativos, eran tanto mas urgentes, cuanto que la naturaleza del terreno, no ofrecia otro pasage que el sendero donde estaba Guillermo, estrechado por un lado por el rápido declive de la montaña y por el otro por el rio.

Entre tanto, los escoceses siguieron andando, viendo á Guillermo inmóvil, él cual, cuando los vió á la distancia de ciento cincuenta pasos, estendió la mano hácia ellos y les gritó en escocés, que gracias á su proçsimidad á las fron-

teras, lo hablaba perfectamente:

—Hola! señores de las patas encarnadas, alto ahí, hasta que no nos hállamos esplicado.

—Qué quereis? contestaron los escoceses, que al oir hablar su lengua, no sabian si tenian que habérselas con un amigo, ó con un enemigo.

—Quiero, en primer lugar, que me des tu caballo, amigo ganadero, atendído á que tengo yo que hacer una caminata de muchas leguas, mientras que á tí no te quedan mas que dos para llegar al campamento.

—Y si yo no quiero dártelo?

—Te lo quitaré á la fuerza.

El escocés se echó á reir y aguijoneó á sus bueyes, sin responderle. Guillermo, por su parte, conociendo que era inútil continuar la conversacion, ajustó la flecha al arco; el escocés vió el movimiento hostil del jóven ballestero, y previendo sus consecuencias se arrojó al momento del caballo, cogió á un buey por la cola y se hizo de él un parapeto, como ya lo habia hecho su camarada.

—Ah! ah! gritó Guillermo, riéndose de la táctica, parece que mi caballo me costará dos flechas mas, no importa, cuésteme lo que me

cueste, me he de hacer de él.

A estas palabras disparó el arco, y la flecha partió silvando y atravesó á uno de los dos bueyes que servian de parapeto á los escoceses.

El animal herido de muerte, se detuvo primero temblando sobre sus cuatro patas; despues dió un bramido terrible, y echó á correr con una viveza tan rápida con la que no podria compararse la del caballo mas veloz; pero al poco tiempo sus patas delanteras vacilaron y cayó sobre sus rodillas, continuando no obstante corriendo, con la ayuda de sus patas traceras y hendiendo la tierra con sus cuernos; pero era los últimos esfuerzos de su agonia; sus patas traceras se doblaron á su vez, cayó, trató de levantarse, volvió á caer, estendió el pescuezo y dando un bramido plañidero espiró al momento.

Por mas corto que habia sido este momento, Guillermo habia sacado de su carcax y ajustado á su arco una segunda flecha. La precausion no habia sido inútil, porque el escocés, viéndose descubierto, se habia montado de nuevo en el caballo y picó derecho hácia el jóven ballestero; este levantó el arco mortal por segunda vez, pero su adversario se acostó de tal modo sobre el

cuello de su montura, que era imposible al mas diestro arquero tocar al hombre, sin aventurar matar al animal. Guillermo pensó echar mano á su cuchillo y dejar el arco; pero al llegar ante el buey muerto, el caballo espantado se encabritó y presentó el flanco de su caballero: este no fué mas que un instante, pero este instante fué suficiente al ojo rápido y certero del jóven; el dardo partió y el escocés cayó atravesado por la flecha de su contrario.

El caballo espantado siguió corriendo, piafando y relinchando; pero luego que estuvo á diez pasos de Guillermo, éste dió un silvido del modo particular que usan los escoceses para llamar á los caballos salvages y errantes en la montaña; el animal á este lenguaje conocido, se detuvo y empinó las orejas. Guillermo, volvió á silvar; y entonces, léjos de huir, el animal se detuvo y él mismo presentó la grupa á su nuevo dueño, que lo montó al instante y se dirigió al segundo escocés, que de rodillas imploraba misericordia.

—Te perdono, dijo Guillermo, porque si tenia necesidad de un caballo, tambien la tenia de un mensagero. Júrame que cumplirás fiel-

mente la comision que voy á darte.

—Lo juro.

—Está bien, ahora irás, en primer lugar, á ver á David de Escocia y le dirás que Guillermo de Montaigu, gobernador del castillo de Wark, ha atravesado su campo esta noche y que tú lo has encontrado cuando iba á Berwick en busca del rey Eduardo; despues irás á ver á Douglas y le dirás que Guillermo ha oido su desafio y lo acepta; pero presumiendo que él no esperará su vuelta, él mismo se encarga de ir á indicarle las armas, el lugar y las condiciones del combate. Por último, matarás aquí el buey que te queda, para que ni tú ni persona alguna se aproveche de su carne. Ahora, levántate y cumple tu promesa: estás libre.

A estas palabras, Guillermo de Montaigu, puso su caballo al galope, y caminó con tanta velocidad, que á las cinco horas llegó á la ciudad de Berwick, donde encontró á Eduardo revistando un numeroso ejército.

3.

Estalló la pasion.

Apenas el rey, supo el peligro en que se hallaba la condesa, dió órden de partir. Aquella misma noche, la armada se puso en camino; se componia de seis mil caballos, diez mil arqueros y sesenta mil infantes. Pero, á la mitad del camino, el rey no pudo soportar la lentitud con que marchaban, y escogiendo mil ginetes de entre los mas valientes caballeros, se puso con Guillermo de Montaigu á la cabeza de esta tropa, y dando el ejemplo, metió espuelas á su corcel.

Un poco antes del dia, Guillermo encontró el cadáver del escocés y á los dos bueyes. Una hora despues, y cuando los primeros rayos del sol empezaban á aparecer, descubrieron desde una eminencia el castillo y sus cercanías, pero, segun Guillermo lo habia previsto, los escoceses no habian esperado á Eduardo, y durante la noche, David Bruce habia levantado el sitio y se habia retirado con sus tropas.

Apenas llegaron á la esplanada, cuando por los movimientos que se operaban en las murallas, Guillermo de Montaigu, vió que habian sido reconocidos; en consecuencia, Eduardo y él pusieron sus caballos al galope, y acompañados de veinte y cinco caballeros solamente, atravesaron todo lo que fué campo enemigo.

Resonaron mil gritos de alegria, y en el momento en que bajaban de sus corceles, la gran puerta del castillo se abrió, y la condesa de Salisbury, espléndidamente vestida, mas bella que nunca, vino ante el rey y dobló una rodilla para darle gracias por su socorro; mas Eduardo la levantó al instante, y sin poder hablarla [tantas eran las cosas que pensaba y que no se atrevia á decirla] se colocó dulcemente á su lado y los dos

entraron en el castillo cogidos de la mano. La condesa de Salisbury, condujo ella misma al rey en el suntuoso alojamiento que le habia hecho preparar de antemano; pero á pesar de todo el esmero y de sus ecsesivos cuidados, el rey continuaba guardando el mismo silencio; solamente, él la miraba tan contínua y ardientemente, que avergonzada Alicia, púsose encarnada cual una amapola y retiró dulcemente su mano de entre las del rey; Eduardo lanzó un suspiro y fué á apoyarse pensativo y silencioso contra el quicio de una ventana. La condesa aprovechándose al punto de esta libertad para ir á saludar á los otros caballeros, y dar algunas órdenes relativas al desayuno, salió de la cámara y dejó al rey solo.

Ella encontró á Guillermo, que se estaba informando de los detalles que precedieron á la partída de las huestes enemigas. El escocés habia sin duda cumplído fielmente su mensage; porque á eso de las diez de la mañana, los del castillo habian visto operarse un gran movimiento en el campamento; ellos habian corrido al instante á las murallas, creyendo sin duda que iban á ser atacados, ó que el enemigo iba á intentar un nuevo asalto; pero pronto reconocie-

ron que aquellos preparativos se dirigian á otro objeto; entonces comprendieron que los escoceses tenian noticias de los socorros que esperaban y que sin duda se disponian á la pelea. Efectivamente, hácia las doce, la armada se habia puesto en marcha, y pasando por la puerta principal del castillo, habia tomado un desfiadero que conducia á la espalda del rio. Los sitiados, habian hecho gran ruido con las trompetas y los timbales; pero David Bruce, no habia querido escuchar este llamamiento guerrero, y poco despues, la armada escocesa se habia perdído completamente de vista.

La condesa aprocsimóse á Guillermo, y unió sus felicitaciones á las de los caballeros, porque aunque imprudente y arrojado, el jóven gobernador habia llevado su empresa á cabo de un modo honroso y valiente. Ella le invitó á que viniese á sentarse á la mesa con los demas convidados, mas Guillermo lo rehusó pretestando hallarse sumamente fatigado. El pretesto era bastante justo; y por lo tanto, su bella tia, no insistió mas y se retiró á la sala donde se preparaba el desayuno.

El rey, aun no habia aparecido en ella: Ali-

cia, mandó tocar al trompetero de mesa, para dar la señal de que los convidados se lavasen las manos antes de comer; empero esto fué inútil, porque el rey no pareció, y la condesa tomó el partido de ir ella misma á buscarlo. Alicia, lo encontró en el mismo sitio donde lo habia dejado, siempre inmóvil, silencioso y pensativo, con los ojos fijos en la llanura, que él miraba pero que no veia; la condesa se aprocsimó á él. Eduardo, la sintió venir, dió un suspiro y estendió sus brazos; Alicia, cogió una mano real para besarla, mas Eduardo la retiró y la levanto apoyándola en su seno. La condesa sonrojóse de nuevo, y mas confusa aun con este silencio, que con la mas animada conversacion decidióse á interrumpirlo.

—Mi querido señor, dijo ella sonriéndose, qué motivos teneis para hallaros tan pensativo? sin duda alguna debeis estar muy preocupado. Vámos, monseñor, dad treguas á vuestros béli-cos pensamientos y venid conmigo; todos os esperan y desean vuestra presencia.

—Encantadora Alicia, no me obligueis á que asista á ese desayuno, porque sin duda alguna tendreis en mí, un triste convidado. Sí,

teneis razon, habia venido con pensamientos guerreros, pero la vista de este castillo á despertado en mi corazon otros bien distintos; pero, tan profundos, que por mas que hago no puedo desecharlos.

—Venid, monseñor, venid, dijo Alicia, entre las alegrias y festejos de vuestros cortesanos quizá podais, monseñor, desechar esos pensamientos que, segun vos mismo confesais, son hijos de estos momentos. Dios, como lo veis, os ha hecho el mas temible de todos los príncipes cristianos. A vuestra llegada han huido los enemigos, y su entrada en vuestro reino, ha sido vergonzosa para ellos, porque han salido de una manera tan cobarde. Vámos, monseñor, desechad de vos esos temores, esas ideas, y venid á la sala del almuerzo.

—Me habia equivocado, señora, continuó el rey siempre inmóvil y devorando á Alicia con sus miradas; sí, me habia engañado, porque al deciros que la vista de este castillo me habia hecho nacer en el corazon esos pensamientos que me preocupan, habia dicho mal, lo que ha hecho este castillo, es despertarlos, porque aunque yo los creia ya estinguidos, no estaban sino dormi-

dos. Estos pensamientos son los mismos que me absorvian ahora cuatro años, cuando Roberto de Artois, entró en el comedor del palacio de Westminster, conduciendo aquella garza fatal, sobre la que cada cual hizo un juramento. Oh! cuando yo pronuncié el de conquistar á la Francia, cuan léjos estaba de pensar de que vos habíais de cumplir el vuestro antes que yo el mio; por que, no es una conquista á la Francia la que yo he hecho todavia, mientras que vos, es un lazo eterno é indisoluble el que habeis contraido...

—Permitidme os recuerde, monseñor, que este matrimonio se ha llevado á efecto, por vuestro mandato; y la prueba es, que vos añadísteis el título de conde, al marqués de Salisbury, tan luego como se conformó con vuestra órden.

—Sí, sí, dijo Eduardo sonriéndose: cometí esa locura; yo no sabia entonces que habia de llegar un dia en el que habia de arrepentirme de ese acto, y que en vez de haberlo tratado como á un traidor, lo trataba como á un amigo fiel y leal.

—No olvideis, monseñor, interrumpió Alicia, que ese hombre á quien apellidais ahora de

traidor, es en este momento prisionero por vuestra causa en el Chatelet de Paris. Perdonad, si yo me atrevo á recordároslo; pero os íbais olvidando, y ya veo que su ausencia, os ha hecho olvidar lo útil que os era en vuestro consejo y en vuestra armada.

—A qué me recordais el consejo y la armada, bella Alicia? de qué me sirve el reino, de qué la guerra? yo soy un desgraciado, porque á pesar de lo que os he dicho, creeis aun que mi preocupacion la orijinan esas cosas. No Alicia, esas me hubieran sido importantes tal vez ayer, ayer sí, porque no os habia visto, pero hoy...

Alicia dió un paso atrás, el rey estendió la mano hácia ella, pero sin atreverse á tocarla. No obstante aquella accion lo detuvo.

—Hoy, continuó Eduardo; en quién quereis que yo piense sino es en vos?.. en vos á quién encuentro cada vez mas hermosa?.. en vos á la que amo triste y solitariamente hace cuatro años, no obstante los esfuerzos que he hecho por olvidaros. Mas no, en mi palacio, bajo mi tienda, en medio de la pelea, mi espíritu estaba en Inglaterra, mi corazon en vos. Oh! Alicia! Alicia! cuando uno llega á amar de un modo semejan-

te, necesita ser correspondído, ó morir para siempre.

—Oh! monseñor! esclamó la condesa palideciendo, monseñor, sois mi rey, mi huesped, os he permitido abusar así de vuestro doble poder y de vuestro doble título? Vos, un príncipe tan grande, un caballero tan noble... No, es imposible... vos no habeis podído concebir la idea de deshonrar al hombre que llamais amigo, sobre todo cuando ese hombre os ha servido tan valerosamente, que por vuestra causa se halla prisionero de guerra en Francia! Oh! monseñor, tal accion seria una vil cobardia; y cuando sucediera que alguna vez yo pudiese amar á otro hombre que no fuera al conde, entonces, señor, vos debíais castigarme rigorosamente para dar egemplo de lealtad á las mugeres cuyos maridos son leales al rey.

A estas palabras Alicia dió un paso atrás; mas el rey se abalanzó hácia ella y la detuvo por un brazo... en el mismo instante levantóse la cortina de la puerta y apareció Guillermo de Montaigu.

—Monseñor, dijo con la calma mas espresiva, como donde está el rey no hay mas gefes ni

gobernadores que él, atendído á que todo castillo ó fortaleza es suya, tened la bondad de dar la consigna de esta noche, porque mientras que permanezcais en Wark sois vos el que respondeis al conde de Salisbury, de la vida y del honor de todos los que habitan este castillo.

Una chispa de cólera que no hizo mas que relumbrar y apagarse, cruzó en los ojos del rey: su frente se puso severa y su vista se encaminó á la tapiceria que tan apropósito se habia levantado, como si tratára de interrogarle cuanto tiempo hacia que estaba ocultando á Guillermo. Mas pronto calmóse en unos términos, que contestó al jóven gobernador con una voz tan perfectamente tranquila, que era imposible descubrir en ella la menor alteracion:

—Es verdad, gobernador, la consigna para esta noche será «*lealtad*» y que nadie la olvide. Id á trasmitirla á los gefes y volved á encontrarnos en la mesa, pues tengo mil órdenes que daros, porque mañana parto.

Al concluir estas palabras, y mientras que Guillermo se inclinaba en señal de respeto y obediencia, Eduardo ofreció respetuosamente su mano á la condesa temblorosa y muda.

—Señora, dijo bajando los primeros escalones que daban á la estancia donde se iba á efectuar el almuerzo, soy un hombre muy desgraciado; tengo sobre mí todo el cuidado de un reino, dos guerras mortales que sostener y un corazon cuyo dolor pasado es el luto de lo presente. Yo esperaba que fuérais la fúlgida antorcha que me iluminára en mi vida, y no sois mas que la lámpara mortuoria que alumbrará mis últimos restos... Mañana parto, señora: cuando os volveré á ver?

—Señor, la ausencia de mi marido me obliga á vivir retirada: la ausencia es una semimuerte y un semi-duelo.

—Pero es que en Windsor habrá fiestas reales, en celebridad de la fundacion de la capilla de san Jorge. Quién será la reina del torneo?

—Señor, yo tendria infinito placer en ello, si mi marido me llevase.

—Y si no os lleva?

—No iré.

Eduardo y la condesa entraron silenciosos en la sala del convite, y cada cual se sentó en el sitio que debia ocupar. Empero el desayuno fué triste, porque el rey estaba callado y ninguno se

atrevió á interrumpir su silencio: en cuanto á Alicia no se atrevia á levantar los ojos, porque conocia instintivamente que las miradas del rey estaban fijas sobre ella; todos los caballeros atribuian la tristeza de Eduardo á la retirada que habian hecho los escoceses; mas otra era la causa de su eternal silencio, aquel amor que tan fuertemente oprimia su corazon y lo reducia al último estremo.

Hácia el fin del almuerzo, Guillermo de Montaigu entró, aprocsimóse á Eduardo, y viendo que éste, siempre pensativo, no hacia el menor alto á su presencia, le dijo:

—Señor, la consigna está dada; vuelvo á ponerme á vuestras reales órdenes.

—Está bien; dijo Eduardo levantando lentamente la cabeza, sois tan diestro mensagero, que voy á encargaros de una nueva comision. Disponeos á encontrar á la armada escocesa y á entregar unos pliegos á David Bruce, su rey; id á mi cuadra y escoged el mejor caballo que os parezca, y decid á mis pages que os entreguen mis mejores armas.

—Señor, yo tengo mi caballo de batalla ligero cual un águila y una espada y un puñal de

un temple maravilloso.

—Bien, id á prepararos.

Guillermo salió.

—La señora condesa me permitirá que escriba en su presencia?

La condesa hizo un gesto á un page, que presentó á Eduardo un pergamino, tinta, una pluma, cera y un hilo de seda encarnada para liar el legajo.

Luego que Eduardo escribió, cogió la misiva y se la presentó á la condesa. Esta la leyó con una emocion creciente; despues, á los últimos renglones, cayó á los pies de Eduardo; porque aquella carta ofrecia á David Bruce, el cangeo del conde de Murray por el conde de Salisbury.

Eduardo, al ver el agradecimiento de la condesa, entristecióse mas; pues conoció que aquel era todo el afecto que debia esperar de ella; cogióla y levantóla del suelo y volvió la cabeza á un lado para no mirarla; sus ojos se encontraron con Guillermo de Montaigu, listo y armado para partir.

Entonces él dobló el pergamino, lo lió con el hilo de seda encarnada y quitándose el anillo

real, selló la chapa de cera que envolvia al nudo; estendiólo á Guillermo y le dijo:

—Tomad, en Lóndres os espero de vuelta de vuestra mision, y allí os armarémos caballero en prémio de vuestros leales servicios.

Guillermo partió al mismo instante, y á los seis dias llegó á Sterling, donde encontró al rey David Bruce. Al punto se hizo conducir á su presencia. Guillermo Douglas estaba á su lado. El jóven gobernador dobló una rodilla, y presentó sus despachos á David. Este los leyó con una satisfaccion notable y pasó á su cámara para contestar.

Guillermo de Montaigu y Guillermo Douglas quedaron solos. Aquellos dos jóvenes que empezaban una carrera rival de gloria y caballerismo, se miraron mútuamente sin hablar una sola palabra, Guillermo Douglas fué el primero que rompió el silencio.

—Vos habeis sabido, yo no sé como, dijo á su jóven enemigo; que queria romper con vos una lanza ante el castillo de Wark en presencia de la hermosa Alicia y del noble rey David.

—Sí, en efecto, contestó sonriéndose Montaigu, lo supe y os mandé la contestacion. Pero

vos no quisísteis esperarme. La partída me era muy agradable y...

—Pues bien, señalad hora y elegid armas.

—Mi carácter de embajador no me lo permite; pero si quereis el duelo tendrá efecto en Windsor, en las fiestas que prepara el rey. Las condiciones del combate serán las de todos.

—Pero, caballero, yo no puedo asistir, estamos en guerra y...

—Mi mision es de proponer una tregua.

—Entonces no hay mas que hablar, no faltaré á la cita.

Entonces apareció David Bruce y le entregó la contestacion para Eduardo III; él la cogió y cuando ya iba á desaparecer por la puerta de entrada, se volvió á su futuro adversario.

—Conque en Windsor, dijo Guillermo de Montaigu.

—En Windsor, contestó Guillermo Douglas.

El jóven embajador salió, marchó á su alojamiento y al dia siguiente partió para Lóndres. No obstante, como el castillo de Wark estaba en la travesia, se detuvo en él un dia, mas no pudo ver á la condesa.

4.

Una muger de valor.

Al volver á Lóndres, Eduardo habia encontrado un mensaje de la condesa de Montfort, en el que reclamaba la promesa que le habia hecho á su marido, al recibir el juramento de homenaje.

En consecuencia, Eduardo llamó á su fiel compañero Gualtero de Maunny y le ordenó que se embarcase sin retardo con un cuerpo de ejército respetable y seis mil arqueros y partiera para la Bretaña.

Embarcáronse al momento; pero el viento

fué tan contrario, que estuvieron en la mar sesenta dias, durante los cuales se empeoraron los asuntos de la condesa de Montfort.

Cárlos de Blois, despues de haber tomado á Nantes y enviado á Paris á su enemigo Juan de Montfort, creyó haber ganado la partída. Mas pronto se desengañó que lo mas peligroso del asunto aun le quedaba que tocar. La condesa estaba en Rennes. Tenia, como hemos dicho, un corazon de héroe en el pecho de muger; porque en vez de llorar á su marido, á quién creia muerto, juró el vengarle: De consiguiente, hizo repicar las campanas, convocó al pueblo y á los soldados y apareció en el balcon, teniendo á su hijo en los brazos. Una y otro fueron acogidos con vivas y aclamaciones. Esta demostracion redobló su valor, entonces cogió á su hijo y levantándolo en brazos gritó:

—Señores! señores! valor, ved á mi hijo que se llama Juan como su padre y que será tan valiente como él, hemos perdído al conde; pero lo vengarémos.

Al mismo tiempo arrojó infinitos puñados de monedas al populacho que las recogió gritando:

—Venganza! venganza!

Entonces la condesa, viéndolos dispuestos á defenderse, nombró por gobernador á Guillermo de Cadoudal y recorrió todas las fortalezas y castillos, repartiendo el valor y sus dineros. Despues, tranquila y esperanzada, se retiró á la ciudad de Hennebon, que estaba bien fortificada, á esperar los socorros de Inglaterra.

Durante este tiempo, los señores franceses conducidos por Cárlos de Blois y teniendo á Luis de España por mariscal, despues de haber dejado buena guarnicion en Nantes, habian venido á poner sitio á la ciudad de Rennes. Mas si ella estaba bien atacada, tambien estaba bien defendída. No obstante, los vecinos echaron sus cálculos y contaron sus intereses y determinaron entregar la ciudad sin que lo supiera el gobernador. En seguida fueron al castillo y aprisionaron á Guillermo de Codoudal; despues enviaron diputados á Cárlos de Blois, con la sola condicion de que los partidarios de la condesa de Montfort pudieran retirarse sanos y salvos. El tratado era muy ventajoso para que Cárlos de Blois lo rehusara. Los mensageros volvieron á la ciudad, proclamaron la capitulacion hecha y ofrecieron á Guillermo de Codoudal una gran re-

compensa si pasaba al partído francés. Mas el noble breton rehusó, no ecsigiendo á los traidores vendídos mas que sus armas y su caballo. Despues se puso á la cabeza de los pocos valientes que lo habian seguido y marchó á Hennebon á anunciar á la condesa que la ciudad de Rennes estaba en poder de sus enemigos.

Por su parte los franceses que tenian al conde en su poder, pensaron que podian conquistar tambien á la condesa y á su hijo y entonces ya estaba concluida la guerra. En seguida marcharon hácia Hennebon y una mañana, el 16 de Mayo, se oyeron á los centinelas de las murallas dar la voz de alarma.

La causa de este movimiento era porque la armada francesa apareció en el horizonte.

La condesa tenia á su lado al obispo de Leon de Bretaña, á su sobrino sir Herbey que ya habia defendído á Nantes, los caballeros de Treseguidy y de Landernau, al gobernador de Guingamp, á los hermanos Kerriec, á los caballeros Enrique y Oliveros de Pennefort y otros caballeros valientes y de alta alcurnia. Todos á esta señal de guerra corrieron á las murallas, mientras que la condesa en médio de un repique ge-

neral de campanas, recorria toda la ciudad, armada como un hombre y montada sobre un caballo de batalla.

Luego que los franceses se aprocsimaron como á un tiro de piedra de las murallas, levantaron sus tiendas y enarvolaron la bandera de sitio. Dos veces intentaron el asalto, y otras tantas tuvieron que retroceder, dejando un sin número de muertos y heridos al pie de las murallas.

Viendo los señores franceses que este modo de combatir les era tan desastroso abandonaron todos las tiendas, y todos unidos atacaron á la ciudad; luego que la condesa, que estaba subida en una torre para juzgar del ataque y defensa de su pueblo, vió que todos los señores franceses habian, como hemos dicho, abandonado sus tiendas para aprocsimarse á las murallas, bajó de la torre, montó en su caballo y acompañada de trescientos hombres salió por una puerta que aun no estaba atacada. La condesa hizo un rodeo y llegó por detrás á sorprender las tiendas de los franceses que no se hallaban guardadas sino por pages y escuderos, los cuales huyeron al momento. Entonces los caballeros bretones,

que llevaba cada uno una tea encendída, la arrojaron enmedio del campamento y prendieron fuego á las tiendas de los franceses. Entonces éstos, cuando vieron la gran humareda y oyeron los gritos de «traicion, traicion» que daban los fugitivos; abandonaron al instante el asalto para hacer cara á este inesperado ataque, y se precipitaron sobre la condesa y sus gentes que huian hácia Auray; porque la condesa habia pensado que una vez descubierta, le seria imposible el volver á Hennebon. De nada sirvió la presteza y el aceleramiento que el mariscal Luis de España y sus quinientos ginetes hicieron para dar caza á los fugitivos, porque la condesa llegó sana y salva al castillo de Auray, construido por el rey Arturo, y en el que habia una buena guarnicion.

Aquella misma noche la condesa, á pesar de hallarse sitiada por los franceses, pero conociendo que su presencia era indispensable en Hennebon para reanimar á los sitiados, partió en silencio acompañada de cinco guerreros solamente, y llegó á la ciudad en el mismo momento en que ya el valor empezaba á decaer entre los bretones.

Los franceses decidieron, viendo que no adelantaban nada, dividir la armada en dos mitades, la una mandada por monseñor Cárlos de Blois, que iria á tomar á Auray, y la otra bajo el mando de Luis de España, que debia permanecer ante Hennebon, siguiendo el bloqueo hasta que llegáran las máquinas de guerra. A los ocho dias llegaron éstas, y al instante los franceses levantaron sus baterias é hicieron caer sobre la ciudad una lluvia de piedras que no solamente despachurraban á los que iban por las calles sino que devastaban las casas y hundian los techos. Entonces aquel gran valor que los sitiados habian mostrado empezó á flaquear, y el obispo de Leon, que en su cualidad de eclesiástico no tenia vocacion para la guerra, empezó á aconsejar á los vecinos, que era mas prudente entablar una capitulacion, que continuar en defender una causa contra la cual se revelaba un señor tan poderoso cual el rey de Francia. Tal fué el resfriamiento esparcido por el obispo, que hasta los mas decidídos querian rendirse en el momento. Toda la noche se pasó en discusiones de una parte y otra, pero al amanecer, la condesa, que habia ido á la torre para recoger á su hijo y huir,

asomóse á una ventana y vió la mar toda cubierta de bageles. A esta vista, dió un grito de alegria, corrió al balcon de palacio, y gritó al pueblo y á los soldados:

—Mis valientes, nada de capitulacion; ahí están ya los socorros que esperábamos, subid á las murallas y mirad al mar.

En efecto, apenas aquella multitud apercibiera la flota, compuesta de mas de noventa navios, cuando quisieron arrastrar al obispo de Leon, el cual conociendo que habia hecho una tontuna, tuvo á bien el escapar de la ciudad montado en un borrico, y disfrazado de carbonero.

En cuanto á la condesa, desde que vió los bajeles en el puerto, corrió á los caballeros y ella misma en persona los condujo á sus respectivos alojamientos. Cada cual hizo á su huésped los mayores agasajos, y la condesa los convidó á comer. Gualtero de Maunny, que era tan galante con las damas, como terrible con sus enemigos, aceptó el ofrecimiento, y la condesa por su parte tan coqueta como muger, cuanto valerosa como guerrera, hizo á los caballeros los honores de la mesa y un elocuente discurso, dandoles gracias

por los socorros que les traian y por lo mucho que esperaba de su pericia y valor. Despues de la comida, la condesa condujo á sus convidados á la torre, desde la cual se descubria todo el campamento francés; los sitiadores continuaban haciendo caer sobre la ciudad la lluvia de piedras que ofrecia un terrible espectáculo. Así la condesa no pudo verlo sin derramar algunas lágrimas. Gualtero de Maunny comprendió cuanto era su dolor, y celoso de mostrarse lo mas pronto posible digno de la hospitalidad que habia recibido, esclamó dirigiéndose á los caballeros bretones é ingleses:

—No teneis vosotros, señores, tanto deseo como yo de salir á destruir esas máquinas que tanto daño nos están causando?

Todos los caballeros acogieron con alegria esta proposicion y se retiraron para prepararse á la pelea; pero la condesa quiso ella misma armar á Gualtero de Maunny, lo que el jóven caballero aceptó no poco sorprendído al ver que la condesa era tan hábil en la ciencia de las armas como el mas noble page ó el mas sábio escudero.

Luego que estuvieron listos los caballeros, escogieron trescientos arqueros de entre los mas

diestros y se hicieron abrir la puerta mas próxima á donde estaban las máquinas; apenas fué abierta cuando los arqueros salieron por ella y se esparcieron por el campamento disparando sus flechas con su acostumbrada certeza, de tal modo, que los mas inmediatos de los que guardaban las máquinas quedaron muertos en el acto atravesados por las agudas flechas de los arqueros ingleses; tras éstos, venian los caballeros, que con hacha en mano empezaron á destruir las máquinas mientras que sus escuderos amontonando junto á ellas toda clase de combustibles le pegaron fuego; despues penetraron hasta las mismas trincheras del campamento de los franceses, que ni aun tuvieron tiempo para prepararse á la defensa, é hicieron una horrible carnicería, mientras que las espantosas máquinas se reducian á cenizas.

Esto era todo lo que deseaban los caballeros bretones é ingleses; así es que cuando vieron que los franceses se aprestaban á la defensa tocaron á retirada y poniendo sus caballos al galope entraron en la ciudad haciendo un ataque en retirada para dar tiempo á sus arqueros esparcidos por el campamento á que entrasen en Henne-

bon; no obstante, los franceses quisieron aun seguirlos, pero era tal la lluvia de flechas que caia sobre ellos que tuvieron que retroceder, dejando en el campamento una multitud de hombres y de caballos. Entonces, los bretones y los ingleses entraron tranquilamente tras las barreras, donde hallaron á la condesa que los fué abrazando á unos tras otros y dándoles gracias por el heróico socorro que acababan de prestarle.

Aquella misma noche, viendo los sitiadores que á causa del refuerzo que habian recibido sus enemigos les seria imposible el tomar la ciudad, reunieron su consejo y decidieron levantar el sitio é ir á encontrar á monseñor Cárlos de Blois, para participarle la destruccion de las máquinas y la nulidad de sus esfuerzos: al amanecer del dia siguiente recogieron sus bagajes y desfilaron hácia la derecha, acompañados de una salva de gritos y voces por parte de los bretones é ingleses que se burlaban de ellos desde las murallas.

Cuando llegaron ante el castillo de Auray, encontraron á Cárlos de Blois y le contaron lo que les habia sucedido; por lo que habian juzgado oportuno el levantar el sitio: monseñor de

Blois los escusó y los mandó á que fueran á sitiar á la ciudad de Bignam, que aun pertenecia á la condesa.

Luis de España, se puso en camino con su ejército y al segundo dia de marcha se encontró con el castillo de Conquest, una de las mejores posesiones del conde de Monfort, teniendo por gobernador á un caballero de Lombardía, valiente y decidído guerrero llamado Mansion. Luis de España, no quiso pasar ante una guarnicion bretona, sin medir con ella sus fuerzas y tratar si podia de tomar la rebancha de su derrota; en consecuencia mandó hacer alto y empezó á hacer sus disposiciones para un asalto; por su parte los del castillo hicieron sus preparativos y se aprestaron tambien al combate, y luego que vinieron á las manos se defendieron tan maravillosamente, que llegó la noche antes que los sitiadores hubieran podido conquistar algo; mesir Luis, hizo entonces tocar á retirada y se situó con toda su armada al redor de la fortaleza.

Como el castillo de Conquest, estaba á muy pocas leguas de Hennebon, la noticia llegó pronto á Gualtero de Maunny de lo que pasaba bajo sus murallas; el jóven caballero reunió entonces

á sus amigos, y les encomió lo valeroso que era, y el buen renombre que añadiria á su carrera militar el ir á atacar á mesir Luis de España y obligarlo á levantar el sitio. Todos aceptaron con entusiasmo esta proposicion gloriosa, y partieron aquella misma noche y cabalgaron con tanta velocidad que á la mañana del dia siguiente llegaron á la fortaleza. Empero ya era tarde, el castillo habia sido tomado la víspera y la guarnicion habia sido degollada; en cuanto á Luis de España, habia continuado su camino hácia Bignam; dejando en Conquest un gobernador y sesenta guerreros para defenderlo. El objeto de la empresa habia salido pues fallído, y por consiguiente, los ingleses trataron de volver á Hennebon, pero Gualtero de Maunny, declaró que él no habia venido de tan léjos para no hacer nada, y sin saber antes que clase de gentes guarnecian al castillo. En consecuencia, dió la vuelta á la fortaleza y apercibiendo la brecha por la cual Luis de España habia entrado la víspera, y que la nueva guarnicion no habia aun cerrado, bajó de su caballo, invitó á sus compañeros á hacer otro tanto y penetraron por la brecha con espada en mano; por su parte los fran-

ceses se adelantaron para defenderla, pero no igualaban en número á sus contrarios, y al cabo de una hora de combate, los sitiados fueron derrotados. En cuanto á los pocos que quedaron vivos fueron degollados en el acto, y aquella misma noche se volvieron á Hennebon dejando la fortaleza sin otra guardia que los cadáveres de sus dos guarniciones.

Al volver á Hennebon, Gualtero de Maunny encontró al conde Roberto de Artois, mandando un nuevo ejército que el rey Eduardo enviaba á Bretaña, para sostener la guerra contra Felipe de Valois; guerra que á su pesar se habia visto obligado á interrumpir en Flandes.

5.

El torneo.

Entretanto, Eduardo se ocupaba en cumplir con la misma religion que con la condesa de Monfort, la promesa que habia hecho á la bella Alicia de Granfton. El resultado de la embajada de Guillermo de Montaigu, fué el tratado de una trégua de dos años entre él y el rey David; y una de las condiciones de esta trégua fué la vuelta á Inglaterra del conde de Salisbury. El rey David ofició, al momento á Felipe de Valois, el cual accedió á los deseos de su aliado, y á fi-

nes de mayo, cuando Gualtero hacia en Bretaña las hazañas que acabamos de contar, el rey de Francia espidió un pasaporte al conde de Salisbury para que volviese á Inglaterra cuando quisiera.

Harto costára á Eduardo el haber llamado al conde, y sus celos no le permitieron el concederle, ni aun el tiempo preciso para que se detuviese en el castillo de Wark, mandándole que viniese en seguida á Lóndres, que recogiera á su esposa, pues tenia una mision de las mas importantes que confiarle. El conde obedeció sin desconfianza y recogió á su esposa, sin permanecer en Wark mas tiempo que el preciso para prepararse á la marcha. Alicia no habia juzgado apropósito el atormentarle con la confesion del amor del rey, que ella esperaba se estinguiera, y que además segura como estaba de sí misma, no le inquietaba mucho.

Eduardo volvió á ver á Alicia, con una indiferencia tan marcada, que ella creyó habria ya sofocado su pasion ó que sus inesperanzas la habia destruido. Por otra parte, para mas seguridad, él le habia ofrecido un pabellon en el mismo palacio, entre los de la reina y sus damas

de honor. En cuanto á la mision que el rey destinaba al conde, era la prueba mas sublíme de la mas inequivoca confianza: infinitos prisioneros de consideracion habian llegado de Bretaña y habian sido encerrados en el castillo de Margate. Eduardo, nombró á Salisbury gobernador de la citada fortaleza, el cual partió al momento para su destino.

Durante este tiempo, debia verificarse la reedificacion del castillo de Windsor, fundado en otro tiempo por el rey Arturo. Esta reedificacion debia celebrarse, como hemos dicho, con fiestas y torneos; por consiguiente, se pasó una circular á Escocia, Francia, Alemania, Italia, España, en fin, á todas las naciones, para que todo caballero, amigo ó enemigo, pudiese venir á romper una lanza en honor de su dama en las fiestas reales de Windsor. Asi es que de todas partes corrió la flor y la nata de la nobleza y los mas bravos adálides. A proporcion que iban llegando, se iban inscribiendo en el libro del torneo, ya con sus verdaderos nombres, ya con el seudónimo que querian adoptar. Además, el torneo debia durar tres dias, y tenia por sostenedores: el primer dia, al rey Eduardo; el segundo, á

Gualtero de Maunny, que habia venido al efecto de Bretaña; y el tercero á Guillermo de Montaigu, que ya armado caballero por manos del rey, debia en este dia romper su primer lanza á la vista de la condesa. El combate era permitido con la lanza, la espada y el hacha; solo el puñal quedaba prohibido.

La víspera de san Jorge, dia señalado para la apertura de las fiestas, la ciudad de Lóndres se despertó en medio del ruido de las trompetas y clarines. Los caballeros que habian llegado de todas partes, debian dirigirse á la esplanada de Windsor, donde el rey les habia mandado preparar las tiendas, porque era imposible alojar en el palacio á una multitud de tantos guerreros. De consiguiente, todas las calles que conducian desde la plaza de santa Catalina hasta el castillo de Windsor, estaban colgadas y entapizadas. Además, no habia un árbol que no tuviese fruto viviente, una ventana que no ostentase una pirámide de cabezas, ni un terrado que no se viese lleno de espectadores, apiñados como espigas y atronando con sus vivas y palmoteos á cualquier ruido que les figurase fuera la aproximacion del cortejo. A las doce resonaron las

trompetas, y empezó á salir la comitiva del palacio: precedió á esta, sesenta corceles equipados para la justa y montados por los escuderos de honor, llevando las banderas con las armas de sus dueños. Tras los escuderos iban el rey y la reina de rigorosa etiqueta con sus mantos y coronas, y entre ellos en una hermosa litera, iba el príncipe de Gales, el futuro héroe de Crecy y de Poitiers, que iba á un torneo á hacer su aprendisaje de guerra. En seguida iban en soberbias yeguas, sesenta damas revestidas con sus mas ricos adornos, llevando cada cual la banda de color que iba á conceder á su caballero. Despues, mezclados y sin órden, alta ó baja la visera, iban doscientos ó trescientos caballeros, cubiertos con brillantes armaduras y con bruñidos escudos. Por último, cerraba la marcha una banda de música militar y los pages y escuderos de cada doncel.

Esta magnífica asamblea atravesó toda la ciudad al paso y en buen órden, para dirigirse al castillo de Windsor, situado, como hemos dicho, á veinte millas de la ciudad de Lóndres. A pesar de esta distancia, una parte de la poblacion los acompañó corriendo á los campos,

mientras que el cortejo seguia su carrera. El rey habia previsto este caso y al rededor de las tiendas habia mandado construir un tinglado como para diez mil personas; cada cual estaba seguro de encontrar su sitio segun su clase, las damas en el castillo, los señores en las tiendas y el pueblo en el tinglado.

Llegaron á Windsor ya de noche, y el castillo estaba tan bien iluminado que parecia un espejo de fuego: entre tienda y tienda habia una colosal y perfumada antorcha que alumbraba como el dia, aquel recinto y entre el aromático olor que despedian se descubria tambien el que partia de las cocinas del castillo, donde se preparaba una esquisita y abundante cena. Cada cual procedió á la instalacion; despues á comer. Hasta las dos de la madrugada duró el tumulto y la algazara; á esta hora, el ruido se fué estinguiendo gradualmente, bajo las tiendas y en el tinglado, mientras que las ventanas del castillo se iban cerrando una tras otras, escepto una en donde aun reverberaba la luz. Esta ventana era la de la cámara donde velaba Eduardo. Salisbury habia venido de Margate, para ser mariscal del torneo con mesir Juan de Beaumont,

siendo portador de escelentes noticias. Su negociacion con los prisioneros habia tenido un écsito feliz. Olivero de Clisson y el señor de Arcout, no solo aceptaban la proposicion de Eduardo, de hacerse ingleses, sino que respondian como de sí mismos de los principales señores de la Bretaña y de Berry, entre los que se contaban los caballeros Juan de Montalvan, Cárlos de Malestroit, Eusebio de Laval, Alano de Quedillac, Guillermo, Justo y Olivero de Brieux, Dionisio de Plesis, Nepomuceno de Molart, Javier de Senedari y Damian de Caillac.

Estas nuevas, regocijaron infinito á Eduardo, porque veia en la Bretaña la puerta por donde habia de entrar en Francia; asi es que dió las mas espresivas gracias á Salisbury, y aun olvidó en aquel momento que era su rival. Por otra parte, despues de las justas, Salisbury debia volver á Margate, y no podria estar al lado de la condesa mucho tiempo.

Por último, aquella luz se apagó como las otras, y todo volvió al reposo y á la oscuridad. Al rayar el dia, cada cual se aprestó y aparejó para el combate. A las once, las trompetas anunciaron la salida de la reina del castillo. Decímos

la reina solamente, porque Eduardo, era el sostenedor de este dia, y ya se hallaba en su tienda. Madama Felipa llevaba á su derecha á Gualtero de Maunny, y á su izquierda á Guillermo de Montaigu, que debian ser los héroes de los dos dias siguientes. Despues venia la hermosa Alicia, conducida por el duque de Lancastre y por monseñor Juan de Hainaut, y tras ella las sesenta damas de la víspera acompañadas de sus caballeros.

Toda esta noble sociedad sentóse en las galerias que habian sido preparadas al efecto, las que parecieron transformarse en un tapiz de terciopelo bordado de perlas y diamantes. En cuanto á Felipa y Alicia, se sentaron la una frente á la otra en dos tronos iguales, porque las dos eran reina, la una de Inglaterra, la otra del torneo.

La liza era un gran círculo rodeado de barreras y empalizadas: en el estremo oriental se enarvolaba una bandera de terciopelo encarnado, bordado de oro, al pie de la cual estaban la tarjeta de paz y el escudo de guerra, para que los campeones hiciesen tocar por sus escuderos una ú otra, segun desearan, ó una simple justa ó un duelo formal.

Los mariscales proclamaron las condiciones del combate, y en el momento que las dos reinas tomaron asiento, empezaron á tocar las bandas de música, con gran entusiasmo no solamente de los caballeros, sino de las damas, las que tenian una predileccion especial á esta clase de espectáculo, en el que los actores jugaban un papel no solamente peligroso, sino las mas veces mortal.

Abrense las barreras, y un caballero armado de punta en blanco apareció en la liza, pero aun que con la visera calada, en sus armas que eran de oro y en su banda azul y plata, fué reconocido al instante por el conde Derby, hijo del conde de Lancastre, el del pescuezo tuerto. Avanzó haciendo caracolear su caballo hasta el medio de la palestra, llegado allí se volvió hácia la reina y la saludó inclinando el hierro de su lanza hasta el suelo; despues, volvióse hácia la condesa de Salisbury y le rindió el mismo saludo en medio de las aclamaciones de la multitud. Durante este tiempo, su escudero atravesó la arena, y tocó con una vara de plata la tarjeta de paz de Eduardo.

El rey salió al punto todo armado, montado

en su brioso corcel y entró en la liza con tanta gracia y seguridad que se redoblaron las aclamaciones. Estaba cubierto de una armadura veneciana, toda incrustada de lantejuelas y filetes de oro formando bizarros dibujos en los que se reconocia el gusto oriental; y sobre su escudo, en vez de sus armas reales, llevaba una estrella velada por una blanca nube con este mote:

«PRESENTE PERO OCULTA.»

Entonces, le trageron su lanza, y los jueces del campo, viendo que los campeones estaban listos gritaron en alta voz:

—A la palestra.

Al mismo instante, los adversarios espolearon sus caballos y se precipitaron en medio de la liza. Todos dos habian dirigido las puntas de sus lanzas hácia la visera del casco, los dos evitaron el golpe y volvieron á sus puestos á esperar la segunda señal; dada ésta, se abalanzaron de nuevo el uno contra el otro. Esta vez, dirigieron sus golpes al medio del pecho, pero eran muy buenos ginetes para ser desmontados; sin embargo, uno de los pies del conde Derby perdió el estri-

bo, y la lanza se le escapó de la mano: en cuanto á Eduardo, quedó firme sobre la silla, pero de la violencia del golpe su lanza se quebró en tres pedazos. Un escudero del conde de Derby, cojió la lanza y se la presentó, mientras que á Eduardo le traian una nueva; armados otra vez, se acometieron de nuevo; pero ahora el conde Derby dirigió su lanza al costado izquierdo de Eduardo, mientras que éste volviendo á su primer intento, dirigió la suya al casco del conde; los dos en esta circunstancia dieron una nueva prueba de su destreza y de su fuerza, porque de la violencia del golpe el caballo de Eduardo cayó sobre sus patas traceras, mientras que el casco del conde saltó á gran distancia.

Fuera cansancio, fuera cortesía, el conde no quiso proseguir la lucha, é inclinándose hasta el rey se reconoció vencído y se retiró en medio de los aplausos que prodigaban á su vencedor. Eduardo volvió á su tienda, y las trompetas tocaron de nuevo la señal de desafio. Abrense las barreras y el conde Guillermo de Hainaut, cuñado del rey, aparece en la palestra.

Esta lucha fué, como la anterior, una lucha de honor y cortesania, mas bien que una verda-

dera justa; asi es, que el conde Guillermo, cuando rompió tres lanzas, se retiró diciendo como el conde Derby, que se consideraba vencído, mientras que Eduardo, descontento de estas victorias fáciles, se retiraba á su tienda, sintiendo el no haberse mezclado en la pelea como un simple caballero, ó bajo cualquier seudónimo y como uno de los principales sostenedores.

Apenas entró en ella, cuando la música volvió á tocar de nuevo; pasaronse algunos momentos en silencio y ya se creia no se presentarian mas contendientes, cuando se oye resonar una sola trompeta con aire francés, lo que indicaba que un caballero de esta nacion se presentaba para combatir. Todas las miradas se fijaron entonces en las barreras, que se abrieron y dieron paso á un caballero de mediana estatura; pero conociéndose en la manera como llevaba su lanza que era mas vigoroso que hábil.

Todos miraron á su escudo á ver si ofrecia alguna divisa por la cual pudiesen reconocerlo; pero su escudo no ofrecia mas que un águila coronada con una flor de lis; empero á pesar de su incógnito Salísbury lo reconoció por el jóven caballero que el siguiente dia del encuentro de

Buironfosse, habia atravesado, por órden del rey Felipe, la marisma que separaba las dos armadas y habia ido solo á esplorar el bosque, en cuya cima clavó su lanza y su casco. Despues de esta hazaña, recordarán nuestros lectores que Felipe lo habia armado caballero en prémio de su arrojo y valentia.

El jóven doncel se presentó en la liza con aquella elegancia que ya era peculiar á la nobleza de aquellos tiempos. Saludó del modo mas fino á la reina y á la condesa y mandó á su escudero tocase el escudo de guerra de Eduardo.

Por su parte el rey salió de su tienda, montó en un brioso alazan, repuso sus armas y se colocó en su puesto.

La atencion de los espectadores era grande, porque aunque mesir Eustaquio de Bibeaumont, habia hecho su desafio con la mayor finura, era evidente que esta vez se trataba de una verdadera justa, y aunque no fuese animada por ningun ódio personal, la rivalidad de las dos naciones, debia darle un carácter de gravedad y de verdadero duelo.

Listos y preparados esperaron la señal, y en el momento que resonó ésta, se acometieron con

la mayor violencia.

El caballero habia dirigido su lanza hácia la visera, y el rey la suya contra la coraza, y los dos habíanse dado tan certero golpe, que el casco de Eduardo saltó de su cabeza y la lanza del rey se partió quedando el hierro enterrado en la armadura del francés. Por un instante se creyó que el caballero Eustaquio estaba herido, pero el hierro al penetrar por la armadura se habia detenido en la cota que rodeaba su jubon. El rey volvió á coger otra lanza y otro casco. Acométense de nuevo; uno y otro dirigen sus lanzas á sus monturas, el caballo de M. Eustaquio retrocede y cae sobre sus patas traseras por la violencia del golpe, mientras que el de Eduardo herido de muerte en el pecho cae en la arena con su ginete. El francés esperó á que se levantára Eduardo y en el momento echan mano á sus espadas.

El rey tenia ante sí un valiente guerrero; pero como él, segun dice la historia, era uno de los caballeros mas valientes de su época, no se maravilló ni de la violencia ni de la rapidez del ataque, volviendo golpe por golpe con la mayor serenidad y con la mayor sangre fria.

Las dos espadas, en las que reflejaba el sol, parecian dos hojas de fuego; y los golpes se daban y recibian con tal rapidez, que no se veia mas que un círculo de llamas que rodeaba á las dos armaduras. Eustaquio perdió su penacho de plumas y Eduardo su corona de diamantes, y poco despues la espada de Eduardo dividió en dos pedazos el escudo de su adversario como si fuera de cuero, mientras que la espada del francés saltaba en cuatro pedazos sobre el casco del rey.

El doncel dió un paso atrás para pedir otra á su escudero; pero Eduardo levantó vivamente su celada y cogiendo su espada por la punta se la presentó á M. Eustaquio diciéndole:

—Caballero, tengo el honor de presentaros mi espada, que es de un temple maravilloso, pues me es muy enojoso que un brazo tan hábil y vigoroso no tenga un arma de buen temple con que poder contar. Tomad, caballero, y volverémos á empezar el combate con mas igualdad.

—Acepto, monseñor, respondió Eustaquio de Bibeaumont levantando á su vez la visera de su casco; pero no permita Dios que cruce yo esta espada contra aquel que me la ha dado; yo

me reconozco vencído, señor, tanto por vuestro valor, como por vuestra galantería, y esta espada me es tan preciosa, que juro sobre ella y por ella de jamás en torneo, ni en batalla, rendirla á otro que á vos. Ahora, por último favor, señor, conducid vuestro prisionero cerca de la reina.

Eduardo tendió la mano al jóven caballero en medio de las aclamaciones de los espectadores, y se dirigió con él hácia el trono de madama Felipa, que habiéndose quitado una magnífica cadena de oro de su cuello, la amarró al puño derecho del vencído, en señal de servidumbre, y declaró que durante tres dias no queria tener otro esclavo; en consecuencia lo hizo sentar á sus pies, teniendo en su mano el otro estremo de la cadena. En cuanto á Eduardo, entró en su tienda, y las músicas volvieron á tocar la marcha de desafio; pero fuera respeto, fuera temor, nadie contestó á aquel eco guerrero. Entonces los heraldos recorrieron la liza gritando:

—Largueza, señores, largueza.

Y una lluvia de oro cayó de las gradas á la arena.

Además, como la mañana estaba avanzada y

la hora de comer se aprocsimaba, los mariscales enarvolaron una bandera blanca, para indicar que la primera justa estaba concluida: al mismo tiempo los músicos tocaron la marcha de retirada y todos se dirigieron al castillo.

Eduardo presidió la mesa de los caballeros ingleses y estrangeros, y la reina la de las damas; despues, damas y caballeros pasaron á un vasto y elegante salon donde debia tener lugar el baile.

El rey lo abrió con la condesa de Salisbury, y la reina con M. Eustaquio de Ribeaumont. Eduardo estaba en el colmo de la alegria; aquella mañana se habia portado como rey y como caballero á la vista de la que amaba. Alicia por su parte, inocente y confiada, se entregaba al coreográfico placer, con todo el abandono de la juventud y de la felicidad. Eduardo se aprovechaba de su candidez y estrechaba aquella mano que le tendian, y los cabellos flotantes que le acariciaban el rostro; enervado por ese perfume acre y voluptuoso que fluctua entre las bellas, en la cálida atmósfera de un baile.

En medio del laberinto de las figuras, una jarretera de la condesa, que era de saten azul bordado de plata, cayó sin que ella lo advirtie-

se. Eduardo se avalanzó á cogerla; empero todos los cortesanos comprendieron cual era la intencion del rey y se sonrieron de la accion. Eduardo conoció que sospechaban de sus intentos, y cogiendo la liga se amarró con ella la pierna derecha y esclamó:

—Mengua y afrenta al que mal haya pensado; y sea reconocido como noble y querido del rey el que pueda ostentar otra igual, y á quien nos solo querámos conceder.

Por este raro accidente tuvo origen la muy noble y caballeresca órden de la *Jarretiere*.

6.

El moribundo.

Al dia siguiente, á la misma hora que la víspera, las galerías estaban coronadas de gentes; la liza presta y los mariscáles en su puesto. El sostenedor de este dia, era como ya hemos dicho, Gualtero de Maunny, y el valor harto público del jóven caballero, ofrecia á los espectadores, nuevas proezas, y nuevas maravillas de armas.

Doscientos eran los suscritos para combatir con él; empero como esto era imposible, los ma-

riscales los soltearon y sacaron los nombres de los caballeros Juan Merfort, Justo de Arondel, Rojerio de Mark, Pedro Suffolk, John de Liste, Walter Pavely, Ricardo Fitz, Simon Hallaut, Grey de Codonore y un caballero desconocido que se habia inscripto bajo el nombre del *jóven aventurero.*

El rey aprobó la disposicion de los mariscales y declaró que eran suficiente diez guerreros para uno solo.

De los nueve de sus primeros adversarios, no solamente fueron vencidos con el hacha y con la espada, sino que á los botes de su lanza rodaron por la arena, escepto el conde de Suffolk, que pudo mantener una igual lucha.

Llególe su vez al caballero desconocido, y cuando sus predecesores habian tocado la tarjeta de paz de Gualtero de Maunny, mandó tocar á su escudero el escudo de guerra.

Gualtero de Maunny apareció en la palestra; dada la señal, se acometieron una y otra vez partiendo por cinco veces sus lanzas y sus cascos; la sesta echaron mano á sus espadas, pero tambien estas se partieron cual si hubiesen sido de cristal, y echaron mano á sus hachas. Entom-

ces empezó el verdadero combate; á los furibundos golpes saltaban los corchetes de las armaduras, poniendo á sus dueños en descubierto. Siete veces paró Gualtero los golpes con su escudo y otras tantas saltó este hecho pedazos; pero de pronto, aprovechándose de un golpe que habia equivocado su contrario, descargóle un golpe tan furibundo sobre su casco, que el caballero desconocido estendió los brazos, dió un grito y cayó sin sentido en la arena.

Los mariscales corrieron á él y le quitaron el casco: estaba desmayado y la sangre corria á borbotones de la profunda herida que habia recibido en la cabeza.

Todas las miradas se dirigieron con avidez á él.

Era un jóven de veinte y cinco años, de luenga y negra cabellera y cuyas pronunciadas facciones indicaban un orígen meridional. Mas nadie lo conocia, y el mismo Gualtero buscó en vano en sus pálidas facciones alguna huella, alguna señal que le indicase el haberlo visto otra vez; pero fué en vano, pues convencióse que era la primera vez que veia á aquel jóven. Por otra parte, la justa estaba concluida.

El rey y la reina, se volvieron al castillo de Windsor, pues lo mismo que el dia anterior debia haber un opíparo convite y un baile suntuoso.

Al fin de la comida, vinieron á avisarle á Gualtero de Maunny, que el caballero aventurero lo llamaba; pues tenia que hacerle una revelacion antes de morir. Gualtero salió al momento, y se dirigió á la tienda del moribundo. Lo encontró acostado sobre una piel de oso, y el rostro de tal manera páiido que solo sus ojos parecian vivir, animados como estaban por una fiébre mortal.

Al ruido que hizo Gualtero al entrar, el moribundo volvió la cabeza, y reconociendo á su vencedor, ordenó á sus gentes que saliesen y rogó con un movimiento de cabeza á Gualtero de Maunny el que se sentára á su lado.

El caballero se apresuró á satisfacer este deseo.

El herido le dió gracias con un movimiento leve de cabeza; despues, fatigado del esfuerzo que habia hecho, se dejó caer dando un gemido, que á pesar de todo su valor no pudo reprimir.

Gualtero se creyó que iba á espirar; mas se

engañaba, la hora aun no habia llegado y al cabo de algunos momentos el herido pareció reanimarse.

—Caballero Gualtero, dijo entonces con débil acento, creo que... vos teneis hecho un voto.

—Sí, contestó Gualtero; he jurado vengar á mi padre asesinado en la Guyena y de encontrar á su asesino y á su tumba, á fin de matar al uno sobre la otra.

—Ignorais... en qué ciudad... fué asesinado?

—Lo ignoro.

—Y... no sabeis donde está... su tumba?

—No he podido descubrirla.

—Pues bien, caballero, yo tambien tengo una madre que ignora en qué ciudad he sido herido de muerte y en qué sitio se elevará mi sepulcro; una madre que desearia encontrarlo para derramar lágrimas de ternura sobre él, como vos quereis derramar sobre el de vuestro padre, la sangre de su asesino. Caballero, prometedme una cosa.

—Cual? preguntó Gualtero con ansia.

—Juradme que cuando muera, encerrareis mi cadáver en una caja de plomo y lo enviareis al lugar que os diga, para que repose sobre una

tierra amiga y en medio de seres amados: en cambio os diré como murió vuestro padre y en qué lugar espera la resurreccion general.

—Os lo juro, hablad.

—Habeis oido hablar de un famoso torneo que tuvo lugar en Cambray el año de 1322?

—Sí, porque mi padre concurrió á él y adquirió inmarchitable láuro.

—Pues bien, allí se batió con uno á quien no solamente derrotó infinitas veces, sino que lo puso en disposicion de no poder volver á su tierra sino en litera. Este tal tenia por padre á Juan de Lévis y por madre á Constancia de Foix, hija de Rogerio Bernard, conde de Foix. A pesar de todos los esfuerzos de los médicos, no pudieron salvarle y murió. Es inesplicable el dolor de sus padres, que no tenian mas que otro hijo, en la cuna, á la pérdida de su primogénito. Leborardo de Maunny, vuestro padre, habia hecho un voto de ir en peregrinacion á Santiago de Galicia; púsose en camino y cumplió su promesa, y á su vuelta, habiendo sabido que monseñor Cárlos de Valois, hermano del rey Felipe, estaba en Reole, tomó el camino de esta ciudad para ir á saludar á su augusto aliado. Vuestro

padre permaneció algun tiempo allí y su permanencia llegó bien pronto á los oidos de aquella familia que habia llenado de luto y consternacion. Esto era tentar á Dios, caballero, bien comprendereis que es harto justa la venganza de un padre: asi resultó de esta imprudencia lo que debia resultar. Una noche que mesir Leborardo de Maunny venia de un cuartel lejano de la ciudad y se encaminaba al palacio del conde de Valois, fué esperado por dos hombres, de los cuales el uno era el amo y el otro el escudero; el amo echó mano á la espada y gritó á vuestro padre que se defendiera. Vuestro padre se defendió, y lo hizo tan bien, que comenzó á oprimir á su adversario, lo cual visto por el escudero corrió á vuestro padre y lo atravesó con su espada.

—Asesinos! murmuró Gualtero.

—No me interrumpais, si quereis saberlo todo, porque conozco que me restan pocos instantes de vida.

—Ante todo, dejaron su cadáver sin sepultura?

—No, tranquilizaos, continuó el moribundo; el cuerpo de vuestro padre obtuvo las preces de

la iglesia y fué depositado en una tumba; por que el que lo desafiaba queria un duelo y no un asesinato. Además, creyó que seria una espiacion el sepultar el cadáver de vuestro padre en un sitio sagrado, y hacer grabar en el mármol de su tumba una cruz, con esta sola palabra en latin:

ORATE.

«A fin de que aquellos que se arrodillasen ante ella, rogasen á un mismo tiempo por la víctima y por el asesino.

—Y dónde encontraré yo ese sepulcro?

—Entonces estaba fuera de la ciudad, contestó el herido; pero la ciudad se ha agrandado, y hoy dia se halla dentro de sus murallas: lo encontrareis, caballero, en el jardin del convento de los frailes Franciscos, situado al fin de la calle de Foix.

—Bien! bien! dijo Gualtero, viendo que el jóven se debilitaba de mas en mas; ahora, decidme lo último, os lo ruego. Ese Juan de Lévis que ha asesinado á mi padre, vive?

—Ha muerto hace diez años.

—Pero, me habeis dicho que tenia un hijo.

Un hijo que hoy dia se hallará en estado de llevar las armas... pues bien, ese hijo donde está?

—Lo habeis herido de muerte hoy, caballero, contestó el moribundo con apagado acento: así vuestro voto de venganza se ha cumplído... no penseis ya mas que en la misericordia... y no olvideis... el juramento que me habeis hecho... de llevar mi cadáver... á mi madre.

Y el jóven volvió á caer sobre su lecho de guerra, murmuró un nombre de muger, y espiró.

La misma tarde, Gualtero de Maunny, le suplicó al rey de Inglaterra, le permitiese acompañar al conde Derby que debia, tan luego como se terminasen las justas, partir con un numeroso ejército á socorrer á los ingleses de la Gascuña; mientras que sir Tomás de Agworth, iba á Bretaña para proseguir á mano armada, los negocios de la condesa de Montfort, que debian haberse mejorado mucho, por el tratado que acababa de celebrarse entre el conde de Salisbury, mesir Olivero de Clisson y monseñor Godofredo de Harcourt.

7.

Los dos Guillermos.

El tercer dia del torneo, se hallaba reservado, como hemos dicho, á Guillermo de Montaigu; el cual, armado caballero por mano del rey Eduardo, segun la promesa que éste le habia hecho en el castillo de Wark, debia hacer sus primeros hechos de guerra en presencia de la condesa: este era un gran dia para el jóven doncel, porque estaba decidído á vencer, ó á morir, y en uno ú otro caso, debia ser coronado por ella, ó espirar á sus ojos, lo que era para él una dicha.

Además, para darle mas honor á su ahijado, el mismo Eduardo habia querido romper con él la primera lanza: despues, la reina habia dado libertad para este dia á M. Eustaquio de Ribeaumont, á fin de que la segunda justa fuese para él. Por último, la tercera debia ser sostenida por Guillermo Douglas, que habia venido de Sterling al efecto.

Las dos primeras justas fueron enteramente de cortesania y, hablando en todo el rigor de la palabra, dirémos que fué un asalto en una sala de armas: cada cual dió grandes pruebas de valor y de destreza; rompiéronse dos ó tres lanzas y Guillermo de Montaigu tuvo el honor de salir á partido igual con los dos mejores caballeros del mundo; pero á la tercera, aquel juego belicoso debia convertirse en un verdadero y mortal duelo: porque el ruido del desafio se habia esparcido en la noble asamblea, y todos al deplorar la muerte del jóven aventurero, se alegraban en pensar que iban de nuevo á sentir las emociones que nacen de un combate á muerte.

De modo que fué con un movimiento general de interés y de impaciencia, como oyeran á las músicas de la plataforma hacer resonar el

entusiasta eco guerrero, el que fué contestado por cuatro trompetas escocesas. Al mismo instante las barreras se abrieron y Guillermo Douglas apareció. Todos lo reconocieron por el corazon ensangrentado que llevaba sobre su broquel: armas que vestian los Douglas desde que el buen lord Tomás sucumbiera ante Granada, cuando llevára á la Tierra Santa el corazon de su monarca y amigo Roberto Bruce de Escocia.

Douglas entró pues en la liza acompañado de un murmullo general de curiosidad; porque era doblemente célebre, ya por los hechos de armas de su padre, como por los suyos. La fama de sus aventureras empresas, su fidelidad al rey David, y las pérdidas terribles que hacia diez años estaba haciendo sufrir á los ingleses, lo hacian un objeto de interés para los hombres, y de admiracion para las mugeres.

Guillermo Douglas contestó á este movimiento general levantando la visera de su casco, y saludando á madama Felipa y á la condesa de Salisbury. Vióse entonces las facciones de un jóven de veinte y seis á veinte y ocho años poco mas; lo cual redobló la admiracion, porque no podian comprender como, siendo tan jóven, ha-

bia adquirido ya una fama tan universal. Despues de haber saludado á las dos reinas, bajóse la visera de su casco y corrió á tocar con el hierro de su lanza el escudo de guerra de Guillermo de Montaigu.

Este apareció al punto en la palestra.

—Bien, caballero, dijo; sois esacto á la cita, y os lo agradesco.

—Hablais, mi jóven señor, como si fuérais vos el que me hubiera desafiado, y es por el contrario, caballero, soy yo el que os arrojé el guante, y al mismo tiempo el que debe daros las gracias por vuestra esactitud.

—Que importa, sea el que sea el desafiante ó el desafiado, sí el duelo ha sido recibido con harta alegría de mi corazon. Así, valiente caballero, preparaos á la lid.

Douglas, hizo volver su caballo, y mientras que Guillermo de Montaigu reconocia su armadura y escogia la mas fuerte entre tres ó cuatro lanzas, atravesó de nuevo la liza. Despues, cuando llegó á su puesto, calóse bien la celada y puso su lanza en ristre.

Apenas habia acabado estos preparativos, cuando vió á su adversario en su puesto. Un

instante bastó á Guillermo para asegurar su lanza; y los jueces del campo, viéndolos prestos, y apercibiendo la impaciencia de los espectadores gritaron en alta voz:

—A la palestra.

Los dos jóvenes se acometieron con tal ímpetu, que las lanzas se partieron y sus cascos chocaron uno con otro despidiendo chispas el acero. No obstante, á fuer de buenos ginetes, hicieron retroceder sus caballos y se aprestaron al segundo choque.

Esta vez dirigió Douglas el hierro de su lanza hácia el peto de su contrario y se lo asestó con tal violencia, que rompió la lanza en tres pedazos é hizo rodar á Guillermo hácia la grupa de su corcel. En cuanto á Montaigu, dirigió el suyo á la cimera y le arrancó el casco de la cabeza y esto con tal violencia, que el escocés empezó á echar sangre por la nariz y por la boca.

En el primer momento creyeron que estaba herido gravemente; pero él mismo hizo señas de que no; tomó otro casco de manos de su escudero, pidió una lanza nueva y volvió á ocupar su puesto.

En cuanto á Guillermo, habia vuelto á cobrar su rectitud como el árbol encorvado por el huracan.

Resuena la tercera señal y los dos ginetes se acometen con tal ímpetu, que chocando los caballos con furia uno con otro, los hacen saltar de las sillas y ruedan por la arena.

Al punto Douglas se levanta sobre sus pies, y Guillermo sobre una rodilla... vaciló, y en la copiosa sangre que salia de su casco, todos conocieron que estaba herido.

Los jueces del campo corrieron al punto á la palestra y cruzaron sus lanzas entre los dos jóvenes.

Entonces reconocieron que Douglas estaba gravemente herido. Los dos valientes se habian dado golpe por golpe; la lanza de Montaigu se habia deslizado por la cota de Douglas, la habia roto y se habia enterrado en su pecho, mientras que la de Douglas, atravesándole la visera, habia partído el casco, enterrándose en la frente de Guillermo.

Los jueces del campo reconocieron al punto la gravedad de las dos heridas y se aprestaron á socorrer á los caballeros; Juan de Beaumont

corrió á Douglas, y Salisbury á Guillermo; y mientras que llevaban al escocés fuera de la palestra, trataron de sacar el hierro de la frente de Montaigu.

—No, tio mio, dijo Guillermo; porque temo que con el hierro se vaya la vida; llamad sí á un sacerdote, porque quiero morir como cristiano.

—No quieres primero un cirujano? dijo Salisbury.

—Un sacerdote, tio mio, creedme, no hay que perder tiempo.

—Monseñor, gritó Salisbury al obispo de Lincoln que estaba sentado junto á la reina; venid, hay peligro de muerte.

La condesa dió un grito, muchas damas se desmayaron, y el obispo bajó las gradas y llegó á donde estaba el herido.

Entonces en medio de la palestra, reuniendo todas sus fuerzas para este acto de religion, Guillermo de Montaigu de rodillas y con las manos cruzadas, se confesó todo armado; despues el obispo de Lincoln, le dió la absolucion en presencia de todas aquellas mugeres que rogaban por el jóven herido, y de todos aquellos

caballeros que pedian á Dios les concediese una muerte tan santa y tan caballeresca.

Dada la absolucion, Salisbury se acercó á su sobrino, el cual estaba en estado de gracia y no temia el morir dejando que lo operasen á placer. Quitáronle el casco que estaba enterrado en el cráneo, un escudero cogióle la cabeza, y Salisbury tiró del pedazo de casco que estaba clavado en la frente de su sobrino. Guillermo se desmayó y entre cuatro escuderos lo llevaron á su tienda.

Al punto llegó el médico del rey, mandado por el mismo Eduardo, y ecsaminó la herida. Salisbury que amaba á su sobrino como á hijo, esperó con ansiedad el fin del ecsámen; pero no fué favorable á sus deseos. El doctor hizo que le trageran el hierro estraido, y por la mancha de sangre y en la sondura de la herida conoció que habia penetrado dos pulgadas; así es que dió á entender no hábia que esperar nada, á no ser que Dios hiciese un milagro. En este momento entraron dos gentiles-hombres de parte del rey para trasportar á Guillermo de Montaigu á un departamento del castillo de Windsor; mas se opuso el facultativo, porque el herido no estaba en estado de poder resistir la traslacion.

Salisbury se vió obligado á abandonar á Guillermo antes que volviese en sí, porque su mision lo llamaba cerca de Eduardo, y aquella misma noche debia partir para Margate. Salisbury era uno de esos hombres en los que las afecciones privadas son secundarias á sus deberes públicos. De consiguiente, abrazó á su sobrino y salió despues de haberlo recomendado al médico como si fuese su mismo hijo.

En cuanto á la condesa, habia suplicado al rey la dispensára de asistir al convite, y el rey se lo habia concedído al punto, porque como todos habia comprendído cuanto no seria el dolor de la bella dama por tan grave accidente.

Todos sabian cual era la fidelidad, cual el respeto conque el jóven doncel la habia guardado durante la cautividad del conde, y aunque hubiera algunos que atribuyesen la conducta del jóven á un afecto mas tierno que el de pariente, la reputacion de la condesa estaba tan bien sentada que se hallaba á cubierto de toda sospecha. No obstante, aunque rindieran justicia á la condesa, no sospechando de la pureza de sus sentimientos hácia su gobernador, todos convenian que á su amistad, casi fraterna, debia añadirse

esa tierna piedad que esperimenta siempre una muger, por mas virtuosa que sea, hácia el hombre que la ama en secreto y sin esperanza.

Así, cuando vió entrar á Salisbury, no trató de ocultar su dolor, á los ojos de su marido, persuadída de que él, menos que nadie, no haria un crímen de sus lágrimas.

En efecto, Salisbury tenia necesidad de todo su valor para retener las suyas; venia á despedirse de ella, porque á pesar de las instancias de Eduardo para que se detuviese, el inflecsible mensagero habia resuelto terminar su importante comision. Asi es, que aquella misma noche partió de Windsor recomendando á los cuidados de la condesa el pobre Guillermo.

8.

El primer beso y el último suspiro

Esta separacion, por mas corta que iba á ser, se hacía bajo unos tan tristes augurios, que fué acompañada por una parte y otra, de un doloroso presentimiento tal, que si Salisbury hubiese sido de un corazon menos adicto á su rey, y de un alma menos firme en sus deberes, hubiera suplicado á Eduardo, hubiese escogido otro mensagero para acabar, en su lugar, la negociacion que él habia empezado; pero el conde, en el momento en que le viniera este pensa-

miento, lo rechazó como si fuera un crímen y se despidió de Alicia, dejándola árbitra de que lo esperase en Lóndres, ó que se volviese al castillo de Wark.

Luego que la condesa se vió sola, todas sus tristes ideas, todos sus melancólicos presentimientos se agruparon á su mente para amargar mas el dolor que le causaba el accidente sucedído á Guillermo; así, no pudiendo permanecer en la duda, llamó á un page y le ordenó fuera á informarse del herido.

Guillermo, seguia siempre desmayado, y el médico, no tenia ningun motivo para modificar sus primeras previsiones: la herida era mortal, y aunque fuera posible que el jóven recobrára sus sentidos, segun su opinion, no podia durar sino veinte y cuatro horas.

Esto lo supo Alicia, y redobló mas su dolor; acordóse entonces de aquella adhesion tan tierna, y sin embargo, tan respetuosa; de aquel amor siempre ecsistente y siempre oculto, y todo esto durante cuatro años. Cuatro años, en los que dia por dia, habia leido en el corazon del jóven caballero, como en un libro cuyas páginas vuelve el tiempo, y en el que no habia escrito

mas que cánticos de amor, dictados por bocas de querubes.

Representábasele aquel pobre herido, tan alegre y lleno de esperanzas la víspera, despertarse hoy para morir solo y abandonado debajo de una tienda. Dejarlo espirar así léjos de la dos solas personas que él amaba sobre la tierra, seria atraerse un remordimiento fatal para todo el resto de su vida.

Algun tiempo estuvo vacilante, dos ó tres veces se levantó, y otras tantas volvió á caer sobre su sitial; tanto temiera que, á pesar de su parentesco, interpretasen mal esta visita mortuoria; pero por último, la voz del corazon acalló á la del mundo, y cubriéndose con un tupído velo, sin pages, sin damas, sin criados salió del castillo de Windsor, y se encaminó á la tienda de Guillermo de Montaigu.

Habia sucedído todo cuanto habia previsto el facultativo: Guillermo habia vuelto en sí, y el doctor que habia recibido de Eduardo, órden para curar igualmente á los dos heridos, habíase aprovechado de este momento para ir á ver á Douglas, cuya situacion, aunque grave, no tenía nada de alarmante.

En cuanto á Guillermo, se hallaba poseido de una fiebre ardiente, y á pesar de su debilidad, tenia momentos de delirio, durante los cuales dos hombres á penas bastaban para sugetarlo en su lecho.

En estos momentos parecíale ver una sombra hácia la cual hacía todos sus esfuerzos para abalanzarse, y á la cual, discreto hasta en su delirio, llamaba sin nombrarla, con sus lágrimas y con sus preces.

En uno de estos momentos de ecsaltacion, fué cuando la condesa levantó de repente la tapicería que cubria la puerta de la tienda, haciendo suceder la realidad de su presencia, á los ensueños calenturientos que la habian precedído.

Por un movimiento natural, los dos hombres que sostenian á Guillermo, lo dejaron al ver se apareciera aquel ser fantástico que llamára Montaigu, y el mismo Guillermo, como si su vision hubiese tomado cuerpo, en vez de abalanzarse á ella, hizo sobre su lecho un movimiento atrás, y con el pecho palpitante cruzó sus manos en una actitud suplicante.

La condesa, hizo una señal á los que guardaban á Guillermo, los cuales se fueron á la

puerta de la tienda, para entrar á la primer órden que recibiesen.

—Sois vos, señora, dijo Guillermo, ó es un ángel que ha tomado vuestra forma para hacerme mas dulce el paso de esta vida á la otra?

—Soy yo, Guillermo, respondió la condesa: vuestro tio no puede venir, pues ha partido á terminar las órdenes del rey, y yo no queriendo dejaros solo he venido á acompañaros.

—Sí, sí, es su voz, su dulce eco, su misma forma, la que veia cuando estaba ausente, pero no oia sus palabras; vos al entrar habeis disipado mi delirio y evaporado los fantasmas que me circuian! Sois vos, y ya puedo morir tranquilo.

—No, no morireis, Guillermo, replicó la condesa tendiendo su diva mano al herido, la que cogió con una mezcla de respeto y amor imposible de esplicar. Vuestro estado no es tan desesperante como lo creeis.

Guillermo, sonrió con tristura.

—Escuchad, le dijo, Dios sabe lo que se hace, y mas vale morir que vivir desgraciado: no trateis de engañarme, señora, y no me arranqueis las pocas fuerzas que me quedan, haciéndome entrever inútiles esperanzas. Si por algo

siento el morir, señora, es porque ya no podré guardaros.

—Guardarme! Guillermo, de quién? gracias á Dios, nuestros enemigos han pasado las fronteras.

—Oh! señora, vuestros enemigos no son esos que tanto temeis, hay para vos uno mas temible que todos esos incendiarios escoceses; un enemigo del cual por dos veces os he libertado.

—Callad, Guillermo.

—No, escuchadme, ahora poco deliraba, pero el delirio de los agonizantes es una doble vida; pues bien, en medio de mi delirio os veia en los brazos de ese hombre; oia vuestros gritos, pedíais socorro, y nadie acudia, porque yo estaba atado á mi lecho por los terribles lazos de la fiebre; yo hubiera dado, no mi vida, puesto que voy á morir, sino mi alma, mi salvacion, mi eternidad por ir á socorreros, pero no podia... ah! he sufrido tanto!

—Esas son locuras, Guillermo, esas son ecsitaciones de la fiebre, porque adivino que quereis hablar del rey.

—Sí, sí, es de él de quien os hablo; escuchadme mas, señora; tal vez, ahora poco, fuera

el delirio, pero en este instante, bien lo veis, estoy sereno... tengo toda mi razon... pues bien, en el momento en que cierro los ojos os vuelvo á ver como antes os veia y oigo vuestros gritos... oh! me vuelvo loco! pues quisiera... defenderos señora.

—Guillermo, Guillermo! esclamó la condesa espantada por el acento de veracidad que se descubria en las esclamaciones del moribundo. Guillermo tranquilizaos por piedad... calmaos.

—Oh! sí, sí, calma y... despues morir. Pero esa calma, esa tranquilidad, es preciso que vos me la deis...

—Qué es preciso hacer? replicó Alicia con un acento profundo de piedad; decídmelo y lo haré si está en mi mano.

—Es preciso partir, gritó Guillermo con mirada chispeante, partir ahora mismo... alejaos de ese hombre. Prometédmelo y moriré tranquílo.

—Pero á donde he de ir?

—A cualquier parte donde él no esté. No sabeis cuanto os ama ese hombre, porque para conocerlo es preciso tener la mirada de los celos... pues bien, ese hombre os ama hasta el estremo de cometer un crímen.

—Oh! me espantais Guillermo.

—Dios mio! Dios mio! conozco que voy á morir... morir antes de que os convenzais que ese hombre es capaz de todo! Juradme que partireis esta misma noche... jurádmelo.

—Os lo juro; pero no morireis; yo parto al castillo de Wark, y cuando esteis mejor, allí ireis á encontrarme. Pero qué teneis?

—Dios mio! misericordia... piedad...

—Guillermo! Guillermo! gritó la condesa bajándose hácia él; Dios santo favorecedlo.

—Alicia... Alicia... balbució Guillermo; á Dios... yo te amo...

Y reuniendo sus últimas fuerzas, cogió á Alicia con sus brazos, la aprocsimó á sí, y estampó en sus lábios un beso abrasador... Despues cayó sobre su almohada. . . . . .

. . . . . .

Ella habia recibido su primer beso y su último suspiro.

A la mañana siguiente, la condesa segun se lo habia prometido á Guillermo fué á ofrecer sus respetos á la reina, que en un principio quiso detenerla, pero que conociendo el valor de la escusa de la condesa, no insistió mas y le per-

mitió la retirada.

En cuanto á Eduardo, despues de haber hecho como la reina algunas instancias, cedió tambien y con un aire tan indiferente que acabó de convencer á la condesa que el infortunado Guillermo habia llevado muy léjos su prevision; solamente como Alicia tenia que atravesar un pais en el cual á cada momento podia verse espuesta á las invasiones de las partidas escocesas, el rey le ecsigió aceptára una escolta, y le prometiése no hacer noche sino en castillos fortificados.

La condesa se puso en camino, y el primer dia se detuvo en Hertfort, pues habia partído tarde y no habia podido hacer mas que diez leguas de jornada: ella encontró preparado su alojamiento, porque un correo iba delante como si fuese la reina la que viajase: esta era tambien una atencion por parte de Eduardo, y la condesa no vió en ello mas que una galanteria ecsagerada, que el rey observaba por la antigua amistad que profesaba á Salisbury.

Al dia siguiente se puso en camino y vino á dormir en Northampton, en donde gracias á las mismas precauciones reales, ella encontró un departamento lujoso y espléndido con un servi-

miento digno de una emperatriz.

La aurora empezaba á entreabrir las puertas del cielo, cuando se pusieron en marcha al siguiente dia. Por mas aprisa que caminaren sus cabalgaduras, llegó la noche sin que se apercibiera en el horizonte ni aldea, ni castillo. Siguieron marchando dos horas mas, cuando vieron brillar una luz en las tinieblas. Algunos minutos despues, la luna dibujó unas torres y murallas. A medída que se aprocsimaban, la condesa creyó reconocer aquella fortaleza; le parecia haberla visto otra vez... cuando llegó á la puerta no le quedó duda alguna; se hallaba en el castillo de Nottingham.

La condesa se estremeció á su pesar, porque ya saben nuestros lectores que este castillo era de recuerdos sangrientos.

Alicia entró en él con un terror que se acresentó cuando vió que la cámara que le habian destinado era la misma donde habia sido arrestado Mortimer, y donde éste habia matado á Dougdale: así no tuvo valor para tocar á las viandas que le presentaron y se contentó con gustar el vino que le habian llevado en una copa de oro.

Además no podia hacerse ilusion con esta cámara porque ella la conocia muy bien: era la misma en que la reina Felipa le habia contado aquella trágica historia, la noche de la llegada de Gualtero de Maunny y del conde de Salisbury.

Si entonces ella estaba acompañada de la reina, rodeada de sus damas, y guardada por su fiel gobernador Guillermo de Montaigu, y sin embargo tuvo miedo; cual no seria ahora su terror, cuando se veia sola, en medio de hombres casi desconocidos y con el corazon dolorido aun por la muerte reciente de aquel tierno doncel que daba su vida por su felicidad? Mas ay! ya no estaba allí para guardarla y defenderla: el pobre jóven solo podia vijilarla desde el cielo.

Asi es, que permanecia en su sitial, con el codo apoyado en la mesa donde estaba la lámpara, sin atreverse á volver la cabeza atrás, por terror de ver algun objeto fantástico, ó alguna sobrenatural aparicion: la condesa con los ojos fijos en la chimenea veia la huella que habia hecho la espada de Mortimer. Este recuerdo, le trajo naturalmente á la memoria el arresto de Rogerio.

Acordóse de un subterráneo que comunicaba con los fosos del castillo; de un lienzo de pared que daba vuelta sobre sus goznes: acordóse tambien que la reina le habia dicho que aquel subterráneo estaba tapiado, y que la pared habia sido repellada; mas sin embargo no podia vencer su temor.

Aumentábalo mas un aturdimiento incensible que se iba apoderando de ella cada vez que gustaba algunas gotas del vino que le habian presentado... pero este decaimiento lo atribuia ella al cansancio de la jornada; no obstante, cada vez iba á mayor.

Entonces quiso levantarse, pero no pudo; estaba como clavada al sitial: todos los objetos parecian moverse á su al rededor... ella conoció que se hallaba en este momento bajo la influencia de un poder invencible y que vivia en un mundo en el que habia desparcido la realidad.

La luz temblante de la lámpara animaba hasta los inmóviles objetos; las figuras esculpidas en la pared se movian en la sombra, y le pareció oir un ruido lejano como el de abrir y cerrar una puerta... pero todo se asemejaba á un ensueño.

Por último, pensó que aquel vino que habia bebido podia ser un narcótico del que sentia ya los efectos; quiso gritar, pero la voz le faltó; entonces reunió todas sus fuerzas y corrió á una puerta de salida... empero una terrible realidad sucedió á todas aquellas visiones.

Un paño de la cortina se corrió y un hombre se abalanzó en la estancia, la retuvo en sus brazos en el momento en que iba á caer desmayada, la llevó á su lecho y agotó en ella el cáliz de la voloptuosidad.

. . . . . .

. . . . . .

9.

El luto de la condesa.

Los dos accidentes sucedídos el uno al jóven aventurero, y el otro á Guillermo de Montaigu, la partída del conde de Salisbury para Margate y la de la condesa para el castillo de Wark, habian puesto fin á las fiestas de Windsor. Por otra parte, Eduardo no podia estar mucho tiempo en Lóndres: él queria visitar todos sus puertos meridionales y continuar haciendo el armamento de sus tropas.

De consiguiente partió el mismo dia que

Alicia, olvidándose sin duda que debia esperar en Lóndres á su enviado Salisbury que le habia de traer noticias importantes de los prisioneros.

En cuanto á la mision del conde, habia tenido el desenlace que habia previsto. Olivero de Clisson y Godofredo de Harcourt habian firmado por sí, y habian salido fiadores de los principales géfes de la Bretaña. De consiguiente, fueron puestos inmediatamente en libertad; Salisbury presenció el embarque y se volvió á Lóndres donde lo esperaba la noticia de la muerte de Guillermo.

Entretanto, Eduardo que reunia á la vez esa triple cualidad, [bastante rara en su siglo] de profundo político, guerrero aventuroso y caballero ardiente en amor, estaba pensando durante las fiestas de Windsor, en tres asuntos que eran para él de la mas alta importancia.

Santiago de Artevelle, al que hemos perdído de vista hace dos años, seguia aun en buena opinion con las gentes de Flandes, y habia continuado sus relaciones con Eduardo; habia hecho mas, habia pensado con razon, que la mas ventajosa alianza al comercio de sus compatriotas era la de la Inglaterra que le vendia las buenas

lanas de Gales y los escelentes cueros del condado de York; y esta alianza era menester mantenerla á toda costa.

Uno de los medios de hacer esta alianza duradera era establecer al jóven príncipe de Gales, señor y heredero de Flandes, en lugar de Luis de Cressy, y segun cartas del ex-cerbecero, el momento habia llegado y los espíritus estaban dispuestos á la revolucion.

En consecuencia, Eduardo habia tomado sus disposiciones y no habia querido confiar á nadie la carta de Artevelle, temeroso de que se desbaratara el plan por algun soplo ó conspiracion.

En cuanto á los asuntos de Bretaña iban á mejor por momentos, y teniendo de su parte á la Gascuña, la conquista de Francia no le seria ya tan difícil; de modo que iba á realizar uno de los ensueños mas gigantescos que un rey de Inglaterra pudiera jamás haber concebido, y para llevarlo á cabo solo le faltaba terminase la tregua; tregua que debia espirar el 29 de Setiembre de 1346, dia del arcángel san Miguel.

Esta tregua además no cambiaba nada en los respectivos derechos de Cárlos de Blois y del conde de Montfort: los partidarios de los dos ri-

vales podian continuar sus escaramuzas, sin que ni el uno ni el otro de ambos reyes fuese responsable de estos encuentros particulares: en una palabra, todo estaba dispuesto para que cada uno, usando de sus derechos y recursos, se encontrase mas vigoroso para combatir á la espiracion del anmisticio. Ved aquí por qué Eduardo habia dado prisa á Salisbury á que recogiese los contratos de Olivero de Clisson y Godofredo de Harcourt, que le prometian de antemano la cooperacion de los principales señores de la Bretaña y Normandía; cooperacion que le creaba en el continente una fuerza material á la que era difícil que Felipe de Valois resistiera.

En cuanto á Salisbury, tan luego como terminó su comision se volvió á Lóndres y llegó al puerto de Sandwich, ocho dias despues que Eduardo habia partído con el conde de Suffolk, Juan de Beaumont, el conde de Lancastre, el de Derby y otros varios señores y barones.

Salisbury estrañó en un principio el no haber sido designado para formar parte de esta espedicion; pero conociendo la rapidez de las resoluciones de Eduardo, comprendió que seria motivado por algun parecer instantáneo, ó por

*

alguna noticia inesperada; de consiguiente, resolvió ir á unirse con la condesa en el castillo de Wark y esperar allí las órdenes del rey.

El conde abandonó el puerto y tomó el camino de su castillo en pequeñas jornadas porque iba sin séquito alguno, y por consiguiente no llevaba mas que un caballo. Además, como en estos tiempos de guerra todo caballero tenia costumbre de caminar armado, era imposible que su cabalgadura por muy vigorosa que fuese pudiera resistir el peso del caballero y el de la armadura, ni menos hacer jornadas de diez ó doce leguas.

A los seis dias de camino, llegó á la colina de Roxbourgh, desde la que se descubria el castillo de Wark.

Todo estaba lo mismo que lo habia dejado, y no obstante, á su vista sintió una inesplicable tristeza tal, que aun retuvo mas su caballo y en vez de ponerlo al galope para cuanto antes llegar al lado de su adorada Alicia, detuvo el paso de su corcel y se acercó como temblando y cual un hombre que pesa sobre él una desgracia que ignora, pero que un presentimiento le avisa que ecsiste.

No obstante, ningun cambio visible justificaba estos presagios: la bandera flotaba en la torre, los centinelas se paseaban en la muralla con ese paso lento y monotono que indica que todo está tranquílo dentro y fuera. Algunos pobres aldeanos de las cercanías, que venian de dejar los víveres, salian por la gran puerta y se volvian á sus aldeas.

Salisbury quiso ir á ellos y preguntarles, pero sobre qué? él lo ignoraba. Soportó este momento de debilidad y convencido por el testimonio de sus ojos, que su imaginacion le engañaba, espoleó su caballo y en un momento llegó al pie de la colina, en la cumbre de la cual se hallaba edificado el castillo.

Llegado allí, conoció en la señal del centinela, que habia sido reconocido, y subió rápidamente el sendero que conducia á la plataforma.

Cuando llegó á la puerta, encontró á sus oficiales que lo esperaban, mas no creia ser solo esperado por ellos. Ordinariamente Alicia era la primera en venir ante él, y ahora no la veia. No obstante, bien pudieran haberla avisado. No estaria quizá en el castillo? Mas sino en dónde estaria? Así es que el primer nombre que pronun-

ció el conde fué el de su muger. Nadie le contestó. El conde no se atrevió á interrogar mas, y entró en el patio: detúvose un momento porque no viéndola en el peristilo, miró á las ventanas á ver si en alguna de ellas estaba asomada; pero todas las ventanas estaban cerradas. Entonces subió los escalones con mas ligereza de la que permitia el peso de su armadura, y corrió á la cámara de su muger. Todas las piezas estaban desiertas y silenciosas. Por último, llega al oratorio y encuentra á la condesa arrodillada ante el altar, pálida como un cadáver y vestida de negro.

El conde se quedó mudo y tembloroso á tal vista, porque no podia adivinar lo que habia sucedido; en fin, viendo que la condesa permanecia inmóvil, corrió á ella y rompió el silencio.

—Qué ha sucedido, señora? dijo con vacilante acento, por quién llevais ese luto?

—Monseñor, contestó la condesa con voz tan débil que apenas pudo entenderla Salisbury, llevo el luto de vuestro honor que me ha sido vilmente robado en el castillo de Nottingham por el rey Eduardo de Inglaterra.

FIN.

A los SS. Suscritores.

Con el objeto de que el presente tomo conste de doce pliegos como los anteriores, hemos determinado insertar en los que faltan, la linda novela de Dumas, titulada: ***La pesca con redes,*** cuyas páginas, aunque pocas, ofrecen el mayor interés y presentan los mas animados cuadros, como verán nuestros apreciables suscritores.

Tambien, mientras concluye el precitado autor en la vecina Francia [á instancias de varios de sus amigos, á quienes, como á nosotros, no agradó el final de la novela que acabámos de publicar] la segunda parte de *La condesa de Salisbury*, con el tíulo de ***Eduardo III, ó venganza del conde de Salisbury,*** de cuya traduccion nos estamos ocupando, hemos determinado publicar una preciosa y moral novela que, á imitacion de las del célebre Paul de Kock, ha visto la luz pública en la nacion vecina, con el título de ***El pie de Frasquita;*** la cual creemos merecerá la aceptacion de cuantos nos favorecen con sus suscricion.

Volvémos á repetir, que obra que publiquémos, podrá retardarse; pero nunca quedará sin concluir; pues para ello tomámos de antemano todo el original francés y la traduccion la hacémos siempre anticipadamente.

LA PESCA CON REDES.

POR ALEJANDRO DUMAS.

Traducida del francés por A. J. M.

1.

La cita nocturna.

La noche del 25 de Julio de 1414, fué una de las mas calurosas del mes, y la cual en el año que anunciamos, escedió á todos los grados de temperatura que puedan soportarse. A proporcion que la noche iba avanzando, iba apoderándose de los habitantes de Nápoles [lugar donde colocámos nuestra historia] un irresistible entorpecimiento. Un resplandor blanquecíno iluminaba imperceptiblemente los objetos, y el único ruido animado que se oia en aquel silencio universal, era la monotona campana de Pizza-Falcone, que daba la hora.

No obstante, á pesar de la postracion general, un hombre velaba. El ódio y la ambicion le habian arrancado de sus miembros la fatiga, el sueño de sus párpados y el reposo de su corazon. De pie é inmóvil detrás de la ventana de una casíta de Chiatamone, estendia sus penetrantes miradas hácia la parte de Caprea.

De repente se despejó su frente; sus cejas se dilataron, y una sonrisa de satisfaccion se asomó á sus contraidos lábios; porque habia divisado á lo léjos, allá en lo profundo del golfo, una luz que en el instante habia vuelto á desaparecer. Sin duda era una señal convenida, porque en el momento el jóven se estremeció, colgó su estoque de tres filos á su cintura, cogió una tea, embozose en una capa negra y se dirigió al muelle de santa Lucía.

Las doce daban en el reloj de palacio. El farol nocturno que el desconocido esperaba, volvió á aparecer á mas corta distancia y desapareció de nuevo. Infortunadamente, nuestro jóven desconocido no encontró ni un bote, ni una lancha amarrada á la orilla. Los pescadores y marineros, ahuyentados por el calor, habian ido á buscar en las grutas ó detrás de los escollos un abri-

go y un poco de fresco.

El jóven recorria afanado la ribera, y ya desesperaba de terminar su cita nocturna, cuando entre dos barcos que estaban carenándose, descubrió una barca encallada en la arena, y en el fondo de ella un barquero como de diez y ocho á veinte años que dormia tranquilamente.

Ya era tiempo; el barco de las señas luminosas habia llegado al medio del golfo, y por tercera vez babia hecho sus signos. El jóven desconocido corrió entonces á la barca, saltó á ella y sacudió con violencia por un brazo al dormido marinero.

—Escelencia, murmuró maquinalmente el dormído pescador... Ya estoy pronto.

Y despues de dos ó tres movimientos infructuosos para abrir los ojos y sostenerse, abrumado por su soñolencia, volvió á caer en el fondo de la barquilla.

—Levántate, hombre. No hay que perder tiempo; echa el remo al agua y boguémos.

—Perfectamente, señor, dijo el pescador que empezaba ya á despertarse y á fijar sus miradas sobre el hombre que no le parecia ya digno del tratamiento de escelencia; hablais á las

mil maravillas; pero antes de haberme despertado con ese modo tan poco ceremonioso, que digamos, debierais haber averiguado, si es que yo queria trabajar en una noche como esta en que las ánimas benditas, que sin duda sabrán lo que son calores, ni aun se atreverian á dejar el Purgatorio, por un minuto.

—Voto al diablo! contestó el desconocido dando una patada en el fondo de la barca; no estás aquí, gran tunante, para servir al público?

—Durante el dia quizá; pero por la noche soy libre. Asi pues, sino tienes mas que decirme, añadió el pescador pasando sin mucha ceremonia desde la escelencia al mas sencillo tuteo, vete con mil demonios y déjame dormir en paz.

—Vámos, oye, continuó el desconocido deseoso de obtener la barca á toda costa; vámos, hazme este corto favor y te lo remuneraré grandemente.

—Entonces ya eso es otra cosa y...

—Vámos á ver si acabas.

—Poco á poco, señor mio. Vámos á ir muy léjos?

—Dos millas lo mas.

—Dos millas de ida y dos de vuelta, son cuatro... entonces quiero dos onzas.

—Ahí tienes cuatro, respondió el incógnito tirándole con desprecio su bolsillo.

—Ah! perdone su escelencia contestó el pescador avergonzado y lleno de asombro al querer reconocer al personage que estaba en su barquilla. Ah! sin duda estaba dormído. Tomad vuestra bolsa; qué diablos! yo no soy judío y debo salvar mi alma. Una piastra es suficiente. Verdad que por la noche no hay tarifa; pero con todo, yo no soy carero y aun menos llevaria sino tuviera que mantener á mi pobre padre y á mi hermano menor... un holgazan, un perezoso del que no podeis formaros una idea... todo cuanto poseo... cuanto tengo es para ellos.

Empero el desconocido no lo escuchaba. Cuando se vió á muy corta distancia del sitio á donde queria llegar, sacó su eslabon y su piedra y encendió la tea que llevaba en la mano, agitándola sobre su cabeza. Al punto en la otra barca apareció un segundo fanal é impelida por vigorosos remeros, salvó la distancia que separaba á los dos misteriosos personages. Entonces apercibióse en la popa del barco que venia de

Caprea, un anciano como de sesenta años, de barba y cabellos blancos, algo corcovado y cubierto con un ancho ropon.

—Apaga esa antorcha, dijo el anciano con voz baja; toda precaucion es poca.

—Quisiera ecsaminar bien tus facciones y conocer con quien voy á entenderme.

—Y para qué, si no me conoces? Apaga tu luz, dame la señal, ó me vuelvo como he venido.

—Muy cierto, dijo el jóven arrojando al mar su tea. Escucha la consigna, astrólogo: *Aut Coessar, aut nihil.*

—*Bis maledetto atque condenatto.*

Y el anciano saltó á la barca con una ligereza increible, haciendo señas á sus dos marineros para que se retiráran y no volvieran hasta que él les hiciera una señal.

Cuando la barca del anciano se halló á alguna distancia, hizo un gesto significativo para indicar la presencia del barquero.

—Puedes hablar con seguridad, dijo á media voz el jóven; yo salgo garante de su silencio. Dí, qué noticias me traes de nuestro conquistador?

—Monseñor, murmuró el anciano con voz lenta y lúgubre, desde que el enviado de vuestra escelencia vino á ponerme á vuestras órdenes, no he cesado de observar los astros y...

—Yo no te quiero para que observes las estrellas, sino los pasos del rey.

—Pero, monseñor, yo soy Galvano Pedicini, el astrólogo.

—Y yo te pago como espia y como envenenador.

—Poco á poco, en cuanto á ese segundo punto creo que aun no estámos al corriente.

—Pero eso se infería, y por lo mismo vengo yo á hablarte en persona.

—Entonces, monseñor, soy todo vuestro.

—Dí, qué te han dicho las constelaciones?

—Señor, que Ladislao ha tomado ya no solamente á Bolonia...

—Sino á Siena tambien.

—Cómo! lo sabeis?

—Ya veo que mis correos andan mas listos que tus estrellas.

—No es posible... no podeis saberlo.

—Si lo dudas y no temes que el demonio tu amigo te riña, vé mañana á la iglesia de Nues-

tra Señora del Cármen, y me verás con la regente y toda la córte dando gracias á Dios por el triunfo que ha concedido á su magestad heréticа tres veces escomulgado... Ya ves que tus noticias andan atrasadas.

—Monseñor, mas atrasadas andan vuestras pagas.

—Sí, pero yo, dijo el jóven, vengo á reparar mi descuido.

Y le enseñó una bolsa llena de oro.

—Espero que su escelencia perdonará tambien el mio; pues aunque parece que se halla muy informado de los progresos del rey Ladislao, quizá no tenga un conocimiento tan esacto de sus intenciones.

—Veamos.

—El rey piensa abandonar sus victorias y retirarse á Nápoles con sus laureles.

—Eso ya me lo figuraba.

—Pero no se figurará su escelencia que el rey vá á gobernar por sí mismo su reino, y á mandar á una reclusion á su hermana Juana Duras, que es hoy reina regente.

—Eso lo presumia.

—Pero no se presumirá su escelencia que

uno de los primeros actos del rey, será mandar ahorcar á monseñor Pandolfello.

—Lo tengo por muy probable; mas procuraré evitarlo.

—Y cómo, señor escelentísimo?

—Escucha. Tú como astrólogo del rey, te está permitido el que veles á su lado de dia y de noche... pues bien, cuanto quieres por encargarte del rey Ladislao y despacharlo cuanto antes?

—No pido mas, señor, que desempeñar cerca de vuestra magestad, cuando haya podido sentarse al lado de Juana, en el trono de Nápoles, el mismo empleo que desempeña ahora su escelencia cerca de Ladislao.

—Convenido.

Y tendió su bolsa llena de oro al astrólogo.

El anciano alargó su descarnada mano, tomó la bolsa que le presentaban y despues de dar un silvido á sus dos marineros, se despidió de su interlocutor.

—Adios, Galvano, le dijo el jóven.

—Adios, Pandolfello, contestóle el mágico.

El jóven se volvió de repente hácia aquel magnífico anfiteatro de casas, jardines, villas é

*

iglesias que se estienden desde Pórtici al Pausilipo, y abrazándolo con una ambiciosa mirada murmuró:

—Para mí Nápoles, para mí la reina, para mí todo.

Despues, acordándose de que ecsistia un hombre demás entre los mortales, dió un golpecíto en la espalda del barquero, que en el fondo del esquife casi olvidára, y el cual se hallaba, al parecer, sumido en el mas profundo sueño.

—Hola! ya has dormído demasiado, muchacho; gritó el jóven favoríto con siniestro acento. Toma tus remos y volvámos al puerto.

Ni un solo instante habia cerrado los ojos el pescador; pero en el tono conque su nocturno pasagero habia pronunciado aquellas palabras, comprendió que ya no le quedaba esperanza alguna de salvacion. Aun cuando hizo todo lo posible para que las palabras de la siniestra conversacion no hiriesen sus oidos, desde el momento en que su adversa fortuna lo escogiera para ser testigo de un secreto de muerte, se creyó perdído. Asi es, que no se engañó ni un solo momento por la hipócrita dulzura de su compañero; volvió pues á coger tristemente los remos, dirigien-

do sus miradas al vasto golfo, á ver si descubria alguna barca, alguna luz, ó algun eco lejano; empero nada, todo estaba silencioso y solitario; esperaba un momento favorable para arrojarse de improviso sobre aquel hombre é intentar una resistencia desesperada, ó bien para arrojarse al mar y salvarse á nado. Mas el favoríto lo estrechaba muy de cerca, y veia brillar en su mano un largo estoque, que le hubiera atravesado el corazon al menor movimiento.

El pescador dirigió una súplica mental y suprema y continuó remando; y al ver que ya se iban aprocsimando á la playa, presentó su pecho á su compañero de viage y le dijo con reposada voz:

—Sé, monseñor, la recompensa que me espera por haberos llevado á vuestra cita; solo y desarmado, ni puedo defenderme ni resistir; he hecho lo posible por no ver ni oir nada, pero demasiado lo he comprendído todo; pues bien, señor, os juro por la sagrada memoria de mi infeliz madre, por Dios y por todos los santos, que nunca desgarraré el misterio de esta noche, y que de mis lábios no se escapará una palabra que pueda comprometeros, aunque me dieran

tormento, pues no temo la muerte; mas os pido me perdoneis, no por mí, sino por mi pobre padre de quien soy el único apoyo. Mi padre es un veterano mutilado que ha perdído ya dos hijos en servicio de su patria, y que ya no puede ganar su sustento. Hacedlo así, monseñor, y Dios tendrá piedad de vos en este mundo y en el otro. Además, latirá un corazon que rogará por vos noche y dia... escuchad la voz del inocente y fiaos en la palabra del pobre barquero.

—Quién es tu padre?

—Giordano Lancia; lo habeis oido nombrar?

—Lancia!!! esclamó con furor el jóven; sí, lo conozco... dos veces me ha salvado la vida...

—Ah! tú eres Pandolfello?

—El mismo.

—Oh! Dios mio, amparadme!

Y aun no habia concluido su súplica, cuando Pandolfello atravesó con su estoque el corazon.

Despues dejándolo caer al mar, dirigió con rapidez la barquilla al sitio solitario de donde habia partído, saltó en tierra y desapareció por una de las bocacalles que daban al muelle.

2.

Giordano Lancia.

Las doce de la mañana acababan de dar en la iglesia de la Coronacion, y en el mismo instante, y como para atestiguar la esactitud del antiguo reloj gótico, se oyó de repente un universal y atronador repique.

Despues de una noche como la que acabamos de describir, puede imaginarse que el dia que le sucediera fuera de un calor intolerable. No obstante, en los barrios situados á orillas del mar, era menos sofocante; una brisa casi imperceptí-

ble refrescaba los pulmones de aquellos hombres habituados á una temperatura, que pudiéramos llamar propiamente infernal.

La mas delgada sombra proyectada por cualquier columna ó por cualquier corniza, se veia adornada con un improvisado abanico de ramas verdes y flores que convidaba con su grato y oloroso frescor.

Ademas, se habian adoptado todas las precauciones de costumbre para preservar á la ciudad del escesivo calor que hacia. Todas las calles que comunicaban con el Real-Palacio y la iglesia del Cármen, se hallaban entoldadas; flores y arbustos se veian arrojados por el suelo y una multitud de fuentes improvisadas se hallaban esparcidas por la carrera, las que servian para refrescar la atmósfera y el suelo á un mismo tiempo.

Todos estos aparatos anunciaban evidentemente alguna fiesta estraordinaria, algun regocijo público, ó alguna funcion solemne. En efecto, la regente Juana Duras, sobrina de la terrible Juana I, de homicida y adúltera memoria, despues de recibir, cuando se levantó, á los grandes funcionarios de la corona y principales

barones del reino, se trasladó seguida de todos ellos á la iglesia de Nuestra Madre y Señora del Cármen, para dar gracias, en una solemne funcion, por la doble victoria que habia conseguido su hermano y señor, Ladislao I, rey de Hungría, de Jerusalen y de Sicilia.

Esta fiesta improvisada, probaba á un mismo tiempo la devocion de Juana Duras y su gran amor fraternal.

El séquito, habia atravesado los malecones y la plaza del mercado; y la multitud insaciable comunmente por esta clase de espectálos, esperaba con ansia la vuelta del brillante cortejo. No obstante, algunos grupos mas desdeñosos, se separaban de la masa comun de los curiosos y se entregaban á sus ocupaciones.

Uno de estos grupos lo componia una docena de pescadores, de tez morena y tostada, con sus gorros encarnados y cantando sus aires nacionales ó la tarantela, mientras sacaban sus redes del mar.

De cuando en cuando, para dar treguas á su trabajo y para refigerarse un poco de los consumidores rayos del sol, iban á sentarse á la sombra del arco de un puente medio hundído, y for-

maban círculo en derredor de un personage que animaba en gran manera su recreo.

Era un veterano de Avelino, de duras y bronceadas facciones, cabello blanco y encrespado y pecho ancho y musculoso. Con solo lanzar una mirada sobre aquel hombre, era facil convencerse de que habia tomado una parte activa y aun gloriosa en todas aquellas guerras, que hacia medio siglo agitaban su infortunado pueblo, codiciado por tantos príncipes y por tantos reinos. El número de las cicatrices que cruzaban el cuerpo de aquel hombre era inconmensurable. Habia algunas tan profundas, que indicaban haberse abierto varias veces, como si el hierro enemigo, no encontrando ya donde herir, no hubiera tenido otro recurso que penetrar por las ya cerradas cicatrices. Sus brazos y sus piernas, cuyos ructurados huesos, se habian colocado bien ó mal, se asemejaban á las nudosas ramas de un viejo tronco hendído por el rayo. Este ser original andaba, hablaba, regañaba é insultaba á todos con impotente é irrisoria cólera.

Hacia ya algun tiempo que se habia aumentado en el anciano el colmo de su mal humor y de sus arrebatos, de tal manera, que el mayor

de sus hijos, el barquero, no podia calmarlo. El jóven ignoraba la causa de los denuestos de su querido padre; tal vez fuera alguna nueva escapatoria de Peppino, muchacho holgazan é incorregible, que era su otro hermano, pues siempre que el barquero se alejaba para pescar ó conducir pasageros, el viejo irritado miraba á su hijo menor y le dispensaba una profusion de dicterios y amonestaciones que de todo tenian menos de finas y elegantes. Mientras tanto, los pescadores redoblaban sus sarcasmos y sus epígramas y se reian de las inútiles bravatas del viejo esqueleto.

En aquellos momentos se burlaban mas del pobre, porque Giordano Lancia se encontraba sin defensa. Su hijo Lorenzo, que así se llamaba el mayor, aun no habia aparecido desde la víspera; mas esto no era de estreñar pues le acontecia muy amenudo, en atencion á que el pobre jóven tenia que trabajar para sí y para mantener á su anciano padre y á su hermano menor.

Incómodo é inquieto el pobre Lancia, dirigia desde el mar á la ribera y desde esta á aquella, el único ojo que le quedára pues el otro habia tomado vuelo de resultas de un escelente parte-

sanazo. Sentado sobre un banco de encina carcomido y cojo [digno pedestal de semejantes restos], el antiguo soldado no hacia caso de las burlas y chanzonetas que le dirigian, pues estaba sumido en una profunda meditacion.

Abismado completamente en sus ideas, estaba que parecia dormído cuando de repente un lazzaroni como de trece años, corrió al veterano y le sacudió por un brazo.

—Hola! qué tenémos? esclamó el viejo con tono severo.

—No he podido encontrarlo, contestó el niño; pero su novia, la linda lavandera de Pórtici me ha dicho que lo vió ayer tarde; Lorenzo estaba contento como siempre y esperaba trabajar mucho, porque...

El niño se detuvo.

—Por qué? gritó el viejo con voz destemplada.

—Porque me ha prometído un gorro nuevo para hoy, pues todo el mundo se compone para la fiesta.

—Por tí se mata trabajando tu pobre hermano.

—Pero, padre mio...

—Silencio, holgazan, tunante, cobarde.

—Pero, padre mio, tengo yo la culpa de no encontrar trabajo? Nadie me quiere ni para remar, ni para tirar de las redes. Creedme, padre mio, los mas vigorosos no encuentran ni ocupacion ni trabajo y, ó se mueren de hambre, ó se matan en la guerra. Y si yo sentára plaza, padre mio, en caso de que me admitieran, quien sostendria vuestros pasos? quien os defendería de los pillos que os abuchean?

Una estrepitosa y universal carcajada, acogió á la última escusa propuesta por el adolescente. Sus mejillas se pusieron de color de grana y enseñó los puños á los mofadores, los cuales se rieron mas de aquella demostracion hostil.

—Echate á mis pies, tunantillo, siéntate entre mis rodillas, miserable, y no te vayas mas. Es ese el apoyo que me proporcionas?

—Perdon, padre mio, balbució el niño dejándose caer en el suelo y besándole las rodillas para enternecerle.

—Vámos, Lancia, gritaron los pescadores; dejad al pobre Peppino, y hablémos de nuestro negocio. Lo dicho, dicho.

—He dado mi palabra, contestó el viejo mas

apasiguado; aunque si he de decir verdad, añadió mirando hácia la iglesia, en la que acababa de entrar la córte; seria mucho mejor dejar el trato para otro dia, pues hoy reza el diablo.

Los pescadores se echaron á reir.

—Ah! ah! no repareis en eso, haced la señal de la cruz, y el diablo no se mezclará en vuestros asuntos.

—Muy cierto, pero para hacer la señal de la cruz, es preciso tener dedos, y los mios hace tiempo que me han dejado. Empero en cambio, pediré á Dios con lo mas íntimo de mi corazon, que envie, aunque no sea mas que por cinco minutos, un fuerte temblor de tierra que eche abajo la iglesia del Cármen.

—Vámos, no blasfemeis. Hablémos del negocio, si os place; queréis jugar un albur?

—Repito que he dado mi palabra.

—Pues bien, todo el pescado que saquémos en la red que vámos á echar, sean veinte arrobas, sean dos libras, es vuestro por la pequeña cantidad de seis carlinos. Si no sacámos mas que guijarros, la pérdida será vuestra, ¿os acomoda?

—Me acomoda.

—Así pues, vais á tener, si Dios quiere, otra

pesca milagrosa, por materia de seis monedas con el busto de ese buen Cárlos de Anjou, cuya alma tenga Dios en eterno descanso.

—Oh! el alma de Cárlos, está en sitio seguro; respondió el viejo sonriendo, y yo espero que toda su raza irá bien pronto á hacerle compañia.

—Señor Lancia, objetó un pescador; sois un hereje, jamás vais al sermon, pues si así no fuera, oiríais al padre Girolamo contar tantas cosas buenas de esos escelentes amos, que Dios nos ha enviado desde el fondo de la Provenza, que son verdaderos santos de padres en hijos.

—Sí, sí, muy cierto, continuó Lancia; oh! el rey Cárlos era un gran rey! Un rey de la rama menor, como dicen ellos. Protegia á los pobres, pero deshonraba á sus hijas en secreto; fundaba conventos, pero aprisionaba á santo Tomás de Aquino. Mas en cambio, edificó dos soberbias iglesias; la del Cármen, en la misma plaza donde mandó decapitar á Coradino, nuestro legítimo monarca; y la de san Lorenzo, donde se reunian antes los nobles y el pueblo en el antiguo palacio comunal; sí, sí, el padre Girolamo tiene razon; son dos altares que bendecirán eternamente la memoria de su santo fundador; dos ca-

pillas preparadas de ante mano para los dos últimos descendientes de ese buen rey, Juana y Ladislao. Hoy la hermana ha ido á orar al Cármen; la hija del verdugo sobre la tumba de la víctima; mañana quizá el hermano irá á san Lorenzo; el hijo del usurpador sobre la tumba de la libertad!.. Oh! ese padre Girolamo es un hombre inteligente; sí, nuestros buenos reyes son unos santos de padres en hijos... en efecto, Cárlos II, ese maldíto cojo...

—Oh! en cuanto á eso, señor Lancia, tambien cogeais vos.

—Yo cuando cogeé por primera vez, fué al levantarme del campo de batalla todo ensangrentado. Pero él... Dios lo puso así desde su nacimiento. Ese maldíto cojo, oprimió de tal manera al pueblo, que ojalá le hayan oprimido á él la pierna de ese modo allá en el otro mundo. Pues y el angelíto Roberto, no usurpó el trono á su hermano mayor? Cuantas guerras! cuanta miseria no atrajo sobre este pobre pais! Y Juana, su digna hija, tia de esa otra que llevaba su nombre, no tuvo la santa idea de ahogar á su marido? Y cuando el pobre Andrés, viéndola ocupada en tejer un cordon de seda y oro, le preguntó

para qué hacia aquello, le respondió ella con la mas infernal complacencia: «Es para ahorcaros, monseñor...» Es verdad que á su vez Cárlos III, su querido hijo, la ahorcó á ella, pues parece que el amor y el reconocimiento es hereditario en esta *santa familia*; empero su amada esposa, inspirada por el mas ardiente amor conyugal, cogió en cierta ocasion un hacha y cuando él dormia embriagado por el mas voluptuoso acceso, ella le dividió el cráneo del modo *mas santo* que podais imaginar. No es verdad, hijos mios, que la historia de nuestros reyes no puede ser mas edificante, y que yo sé un poquíto mas de ella que el bendíto padre Girolamo?

Los espectadores que habian creido reirse con las ocurrencias del viejo Lancia, quedaron inmobles y aterrorizados. Entretanto, los pescadores habian ya descansado y algunos de ellos se retiraron á trabajar con sus redes y volvieron á comenzar lentamente su faena y su monótona cancion. Los restantes permanecieron como clavados en la arena con las graves palabras que acababan de oir y tratando como de despejarlas, empezaron la conversacion bajo otro asunto muy parecido al anterior y no menos importante.

—Señores, yo sé de que proviene esa aversion que parece consume al insigne Lancia; dijo un pescador.

—De veras? replicó el anciano con tono chocarrero... De veras? pues dí, y que el diablo te coma, por charlatan.

Peppino se estremeció y miró con asombrados ojos al pescador.

—Pues oid, señores: el lúnes á la caida de la tarde, me hallaba yo agazapado en un rincon de la calle de Santa Maria-Neva, guareciéndome de la lluvia que caia á torrentes. La calle se hallaba enteramente desierta, esceptuando al intrépido Lancia, que no teme ni al agua ni al fuego. Lancia, iba por medio de la calle cual si fuera un mayordomo de vara en una procesion, cuando de repente desembocando en la calle el gran chambelan, monseñor Pandolfello, lo atropelló con su caballo y lo echó á rodar por el suelo, sin la menor consideracion á sus gloriosos servicios.

—Maldicion! gritó el anciano. No estaba solo! Fatalidad!.. Otro habia sido testigo del insulto... Ah! concluiré por perder á mi otro hijo, mi pobre Lorenzo.

—Está loco, digeron algunos.

—No estoy loco, porque mi hijo Lorenzo llegará á saberlo y entonces me vengará... y despues, es claro, lo matarán á él sin respeto á mis canas!.. mis heridas!.. mis glorias!.. infames!.. Sí, lo que ese hombre acaba de contar, hijos mios, es positivo. El gran chambelan me ha arrojado por el lodo; mas no he querido decirle nada á Lorenzo porque lo conozco; es mi digno hijo, el digno hermano de Oracio y Cornelio, hijos mios muertos á mi lado en el campo del honor... Oh! Lorenzo me vengaria á costa de su vida, mientras que este botarate que está á mis pies...

—Vámos, señor Lancia, no culpeis al pobre Peppino si acaso tiene miedo.

—Miedo!.. miedo! repitió el viejo hecho un escorpion de cólera. Lo oyes, bribon, lo oyes? insultan á tu padre en tu presencia, te llaman cobarde ante la mia, y ni aun te mueves... pero tú no debes ser mi hijo, porque la sangre de los Lancia es ardiente como el Vesubio y la tuya... es de nieve.

La mirada del adulto brilló como un relámpago, mas no se movió de su sitio.

*

—Vámos, Lancia, no tengais mal genio. Hemos hecho mal en mofarnos y burlarnos de vos; pero no habeis hecho bien en incomodaros por niñerias. Perded cuidado, Lorenzo no sabrá nada, es un buen muchacho y no se le debe esponer sin motivos. Pensémos en la pesca, ya pronto estarán llenas las redes y las irémos á sacar. Salgan muchos pescados, Lancia, y dejemos al gran chambelan y al diablo su patron. Al fin, los nobles son nobles y...

—Noble!.. noble!.. Sabeis quien es ese Pandolfello Alopo? ese poderoso feudatario que marcha á la cabeza de la aristocrácia napolitana, ese caballero arrogante que atropella á los transeuntes, el primer chambelan del rey, el baron mas poderoso del reino? No lo sabeis? Yo os lo diré. Es un espósito que no ha conocido jamás ni á su padre ni á su madre; un mendígo lleno de inmundicia, un vagamundo espulsado de su aldea como un animal asqueroso. Y sabeis quien recogió á ase espósito, quien dió la primer limosna á ese mendígo, y quien colocó á ese vagamundo en las caballerizas del rey? Pues fuí yo, yo á quien cobardemente ha ultrajado. Era entonces, el hidalgo advenedizo, un

niño débil y enfermo. Gracias á mí, el raquítico adolescente llegó á ser un jóven robusto y de buena figura. Entonces fué cuando se enamoró la princesa de él y le hizo primero su copero, luego su favorito y no tardará quizá mucho tiempo en que lo haga vuestro rey... un mozo de cuadra!!!

—Eso es imposible, señor Lancia, digeron los pescadores.

—Imposible! la verdad es la que digo, y aun á él mismo se la digera en su cara. Pero yo no tengo piernas para correr tras de él, ni brazos para darle con mis zapatos en la cara, en prémio del revolcon que me dió... Vergüenza! afrenta á ese saltimbanqui de chambelan.

—Lancia, añadieron los pescadores en voz baja, no hableis así del gran chambelan. Hablad en buen hora de los muertos, ellos no se moverán por cierto, hablad de la regente y del rey, tal vez os perdonen; pero no digais una palabra de monseñor Pandolfello, ó vivid con cuidado; velad sobre vuestros hijos, guardad á Lorenzo.

Entretanto la pesca tocaba ya á su fin y las redes pesaban tanto, que los que tiraban de la

cuerda empezaron á pedir socorro. Todos los pescadores se pusieron á la cadena y abandonaron al anciano que seguia en sus refunfuños.

—Por la Madona, dijo el pescador que habia propuesto el convenio, ved aquí un buen negocio. Lo menos hay doscientas libras de pescado, y todo para ese viejo regañon, corajudo y endemoniado, por la friolera de seis carlinos.

—Pues figúrate que todos sus negocios son de este modo.

—Y si no ayer, que no quiso tomar por la pesca tres ducados y luego la dió casi de valde.

—Y sin embargo habia consultado á san Pascual, continuó el hombre del contrato hablando consigo mismo.

—Qué entiende san Pascual de pesca con redes?

—Si fuera el bendíto san Pedro!

—Bueno! ya tendré presente esta gugarreta para otra ocasion, añadió el hombre del convenio.

—Hola! benemérito Lancia, quereis cederme vuestro pescado por una piastra?

—Yo doy dos.

—Yo tres.

—Yo cuatro.

Y los pescadores pujaban á medida que las redes se iban aprocsimando á la orilla. Empero el anciano distraido y como alelado no daba muestra de comprender las proposiciones que por todas partes se le hacian.

—La dicha lo ha vuelto tonto.

—Ya! como que es enorme.

—Qué calladíto está.

—Ahora no gruñe, sino se hace el desentendído.

—Las redes van á romperse.

—Apuesto á que traen un atun.

Y todos los pescadores con el rostro encendido, los brazos tendidos y los ojos relucientes se aprocsimaron á las redes con inquieta curiosidad, cuando de repente todos á la vez dieron un grito espantoso y retrocedieron llenos de pavor al ver un cadáver.

—Es un hombre asesinado.

—Un jóven.

—Un pescador.

Entonces el ínclito Lancia, al oir aquellos gritos se levantó de su asiento y esclamó:

—Un cadáver! ah! será una víctima mas de

nuestros tiranos. Apartaos, señores, dejádmelo, porque lo he pagado, ese cadáver es mi pesca.

Y marchando con toda la ligereza que le permitian sus piernas, llegó á las redes y ecsaminó de cerca el cuerpo asesinado, ah! entonces á su vez el pobre Lancia dió tambien un grito penetrante, desesperado, terrible:

—Lorenzo!!! hijo mio!!.

Y rodó por la arena al lado del cadáver del pescador.

3.

La reliquia de san Genaro.

Ya se habia acabado la ceremonia religiosa, y la régia comitiva apareció en el ángulo de la calle, confundiéndose las siniestras voces de los pescadores, con las aclamaciones de la multitud.

Los caballeros, los barones, el clero y los grandes dignatarios, seguidos de sus pages, iban montados en briosos corceles y adornados de oro y pedreria sus jubones y sus capas, en los que brillaban los rayos del sol, pues *deslumbrando al pueblo, le obligan á bajar la vista.*

Juana Duras, regente del reino, montaba en un caballo árabe blanco como el armiño y con una manta de grana bordada de oro. La hermana de Ladislao, era un tipo de todas las perfecciones que la naturaleza puede conceder á una muger, y se hallaba entonces en el complemento de su magnífica belleza. Aunque ya pasaba de treinta años, no era posible atribuirla mas de veinte, atendiendo á su esbelto talle, la pureza de su frente y el atercíopelado brillo de su luenga cabellera. La regularidad estremada de su perfil y sus negras cejas noblemente arqueadas, daban á su faz un aire imponente, pero templado por la dulzura de su mirada. Una seduccion irresistible, un imperioso encanto parecia encadenar á sus plantas las voluntades mas rebeldes y el mas indómito orgullo. Jamás muger alguna ha inspirado mas respeto y mas amor. Jamás ha poseido ninguna reina una gracia mas severa, ni una magestad mas seductora.

A la derecha de Juana, iba Pandolfello [que desde su infame y cobarde asesinato apenas hubiera tenido tiempo para mudarse de vestidos] haciendo caracolear su alazan, el que por la perfeccion de sus formas no tenia igual en las

reales caballerizas. Pandolfello Alopo, no tenia veinte y cinco años; pero tan escaso tiempo le habia sido suficiente para elevarse de la mas vil condicion á una fortuna casi régia. Admirablemente hermoso, pero con esa belleza activa y varonil, dominaba con cerviz erguida á la multitud de barones y príncipes que le rodeaban, bastante miserables para envidiarle en secreto, y demasiado cobardes para rendir ocho siglos de nobleza á los piés de un espósito vagamundo. Pandolfello con sus cabellos cogidos en espesos y perfumados bucles, llevaba una gorra de terciopelo negro, adornada con una precilla preciosa de diamantes y una hermosa pluma blanca. El fijaba sus miradas de fuego sobre Juana, con aquel amoroso imperio, que le habia conquistado en un solo dia todos los favores de la córte y el destino del reino. Su talle era ajustado por un galon de oro de ocho dedos, bordado de pedrería, y colgaba de su cuello las insignias de la Orden de la Nave, condecoracion especial inventada por Ladislao en honor de los argonáutas y la cual dió orígen á la Orden del Toison de Oro.

En el momento en que la régia comitiva pasaba por delante de la playa donde los pescado-

res habian espuesto el cadáver de Lorenzo, el anciano que habia vuelto en sí por los atronadores gritos del populacho, levantó sus mutilados brazos y lanzó sobre Pandolfello una maldicion atroz. Ah! no sabia aun que aquel hombre era el asesino de su hijo y un paternal presentimiento se lo advertia! Despues, viendo que el clamoreo popular apagaba sus maldiciones, miró hácia el lado donde estaba su hijo menor para echarle en cara su cobardía; pero Peppino no estaba allí. Entonces el pobre padre miró al régio cortejo y vió á su hijo menor que arrastrándose como una culebra por entre los pies de los caballos, levantóse de improviso entre Juana y su favorito y dió á este último una terrible puñalada. Pandolfello cayó sin dar un solo grito, y la regente aun no habia notado nada y ya los guardias habian cogido al lazzaroni.

Al momento Lancia, recobrando como por encanto su salud y sus fuerzas, se adelantó sin apoyo, sin dolores y colocándose delante de Juana gritó sollozando:

—Perdon, perdon, para mi último hijo.

—Ya no soy un cobarde, padre mio, soy un hombre de valor; os he vengado y moriré como

tal: esclamó Peppino con el rostro radiante de gozo.

—Perdonadle, señora, repitió el anciano con gritos desgarradores; dos hijos he perdído ya con las armas en la mano defendiendo vuestros derechos, el tercero acaban de asesinármelo; y qué me quedará si me arrebatan el último, mi único apoyo?

—No hay perdon para el asesino, dijo Juana en cuyas contraidas facciones se veian pintadas el dolor y la desesperacion.

—Quereis sangre? pues bien, señora, derramad la mia y perdonad la de mi hijo.

—Para qué necesito tu sangre, viejo miserable? una recompensa seria derramarla. Nada, prended al asesino y que á ese viejo lo tiren al mar.

—Perdonadlo, señora, dijo Pandolfello levantándose, pues habia caido al suelo por la violencia del golpe y no por estar herido. La divina Providencia ha salvado mi vida, y las reliquias del bendíto san Genaro que llevo siempre sobre mi pecho, han embotado el puñal del asesino.

—Ah! el infame lleva una cota de malla!!

murmuró Peppino dirigiendo á su padre una mirada de amargo sentimiento.

Juana Duras no encontraba espresiones con que manifestar su júbilo, y en medio de su delirio hubiérase arrojado al cuello de su amante en presencia de todo el pueblo, si el gran protonotario que iba á su izquierda no la hubiese contenido con una mirada.

Despues éste, acercándose á Pandolfello, le dijo:

—Monseñor puede indicar el género de muerte que ha de sufrir ese infeliz. Ahorcado, degollado, quemado, descuartizado vivo: vuestra voluntad en este caso será una ley.

—Gracias, mi noble señor, pero la muerte de ese villano me es completamente inútil. Que se le encierre en un calabozo por toda su vida; me parece que es suficiente.

Y Pandolfello, al concluir estas palabras, se dirigió á Juana para darle gracias por su solicitud con una tierna mirada que acabó de perder la poca razon de la pobre muger.

La comitiva volvió á continuar su marcha. Por lo que hace al populacho habia acudido á ver una fiesta y asistia á una tragedia. Eran dos

espectáculos en uno; asi es que gritaba con todas sus fuerzas.

—Viva la regente!

—Viva el gran chambelan!

—Viva san Genaro!

—Vivan sus reliquias!

4.

El rey Ladislao.

Al dia siguiente del que tenian lugar estos sucesos, Pandolfello Alopo respiraba el aire puro de la mañana en uno de los terrados del palacio, medio echado en unos cogines de terciopelo carmesí, con los ojos cerrados y con su hermosa cabeza apoyada sobre las rodillas de la interesante Juana Duras.

Serian las ocho de la mañana: una ligera y perfumada brisa, conque nadie se hubiera atrevido á contar el dia anterior, movia y hacia on-

dular suavemente los cabellos del favorito. Una ancha y profunda calle de jazmines formando una sombria bóveda con sus entrelazadas ramas, preservaba á la princesa y á su amado de los rayos del sol y de las miradas de los hombres.

. . . . . .

Los pescadores habian vuelto á entonar sus canciones y á emprender sus faenas. En cuanto al anciano Lancia, sostenido por una fuerza sobrenatural, se habia llevado el cadáver de su hijo y colocándole en su lecho como si estuviese dormído, habia cerrado con llave la puerta de su habitacion y se habia ido á sentar al muelle sin derramar una lágrima, sin prorrumpir en una queja. Al ver á aquel hombre tan grave, tan silencioso y tan impasible, se hubiera tenido por demente, ó que una voz interior le ecsortaba en el fondo de su alma á que confiara en Dios y esperase.

Nápoles gozaba pues de una paz profunda. Nadie se atrevia ya á atacar á un pueblo cuyo rey, léjos de esperar la guerra en sus estados, la llevaba á otros siempre con victorias. La ambicion de Ladislao no tenia límites. Su nombre glorioso y temido en el esterior, cubria con

su esplendor los ignominiosos misterios de su córte; las conquistas del hermano cubrian las locuras de la hermana; el cieno desaparecia debajo de la sangre.

Ladislao habia concluido con la rebelion de Hungria, en una edad en que apenas debia poder blandir una lanza; dos veces habia derrotado á Luis de Anjou, otras dos á los florentinos y tres al papa, lo que, entre paréntesis, le habia valido tres escomuniones. Era dueño de Faenza, Forli, Verona, Sienna y Arezzo, y en la época á que nos referímos tenia tanta confianza en sí mismo y era tan desmedído en su orgullo, que habia hecho bordar en su manto real estas palabras:

AUT CÆSSAR AUT NIHIL.

O EMPERADOR O NADA.

Despues de la conquista de Toscana, sus bélicos pensamientos debian ser mas vastos, y aun que habia anunciado varias veces, en medio de sus conquistas, que pensaba volver por algun tiempo á su reino á fin de entregarse al descanso

y al reposo, para despues volver con mas brios á conquistar laureles; pero esto no era probable, y lo mas cierto era que seguiria con sus victorias no interrumpiendo el curso de sus triunfos.

Asi es, que la verdadera reina era Juana Duras y el verdadero rey Pandolfello Alopo. Qué tenian que temer? Qué podian desear? Y sin embargo, cuan terrible es el encadenamiento del crímen y la lógica infernal de las pasiones!.. Aquel hombre cuya culpable felicidad no turbaba nadie, acumulaba no obstante asesinato sobre asesinato, traicion sobre traicion y perjurios sobre perjurios y vivia rodeado de sicarios, de espias y de envenenadores.

Aquella muger amada de su hermano y adorada por el pueblo, hermosa sobre las hermosas y poderosa sobre las poderosas, pasaba sus dias en perpétua zozobra, no cerraba sus ojos sino para abrirlos sobresaltada, y no miraba á su amado sin temer por su cabeza.

Como hemos dicho, Pandolfello se hallaba sumido en un profundo sueño y soñaba las mas placenteras imágenes, cuando Juana Duras que se hallaba mirando hácia el golfo, vió un navio en el horizonte. La regente se estremeció viva-

mente y despertó á su amado en el instante.

—Pandolfello, una vela por la parte de Caprea.

—Y para eso me despiertas, mi hermosa soberana?

—Tiemblo! ah! si fuera alguna escuadra enemiga.

—Deliras, Juana! qué enemigo se atreverá á atravesar nuestro golfo, mientras que ondee en este palacio la bandera de Ladislao? Además, no hay porque temer, teneis mil valientes defensores, mi brazo y mi espada.

—Yo no sé, pero no puedo desechar un vago terror que me acomete y un siniestro presentimiento que me dice hallarse ya decidida nuestra suerte en este momento. Veis, veis, dos, tres, cuatro galeras... oh! Pandolfello, sacadme de esta inquietud.

—En efecto, dijo el jóven apoyándose en la barandilla de la azotea; pero tranquilizaos, probablemente será el anuncio de una nueva victoria, ó que el rey, vuestro augusto hermano, tal vez necesite nuevos recursos para estender su dominacion mas allá de la Toscana, y esa escuadra que vemos será la destinada á trasportar las

tropas desde Nápoles á Liorna. Empero sobre todo, hermosa princesa, ahora lo sabrémos de positivo. Hola! añadió dando tres palmadas.

Al punto dos pages aparecieron respetuosamente para tomar sus órdenes.

—Que vayan inmediatamente á averiguar que noticias nos traen esos navios que navegan á toda vela por el golfo.

Empero de repente Juana quedó inmóvil, abrió los párpados estraordinariamente, un frio mortal corrió por todos sus miembros y esclamó juntando las manos:

—Dios mio!.. el pabellon de mi hermano es el que ondea en el primer bajel!

Pandolfello se puso pálido cual un criminal á la vista del cadalso. Su conciencia cargada de crímenes le presentaba aquel regreso como un castigo aterrador. Mas la refleccion le hizo esperar bien pronto, que el monarca absorto como siempre en sus proyectos de conquistas, no daria crédito ni audiencia á las quejas, ni se pondria á castigar delítos. El favoríto dominó su turbacion y ofreciendo la mano á la regente para entrar en el salon, le dijo con aire tranquílo:

—Y bien, que hay que temer, señora? Es

precíso que en el instante se prepare una fiesta real y espléndida, y como soy chambelam, á mí es á quien concierne su direccion, y voy á dar mis órdenes para que el recibimiento sea digno del vencedor de Italia.

Y aplicando respetuosamente sus lábios á la mano de la princesa, salió á disponer la fiesta del recibimiento, con esa pompa que hace adormecer al rey y aplacar al pueblo.

Entretanto todas las clases del pueblo, marineros, pescadores, soldados y lazzaronis, se reunian tumultuosamente en el muelle á presenciar el desembarco.

Formábanse en el muelle animados y numerosos grupos.

El gran senescal marchaba al galope, estendiendo la tropa en dos hileras, desde el desembarcadero hasta el palacio.

Todos se maravillaban de que ni Juana, ni Pandolfello, cuya prevision y astucia harto fueran conocidas y que tenian un ejército de agentes y de espias, no hubieran tenido la menor noticia de este regreso tan repentíno.

Era indudable que lo que menos se esperaba era al rey. La turbacion de los cortesanos, la

sorpresa de los empleados de palacio que llegaban desalentados y en desórden y la confusion que reinaba por todas partes, era una prueba inequívoca de que á Ladislao no lo aguardaban.

Mientras que el populacho acudia en masa al muelle, un solo hombre permanecia estraño al movimiento, y este hombre era Giordano Lancia.

El mutilado anciano, sentado en la arena, al sol, con la cabeza inclinaba sobre las rodillas, pensaba en sus dos hijos, uno tendído sobre su cama, con el pecho atravesado por un estoque, y el otro encerrado en los calabozos de Castel-Novo.

En este estado permanecia, cuando sintió que le tocaban en la espalda. El pobre anciano levantó la cabeza y vió á su lado un hombre en pie y enmascarado, que le miraba á través de su careta. El anciano fijó los ojos en aquel hombre por espacio de cinco minutos, como si hubiera querido preguntarle con qué derecho lo sacaba de sus cavilaciones y de sus dolorosos pensamientos; pero viendo que el hombre misterioso permanecia callado, volvió otra vez á agoviarse y á quedar sumido en sus fúnebres pensamientos.

—Lancia!.. dijo el desconocido bajándose hasta el oido del soldado.

—Qué quieres? respondió el inválido sin variar de posicion.

—Despierta, Lancia.

—No duermo: lloro.

—No es tiempo de llorar.

—Las lágrimas es el consuelo de los impotentes.

—La hora de la venganza ha sonado.

—Venganza!.. murmuró el veterano sin mudar de actitud: ya no tengo brazos... ya no tengo hijos...

—Aun tienes uno.

—Oh! lo matarán tambien.

—Aun vive.

—Pero le harán sufrir el tormento para que confiese. Pobre Peppino, tendrás valor para no mentir? para no deshonrarme?.. Mónstruos!

—Consuélate, Lancia, porque tu hijo ha sufrido como un héroe, y su constancia ha cansado el brazo del verdugo.

—Qué... qué... qué es lo que dices? esclamó el mutilado anciano poniéndose de pie con una espresion de gozo indefinible. Como has

podído tú saber eso? Dílo pronto, por piedad.

—Te digo que esta noche se ha atormentado largo tiempo á tu hijo, para que declarára á sus cómplices y comprometer por este medio á muchos infelices é inocentes.

—Infames!

—He sido testigo del suplicio y del valor de tu hijo, á quien no se ha podido arrancar una sola palabra de debilidad y de súplica.

— Oh! Dios mio! bendíto seais!

—Cuando concluyó la tortura se me acercó y con voz firme me dijo: «En nombre de la divina misericordia que desciende sobre todo mortal, por muy culpable que sea, buscad á mi padre, y si el dolor no lo ha muerto, decidle lo que acabais de presenciar. Yo rogaré por vuestra alma.»

—Dios mio! vuélveme, mi hijo, ó dudo de tu poder.

—No blasfemes, anciano.

—Oh! no hay Providencia.

—Calla!

—No hay justicia!

—Mira á tu rededor.

—Qué es esto? qué confusion es esta?

—Es el pueblo que corre á recibir á su rey.

—A su rey!.. y qué me importa?..

—Es un rey que viene espresamente á vengarte.

—Llévame, llévame ante él, porque yo ya no puedo dar un paso; el dolor á acabado de arrancarme la poca vida que me quedaba.

—No puedo, Lancia.

—Y por qué?

—Porque mi presencia es fatídica en donde se halla.

—Pues quien eres?

—El verdugo.

Al decir estas palabras el hombre de la máscara desapareció como por encanto y el infortunado padre, no pudiendo dar un paso á pesar de todos sus esfuerzos, levantó sus mutilados brazos hácia el rey, y en el momento de pasar ante él, recogiendo todas sus fuerzas y el raquítico aliento que aun restaba en sus pulmones, gritó con voz desesperante:

—A mí, Ladislao! perdon! justicia!

—Quien es ese hombre que me llama por mi nombre? preguntó el monarca encaminándose hácia el inválido veterano.

—Señor, es un soldado que os pide justicia.

Y el pobre anciano cayó de rodillas á los pies del rey.

—Como te llamas?

—Giordano Lancia.

—Lancia! ese es el nombre de un valiente y no es la vez primera que llega á mis oidos.

—He servido cincuenta años, monseñor; he tomado parte en todas las campañas que han dado renombre al pais y he sido testigo de todos los crímenes que han ensangrentado al reino.

—En cuanto á las victorias, pásalas en silencio, me son muy conocidas y no puedo olvidarlas; además, aunque quisiera no podria, pues me rodean muchos aduladores que me las recuerdan sin cesar. Cuales son esos crímenes impugnes que has presenciado? Dí?

—Puedo hablar con libertad?

—Voto al papa! ya puedes ir diciendo, sino quieres arrepentirte de haber comenzado.

—He visto, monseñor, asesinar á Tommasso, conde de Monte-Scaglioso; á Wenceslao, conde de Amalfi; á Hugo, conde de Potenzza; á Luis, conde de Melitto; á Enrique, conde de Terra-Nova; á Gaspar, conde de Mattera; á...

—Basta... Qué quieres, anciano, con esa

numerosa y terrible lista de víctimas? Te han encargado los muertos de reclamar su venganza?

—Y qué me importan á mí todos los San-Severinos degollados en un foso y arrojados despues á los perros de palacio? Qué me importan á mí todos los nobles cuyas cabezas han rodado en el cadalso? Qué me importa tanta sangre derramada? Lo que me importa es que me han muerto á un hijo y á otro le han dado tormento. Lo oyes, Ladislao? Y esto por órden de Pandolfello Alopo, y con anuencia y permiso de tu hermana. Estas son mis quejas: estos son los crímenes que quiero sean vengados.

—Cuidado, anciano, ten presente lo que dices... replicó el rey con acento terrible: mira que estás acusando á mi hermana Juana y al primer dignatario del reino... y desgraciado de tí, anciano, sino tienes pruebas para sostener tu acusacion.

—Pruebas!.. harto público es en Nápoles, que Pandolfello es mas rey que tú mismo y... no ha sido ese miserable espósito el que me ha derribado por el lodo, cuando por mi causa ha llegado á ser quien es? No se ha sacado entre las redes y en medio de la pesca el cadáver de mi

hijo Lorenzo? Pruebas! pruebas! haz abrir las puertas de la prision, y verás, si es que no lo han muerto, á mi pobre hijo... á mi última, á mi única esperanza, con los pies sugetos por los grillos, los brazos cargados de hierro y todos sus miembros descoyuntados por la tortura y...

—Bien, anciano, todo eso no son mas que presunciones tuyas, dijo el rey con aire glacial, y nada prueba evidentemente que Pandolfello Alopo, sea culpable del asesinato de tu hijo.

Y despues volviéndose á su córte, que parecia aturdída de la audacia del viejo esqueleto, añadió Ladislao:

—Que se apoderen de ese hombre y que se le prodiguen los mayores cuidados; y nosotros, señores, á Castel-Novo.

5.

El suplicio.

En cuanto llegó á Palacio Ladislao, se encerró en su cámara con cinco ó seis de sus mas adictos. El gran chambelan solicitó besarle la mano: Ladislao mandó se le contestase por medio del conde Avelino, que no veria á nadie antes que á la regente, y que esta no fuera á verlo hasta que el rey lo mandara.

Este contratiempo, unido á la narracion que acababan de hacerle de lo que habia dicho el veterano, no era el mas á propósito para calmar la

inquietud del favoríto. Empero tranquilizóse no obstante, pensando que en último caso nadie podria convencerlo de culpable ante el monarca, pues para ello habia tomado de antemano todas sus medidas, por las cuales desaparecia hasta la menor huella de sus crímenes.

Tratábase cuando mas de una desgracia momentánea y pasagera; pero Pandolfello contaba con la pasion de Juana Duras y no temia nada. En consecuencia, participó la órden del rey á la princesa, diciéndole que Ladislao no queria verla sino hasta estar de rigorosa etiqueta y con todo el respeto que tan poderosa señora se merecia, y que tenia que contener su inmenso amor fraternal ante las reglas de la córte.

Juana, cual todas las personas dotadas de una imaginacion viva, pasaba facilmente del temor á la esperanza; creyó sínceramente las palabras de su amado y quiso presentarse á los ojos del rey con todas sus ventajas y borrar hasta las menores sospechas que contra ella pudiéranse haberse suscitado, ó contra su apasionado consejero.

Cuando llegó la noche y el palacio de Castel-Novo resplandecia por las luces que estaban en-

cendidas en sus galerias y salones, el conde Avellino hizo saber á la regente y á los siete grandes dignatarios de la corona, que el rey los aguardaba.

Entonces abriéronse las puertas de la gran cámara de Ladislao, y en el frente en que siempre se habia colocado el lecho real, viose un estrado entapizado con terciopelo negro, sobre el cual habia dos hombres de pie, totalmente cubiertos con sus armaduras, cual si fuesen dos fantasmas vengadores.

Juana, retrocedió tres pasos llena de pavor á tal espectáculo. Pálida y temblorosa se volvió hácia su hermano y le interrogó que significaban aquellos dos estraños personajes.

—Son los jueces, señora, contestó secamente el rey. Sentaos, princesa, aquí á mi derecha y sentaos vosotros tambien, señores, y prestad atencion á lo que vá aquí á pasar.

Los grandes dignatarios y los nobles tomaron asiento. Ladislao continuó:

—Que traigan al acusador.

Entonces cuatro escuderos llevaron á la real cámara al anciano Lancia, sentado en una poltrona, y luego que lo pusieron á la izquierda del

estrado, se retiraron.

—Giordano Lancia, dijo el rey, puedes hablar sin temor y sin consideraciones á nadie.

El anciano entonces lanzó á Pandolfello una mirada de un furor inesplicable y pronunció con la mayor calma estas palabras, que cada una fué un dardo envenenado que se fué clavando en el corazon amante de Juana Duras:

—Acuso al conde Pandolfello Alopo, primer dignatario de la corona y gran chambelan de palacio, de haberme vilmente maltratado, pisoteándome con su caballo. Le acuso de haber asesinado á mi hijo Lorenzo y de haberle arrojado al mar. Le acuso de haber ordenado dieran tormento á mi hijo Peppino, para obligarle á denunciar inocentes de los que queria deshacerse.

—Que respondeis vos, Pandolfello? dijo el rey volviéndose hácia al amante de su hermana.

—Ese hombre está demente, contestó el favoríto con una sonrisa de desprecio.

—Negais, no es así?

—No solamente lo niego, señor, sino que me asombro de que pueda creérseme capaz de cometer tales crímenes.

—Que se presenten los testigos, continuó

Ladislao con la mayor calma y frialdad.

Entonces pasó en Castel-Novo un drama horroroso. Peppino, mas bien arrastrado que conducido por los soldados, entró en la cámara real, sosteniéndose á penas sobre sus rodillas. El pobre niño destrozado por la tortura, dejaba ver en todo su cuerpo las señales de sus padecimientos. Empero en su rostro pálido y resignado advertíase un valor heróico y una noble firmeza, y cuando llegó ante el rey, lanzó sobre su padre una mirada inesplicable de amor y de ternura. Despues quiso hablar, pero un temblor convulsivo agitó sus lábios y rodó cadáver al pie del trono del rey.

—Ah! dijo para sí Pandolfello, no me han desobedecido y han llevado á cabo mis órdenes.

—Ah! pobre hijo mio, lo han envenenado! gritó el anciano, cayendo en su poltrona sin movimiento y sin voz.

—Qué teneis que decir, Pandolfello? esclamó el rey con la misma impasibilidad.

—Monseñor, soy inocente; ninguna parte he tenido en la muerte de ese jóven; el terror le ha privado de la vida, y harto público es que trató de asesinarme á vista de todo el mundo, y

yo lo he perdonado.

—Perdonado! y con qué derecho? Solo el rey es el que lo tiene, señor mio; contestó el monarca con voz terrible.

—Perdonad, monseñor... solo he querido decir que intercedí en favor del culpable con vuestra noble hermana, que era la regente del reino en vuestra ausencia.

—Es eso verdad, Juana?

—Asi es, mi querido hermano. Pandolfello es un vasallo digno y leal, y no hay datos que comprueben esos crímenes que le imputan sus enemigos.

—En efecto, nada lo prueba, continuó Ladislao con lentitud; empero como quiera que ecsisten presunciones graves contra el acusado, se le vá inmediatamente á aplicar el tormento.

—A mí, monseñor? gritó el gran chambelan indignado. Soy conde y baron, soy el primer dignatario de la corona, y solo debo ser juzgado por los nobles mis iguales.

—Mientes, miserable, mientes ante tu rey, que es el que te juzga; gritó indignado Ladislao. Tú no eres mas que un miserable espósito, un mozo de cuadra que ha abusado de mi favor y

ha cometido los crímenes mas odiosos. Ahora verémos si tienes esa misma desfachatez: que entren los verdugos.

Estos entraron en la cámara.

Pandolfello palideció ligeramente, y Juana, juntando sus manos, esclamó con suplicante voz:

—Oh! monseñor, esto es espantoso; perdonadlo y tened compasion de mí, pues no podré jamás soportar un espectáculo tan horrible.

—Hebeis sido rey de Nápoles, como regente, durante mi ausencia y voy á enseñaros como un rey debe administrar justicia, sin parcialidad y sin debilidad, hermana mia.

En el momento colocaron en el techo una polea, las muñecas del favorito fueron apretadamente amarradas á sus espaldas y lanzó un grito doloroso. Por medio de una cuerda, se le suspendió á seis piés del suelo; sin embargo, sufrió aquella primera prueba ordinaria con valor, y respondió con firmeza:

—Soy inocente.

Bajáronlo de allí, y luego, á una nueva señal de Ladislao, los dos verdugos levantaron al infeliz hasta el techo, y soltándolo de repente, lo dejaron caer desde la altura de tres varas.

Por tres veces repitióse esta dolorosa operacion y otras tantas contestó Pandolfello con voz ahogada:

—Soy inocente.

En seguida lo estendieron sobre un caballete y los atormentadores ataron á sus pies y manos enormes pesas de hierro. Crugieron los huesos del paciente, dislocáronse sus articulaciones y brotaron sangre en abundancia.

—Perdon! perdon! gritó el atormentado perdon, monseñor, soy inocente.

Suspendiéronse los tormentos y el acusado no habia confesado nada.

—Es culpable? preguntó el rey á los dos jueces cubiertos con sus armaduras de pies á cabeza.

—No, respondieron con voz cavernosa.

Pandolfello respiró, y un rayo de esperanza brilló en la frente de Juana, pues creyó que su amante se habia salvado.

—Y bien! dijo Ladislao, no hay nadie que quiera deponer contra el acusado?

—Nadie, contestó el auditorio.

—Pues entonces, seré yo quien desempeñe este oficio.

Y todos los circunstantes miraron aterrori-

zados al monarca, porque aquel original proceso empezaba á tomar las proporciones de una revelacion fantástica y sobrenatural.

—Respóndeme, Pandolfello Alopo. Donde estabas la noche del 25 de Julio?

—En una casíta de Chiatamon.

—Mientes; estabas en una barca en alta mar.

Pandolfello miró al rey como asustado.

Ladislao continuó serenamente su interrogatorio:

—A quien encontrastes en tu paseo marítimo y nocturno?

—A nadie, contestó el jóven desconcertándose por momentos.

—Mientes; encontrastes á un anciano que te salió al encuentro en una barca conducida por dos remeros: el anciano se llamaba Galvano Pedicini.

—Todo lo sabe! pensó aterrado el favorito.

—Qué dijistes á Galvano Pedicini?

—Nada, monseñor, cosas indiferentes.

—Mientes, le pagastes para que me asesinase.

Un grito de horror resonó en la cámara.

—Eso es falso, monseñor, balbució el acu-

sado temblándole todos sus miembros. Galvano ha mentído... me ha calumniado.

—Traidor y cobarde! gritó el monarca con tonante voz, he ahí tu bolsa, y se la arrojó á la cara; he ahí á los dos remeros de la barca del anciano, y señaló á los dos jueces... Galvano, era yo.

El infortunado Pandolfello cayó boca á bajo anonadado por aquellas terribles palabras.

—Es culpable? preguntó nuevamente el rey.

—Sí, respondieron todos á un tiempo.

La princesa se habia desmayado.

Entonces el rey se levantó y pronunció la siguiente sentencia contra Pandolfello:

—Yo, Ladislao I, rey de Hungria, de Jerusalen y de Sicilia, declaro á Pandolfello Alopo, reo de lesa-magestad; mando que se le ponga en la frente un cartel infame, que se le coloque atado en una carreta y se le pasee por todas las calles de Nápoles; que los verdugos le arranquen las carnes con tenazas encendídas; que se le arrastre por encima de navajas y que se le arroje en una hoguera de leña verde para que se queme lentamente, hasta que muera.

Aquella horrorosa sentencia se ejecutó al pie

de la letra, al siguiente dia de la noche en que tuvo lugar el proceso, tan original en sus formas como en la hora.

Despues del suplicio, el pueblo se abalanzó á la hoguera y se apoderó de los huesos de Pandolfello, para hacer silvatos y puños para látigos.

Un hombre habia asistido á aquella espantosa escena, elevado penosamente sobre el parapeto del puente y sostenido por un grupo de pescadores. Con la vista fija, la boca abierta y el pecho palpitante, no perdió ni uno solo de los pormenores de tan horrible ejecucion.

Este individuo era Giordano Lancia. Cuando concluyó todo, el pobre anciano, cuya razon habia recibido tan duros golpes, aprovechó un momento en que nadie fijaba la atencion en él y se arrojó al mar riéndose y gritando al mismo tiempo:

—Amigos mios, echad las redes y venid á pescarme á mí tambien.

Cuando lo sacaron del agua los pescadores, ya su martirizada alma habia volado á reunirse con las de sus infortunados hijos.

FIN.

4000

3 tom 1 vol

- AN
- LUI
- SXIX